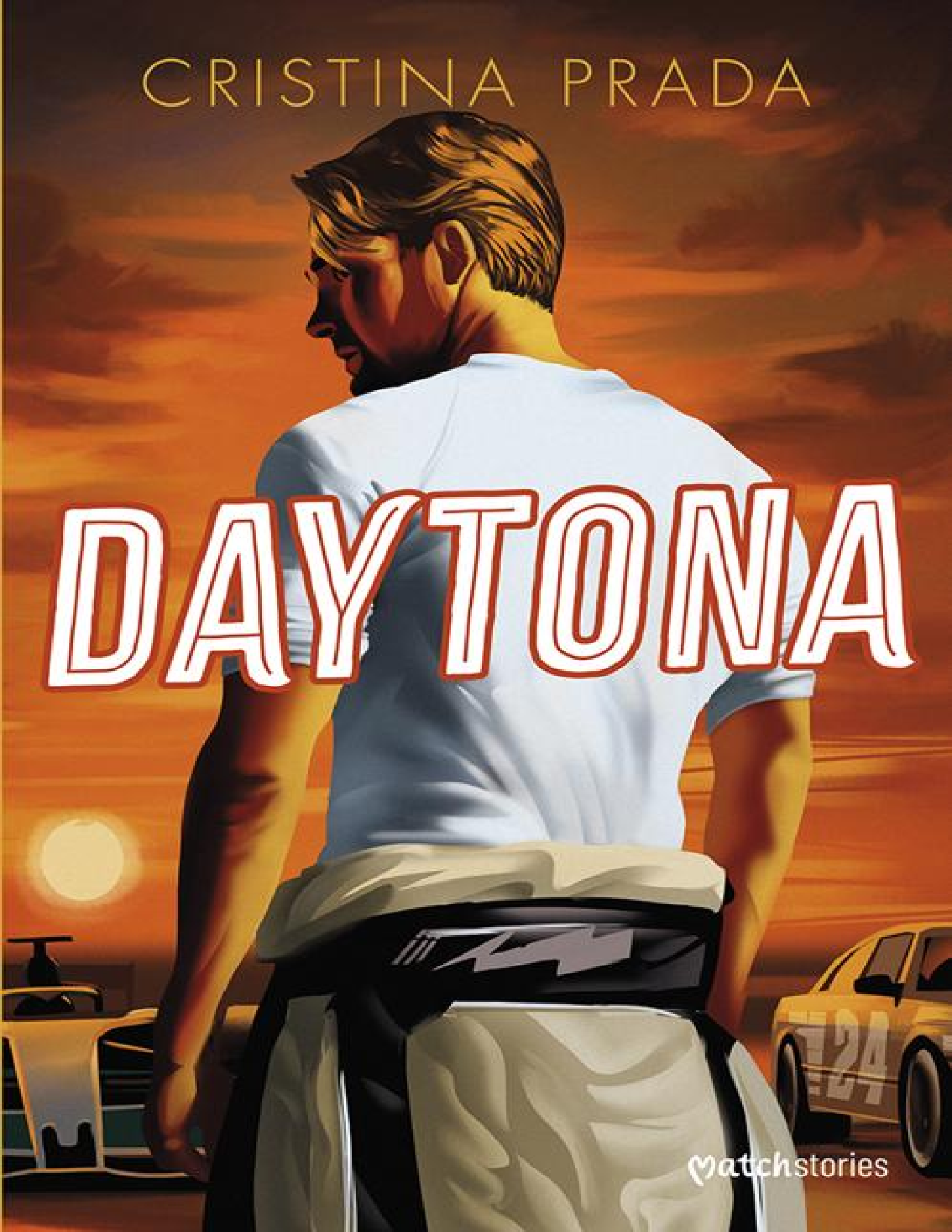
CRISTINA PRADA

DAYTONA



matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Playlist

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

Epílogo(s)

Banda sonora

Créditos

DAYTONA

Cristina Prada

matchstories

Playlist

Bailey Zimmerman con Luke Combs. «Backup Plan»
Whiskey Myers. «Headstone»
Alex Roe. «Don’t Water Down My Whiskey»
Blake Shelton. «Strangers»
Lainey Wilson. «Out of Oklahoma»
Luke Combs. «Ain’t No Love in Oklahoma»
Max McNown. «Better Me for You (Brown Eyes)»
Blake Shelton. «Stay Country or Die Tryin’»
Shania Twain. «You’re Still the One»
Blake Shelton. «God Gave Me You»
Zach Bryan con Kacey Musgraves. «I Remember Everything»
Billy Ray Cyrus y Johnny McGuire. «Chevys and Fords»
Blake Shelton con Gwen Stefani. «All of My Love»
Post Malone con Blake Shelton. «Pour Me a Drink»
Blake Shelton y Gwen Stefani. «Nobody but You»

1



—¿Estás segura de esto? —preguntó Sebastian.

Hadley lo miró y asintió.

—Sí —contestó sin dudar.

Él perdió sus profundos ojos color chocolate al frente. Finalmente soltó un pequeño suspiro y sonrió, aquella sonrisa bonita y medida que siempre parecía decirle a Hadley «Es una locura, pero voy a cuidar de ti». Con Sebastian siempre había sido así, incluso antes de que todo pasara, pero en ese momento parecía serlo un poco más.

—Es cierto que todo ha sido un poco... improvisado —añadió ella tratando de buscar la palabra adecuada.

Ni siquiera tenían que estar en Daytona Beach. El destino original era Kansas City, pero unos problemas técnicos habían provocado que la NASCAR tuviera que reubicar la carrera.

Daba igual. Hadley debía comprobar por sí misma si era verdad todo lo que le había contado sobre él porque, de ser así, había encontrado al hombre que necesitaba.

Dio una bocanada de aire y movió la mano hacia la manija de la puerta. El chófer predijo el movimiento y se adelantó bajándose deprisa y abriéndole la puerta del Rolls Royce. En cuanto puso los pies sobre el asfalto, el Daytona International Speedway entró en su

campo de visión y por un momento se quedó embobada. Era mucho más imponente de lo que imaginaba.

«Sabes por qué estás aquí, Hadley —se dijo—. No tienes un segundo que perder».

Sebastian se bajó con su gracia habitual y, abotonándose la chaqueta de su traje gris oscuro, rodeó el elegantísimo vehículo hasta colocarse al lado de ella. Hadley lo miró de reojo y esbozó una sonrisa. Lo conocía desde siempre, aunque no desde siempre habían sido amigos. Era lo que solía pasar con los mejores amigos de los hermanos mayores, tardaban un poco en darse cuenta de que la hermana pequeña podía ser algo más que esa cría molesta que los seguía a todos lados.

Se dirigieron al circuito, pero, conforme más se adentraban en el enorme aparcamiento, más se daban cuenta, sobre todo Hadley, de que aquel lugar no era en absoluto como habían dado por hecho que sería. El sitio estaba abarrotado de centenares de personas, pero lo más curioso de todo era que la gran mayoría de ellas estaban haciendo barbacoas. La sonrisa de Hadley se ensanchó. El aire olía a carbón y a carne a la brasa y la música country se solapaba con charlas, risas y el sonido de botellines de cerveza chocando entre sí. Había familias completas, con un montón de críos, con el portón trasero de su *pick-up* abierto.

Hablaban de los pilotos, de la carrera, de los coches... El ambiente era una pasada.

—¿Te lo imaginabas así? —le preguntó a Seb; solo ella lo llamaba así, con una sonrisa maravillada en los labios.

Hadley había nacido y se había criado en Nueva York. Una vida entre la mansión de los Carmichael en Glen Cove y los rascacielos de Manhattan. Con toda probabilidad, jamás había visto a tanta gente haciendo barbacoas a la vez en su vida.

Sebastian echó un vistazo a su alrededor. Nunca tomaba una decisión o emitía un juicio sin estar completamente seguro de cuál era la mejor opción. Para él, la información era poder.

—La verdad es que no.

Se giró hacia Hadley y la miró desde detrás de sus gafas estilo aviador de Prada.

—No sé si aquí vas a encontrar lo que buscas.

Esa frase hizo que Hadley se mordiera el labio inferior pensativa. Hacía poco menos de un año que su vida se había transformado en un torbellino. Había tenido que tomar muchas decisiones, muy rápido. Confiaba en su intuición, pero a veces también le daba un vértigo increíble y dudaba de ella, de todo el maldito tinglado que había montado. Era como si tuviera dos fuerzas opuestas tirando en su interior.

Sin embargo, solo le hizo falta un segundo para rearmarse. Todo lo que se había dicho antes iba en serio. Sabía por qué estaba allí. Debía encontrar una solución.

No iba a rendirse.

—Tengo que verlo. Si no, nunca sabré si es lo que necesito.

Sebastian seguía algo escéptico.

—Siempre dices que, antes de tomar una decisión, analice todas las opciones. —Hadley se encogió de hombros con el inicio de una sonrisa. Su voz sonó tan dulce como de costumbre, a pesar de que le estaba tendiendo una especie de trampa con sus propios consejos para salirse con la suya—. Pues es lo que estoy haciendo.

Sebastian le mantuvo la mirada.

—Deberías sentirte muy orgulloso de mí —insistió ella asintiendo.

Él no pudo contenerse más y acabó negando con la cabeza al tiempo que sonreía. Esa sonrisa tímida que solo aparecía cuando estaba con Hadley y que a ella le hacía sentir importante.

—Lo estoy —contestó sin dudar.

¿Resultado directo de aquellas palabras? Hadley se sintió feliz. No era ninguna tonta o una ilusa, sabía que Sebastian lo hacía por Calder, pero no le importaba. Prefería tenerlo cerca por él que no tenerlo en absoluto.

En ese mismo instante, Hadley notó cómo algunas miradas empezaban a caer sobre ellos. Una chica vestida con un Carolina Herrera de tubo blanco ajustado y sin mangas y unos *peeptoes* de infarto y un hombre con un traje italiano y a medida, camisa impecable y corbata no tardaron demasiado en llamar la atención en aquel lugar. No podían culpar al público.

A pesar de todo, no se sintió incómoda. No había hostilidad, ni actitudes del estilo «No pertenecéis aquí», era solo una mezcla de confusión y curiosidad.

—Entremos —le dijo a Sebastian avanzando hacia el acceso principal.

Él la observó caminar unos segundos y echó a andar tras ella.

El cambio de ciudad había vuelto la situación bastante inesperada; aun así, Sebastian se las había ingeniado para conseguir un palco vip en exclusiva.

—Encantado de tenerlo con nosotros, señor Aldridge —lo saludó Dart Russell, uno de los máximos dirigentes de la NASCAR.

Sebastian le estrechó la mano, educado, al tiempo que inclinó suavemente la cabeza. Sabía cómo funcionaban esas cosas. Lo hacía desde niño. Era el heredero de los Aldridge, una de esas familias que pueden considerarse la aristocracia de Estados Unidos, ya que llevaban siendo muy ricos y muy poderosos desde hacía generaciones. Dos años atrás, Sebastian se había convertido en el CEO de Aldridge Inc., así que había mucha gente, como el señor Russell, bastante predispuesta a hacerlo feliz.

—Permítame presentarlos —comentó Sebastian haciendo gala de sus perfectos modales—: señor Russell, ella es Hadley Carmichael. Hadley, él es Dart Russell.

En cuanto oyó su nombre, el alto ejecutivo de la NASCAR frunció el ceño y ella supo, sin margen de error, lo que quería preguntar. Lo único que le faltaba saber era si se atrevería.

—¿Carmichael? ¿La hija de Theodore Carmichael? ¿Esos Carmichael?

¡Bingo!

Hadley reconoció que le había echado valor. La mayoría prefería quedarse con la duda antes de pronunciar el nombre de su familia en vano.

Ella asintió.

—Sí, soy de esos Carmichael.

Su tono sonó divertido y supo que Sebastian estaba debatiéndose entre reprenderla con la mirada o sonreír también. A diferencia de los Aldridge, que eran una pieza angular de la alta sociedad de Nueva York y, con la misma facilidad, de todo el país, los Carmichael eran LA PIEZA.

Pero había más.

El señor Russell abrió mucho los ojos y una sonrisa admirada fue colándose en sus labios.

—Vaya —soltó al fin—. Theodore Carmichael es un hombre realmente extraordinario.

Hadley asintió y sonrió orgullosa. Aquella admiración estaba provocada por ese «más». La empresa familiar, Carmichael Multinational. Era uno de los *trust* más importantes del mundo y todo gracias a su padre. Obviamente, no lo había levantado de la nada, pero sí hizo lo que ninguno antes que él se atrevió en la familia: lo expandió internacionalmente. Resultó arriesgado, al

principio tuvo que hacer frente a muchos detractores, incluso a su hermano pequeño, que trató de quitarle el poder como si estuviesen en un capítulo de *Dinastía*, pero Theodore nunca perdió el coraje, no se rindió y, al final, lo consiguió. Brilló.

Sin embargo, eso no era lo que Hadley más admiraba de su padre. Para ella, lo realmente importante era que logró todo aquello cuidando de sus empleados, tratándolos de forma justa y siendo igual de honesto con sus adversarios.

—Le contaré que lo tiene en alta estima —respondió.

—Gracias, señorita Carmichael.

—Señor —lo llamó su asistente acercándose a él con prudencia—, la carrera está a punto de empezar. La presentación de los pilotos ya ha terminado.

El señor Russell asintió y, cediéndole el paso a Hadley con un gesto de la mano, los tres se dirigieron hasta los cómodos sillones frente al enorme ventanal.

Hadley apenas tuvo tiempo de acomodarse en su asiento cuando Billy Ray Cyrus, el cantante country, se subió a un escenario de metal, rudimentario por elección, no por necesidad. De repente un silencio casi sepulcral tomó el Daytona Speedway. Él sonrió como si supiese exactamente lo que iba a pasar. Una mezcla perfecta de anticipación y emoción marcó cada átomo de aire y entonces gritó:

—¡Pilotos! ¡Arranquen sus motores!

2



El rugido de los coches se comió el ambiente y la alcanzó como si estuviese escuchando un millón de guitarras eléctricas en el mismo segundo. No era un sonido elegante ni contenido; era casi animal. Salvaje. Sintió la vibración bajo los pies, en el estómago, en la sangre que empezaba a recorrerle el cuerpo deprisa.

Mientras, el público estalló en aplausos, silbidos, gritos de pura excitación por lo que estaban presenciando y lo que sabían que vendría justo después.

Ella sonrió. Sebastian se inclinó ligeramente en su dirección.

—Esto no es exactamente sutil —comentó burlón.

Hadley no apartó la vista de la hilera de coches junto a la línea de salida.

—Creo que no tiene que serlo —respondió divertida.

Los coches salieron disparados y, en cuestión de segundos, ella dejó de pensar en todo lo demás. Aquella batalla por la velocidad, el riesgo y esa lucha constante por el espacio eran casi hipnóticos.

Y entonces lo vio.

El coche número 46.

No necesitó que nadie se lo señalara. Se movía distinto. Más cerca del límite. Más agresivo. Donde otros dudaban, él empujaba. Donde otros levantaban el pie, él lo mantenía en el acelerador.

—Ese —dijo Hadley—. Tiene que ser ese.

No había dudas.

Sebastian frunció el ceño tratando de ver lo que era obvio que ella había notado ya.

La carrera estaba siendo una verdadera pasada. Veinte coches a trescientos kilómetros por hora, tan pegados que se habían transformado en una especie de serpiente que se movía con una maestría brutal a través de una coreografía imposible.

No era la última carrera, pero daba igual. En la NASCAR siempre se lo jugaban todo.

El Daytona Speedway se venía abajo. El público gritaba, los vitoreaba, aplaudía enardecido, exaltado, sintiendo cada segundo. Era como una carrera de cuadrigas romanas y aquel era el circo, lleno de pan, sangre y gloria en toda su extensión.

Entonces pasó.

El número 46 hizo el primer movimiento.

Arriesgó más que los demás. Lo arriesgó todo.

Mientras las gradas contenían la respiración, se salió de la fila, adelantó a uno, a dos. El segundo aceleró. Pasó al primero.

Los motores rugieron como si de verdad fuesen caballos libres, las ruedas se llenaron de chispas doradas, saltaron los fuegos artificiales iluminando la playa.

Y todo ocurrió en un segundo.

El choque fue descomunal. Un Chevrolet contra otro, los dos contra el lateral y más de diez vueltas de campana antes de acabar a orillas de la pista.

El resto de vehículos frenaron, se apartaron, el miedo jugando su papel en la dinámica de la supervivencia, pero eso no iba con el 46. Él dio más gas, esquivó el pánico y los trozos de metal en la calzada. El último acelerón hizo que sus ruedas giraran rojizas, como si el

fuego lo impulsara, pasó el accidente, al segundo clasificado y enfiló la cola del primero.

Ya solo era cosa de ellos dos.

Una vuelta más y todo habría acabado. El *safety car* no los atrapó. No tenían que frenar. La victoria, entre ellos.

El circuito se elevó creando una pendiente imposible.

Hadley se levantó hasta quedarse casi pegada al cristal sin poder apartar la mirada de lo que estaba pasando.

Velocidad.

Temeridad.

Valentía.

Otra curva. Los rivales casi tocándose. El coche de seguridad se retiró. Los que iban detrás recuperaron velocidad.

El Chevrolet. El Ford.

Serpentearon, esquivando a los demás corredores. El 46 pisó el acelerador. Era peligroso, casi ilógico, pero por eso no podías dejar de mirar. Llegó el instante crítico donde se debía frenar, respirar para no salirse del circuito; sin embargo, él no lo hizo. El primero tampoco tenía intención, pero en el último segundo dudó. El 46 no. Salió disparado. Y, una recta después, atravesó la meta a trescientos veinte kilómetros por hora.

—Eso ha sido una inconsciencia —comentó Sebastian—. Ha entrado demasiado fuerte.

—Es valiente —dijo Hadley.

—Temerario —la corrigió.

—Ambas cosas suelen ir de la mano y creo que necesitamos las dos —replicó con esa sonrisa que siempre significaba que había tomado una decisión.

Hadley no esperó un solo segundo más, giró sobre sus *peeptoes* de Louboutin y se dirigió a la salida del palco vip.

Sebastian suspiró preocupado.

—Hadley —pronunció despacio—, es imprudente —le recordó, bloqueándole el paso pero sin invadir su espacio—. Un piloto así trae problemas.

Ella negó con la cabeza.

—Un piloto así trae hambre —replicó aún más convencida que antes—. Pasión. Fuerza. Justo lo que nos hace falta.

—La Fórmula 1 no funciona así.

—Pues haremos que a nosotros nos funcione.

Theodore siempre decía que su hija era testaruda y no se equivocaba. Si Hadley no lo fuese, ni siquiera habría acabado haciéndose cargo de ese lío enorme, en primer lugar. Una vez que tomaba la decisión de apostar por algo o por alguien, no había marcha atrás. Iba con ello hasta el final.

Así que no esperó a que Sebastian respondiera.

—Quiero hablar con él —sentenció.

3



Antes incluso de que el piloto se bajase del coche, Hadley ya estaba de camino a los garajes.

El ambiente allí era caótico pero igual de emocionante. Hadley estaba acostumbrada a los *paddocks* de la Fórmula 1, donde todo era gente elegante, vestidos de diseñador y fotógrafos. Incluso los mecánicos parecían sacados de una revista.

En aquel lugar, no. Todos hablaban a la vez, olía a goma quemada y a gasolina y los mecánicos lo celebraban o ahogaban sus penas con una cerveza mientras la música no dejaba de sonar.

Hadley avanzó con decisión, con sus tacones repiqueteando contra el asfalto, hasta detenerse frente al coche número 46.

Un hombre estaba sentado junto a él, quitándose los guantes. Parecía agotado. Tenía el pelo castaño, bigote y barba de tres días. Los ojos, marrones y profundos.

—Jesse James —lo llamó con seguridad y una sonrisa sincera—, soy Hadley Carmichael.

Él no la miró de inmediato. Primero cruzó la vista con el mecánico que estaba con la cabeza metida en el Chevrolet. Durante un par de segundos parecieron tener una especie de conversación telepática y finalmente llevó su vista hacia ella.

—He visto la carrera y ha sido increíble —continuó Hadley—. Más que eso. Sé que muchos pensarán que ha sido temerario, pero yo creo que ha sido valiente. Mucho.

El mecánico sacó la cabeza del capó y se irguió, caminó hasta una pequeña nevera y sacó un botellín de cerveza helada. La abrió con la mano y lanzó el tapón a una pila a unos metros. Regresó al coche y se dejó caer hasta apoyarse, casi sentarse, sobre él.

Tenía la parte superior del mono atada a la cintura, dejando al descubierto la camiseta ignífuga, blanca y ajustada. Llevaba el pelo húmedo castaño claro, prácticamente rubio, echado hacia atrás con las manos y la cara algo manchada de polvo y grasa, haciendo que sus ojos azules, casi grisáceos, casi verdosos, destacaran todavía más.

Con el primer sorbo barrió a Hadley con la mirada de arriba abajo, con descaro.

Ella frunció el ceño.

«¿De qué va? —pensó—. Es un maleducado. ¿Y por qué es tan ridículamente atractivo? ¿Y por qué me siento así?».

«No te distraigas», se riñó.

Ese hombre podía ser todo lo guapo que quisiera, y todo lo descarado también; ella, en aquel momento, estaba por encima de las circunstancias.

—Tiene una forma de conducir realmente buena —Hadley volvió a la conversación que importaba, centrándose en el piloto—. Ese empuje y esa fuerza es justo lo que busco. Me gustaría que se convirtiera en el nuevo piloto de mi escudería de Fórmula 1. Soy la propietaria de Legacy One.

Pronunciarlo, como cada vez, le dejó un regusto amargo en los labios, pero se negó a darle espacio a ese sentimiento.

Jesse la miró estudiándola. Hadley entendió que era justo darle un momento para asimilarlo antes de hablarle del contrato.

—¿Y qué le hace pensar que aceptará?

Las palabras llegaron moduladas a través de un suave acento sureño, pero no fue Jesse quien habló, fue el mecánico.

—No todo el mundo se siente obnubilado por la Fórmula 1 —añadió con una mezcla de desafío y engreimiento.

Hadley recogió el guante incluso antes de entender que lo había hecho. Era su cuerpo respondiendo por ella.

—No es mi intención que el señor James se sienta así —respondió —. Solo le estoy dando una oportunidad.

—Oportunidad —repitió haciendo que el *south drawl*, esa manera de hablar en sitios como Tennessee o Louisiana, convirtiera esa única palabra en algo sexy. Hadley lo notó, aunque no supo cómo ni por qué—, interesante palabra. Yo tengo otra para usted: arrogancia.

Hadley dejó escapar una risa mordaz.

—¿En serio, *tú* —hizo hincapié en el pronombre obviando las formalidades— me estás diciendo que yo estoy siendo arrogante?

Él la miró y una sonrisa torcida y perezosa se deslizó en sus labios.

—Sí, señora —respondió sin un gramo de arrepentimiento.

Solo dos palabras, pero Hadley las notó en cada hueso de su cuerpo. Sintió como si hubieran embotellado el sur y se lo hubiesen dado, como si todas esas cosas que enseñaban las películas —un porche en verano con una cerveza en la mano mientras el sol se ponía, música country en una camioneta, la suave sensación del calor húmedo acariciándote la piel mientras los grillos cantaban al fondo de un campo de maíz— se hubiesen materializado por un

segundo frente a ella, envolviéndola, y una conexión sin nombre ni motivo acabase de crearse llena de chispas.

—La Fórmula 1 es más que un deporte —contestó Hadley obligándose a estallar su propia burbuja—. No puedes decir que eres el mejor piloto de coches del mundo si no ganas allí.

El mecánico negó despacio, como si le estuviera regalando el esfuerzo de hacerlo, y Hadley entrecerró los ojos sobre él.

—Esto es lo real —afirmó señalando vagamente con su cerveza a su alrededor.

—La Fórmula 1 lo es.

—Aquí importa el coche, el piloto y nada más. Es salvaje —hizo una pequeña pausa dejando que esa palabra trepara por la piel de Hadley haciéndole cosquillas—, pero apuesto a que ya te has dado cuenta.

Por un momento se quedaron mirándose a los ojos. Los de él, ella aún no lograba identificar si azules o grises o verdes, los de ella, castaños. Hadley nunca había conocido a un hombre así. ¡Era odioso! Tan seguro de tener razón, tan encantado de conocerse. Además, se había permitido juzgarla sin ni siquiera haber cruzado cuatro palabras con ella. La estaba tratando como si fuera una cría rica incapaz de entender el mundo en el que se movía.

—Y también a que te ha encantado, ¿eh? —remató él la conversación mirándola por encima de su botellín. Otra vez descarado. Otra vez engreído.

—¿Quién te crees que eres? —planteó Hadley.

—El que te ha calado a la perfección.

—No me conoces —replicó.

—No lo necesito —respondió encogiéndose de hombros con tanta naturalidad que pareció casi un insulto—. Me basta con ver tu vestido, tus zapatos, tu peinado y saber que no encajas aquí y no

sabes nada de esto. Tu sitio está en la gran ciudad, en una mansión y, por supuesto, en un *paddock* de Fórmula 1 —añadió como si eso fuera lo peor de todo mientras seguía luciendo esa irritante sonrisa.

—Jugar a analizar a las personas es barato y superficial —contestó sin achantarse. Hadley era muy dulce y confiada e impulsiva y visceral también, pero ella elegía con quién serlo... Criarse entre hienas de la alta sociedad le había dado el superpoder de no dejar que nadie la tratara como ella no quería que la tratasen—. Yo podría hacer lo mismo contigo y decir que lo que pasa es que te asusta dar el salto a lo grande y jugar con los mayores.

Al oírla, se humedeció el labio inferior ocultando una sonrisa. Debería haber sido un gesto inocente, pero tenía mucho de peligroso, demasiado, y algo dentro de Hadley se tensó deliciosamente al entenderlo.

—No pasa nada, lo comprendo —continuó ella—. Aunque tampoco eres ningún niño, ¿no? Deberías tener en cuenta que la edad juega en tu contra para ser el mejor. ¿Tienes treinta? —planteó ladeando la cabeza sin levantar la mirada de él.

—Treinta y dos —respondió.

Ella asintió como si le estuviera dando el pésame.

—Y tú vienes de ¿Connecticut? —planteó él para dejar clara su teoría.

—Nueva York —sentenció Hadley.

La miró a los ojos y esa sonrisa torcida volvió.

—Fallo mío —sentenció, pero no sonó como si lo creyera, más bien fue todo lo contrario, como si cualquier cosa por encima de Carolina del Norte no tuviese ningún interés para él.

Hubo un poco más de desafío, de miradas, de chispa, de conexión.

Hadley se obligó a centrar toda su atención en Jesse James y pasar de ese mecánico demasiado atractivo para traer nada bueno.

—Entiendo perfectamente cuándo alguien conduce con instinto y estoy convencida de que podría ganar y ser un gran piloto en la Fórmula 1. No tiene que dudar. Puede con ello.

El mecánico alzó una ceja.

—Eso suena a alguien que cree que cualquier piloto correría en la Fórmula 1 como si nada.

—Y tú suenas como alguien que se tiene demasiado aprecio.

Soltó una risa baja.

—Eres tú quien ha venido aquí pensando que nadie diría que no.

Hadley cruzó los brazos.

—He venido a ofrecer una oportunidad.

Él volvió a asentir. Hadley sintió un tirón que no supo entender.

¿Por qué se comportaba así? ¿Quién demonios era ese hombre?

«Me da igual», refunfuñó Hadley.

«Pues no lo parece», le replicó la voz de su conciencia.

—¿Acepta o no? —volvió a centrar la conversación Hadley, olvidándose de ese tipo y centrándose en Jesse. Al fin y al cabo, estaba aquí por él.

—Eso tendrás que preguntármelo a mí —respondió el mecánico separándose por fin del coche.

—¿Y se puede saber por qué? —preguntó Hadley molesta volviéndose hacia él.

—Porque yo soy Jesse James.

4



Hadley entrecerró los ojos un segundo y pensó muchas cosas durante los siguientes. Lo enfadada que estaba, por ejemplo. Lo idiota que era él, también. ¡En serio, ¿quién se creía que era?! ¡Ya era urgente saberlo! Sin embargo, empujó todo eso hacia abajo; le costó, muchísimo, pero, por muy de los nervios que le pusiera Jesse, al final estaban hablando de negocios y ella iba a controlar la situación.

—Lo siento, señorita Carmichael —se disculpó el hombre al que había tomado como al piloto.

Cody Lee, ese era su verdadero nombre, apartó la mirada un poco incómodo. Se levantó y se alejó unos pasos para no acabar en medio del fuego cruzado.

Hadley observó como huía y volvió a centrarse en Jesse. Él seguía mirándola sin ningún tipo de problema, casi divertido, y con el mismo desafío en esos ojos de un color imposible.

Podría haber hablado, haberle puesto las cosas más fáciles, pero Jesse no tenía ninguna intención. No porque estuviese molesto o enfadado, ese no era el caso, sino porque la gente de gran ciudad con grandes ínfulas que pensaba que los demás ardían en deseos de ser como ella no le gustaba. No se podía confiar en esa clase de

personas. Además, una parte de él estaba disfrutando poniéndole las cosas complicadas justo a ella.

—Me da igual quién sea Jesse James, tú o él. —Hadley dijo exactamente lo que quería decir—. El trato era para el piloto del coche 46 y sigue en pie.

Jesse le sostuvo la mirada antes de perderla completamente a propósito a un lado mientras volvía a esbozar una sonrisa a la vez que se humedecía el labio inferior.

—¿Y si no me interesa? —planteó provocador, volviendo a llevar su vista hacia ella.

Eso era lo que Jesse era y lo que mejor sabía ser, incluso se le daba mejor que pilotar coches a toda velocidad: un maldito provocador. Con los hombres normalmente terminaba en pelea y una cerveza fría después; con las mujeres, en la cama... y una cerveza fría después.

—Obviamente puedes hacer lo que quieras —respondió Hadley—, pero, si lo rechazas, creo que estarás de acuerdo conmigo en que dejarás clara una cosa.

—¿Cuál, si puede saberse?

—Que tienes miedo —sentenció sin dudar. Jesse dio un trago a su cerveza y se levantó mientras la tragaba con esa expresión engreída, divertida e irritante. Cadencioso, caminó hasta quedarse a unos pocos pasos de Hadley—. Puede que seas muy valiente montando en un coche, pero no lo eres en la vida real.

Él guardó silencio un momento, marcando el tempo, asegurándose de que las cosas pasaban cuando él quería que pasasen.

—Señorita Carmichael —le dijo, no por sonar educado, sino para recordarle de dónde venía sin siquiera mencionarlo. A Hadley le picó más que si la hubiese llamado «princesita de Nueva York»—, solo hay dos cosas en las que creo: Dios y el estado de Tennessee, y

puedo jurar por ambas que el miedo no tiene nada que ver con mi decisión respecto a este asunto.

—Entonces... —dejó ella en el aire.

—¿Qué? —replicó torturador él sin darle tiempo a pensar, sin apartar los ojos de ella cuando ya estaban tan cerca.

Hadley no pudo evitar sumergirse en ellos. Dependiendo de la luz eran azules, verdes, grises; eran increíbles.

Jesse olía a gasolina y a metal caliente, y por un momento, solo una fracción de décima de segundo, Hadley se preguntó a qué sabría.

—Te estoy ofreciendo una oportunidad por la que muchos matarían —le recordó.

Él negó con la cabeza dando un paso más, casi acomodándola contra él sin llegar a tocarla. Hadley notó chispas, notó calor.

—El día que entendáis que lo que os importa solo os importa a vosotros... —comentó Jesse con ese acento acariciando cada palabra.

—¿Otra vez generalizando?

Jesse torció los labios.

—Puede ser —confesó sin remordimientos—. ¿Otra vez dando por hecho que voy a correr a decir que sí?

Hadley le mantuvo la mirada. Aquello era un duelo y ella no podía perderlo. Lo que estaba en juego era demasiado importante. Pensó. Rearmó las bases.

—¿Qué necesitarías para aceptar? —cambió de estrategia.

Fuera lo que fuese, ella se encargaría. Jesse la miró entendiendo exactamente eso. Y Hadley frunció el ceño al darse cuenta de que esa podía ser la idea por la que justamente se negase.

Trató de reelaborar el plan y decir algo más, pero él no le dio tiempo. Se separó de ella, se volvió y echó a andar hacia la parte

trasera de la zona de los garajes. En cuanto llegó a la altura de Cody Lee, este se levantó y se colocó a su lado.

—No me has contestado —le recordó Hadley.

—No lo sé —respondió al fin sin darse la vuelta ni dejar de caminar.

—Eso significa que tienes que pensarlo, lo entiendo...

—Eso significa que no pienso hablarlo aquí, Nueva York —la interrumpió Jesse de nuevo sin parar ni mirarla—. Si quieres convencerme, tendrás que venir a buscarme.

Hadley frunció el ceño.

—¿A dónde?

—A Tennessee.

5



El *jet* relucía en la pista privada del aeropuerto. Parecía recién salido de fábrica, como todo lo que rodeaba a la familia Carmichael.

Hadley salió del Rolls decidida, le dio las gracias a su chófer con una sonrisa y se dirigió llena de seguridad a las escalerillas.

—Sigo pensando que no es una buena idea.

La voz de Sebastian la frenó y se giró hacia él. Dio una larga bocanada de aire, levantando los hombros en el proceso. No era la primera vez que hablaban de eso a lo largo de aquella mañana y Hadley ya había dejado clara su postura.

—Voy a ir —sentenció—. Legacy One necesita un piloto así.

—Hay otros pilotos —le recordó Sebastian.

Ella negó con la cabeza.

—Dos se han marchado en lo que va de temporada. Ninguno es capaz de darlo todo hasta el final.

—¿Y qué pasa con Edward?

—Edward es bueno, pero no lo suficientemente... arriesgado —completó la frase Hadley después de necesitar un segundo para encontrar la palabra adecuada.

—Querrás decir temerario —la corrigió Sebastian con ese aire de profesor sexy echando una reprimenda.

—Sí, temerario —admitió ella sin arrepentirse—. Es lo que necesitamos y Jesse James lo es.

Sebastian se quedó observándola. No la estaba estudiando, era otra cosa. Hadley podía ser demasiado impulsiva, pero eso no era el problema, él podía protegerla. Lo que realmente le preocupaba era Jesse.

—¿Por qué no aceptó el trato en Daytona? —planteó él.

Era incapaz de entender por qué Hadley había accedido a seguirlo a Tennessee.

—No lo sé —respondió sincera—. Dijo que no era el lugar para hablar de esas cosas.

Sebastian resopló mentalmente. ¿En serio el garaje de una carrera no era el lugar ideal para hablar de un contrato para un piloto? Sonaba a chiste malo.

—No quiero que juegue contigo —pronunció.

—No va a jugar. Me conoces, Seb —añadió—. Sé defenderme y sé marcar mis límites. Voy hasta allí porque haré lo que haga falta para que Legacy One salga adelante.

Una ligera brisa de mediados de mayo cruzó la pista del JFK moviendo suavemente el bajo del vestido de Hadley.

—El problema es que él puede saber todo eso y usarlo a su favor.

—Bueno —se encogió de hombros con ese aire dulce que a veces parecía ocultar el hecho de que era una mujer que tenía muy claro cómo funcionaba el mundo—, tendré que ser más lista.

Sebastian negó con la cabeza un par de veces con la vista perdida en ninguna parte en realidad antes de volver a centrar sus ojos en ella. La idea seguía sin gustarle lo más mínimo. Hadley se dio cuenta y caminó hasta quedarse frente a él.

—Déjame al menos que vaya contigo —propuso—. Pospondré la reunión con los accionistas de...

Ella lo interrumpió colocando las palmas de las manos en su pecho.

—No hace falta —replicó manteniéndole la mirada—. Me las apañaré.

—Puedo ocuparme de esto por ti.

Hadley dudó. No quiso, pero lo hizo; al fin y al cabo, Sebastian solo la estaba protegiendo...

—Es cosa mía —respondió en cambio, porque lo cierto era que esa manera de protegerla la hacía sentir insegura y eso no le gustaba. Ella era consciente de lo que era capaz. No podía flaquear.

—Está bien —cedió Sebastian.

Hadley sonrió.

—Pues vámonos —dijo apartándose con una sonrisa y encaminándose de nuevo a la escalerilla del *jet* llena de energía.

Sebastian la siguió con la mente yéndole demasiado rápido en demasiados sentidos.



Menos de tres horas después aterrizaron en el aeropuerto de Memphis. La ciudad los recibió con casi treinta grados y una humedad sofocante. Todo el estado estaba inmerso en una de las peores olas de calor de los últimos años.

—En Nueva York están a veinte perfectos grados —gruñó Sebastian ajustándose la chaqueta.

Hadley lo miró de reojo mientras ambos caminaban hacia el coche y sonrió. Sebastian era una persona que cuidaba mucho su imagen. Era una norma en la familia Aldridge que había aprendido desde

pequeño, así que era materialmente imposible que se quitara la chaqueta y se paseara por ahí en mangas de camisa.

—Pues yo creo que deberíamos disfrutar —respondió deteniéndose un segundo, cerrando los ojos y apuntando su cara hacia el sol.

Cuando él la miró confuso con el ceño fruncido, ella rompió a reír.

—Vámonos al hotel antes de que te derritas dentro de ese traje. Creo que Hugo Boss no los diseñó para eso —añadió burlona.

El tráfico les dio un poco de tregua y no tardaron en llegar al Peabody, el hotel más exclusivo y casi aristócrata de la ciudad. Era clásico, elegante y una opción segura.

Hadley revisó su móvil. Tenía varios mensajes, la mayoría de Presley, su mejor amiga, pero también había uno de su padre y dos de Vivian, su madrastra. Al contrario de lo que las películas Disney se habían empeñado en perpetuar, no todas las madrastras eran malvadas. Hadley adoraba a Vivian y el sentimiento era más que mutuo. Además, la admiraba muchísimo. Tenía su propia empresa, que había levantado de la nada, y con tan solo treinta y cuatro años era una de las gestoras de crisis más importantes y reclamadas, incluso a nivel internacional.

Miró el reloj. Tenía que salir ya o no llegaría a tiempo. Decidió contestar los whatsapp a la vuelta y salió de la habitación. El coche y su chófer ya la esperaban abajo. Sebastian ya se había marchado a su primera reunión.

Hadley intentó empaparse de todo lo que pudo durante el viaje. Memphis le pareció una ciudad eléctrica y llena de vida. Los rascacielos competían con edificios de no más de una planta de un precioso ladrillo visto de un intenso color rojizo y los locales estaban llenos de las promesas de neones que convertirían las noches de la ciudad en magia.

Pero lo mejor fue que, cuando empezaron a salir de Memphis, el asfalto se transformó en caminos de tierra, y todos esos edificios, en campos de girasoles, trigo y maíz. Lo que antes parecía eléctrico en ese momento era una suave calma llena de paz y cosas antiguas, pero esenciales.

Nadie podía decir que el cambio era brusco, las dos versiones de la ciudad coexistían, se complementaban. Hadley no pudo evitar pensar que así era como debía ser. Daba igual lo diferente que fueran dos cosas, siempre podían ayudarse a ser mejores.

Finalmente, el coche se detuvo frente a una casa de madera con el techo de un tenue marrón y las paredes color crema y blanco. Era sencilla, pero muy bonita. El porche delantero estaba rodeado por una baranda también de madera blanca y separado del suelo por cuatro escalones.

Varios árboles grandes albergaban la casa, protegiéndola, y el viento, que cada vez soplaba con más fuerza, movía las hojas, haciéndolas sonar.

—Puedes irte —le dijo amable al conductor—. Te avisaré cuando vaya a marcharme para que me recojas.

Él asintió.

—Tenga cuidado, señorita. Este viento trae lluvia.

—Lo tendré, gracias.

El todoterreno se fue rodando suavemente sobre el camino de tierra y Hadley dio un paso hacia delante. No tenía miedo. Una mezcla de expectación y emoción le recorría el cuerpo. Una pequeña sonrisa se coló en sus labios mientras su corazón se aceleraba. Sentía que estaba exactamente donde debía estar. Por Legacy, pero también por ella. ¿Aquello tenía algún sentido?

Se oyeron pasos dentro de la casa, unas botas contra el suelo de madera. La puerta se abrió, una mano empujó la otra de malla de

metal y Jesse apareció en aquel porche.

Llevaba unos vaqueros gastados y una camiseta de manga larga remangada con cuatro botones en el cuello redondo. Los dos primeros estaban desabrochados. El pelo castaño claro, casi rubio, seguía revuelto como si se lo hubiese peinado con las manos, como si no lo hubiese hecho en absoluto y esos ojos que no había sido capaz de descifrar continuaban jugando a esconder su color.

Jesse la miró. No dijo nada. Pero ella se sintió vista.

Él caminó hasta apoyarse en la baranda de madera que rodeaba el porche. Sus ojos volvieron a encontrarse.

—Aquí estoy —dijo ella.

Jesse se humedeció el labio inferior ocultando una sonrisa. Ese gesto que Hadley ya había aprendido que significaba más.

—Aquí estás —sentenció.

Y el viento volvió a colarse entre los árboles, haciéndolos sonar.

6



Jesse no pensó que Hadley llegaría hasta Tennessee. Aun así, cuando la vio allí, no se sorprendió.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Sabía qué era, pero también que esa pregunta era el punto de partida de esa conversación. No es que tuviera especial interés en tenerla, pero le había dicho que, si iba hasta allí, la escucharía y Jesse siempre cumplía su palabra.

Hadley también sabía que él sabía lo que ella quería, pero entendió las normas del juego.

—Quiero que seas el piloto de Legacy One.

—Ya tenéis un piloto.

—No es el hombre que necesitamos.

Jesse le mantuvo la mirada. No se escondía. Eso tenía que reconocérselo.

En ese instante alguien silbando apareció desde el lateral de la casa. Hadley lo reconoció de inmediato. Era el hombre que confundió por Jesse en Daytona.

Cuando él la vio, sonrió. La sonrisa de alguien que había ganado una apuesta.

—Señora —la saludó levantando ligeramente la visera de la gorra que llevaba. Tenía el mismo acento que Jesse.

—Hola —le respondió Hadley con una sonrisa.

Por unos segundos los tres se quedaron en silencio. Jesse estaba cómodo así, era su elemento; Hadley estaba esperando para una nueva ronda en la conversación que se traían entre manos, y Cody Lee supo que era el momento de complementar el carácter de su mejor amigo.

—¿Le apetece algo de beber? —le preguntó.

Ella asintió.

—Sí, gracias.

Cody Lee entró en la casa y salió con tres cervezas. Le pasó una a Jesse y dejó la suya en la mesa para poder abrir la de Hadley antes de entregársela.

Con un golpe de cabeza, Jesse le señaló la mesa a unos pasos, con dos sillas que parecían más de playa que de jardín. En cuanto Hadley se sentó en una de ellas, Cody Lee lo hizo en la otra y Jesse se acomodó en el primer escalón del porche.

—Aquí las conversaciones importantes siempre empiezan así —le dijo Cody Lee a Hadley divertido antes de guiñarle un ojo.

Hadley volvió a sonreír. No sabía por qué, pero la verdad era que se sentía extrañamente cómoda. Tenía algo que ver con el ambiente, con que se estuviera poniendo el sol con una mezcla imposible de naranjas y dorados iluminándolo todo, volviéndolo del color de una espiga de trigo, o aquellos árboles, o ese calor húmedo que cruzaba el ambiente.

—Me gusta este sitio —pronunció mirando hacia el atardecer.

No lo hizo para ganarse a Jesse y él lo entendió.

—Es muy diferente de Nueva York —marcó él lo obvio.

—Al contrario de lo que has dado por hecho, nunca he considerado que Nueva York fuese el único sitio que merece la pena,

Memphis —se burló de él usando su ciudad como apodo, exactamente como él había hecho con ella.

Cody soltó un silbido y Jesse se llevó el botellín a los labios ocultando una sonrisa. Hadley hizo lo mismo, pero no se molestó en esconder su gesto, que tenía un deje de orgullo.

A Jesse empezaba a picarle la curiosidad porque, sí, había dado por hecho que Hadley era la típica niña rica que pensaba que solo las cosas que podías encontrar en una gran ciudad eran importantes; en cierta manera lo seguía pensando, pero ella decía cosas como esa, había ido hasta allí, sola, valiente, y de pronto las piezas ya no encajaban en el puzle.

—¿Por qué crees que yo soy el piloto que estás buscando? —preguntó Jesse.

—Te vi correr.

—Una vez. —Torció los labios desdeñoso—. Pudo haber sido suerte.

—¿Ahora es cuando tengo que regalarte los oídos diciéndote que sé que no?

—No, ahora es cuando me dices que me necesitas y yo sigo haciéndome el interesante.

Hadley soltó una risa mordaz.

—Te caes demasiado bien.

—Nunca he afirmado lo contrario.

Los ojos de él atraparon los de ella. Hadley le mantuvo la mirada, pero por dentro sentía un pequeño motín, su cuerpo despertándose de nuevo como en el garaje, centímetros nuevos iluminarse, llenarse de música, brillar.

—No somos el mejor equipo —confesó—, ni tenemos el mejor coche, pero hay mucho potencial y estoy segura de que saltará con

el piloto adecuado, uno que no levante el pie del acelerador cuando la cosa se ponga complicada.

Jesse sonrió.

—Eso es peligroso.

—Soy consciente de lo que pido.

—Eso ya es algo.

—También sé que no sería la primera vez que lo intentaras en la Fórmula 1.

Las palabras tocaron algo dentro de Jesse, pero, como cada vez, no le dio espacio para quedarse. Aquella historia pertenecía a su pasado y, cuando algo está en ese lugar, darle vueltas no va a hacer que tenga otro final.

—Parecía gustarte muy poco y no suele ser lo normal en los pilotos, así que hice un par de preguntas —se explicó—. ¿Quieres saber lo que me contaron?

Jesse le dio un trago largo a su cerveza.

—Lo que pasó, pasó —sentenció—. No me arrepiento ni tampoco quiero redimirme.

Cody Lee lo observó. Pareció querer decir algo, pero guardó silencio.

Hadley asintió.

Ella no sabía la historia completa, ni siquiera gran parte. Solo le habían mencionado que se había metido en un lío, que había cabreado a quien no debía y que había acabado fuera del equipo cuando era uno de los pilotos más prometedores aquella temporada.

—Si aceptas, tendrás menos de una semana para prepararte.

—¿Quieres que me haga con un coche de Fórmula 1 en una escudería nueva en una semana?

—Y que ganes el Gran Premio que toca, Mónaco, siendo precisos.

—Si quieres, también puedo hacerte un truco de magia y pintarte un retrato mientras estoy al volante.

—No te exijas tanto —replicó burlona.

Hadley le dio un trago a su botellín. Era consciente de que estaba pidiendo un imposible, pero también de que ya iba siendo hora de que las tornas giraran un poco y fuera ella quien le lanzara un desafío a él.

Una sonrisa —la sonrisa, torcida, perezosa e irritante— volvió a los labios de Jesse. Otro gesto que Hadley estaba aprendiendo a asociar solo con él.

—No saldrá bien —le aseguró Jesse.

Podría aceptar cobrar una millonada y pasearse de circuito en circuito el resto de la temporada, pero no quería engañarla. No lo hacía con nadie, pero justo en aquel momento no quería hacerlo con ella.

—No puedo permitirme otra posibilidad. Legacy One es demasiado importante.

Si hubiese estado hablando con cualquier otra persona, Jesse habría tenido claro que era un problema de dinero, recuperar la inversión, seguir funcionando, pero no era ningún estúpido y Hadley era una Carmichael. Esa familia tenía más dinero que el resto de los ciudadanos del país juntos. Tener una escudería podía contar perfectamente como capricho... Y aun así algo le decía que la cosa no iba por ahí para nada.

Hadley guardó silencio un puñado de segundos. No porque dudase, sino porque había cosas que no le apetecía rememorar. Sin embargo, se negaba a que fuera un recuerdo triste y simplemente habló de él.

—Legacy One era el sueño de mi hermano Calder. Murió hace un año y yo decidí seguir adelante con el proyecto por él.

Hadley adoraba a su hermano mayor. Era su persona favorita en el mundo. Divertido, inteligente, con carisma, protector. Era su mejor amigo y su mayor apoyo. Su familia, en todos los sentidos bonitos de la palabra.

Jesse, que estaba apoyado contra la columna del porche, perdió su vista al frente. El sol casi había desaparecido y la noche empezaba a tomar el cielo.

—Siento tu pérdida —contestó sincero—, pero no voy a aceptar por eso. Por aquí, los hermanos mayores no siempre significan buenos recuerdos.

Hadley frunció el ceño y esperó algo más de información, pero Jesse mantuvo silencio. Cody Lee tampoco dijo nada y, con la mirada clavada en algún punto del suelo, en el pasado, en realidad, le dio un trago a su cerveza.

—No espero que aceptes por eso —respondió Hadley—. Esos son mis motivos, no los tuyos. Quiero que aceptes porque quieras hacerlo, porque quieras ganar, o esto no saldrá bien.

Había probado con pilotos cegados por el sueño de la Fórmula 1, con los que lo hacían por el dinero, incluso con los que les motivaba la fama y la perfección de ese deporte en concreto, como pasaba con Edward, y nada de eso parecía funcionar. Necesitaba a alguien que conociese los problemas, los peligros, y aun así siempre eligiese ganar, costara lo que costase.

Jesse asintió.

—Si acepto, lo haré por mí —contestó sin dudar— y por ti.

No lo dijo en un sentido romántico, ni siquiera por empatía. Lo hizo porque ella era quien estaba al otro lado de la mesa. Si aceptaba, eso los uniría en el mismo frente. La frase de Jesse era como un acuerdo de palabra.

Hadley lo entendió.

—Es lo justo —respondió—. Mañana por la tarde salgo a Mónaco. Si aceptas, te espero en el aeropuerto de Memphis a las cinco.

Ya había dicho todo lo que tenía que decir. La pelota estaba en el tejado de Jesse.

Hadley se levantó. En el momento en el que lo hizo, Jesse y Cody Lee hicieron lo mismo. Ella sacó el móvil de su bolso y dio un paso hacia el porche.

—Gracias por escucharme —le dijo a Jesse. Se giró hacia Cody Lee y sonrió—. Gracias por la cerveza.

—Un placer —contestó el amigo de Jesse.

Hadley giró sobre sus talones, aunque francamente no quería hacerlo, le gustaba aquel lugar. Se había hecho de noche y los grillos empezaban a cantar. Se respiraba paz.

No se había alejado más de un par de pasos cuando sintió cómo le caían un par de gotas. Frunció el ceño y abrió el registro de llamadas para ponerse en contacto con el conductor.

No pudo hacerlo. De pronto empezó a llover, pero no de una manera normal, aquello era una lluvia torrencial. Hadley se quedó inmóvil, pillada completamente por sorpresa. Solo fue un segundo, pero, antes de que pudiera reaccionar, sintió unos dedos rodear su muñeca y tirar de ella hasta hacerla correr. Al girarse, vio a Jesse guiándola de nuevo hasta el porche.

Subieron las escaleras y al fin consiguieron refugiarse.

—Pero ¿qué ha sido eso? —preguntó confusa.

No había habido previo aviso, solo dos gotas y de repente estaba cayendo el diluvio universal.

—En esta época del año funciona así —explicó Cody Lee—. Un par de segundos bajo esta lluvia y acabas calado hasta los huesos.

Por inercia, Jesse observó a Hadley. Su pelo castaño en ese instante le caía húmedo hasta casi tocarle los hombros y la camiseta

se le había pegado a la piel igual que la falda de flores, y probablemente tendría las zapatillas empapadas. Parecía más frágil, más pequeña, pero extrañamente más valiente.

—Ni siquiera he tenido tiempo de llamar al conductor —comentó Hadley.

—Olvídate de que un coche atraviese los caminos de tierra para llegar hasta aquí con esta lluvia —contestó Jesse.

Solo las camionetas preparadas podían hacerlo y, aun así, era arriesgado. Cuando diluviaba de esa manera, lo mejor que podías hacer era prepararte algo de comer y quedarte en casa.

—¿Y qué voy a hacer? —planteó mirando al cielo, tratando de discernir cuándo dejaría de llover.

—De momento, cambiarte de ropa si no quieres pillar una pulmonía —respondió Jesse como si fuera obvio— y, a no ser que el cielo nos sorprenda a todos y deje de llover, quedarte a dormir.

7



Jesse caminó hasta la puerta, la abrió y la mantuvo así mientras sus ojos dominaban los de Hadley. Ella recordó todas las veces que había oído que Jesse James era peligroso, las que lo había pensado, pero aun así echó a andar y cruzó el umbral de aquella casa.

Lo primero que sintió cuando el suelo de la casa crujió bajo sus pies fue que aquello era un refugio. Era sencillo, pero estaba lleno de la calidez de las cosas importantes. Un sofá viejo, mullido y cómodo; una lámpara en una esquina llenando el salón de la luz más bonita del mundo; una mesa redonda de madera pesada y estable, cuatro sillas a su alrededor.

Los muebles no hacían juego, no había nada elegante, pero es que aquel lugar no lo necesitaba. Olía a las flores silvestres del jardín cuyo aroma se colaba por todas partes, a madera y a jabón.

Hadley se fijó en una foto en una de las estanterías. Era de dos chicos de unos diez años con el pelo rubio, la cara y las camisetas manchadas de grasa y dos sonrisas enormes. Uno de ellos le pasaba el brazo por los hombros al otro, los dos delante de un coche con el capó abierto. Sonrió. Estaba segura de que eran Jesse y Cody Lee.

Siempre habían sido amigos. Esa idea, no supo por qué, le gustó.

En otra foto, Jesse debía de tener unos veinte. Estaba vestido con un mono de competición delante de un Chevrolet con el número 46.

Se veía igual de seguro que en aquel momento. Hadley volvió a sonreír. Igual de engreído. También parecía satisfecho, orgulloso... feliz.

—Aquí tienes. —La voz de Jesse le hizo volver la cabeza.

Él se detuvo a su lado con una sudadera doblada y lo que parecía un pantalón de chándal.

—¿Dónde es esta foto? —preguntó señalándola.

Jesse frunció el ceño.

—¿No te preocupa lo más mínimo que piense que estabas cotilleando?

Hadley se encogió de hombros en absoluto arrepentida.

—Estaba cotilleando —sentenció.

La clara aceptación del delito pilló por sorpresa a Jesse, que sonrió. El gesto automáticamente se calcó en los labios de ella.

—La primera vez que gané en Indianápolis.

Hadley volvió a mirar la foto.

—¿Toda tu vida han sido las carreras? —indagó.

—Toda mi vida han sido los coches —contestó Jesse cruzándose de brazos y apoyando el costado en la pared—. Lo de las carreras llegó después.

—¿Cuándo?

—Estás preguntando demasiado.

—Y tú te estás escondiendo —replicó rápida manteniéndole la mirada.

Jesse se separó de la pared sin decir una palabra al tiempo que se descruzaba de brazos y daba un paso hacia ella. La distancia tan pequeña obligó a Hadley a levantar la cabeza para poder seguir mirándolo a los ojos. A Jesse le gustó, lo calentó por dentro.

—Desafiarme —pronunció con la voz ronca, llena de un salvaje magnetismo capaz de rendir imperios a la vez que se inclinaba sobre

ella— no va a valerte siempre para salirte con la tuya.

Por un instante Hadley perdió la capacidad de hablar. Jesse estaba muy cerca y su cuerpo lo notaba, como las cerillas notan cuando se prende la llama.

—¿Qué hay de malo en saber un poco más de ti?

—Nada —respondió Jesse sincero negando con la cabeza—, pero soy yo quien decide qué contarte y cuándo hacerlo.

—¿Y si no puedo esperar?

Jesse le mantuvo la mirada sin ningún problema, dejando que esa seguridad que siempre lo bañaba de pies a cabeza brillara hasta cegarlo todo.

—Pues a lo mejor tienes que suplicar, señorita Carmichael.

Hadley tuvo la sensación, otra vez, de que Jesse la tocaba aunque sus manos no se hubiesen movido.

La lluvia cayendo constante contra las ventanas, sobre el techo, los aislaba de todo.

—Cámbiate —le ordenó Jesse—. Después cenamos.

Hadley recogió la ropa y fue hasta el baño.

Regresó a los pocos minutos envuelta en una sudadera que le llegaba hasta la mitad del muslo y unos pantalones de chándal que le estaban ciertamente enormes.

Se remangó las mangas camino de la cocina, donde Jesse y Cody Lee estaban preparando la cena.

—¿Con qué me pongo? —planteó, pero la pregunta murió en sus labios cuando Jesse caminó hasta ella, la cogió de las caderas y la sentó en la encimera.

—Quédate ahí y no estorbes —le dijo, y al final de la frase su irritante sonrisa hizo acto de presencia.

Las manos de Jesse abandonaron la piel de Hadley tan rápido como llegaron, sin quedarse un segundo de más. Ni siquiera pareció

darle importancia. Solo fue práctico, físico, directo, pero Hadley sintió todos esos adjetivos y un par más un poco más complicados.

—Así que este es el legendario encanto sureño —se burló desde la encimera.

Jesse no la miró, pero la recordó con su sudadera que le quedaba enorme y esbozó otra sonrisa.

—Así hacemos las cosas por aquí, Nueva York —sentenció.

Los chicos siguieron preparando la cena. Menos de una hora después los tres estaban sentados a la mesa disfrutando de pollo frito picante, ensalada de col y pan de maíz.

Hablaron un poco de todo, menos de Legacy One o la Fórmula 1, y de nada. Música, programas de televisión, cómo era viajar, cómo era quedarse en Memphis, incluso de las chocolatinas preferidas de cada uno. Hadley fue muy clara: «Ninguna Goo Goo Cluster puede compararse a una 3 Musketeers».

Al terminar, ella se levantó y empezó a recoger los platos, era lo mínimo que podía hacer ya que no la habían dejado ayudar con la cena, pero, en cuanto alcanzó la verticalidad, Jesse y Cody Lee hicieron lo mismo y empezaron a coger platos y vasos. Hadley sonrió camino del fregadero. Ya se había dado cuenta de que los dos tenían esa clase de modales. Si ella se levantaba, ellos lo hacían. Jesse le había abierto la puerta, Cody Lee, la cerveza, y, durante la cena, le habían servido primero.

A Hadley le gustó. Obviamente estaba acostumbrada, pero en Nueva York, en las cenas de alta sociedad, siempre le había parecido algo impostado; allí sonaba real.

—Creo que es un buen momento para marcharme a casa —anunció Cody Lee dejando un par de vasos en la pila—. Pasamos demasiado tiempo juntos —picó a Jesse.

—Vives en esta propiedad —replicó el aludido cerrando el frigorífico, donde acababa de dejar las sobras—, literalmente a diez metros.

Cody Lee fingió mirar al infinito melodramático.

—Mi remanso de paz —soltó.

Hadley sonrió y el amigo de Jesse le guiñó un ojo divertido.

—Señora —se despidió colocándose la gorra.

—Eso no va a protegerte de la lluvia —le recordó Jesse.

—Pues serán diez metros muy interesantes —respondió abriendo la puerta.

El ruido de la lluvia se hizo más fuerte, recordándoles a los tres que lo que había allí fuera era una auténtica tormenta.

—Buenas noches, Cody Lee —se despidió Hadley.

Para cuando la puerta se cerró, ella ya estaba camino de su bolso. Sacó el móvil. Tenía mensajes pendientes, pero, sobre todo, quería hablar con Sebastian. Seguro que estaba preocupado.

Sin embargo, el teléfono parecía no pillar cobertura.

Hadley frunció el ceño.

—¿En serio...? —protestó en un murmullo sin levantar los ojos del pequeño símbolo en la esquina superior de la pantalla.

—Es la lluvia —le explicó Jesse—. La señal volverá cuando pare.

Hadley resopló, dejó el móvil junto a su bolso y se olvidó de él. Enfadarse no iba a hacer que la cobertura regresase. Tocaba adaptarse. Solo esperaba que Sebastian no se preocupase demasiado.

—¿Podrás sobrevivir sin tu teléfono una noche? —se burló Jesse.

Ella torció los labios.

—No me preocupa, siempre puedo pedirte que me enseñes a hacer señales de humo.

Jesse asintió grandilocuente.

—Yo soy más de palomas mensajeras.

Hadley le mantuvo la mirada. Quería seguir con la broma, pero no pudo más y rompió a reír.

El sonido se hizo pequeño hasta diluirse en esa especie de suave silencio que se había extendido entre los dos, en toda la casa. Era extrañamente cómodo, peligrosamente sencillo. Algo a lo que podías acostumbrarte demasiado rápido.

—Quédate con la cama —dijo Jesse señalando vagamente hacia el dormitorio—. Yo dormiré en el sofá.

Hadley negó con la cabeza casi interrumpiéndolo.

—No me parece bien robarte tu cama.

Jesse atrapó sus ojos castaños. Con esa luz, los suyos parecían más grises que nunca.

—No hay ninguna posibilidad de que yo duerma en una cama mientras tú lo haces en un sofá.

No dejó espacio para las dudas ni para las réplicas. Hadley se dijo que era por eso de los modales de chico del sur, pero su cuerpo volvió a encenderse despacio, sin miedo, disfrutando del fuego que empezaba a arder.

No dijo nada más y se dirigió hacia la habitación. Ese silencio, la calidez que se respiraba, pareció guiarla, seguirla, envolverla. Jesse lo notó.

Justo antes de entrar, se giró.

—Buenas noches, Jesse.

Tres palabras, un mensaje claro, normal, pero parecieron sonar muchas más cosas.

Él la miró, con su ropa, en la puerta de su dormitorio, con el pelo recogido en un moño sin ninguna intención. Si en aquel momento hubiese pensado en una palabra, habría sido *familiaridad*.

—Buenas noches, Hadley.

Y sus tres palabras también dijeron más cosas, muy bajito.

La noche fue avanzando. La lluvia siguió cayendo. Ella, en esa cama que olía a Jesse. Él, en el sofá, bocarriba, con el antebrazo bajo la cabeza y la otra mano descansando en su pecho desnudo, con la mirada al techo. Los dos eran conscientes de dónde estaba el otro. El repiqueteo de las gotas se empeñaba en recordarles que estaban solos allí, que la intimidad era exactamente eso.

Que eran solo... ellos.

8



El sonido del teléfono llenó la habitación estridente y molesto. Hadley torció los labios antes de abrir los ojos y, cuando por fin lo hizo, soltó un gruñido al estirar el brazo para coger el móvil.

Estaba muy cómoda. No tenía intención de despertarse todavía. Sin embargo, Presley, su mejor amiga, tenía otros planes.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? —contestó divertida—. ¿Estás viva e intacta o te falta un riñón?

Presley y Hadley se habían convertido en mejores amigas desde que la primera lo decidió unilateralmente durante una aburridísima e interminable gala de la Reserva Federal de Nueva York. A Hadley le pareció muy divertida y la mejor compinche que podía encontrar en aquel tostón de fiesta, así que aceptó. Lo demás es historia.

—Estoy viva y, aunque no lo he comprobado, creo que sigo teniendo los dos riñones.

La almohada olía genial. Esa era la inquietante verdad. A una mezcla perfecta de madera, jabón y algo suave y limpio y peligroso.

—Vale —contestó Presley—, creo que por ahora me conformo con eso, pero igual Sebastian no opina lo mismo —añadió con retintín—. La última de las siete veces que me ha llamado estaba ajustando los

detalles del plan de asalto a la propiedad de Jesse James con los federales.

Presley, Sebastian, Edward, Calder, Hadley, todos pertenecían al mismo selectísimo círculo social, así que todos eran amigos.

—¿Solo los federales? —murmuró Hadley cerrando los ojos de nuevo—. Me siento decepcionada.

—Los mercenarios sin bandera corren a cargo de tu padre —replicó Presley—. Sabes que Theodore siempre ha sido más internacional.

Hadley sonrió. Obviamente sabía que su amiga bromeaba, pero también que, después de una noche incomunicada, Sebastian y su padre debían estar subiéndose por las paredes. Si lo de los mercenarios no había pasado de hipótesis a realidad era porque, sin duda alguna, Vivian había metido algo de calma en la cabeza de Theodore.

—Estoy bien —aseguró Hadley.

—Yo siempre lo he tenido claro.

Porque se conocían muy bien, Hadley no tuvo ningún problema en detectar el tonillo de esas seis palabras.

—No en ese sentido —despejó dudas abriendo los ojos.

—Es muy guapo —le recordó.

—No está mal.

«Mentirosa», la llamó la voz de su conciencia. Hadley acabó sonriendo en contra de su voluntad.

—Mientes fatal —canturreó Presley—. Pero por eso te quiero.

Hadley entrecerró los ojos. ¿Por qué no era capaz de mentir con soltura? Calder, sus amigos, incluso Vivian y su padre, siempre se reían de ella por eso. Iba a tener que tomar clases o algo así solo para devolvérsela a aquella pandilla.

—¿Lo has visto sin camiseta? —volvió Presley al tema que le interesaba.

Hadley sospechaba que ese era el motivo real de la llamada y no su seguridad.

—No.

—Huele su ropa —decidió de pronto.

—¿Qué? —planteó confusa Hadley—. ¡No! —gritó en cuanto racionalizó lo que acababa de oír.

—Sí —trató de convencerla su amiga—, y luego me lo cuentas.

—Voy a colgar.

—Róbale una camisa de cuadros.

Hadley se quedó boquiabierta.

—Adiós. Te quiero —dijo al fin, y realmente colgó. La conversación se estaba yendo de madre. Eso era bastante habitual con su mejor amiga.

Con el teléfono entre las manos se incorporó hasta apoyarse en el cabecero de madera y escribió un mensaje a Sebastian.

Desactiva la búsqueda. Estoy bien.
Nos vemos en el hotel.

Después le pidió al chófer que, por favor, regresara a buscarla.

Hadley perdió la mirada en la habitación y acabó dando una bocanada de aire. La noche había sido rara, pero no en el mal sentido, aunque tampoco tenía muy claro de qué forma lo había sido. Le había gustado. No había pasado nada más allá de compartir un techo y ni siquiera el de una misma habitación. Todo era aún más abstracto e inofensivo y... sin embargo...

Decidió no seguir dándole vueltas. Se levantó y fue al baño. Su ropa estaba lista en la secadora. Se cambió, se arregló el pelo y salió.

Solo había dado unos pasos en el salón cuando sus pies se detuvieron casi por iniciativa propia, un sesenta-cuarenta.

Jesse seguía durmiendo en el sofá. Uno de los antebrazos le tapaba los ojos. No llevaba camiseta y la sábana se le había deslizado lo suficiente para dejar ver el músculo que le nacía en las caderas y descendía sexy bajo sus pantalones.

Hadley sonrió y por fin se dirigió hacia la salida principal.

La recibió el olor a lluvia y a hierba mojada; desde que tenía uso de razón le había encantado ese aroma. Allí parecía intensificarse, como si en aquel rincón de Tennessee pudiese estar más cerca de la naturaleza.

Empezó a caminar sin preguntarse a dónde, rodeando la casa. Le encantaban los árboles que se asentaban en la propiedad, que hubiese arbustos. No era un jardín. Aquello era más auténtico.

Una edificación apareció de la nada. Hadley se acercó curiosa. Solo necesitó dar un paso más para darse cuenta de que era un taller. El coche dentro fue una gran pista. Unas escaleras a un lado conducían a la primera planta. Allí, la puerta estaba abierta. Esa debía de ser la casa de Cody Lee.

Hadley se acercó un poco más. Desde el garaje llegaban ruidos de alguien trasteando con herramientas entremezclados con una suave canción country. Cody Lee no tardó en aparecer desde el interior concentrado en lo que Hadley habría jurado que era una llave de tubo.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió después de dar un pequeño respingo que hizo sonreír a la chica—. ¿Una taza de café?

—Te lo agradecería mucho.

Él asintió y volvió al interior del garaje. No tardó en reaparecer con una taza blanca llena de café negro. Con el primer sorbo, Hadley

frunció el ceño y apretó los labios.

El hombre sonrió.

—Jesse siempre dice que, si no te despierta, no es café.

—Pues tiene que estar muy contento con este —replicó divertida —. Resucitaría a un muerto.

—Así nos gusta en Tennessee —sentenció.

Los dos volvieron a sonreír.

Cody Lee se acercó al coche y empezó a trabajar en él mientras Hadley curioseaba a su alrededor, un poco en el taller, un poco en la naturaleza que lo flanqueaba.

—Anoche, en la cena, me dio la impresión de que Jesse y tú os conocéis muy bien —comentó Hadley.

No buscaba sacarle información y Cody Lee lo entendió. Simplemente se sentía muy cómoda y quería conocer un poco más de aquel ambiente, incluidos los que lo protagonizaban.

—Toda la vida —contestó él sin sacar la cabeza de debajo del capó.

—¿Gracias a los coches?

Cody Lee se quedó muy quieto un momento, con las manos todavía sobre el carburador, y después volvió a moverlas muy despacio. Lo que sea que fuera que había recordado era complicado.

—Gracias a mi hermano —respondió—. Es lo único bueno que hizo por mí.

Hadley se quedó callada. La verdad es que no sabía qué decir. Tenía la sensación de que le faltaban demasiados datos para responder y que importara y también para que no lo hiciera.

—Mi hermano Kurt era un animal —continuó sincero Cody Lee—. Me sacaba siete años. Yo era un canijo que apenas pasaba el metro y su entretenimiento favorito y el de sus amigos era hacerme morder el polvo. No había un santo día que ese desgraciado me dejara

tranquilo. Yo intentaba defenderme, pero le tenía un miedo terrible y nunca conseguía espantarlo. Hasta que un día, cuando Kurt ya tenía el puño echado hacia atrás para estampármelo en la cara, apareció una bola de pelo rubio a toda velocidad y lo tumbó. Jesse era otro canijo como yo —añadió con una sonrisa sin dejar de trabajar—, un poco más alto, eso sí, pero no le tenía miedo y le dejó claro que, si volvía a meterse conmigo, se metía también con él y le plantaría cara. Kurt y los capullos de sus amigos siguieron molestándonos, pero Jesse no agachó la cabeza ni una sola vez ni tampoco me dejó solo... y desde entonces es mi hermano de verdad, de los que importan.

Hadley absorbió cada palabra y sintió como si otras piezas empezaran a encajar, aunque no supiese ni cómo ni dónde ni de qué iba el maldito puzle, pero estaban allí.

—Jesse me ha parecido sincero —dijo Hadley.

—Lo es, y leal también.

Cody Lee se irguió y lanzó un suspiro antes de seguir hablando.

—No te creas todo lo que oigas por tu lado de él. No están siendo justos.

—¿Te refieres a lo que pasó cuando lo intentó en la Fórmula 1?

Hadley frunció el ceño y de inmediato recordó lo que le habían dicho aquellos directivos de otros equipos: «Jesse James no es de fiar», «Jesse James es peligroso». No sabía la historia completa, solo retazos; una mujer, italiana...

Sin embargo, nada de eso parecía cuadrar con lo que ella estaba descubriendo por sí misma.

Cody Lee asintió con los labios apretados. Fuera lo que fuese lo que ocurrió, resultaba evidente que lo llenaba de rabia.

—¿Me contarías lo que pasó?

—Esa historia le pertenece a Jesse.

Ella asintió entendiéndolo.

—Así que aquí estáis. —La voz llegó ronca y un poco rasposa por el sueño.

Hadley se giró y vio a Jesse acercándose, con los vaqueros, la camiseta y las botas, obviamente la ropa del día anterior. Lo primero que había pillado y lo justo para no aparecer en pijama.

—¿Café? —le ofreció Cody Lee.

—Por favor —respondió—. Buenos días, nena —dijo cuando pasó junto a Hadley en busca de su taza.

—Buenos días —murmuró por inercia.

La forma en la que la llamó no le pasó desapercibida a Hadley, que se quedó mirando cómo caminaba sintiendo una mezcla de confusión y chispas brillantes. Lo había dicho con absoluta naturalidad, pero allí, para ella, aquella palabra se había quedado flotando a su alrededor.

—¿Has dormido bien? —le preguntó después de dar el primer sorbo.

—Muy bien —respondió Hadley—. Perdón otra vez por robarte la cama.

—Perdonada —contestó Jesse con esa sonrisa torcida, divertida y engreída a partes iguales.

Ella echó un vistazo a su reloj de pulsera y por un momento se sorprendió a sí misma sin querer decir lo que debía decir.

—Tengo que marcharme ya —anunció—. El chófer me estará esperando.

Jesse asintió.

Hadley sabía que no tenía que repetir que, si aceptaba, lo esperaría en el aeropuerto. Las cosas estaban claras, las apuestas echadas y las decisiones por tomar.

Jesse la acompañó de vuelta a la entrada principal. Caminaban prudentemente separados, pero era imposible escapar de la energía de un hombre como él.

—Buen viaje de vuelta —se despidió Jesse.

Fue el turno de asentir de Hadley.

—Buena suerte conduciendo, lo hagas donde lo hagas.

Jesse le mantuvo la mirada. Era una estupidez decir que eran amigos, pero también que se conocían igual de poco que hacía unos días en Daytona. Para bien o para mal, para que siguiera contando o no, las cosas entre ellos ya eran diferentes.

Hadley se montó en el coche y regresó a Memphis.

Sebastian tenía una reunión detrás de otra, así que no pudieron verse. Por su parte, Hadley pasó el resto del día en su habitación de hotel, primero en una larga videoconferencia con Julian Krauss, el director de Legacy, y después hablando con los ingenieros y analistas y recopilando información, y, cuando faltaba poco más de una hora para las cinco, salió hacia el Aeropuerto Internacional de Memphis.

Se bajó del elegante todoterreno negro con mariposas en el estómago. No sabía qué iba a pasar. No sabía si Jesse aceptaría, pero no tenía dudas de que era lo que necesitaba.

—Te habría caído genial —murmuró como si pudiese hablar con Calder.

Le agradeció al chófer por hacerse cargo de sus maletas y accedió al hangar, donde descansaba el avión privado en el que despegaría en unos minutos.

Hadley contuvo incluso la respiración sin ni siquiera darse cuenta.

Y entonces lo vio.

A unos pasos del *jet*.

Buscándola con la mirada.

9



UNAS HORAS ANTES, AQUELLA MAÑANA, EN TENNESSEE

Jesse y Cody Lee estaban trabajando en el coche, los dos con la cabeza bajo el capó, los dos en silencio. Era algo muy común en ellos, se conocían tan bien que las palabras eran solo un añadido.

No obstante, Cody Lee decidió hablar. El tema bien merecía la pena.

—¿Has decidido ya qué vas a hacer? —le preguntó.

Jesse no levantó la mirada de la bujía que estaba cambiando.

—Recuerdas la última vez. No hay nada que pensar.

—Y, aun así, aquí estás, pensando —se rio un poco de su mejor amigo.

Jesse no se inmutó, pero tuvo que contener una sonrisa. No era ningún estúpido, veía dónde estaba lo complicado del asunto y también dónde lo sencillo. Cinco años atrás, la historia había acabado mal. No solo para él, aunque fue él el único que pagó las consecuencias. No le importaba, estaba en paz con aquello, pero no quería volver a sentir que se colocaba en una situación donde otros tenían el poder de controlarlo. Los dueños, los patrocinadores, la prensa... eran como un puto dolor de cabeza adornado con un lazo rojo gigante.

—Hadley es una monada —contraatacó.

—No estoy ciego, Cody Lee.

—Y no solo eso, te pone en tu sitio y te sigue el juego.

—¿Vas a pedirle una a Santa Claus? —planteó mordaz Jesse.

—No, eso ya lo hiciste tú.

Cody Lee no aguantó y rompió a reír por su propia broma mientras Jesse sonreía. Sabía reconocer un buen chiste cuando lo escuchaba, aunque no tenía tanta gracia si era a su costa.

Jesse se irguió con la mirada aún en el motor y se rascó la nuca tratando de encontrar el problema que hacía que el colector no funcionase como debía.

Durante un rato siguieron trabajando en silencio hasta que Cody Lee volvió a hablar.

—Podría entender que hayas aceptado por ella.

Jesse frunció el ceño.

—¿Cuándo he dicho que fuera a aceptar? —replicó—. Y si lo hiciera, ya lo oíste, lo haría por mí y por Hadley, pero no en ese sentido.

Cody Lee también se incorporó y miró a Jesse de frente.

—Pues entonces escúchame —le pidió—: deberías aceptar. Sé que lo que pasó fue la hostia de injusto y una putada con todas las letras, pero está en el pasado, ¿no? Ahí lo dejaste. ¿Por qué tiene que influir en una decisión que tomes ahora?

Jesse esbozó una sonrisa que pretendía ser irónica para ocultar que estaba vacía.

—Porque hasta los perros aprenden que, si el fuego quema, no tienen que acercarse a una hoguera.

—Pues entonces sé más listo que un perro y aprende a coger el fuego sin quemarte en la hoguera. Confío en ti —añadió fingiéndose muy serio.

—Te diría que no apuestes tan fuerte en contra de un perro —replicó burlón Jesse.

Cody Lee se encogió de hombros.

—Me van los riesgos.

—Podrías pilotar tú para Legacy One.

—Y quitarte lo que más te gusta... me refiero al coche, claro —especificó socarrón, aunque no hacía ninguna falta, solo para recordarle a Jesse... otras cosas.

El aludido contuvo otra sonrisa a la vez que murmuraba «Eres un cabrón». Perdió la mirada a su alrededor. Los pájaros estaban cantando después de la tormenta y todo olía a hierba mojada y a lluvia. Le encantaba ese olor.

Aquel era su refugio. Le costaba imaginarse lejos de él.

—Decidas lo que decidas —volvió a llamar la atención de Jesse Cody Lee—, estaré a tu lado.

Jesse le mantuvo la mirada. Aquello era su constante. Cody Lee era su hermano.

No dijo nada más, giró sobre sus botas y caminó hacia la casa.

—¿A dónde vas? —le preguntó Cody Lee observando cómo se alejaba.

—A hacer lo que mejor se nos da —contestó sin girarse ni detenerse—: tomar malas decisiones.

10



DE VUELTA AL HANGAR DEL AEROPUERTO

Hadley se acercó hasta él y sonrió.

—¿Sigo siendo tu persona favorita? —preguntó mirándolo con esos enormes ojos castaños, como el gatito de *Shrek* en plena forma.

Sebastian dio una bocanada de aire sin levantar su mirada de ella y, aunque intentó hacerse el duro, acabó sonriendo.

—Está claro que no te lo mereces, pero, sí, sigues siéndolo —contestó entre resignado y divertido.

Al oírlo, la sonrisa de Hadley se ensanchó.

—De todas formas, Seb, no tenías por qué preocuparte —le recordó.

Ya habían hablado por teléfono mientras ella iba de camino a Memphis, así que Sebastian ya tenía toda la información necesaria.

—Sé cuidar de mí misma —sentenció Hadley.

Él le mantuvo la mirada una vez más, pero acabó apartándola con una sonrisa que tenía dibujada una pizca de condescendencia y el preocuparse realmente por ella.

Hadley resopló, pero no dijo nada más. Aquella era la historia de su vida. Su padre y Sebastian siempre la trataban como si fuera una

muñequita a punto de romperse o como si fuera demasiado inocente para poder tomar sus propias decisiones. La hacían sentir pequeña. Tenía veintiséis años. Era adulta y capaz y ellos tenían que empezar a entenderlo. Sin embargo, daba igual cuántas veces hubiesen tenido esa conversación. Era como chocarse contra un maldito muro con traje italiano a medida.

—¿Ha aceptado? —preguntó Sebastian.

—No lo sé —respondió sincera.

Le gustaría pensar que sí, pero eso sería autoengañarse. Cada vez tenía más claro que Jesse era el piloto que necesitaban, pero también que él no iba a aceptar si no era lo que realmente quería.

—Le dije que, si aceptaba, viniese aquí a las cinco.

Sebastian miró su reloj de pulsera. Aún faltaban unos minutos.

A en punto, observó a Hadley con empatía. No quería que ella tuviese que pedirle que se quedaran un poco más «por si acaso», así que le dio una salida.

—Voy a hablar con el piloto —la informó señalando hacia atrás, hacia la escalerilla.

Ella asintió agradecida y lo vio subir hasta perderse en el interior del *jet* privado.

Solo habían pasado unos segundos cuando Hadley, sin ninguna noción del tiempo por lo nerviosa que estaba, comprobó la hora en su móvil.

«Supongo que toca aceptarlo», pensó.

Dio una bocanada de aire, cuadró los hombros y se dirigió al avión. Las cosas no estaban perdidas del todo todavía. Encontraría a otro piloto. No iba a dejar de pelear por Legacy.

—¿No me das ni cinco minutos de cortesía, Nueva York?

Hadley se giró al oír ese suave acento sureño, aunque no necesitó hacerlo para saber que cada palabra pertenecía a Jesse James.

Caminaba hacia el avión con esa seguridad que nunca lo abandonaba, con las botas, los vaqueros gastados y una camisa de cuadros remangada que dejaba ver sus antebrazos. El pelo revuelto, los ojos de ensueño y uno de los brazos levantado, sosteniendo con dos dedos el asa de la bolsa de viaje cruzada sobre su hombro y que se perdía a su espalda.

Era sur. Y gasolina. Y bourbon. Y Memphis.

—Tengo tres reglas —le advirtió deteniéndose frente a ella. Hadley le mantuvo la mirada con una sonrisa insolente, diciéndole sin palabras que disparara—: Nadie decide por mí, ni tú, ni los directivos, ni los patrocinadores.

—Me parece justo.

—Solo me importa el coche, no las ruedas de prensa ni las fiestas ni el saludar a tus amiguitos ricos para que se sientan mejor.

La sonrisa de Hadley brilló un poco más. No le sorprendía ni siquiera un poco. Así era exactamente Jesse, imposible de controlar, imposible de comprar.

—¿Y la última? —lo azuzó.

—Nada de promesas vacías. Ofrece solo lo que puedas cumplir y yo haré lo mismo.

Hadley pensó que aquello era ser honesto de verdad, sin florituras ni ganas de convertirlo en un gran gesto.

Asintió.

—Yo también tengo mis reglas, James.

A Jesse, su actitud, cómo lo estaba encarando, el hecho de que también tuviera algo que dejar claro, le gustaba.

—Soy todo oídos.

—Primera regla —anunció alzando el índice—: Lo que vale es el equipo, no tú. Por muy bien que corras, aquí contamos todos y nos respetamos todos.

La esquina de la boca de Jesse se elevó en el inicio de una sonrisa. En la NASCAR, la Fórmula 1, la Indy, puede que en la pista estuviesen el coche y el piloto, pero no estaban ni mucho menos solos. Las escuderías, en realidad, eran como un motor, todas las piezas importaban.

—Segunda regla —continuó, subiendo el dedo corazón—: No dejes que tu pasado en la Fórmula 1 te afecte. Si te cuesta, habla conmigo y lo afrontaremos juntos.

—¿Te estás preocupando por mí? —replicó socarrón.

—Sí —contestó sincera con una falta de remordimientos que lo desarmó—, así que acostúmbrate.

Jesse sonrió.

—¿Y la tercera?

Hadley añadió el pulgar.

—Quiero que te impliques al cien por cien en esto. Es lo que ofrezco, así que es lo que quiero a cambio.

Jesse le mantuvo la mirada sin que la sonrisa abandonara sus labios. Le gustaba que fuese clara, que no se escondiese, que pidiese lo que quería.

—Sí, señora —contestó dejando que el *south drawl*, que ya había notado que hacía que le temblasen las piernas, hiciera un poco de magia.

Hadley se obligó a contener una sonrisa. Fracasó un poco, pero se esforzó al máximo.

—Sube al avión —lo riñó.

—Detrás de ti.

11



Hadley estaba a punto de subir cuando su teléfono empezó a sonar. Pensó en descartar la llamada, pero, viendo que era el CEO del mayor patrocinador de Legacy, decidió responder. Todos estaban nerviosos con el hecho de que la escudería siguiese sin segundo piloto y, dados los acontecimientos de los últimos cinco minutos, era una buena oportunidad para apagar ese fuego.

—Tengo que contestar —le explicó a Jesse dando los primeros pasos para alejarse.

Él asintió. No podían irse sin Hadley, así que se separó de la escalerilla y se apoyó cómodamente contra uno de los coches que estaban aparcados relativamente cerca del *jet*.

No había pasado un minuto completo cuando una figura salió del avión.

Sebastian se detuvo un segundo en la escalerilla antes de bajarla... lo suficiente para ver las botas, los vaqueros gastados, la camisa de cuadros y el pelo revuelto del hombre que estaba a unos metros, incluso la bolsa a sus pies que sin duda había vivido tiempos mejores. No necesitó preguntar para saber que era Jesse James. Tenía las palabras *sur* y *NASCAR* escritas por todas partes.

Una media sonrisa se coló en los labios de Jesse porque dedujo a la perfección lo que Sebastian estaba pensando. Él era elegante y

llevaba traje. Olía a dinero viejo y a colegios caros. A ese tipo de personas les encantaba reducir al resto a estereotipos pobres, sureños, marginales... Siempre se preguntaba si alguna vez se darían cuenta de que los más clichés eran ellos mismos.

—Debes de ser Jesse James —comentó Sebastian acercándose y tendiéndole la mano con una educación que no dejaba huecos.

Jesse le mantuvo la mirada, pero no movió la mano. No lo estaba desafiando. Simplemente Sebastian no lo impresionaba en ningún sentido, ni él ni su dinero.

—Depende de quién lo pregunte.

Sebastian asintió y recogió el brazo, como si hubiera esperado exactamente esa respuesta.

—Soy Sebastian Aldridge, amigo de la familia Carmichael.

No le gustaba Jesse. No iba a decírselo abiertamente, esa clase de cosas no se hacían, pero quería que le quedara claro en qué terreno se estaba metiendo.

La media sonrisa volvió a los labios de Jesse porque supo exactamente lo que Sebastian estaba diciendo en realidad: «Amigo de Hadley».

—He oído muchas cosas sobre ti.

Ahí estaba la sutil advertencia.

—No te las creas todas —respondió Jesse con esa naturalidad que le hacía parecer arrogante. Tampoco se esforzaba mucho por desmentirlo—. No soy tan interesante.

—Eso le he explicado a Hadley —aparentó bromear.

—A mí, en cambio, ni siquiera me había dicho tu nombre.

Los dos se mantuvieron la mirada, Sebastian, con una sonrisa de director ejecutivo; Jesse, con una traviesa. Se estaban midiendo.

—Supongo que la seguiré oyendo hablar de ti ahora que estás aquí —comentó Sebastian, y ahí estaba otra vez esa territorialidad.

Pero el «territorio» que Sebastian estaba marcando era Hadley y a Jesse le molestó, aunque no supo exactamente por qué.

—Y no voy a irme a ninguna parte —sentenció siendo el mayor tocapelotas de Tennessee, como él solo sabía serlo, y no pudo evitar apretar los puños en los bolsillos de sus vaqueros hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

Ninguno apartó la mirada, la tensión empezó a volverse irrespirable, pero entonces los pasos de las deportivas de Hadley sobre el suelo del hangar llenaron el ambiente.

—Jesse —lo llamó con una sonrisa que pudo sentirse en esa única palabra.

Sebastian llevó su vista hacia ella y, en el momento en que la miró, sus ojos se suavizaron.

Jesse también la miró y la tensión de sus ojos se transformó, pero fue una suavidad completamente diferente.

Por un segundo los dos fueron conscientes del otro más que de Hadley.

—Ey, estás aquí —dijo ella al reparar en Sebastian.

Hadley caminó hasta ellos y, sin planearlo, al detenerse lo hizo un paso más cerca de Jesse.

—He hablado con nuestro patrocinador más importante —les explicó—. Está deseando verte correr en Mónaco.

Jesse asintió con esa sonrisa perezosa y engreída que siempre le dedicaba a ella.

—Entonces más me vale hacerlo bien.

Hadley le devolvió la sonrisa.

—Finges muy bien que te importa. Me alegra ver que eres capaz —añadió burlona.

Jesse se rascó la mejilla simulándose pensativo.

—A mí me alegra ver que valoras mi esfuerzo. Me cuesta muchísimo.

Hadley ladeó la cabeza sin dejar de mirarlo, recordándole que a ella no podía colarle semejante frase.

Finalmente Jesse sonrió, ella lo empujó suavemente con una mano y él se dejó. Entre los dos convirtieron aquellos metros de hangar en algo que solo los concernía a ellos.

—Al avión —ordenó.

—Detrás de ti —repitió Jesse.

Como siempre, Sebastian ocupó el asiento junto a la ventanilla, de espaldas a la cabina. Sabía que a Hadley le encantaba mirar el paisaje, pero odiaba ir en sentido contrario a la marcha.

Ella llegó a los asientos justo después y se sentó frente a él. Sebastian sonrió. «Como siempre», pensó. Habían volado juntos en aquel *jet* más veces de las que era capaz de recordar y todas ellas había sido así.

Jesse apareció tras Hadley. Metió su bolsa en la cabina portaequipajes y se dejó caer en el asiento junto a ella. No pidió permiso. No preguntó. Simplemente se sentó, junto a Hadley. Ella no se sorprendió, pero Sebastian no pudo evitar observar la escena.

Había cierta naturalidad tácita entre Jesse y Hadley, como si sus cuerpos se hubiesen acostumbrado a la cercanía del otro antes de que sus cabezas hubiesen comprendido el mensaje.

Y eso lo enfadó muchísimo... porque Sebastian siempre había querido sentarse junto a Hadley.

El despegue fue tranquilo y apenas media hora después estaban atravesando cómodamente el cielo de Carolina del Norte.

—Bien —empezó a decir Hadley rompiendo el silencio mientras reactivaba su tablet. Al instante la pantalla se llenó de gráficos—. Los chicos me han mandado los datos de Mónaco. Me he pasado

gran parte del día viendo vídeos, leyendo estadísticas y comparando números.

Sebastian sonrió orgulloso. Eso era lo que él le había enseñado, a recopilar información, analizarla y tomar la mejor decisión a sangre fría. Hadley podía ser impulsiva, muy visceral, y aunque Sebastian adoraba eso de ella, también sabía que no era la mejor actitud en la vida adulta.

—Mónaco no perdona errores. Es un circuito estrecho con curvas realmente complicadas. Tener un buen coche no garantiza nada —sentenció Hadley.

—Tener un buen coche nunca te lo garantiza —replicó Jesse.

—Pero los datos son claros y leerlos apropiadamente nos da ventaja en un circuito así —intervino Sebastian.

—Lo único que va a darte ventaja en Mónaco o en cualquier carrera es no dudar cuando otros lo hagan —pronunció Jesse.

—Es un trazado complicado —insistió Hadley armada con sus gráficos.

—Todos lo son —argumentó Jesse.

—¿Estás insinuando que nos centremos en seguir corazonadas? —planteó Sebastian.

—No, eso es una estupidez —contestó Jesse sin esconderse—, pero, si las carreras se ganaran solo con los datos, esto no sería un deporte real, sería de fantasía.

—Entonces, ¿qué propones? —continuó Sebastian—. Legacy One es una empresa, no puede basarse en el miedo o la valentía de un piloto.

—Legacy no es una empresa —lo corrigió Hadley—. Es un equipo, una escudería.

Jesse sintió una punzada de orgullo y sonrió. Hadley entendía lo que significaba todo aquello.

—Tienes razón, es un equipo —cedió Sebastian—, pero tenemos que encontrar objetivamente la mejor forma de enfocar esta carrera.

—Y trazaremos un plan —convino Jesse—. Estoy seguro de que habéis contratado al mejor equipo técnico posible y de que tenéis un buen director.

Él creía firmemente en lo que Hadley había dicho. La Fórmula 1 era un deporte de equipo.

—Pero en toda carrera llega un momento, una décima de segundo, en la que el piloto tiene que decidir, es instinto, y tiene que elegir entre apretar el acelerador o no, implique el peligro que implique. Peligro real, no el que dice un simulador.

—Como cuando aceleraste en Daytona después del accidente —señaló Hadley.

Sin darse cuenta, Hadley se había girado suavemente hacia él. Las palabras de Jesse la estaban hechizando, hablaba desde detrás de las costillas. Era como escuchar a un vaquero, como sentir la fuerza de un rodeo. Había algo magnético y muy sexy y auténtico... y sensual.

Jesse atrapó su mirada y asintió.

—La estadística habría dicho que frenase, que me rearmase detrás del *safety car* y esperara el mejor momento para atacar, pero vi una oportunidad y la aproveché.

Esa era la manera más sencilla de leer aquella situación y la más real.

—Aunque fuese peligroso... —dejó en el aire Hadley casi en un murmullo.

—La velocidad es peligrosa —le recordó Jesse.

Ella no dijo nada, pero tampoco fue capaz de levantar los ojos de él. Tardó un segundo de más en darse cuenta de que se había

quedado embobada. Jesse no hizo leña del árbol caído, pero una sonrisa se coló en sus labios.

La azafata, una mujer alta, rubia e increíblemente guapa, enfundada en un uniforme que parecía diseñado para ella, se detuvo junto a ellos.

—¿Les apetece algo de beber? —ofreció.

—*Champagne*. Dom Pérignon Rosé —pidió Sebastian.

—Agua —añadió Jesse.

La azafata asintió y se marchó, no sin antes mirar más de lo estrictamente necesario a Jesse con una sonrisa en los labios.

Hadley frunció el ceño. ¿A qué había venido aquello?

Unos minutos después se oyó el tapón de una botella al descorcharse y la misma auxiliar regresó empujando un elegante carrito.

Dejó primero una botella de agua frente a Jesse.

Este le dio las gracias sin mirarla, la cogió y la abrió.

La azafata puso una copa frente a Hadley, pero, apenas tocó la mesa de una madera carísima y el mejor barnizado del mundo, Jesse la cogió y la dejó frente a Sebastian, colocando la botella de agua que acababa de abrir en su lugar.

Hadley lo observó confusa. Jesse leyó a la perfección su mirada.

—Alcohol sin haber comido nada en todo el día no suele acabar bien en un avión.

Los ojos castaños de la chica se llenaron de insolencia.

—¿Cómo sabes que no he comido nada?

Jesse le mantuvo la mirada sin arrepentirse ni un poco.

—¿Has comido algo? —preguntó conociendo de sobra la respuesta.

Hadley quería decirle que había arrasado con todo el restaurante del Peabody solo por fastidiarlo, pero acabó sonriendo, en contra de

su voluntad.

—No.

Había estado demasiado ocupada recopilando información, calmando patrocinadores, hablando con la directiva, comparando cifras con Julian y los ingenieros... Cuando se había dado cuenta de la hora que era, había tenido que salir hacia el aeropuerto. El hecho de que Jesse se hubiese percatado de ello hizo que unas burbujitas se despertaran en la boca de su estómago.

Jesse le sonrió de vuelta y acabó suspirando melodramático. Eso solo sirvió para que el gesto de Hadley se ensanchara aún más.

—Por favor, tráigale algo de comer a la señorita —le pidió a la auxiliar.

—¿Salmón con verduras marinadas? —preguntó dedicándole a Jesse una sonrisa arrebatadora que se llevó la de Hadley.

«Esta azafata es muy poco profesional —se dijo—. ¿Desde cuándo flirtear así con los clientes forma parte de sus tareas?».

Pero Jesse no le hizo el más mínimo caso y observó a Hadley esperando a que decidiese. Hadley dudó por un momento. Lo esperado habría sido que Jesse le hubiese hecho caso a un bellezón así, pero... no.

—Eso estará bien, gracias —contestó saliendo de su ensoñación.

La azafata se retiró y Hadley no pudo evitar quedarse pensativa un instante.

Tenían por delante un vuelo de más de nueve horas. Después de la comida, el *jet* se sumió en un agradable silencio. Sebastian estaba trabajando en su portátil y Jesse optó por sumergirse en un libro con las hojas un poco amarillas y el lomo y la portada algo surcados, como si lo hubiesen leído un millón de veces. Era *Lonesome Dove*, de Larry McMurtry. Hadley estaba repasando una veintena de contratos. Quería tenerlo todo atado.

Y entonces pasó.
Una turbulencia.

12



No fue suave.

Tampoco lo suficientemente brusca como para rezar todo lo que supiese, pero Hadley la sintió. Se puso tensa, mucho, en un segundo; después se obligó a relajarse. Fue sutil, como el pequeño suspiro que soltó, pero Jesse lo notó.

La observó de reojo sin mover la cabeza y, cuando supo que todo estaba bien, volvió a su libro, pero entonces las turbulencias volvieron, más fuertes, más largas.

La respiración de Hadley se aceleró. No quería demostrar que estaba nerviosa o asustada, las mujeres de negocios no se asustaban, las mujeres adultas no se asustaban. Si quería que Sebastian, su padre, los directivos, cada hombre con el que hablaba sobre un contrato o una colaboración, dejaran de verla como a una cría, una damisela en apuros o las dos cosas, no podía comportarse de esa manera, por muy justificado que estuviese. Era injusto, sí, pero aquellas eran las reglas.

Jesse volvió a observarla de reojo, aunque, si alguien lo hubiera estado mirando, habría creído que seguía leyendo. Al mismo tiempo, con naturalidad, se recolocó en el sillón, otro gesto en teoría vacío pero que tenía un propósito. Su rodilla tocó la de Hadley. No fue algo

romántico ni sensual y ella lo entendió enseguida, fue apoyo. Un «No pasa nada. No te preocupes» dicho sin usar palabras.

El alivio fue inmediato. Seguía inquieta, pero ya no sentía que estaba flotando sin nada a lo que anclarse. Sin embargo, el cielo sobre algún punto del Atlántico tenía otros planes y las turbulencias se hicieron un poco más intensas. De nuevo nada tan alarmante como para que las luces se apagaran y saltaran las mascarillas de oxígeno, pero sí lo suficiente para que a Hadley se le estuviese volviendo loco el corazón.

Jesse apoyó su antebrazo en el muslo, dejando que su palma descansara sobre la rodilla que tocaba la de Hadley. Ella lo entendió, lo sintió, y, con la siguiente turbulencia, movió su mano por debajo de la mesa, sin dejar que nadie más que ellos se percatasen, y la colocó sobre la de Jesse. Él no levantó la vista de su libro, no dijo nada, pero dejó que la mano de Hadley estuviese ahí, todo el tiempo que ella necesitara.

Gracias a Dios, las turbulencias no duraron más que un puñado de segundos más. Hadley apartó la mano; Jesse, la rodilla.

El momento terminó.

Hadley no se sintió juzgada.

Jesse no sonrió con condescendencia.

Fue fácil. Fue justo lo que ella necesitaba.

—La FIA ha organizado una gala —le explicó al rato Sebastian a Hadley, refiriéndose a la Federación Internacional del Automóvil, el organismo regulador de la Fórmula 1—. En el Casino de Montecarlo. Ya sabes, con baile y todo —añadió con una sonrisa.

Su gesto se imitó en los labios de ella.

—El Casino de Montecarlo es un lugar increíble. Desde luego han sabido elegir.

—¿Quieres que envíe el *jet* a buscar a Presley?

Asintió entusiasmada.

—Eso sería genial, Seb.

Tener a su mejor amiga cerca siempre lo era. Al pensar en aquello, Hadley cayó en la cuenta de algo.

—¿Quieres que traigamos a Cody Lee?

—Cody Lee irá con la camioneta a Nueva York —contestó Jesse.

Lo dijo como si fuera algo normal, pero Sebastian lo miró como si fuese una auténtica insensatez. Ese viaje incluía más de dieciséis horas y cruzar cuatro estados.

—El centro de entrenamiento de Legacy está allí, pero tardaremos en volver —comentó Hadley.

Jesse lo había imaginado. El Gran Premio de Mónaco y el de España se celebraban con una semana de diferencia y estaban relativamente cerca. No tenía sentido volver a Nueva York a entrenar entre los dos.

—Dile a Cody Lee que el avión lo esperará cuando llegue a Legacy —añadió ella—. Es un gran mecánico, cuanto antes se incorpore al trabajo, mejor.

No había mentido, Cody Lee le parecía un mecánico increíble, pero la verdadera razón de traerlo era que entendía a Jesse a un nivel al que ella todavía no lo hacía y seguro que a su piloto le venía bien tenerlo cerca.

—Hablaré con él —prometió Jesse.

Poco a poco, el cansancio fue ganándole la partida a Hadley. Llevaba semanas de trabajo extenuante, sin apenas descansar, así que el silencio, el zumbido constante y el calor controlado se aliaron en su contra y los párpados empezaron a cerrársele sistemáticamente sin que se diera cuenta. Luchó todo lo que pudo, aún tenía una docena de archivos que revisar, pero el sueño pudo más y acabó durmiéndose. Primero, contra su asiento, pero hubo

otra cosa que se interpuso en el camino de Hadley en aquel vuelo: la gravedad, y su cabeza acabó cayendo en el hombro de Jesse.

Él se giró un segundo para mirarla y devolvió su vista al libro a la vez que una tenue sonrisa pintaba sus labios.

Sebastian volvió a ser testigo de todo aquello, pero se obligó a apartar la vista y clavarla en la ventanilla al tiempo que la mano de su codo apoyado en el reposabrazos escondía sus labios. Lo sentía casi ridículo. Jesse acababa de entrar en la vida de Hadley, ¿por qué parecían tener esa especie de... conexión?, ¿por qué le enfadaba siquiera pensar en esa palabra?

Unas horas después el avión aterrizó en la pista privada del Niza-Costa Azul, a poco más de veinte kilómetros del Principado de Mónaco.

La azafata se acercó a decirles que ya podían desabrocharse el cinturón. Sebastian fue el primero en ponerse en pie. Jesse miró a su izquierda, a la cabeza de Hadley aún descansando sobre su hombro. Debía de estar realmente cansada, el aterrizaje ni siquiera la había despertado.

Sintió la mirada de Sebastian sobre ellos, pero le importó soberanamente poco.

Se inclinó sobre ella, dejando que sus labios casi tocaran su mejilla.

—Nena —la llamó con suavidad.

El apelativo inmediatamente captó la atención de Sebastian de nuevo.

Ella murmuró algo y soltó un gruñidito que hizo sonreír a Jesse, pero no abrió los ojos.

—Nena —repitió—, tienes que despertarte. Ya hemos llegado.

Hadley abrió los ojos adormilada, moviendo apenas su cabeza. Sus ojos castaños se toparon con los de Jesse. «Ahora son azules»,

fue la primera cosa que pensó con claridad.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó confusa.

Jesse asintió.

—Hace unos minutos.

Hadley miró el hombro sobre el que estaba apoyada. Estaba tan aturdida por el sueño que tardó en atar cabos, pero entonces se dio cuenta de que el hecho de haber dormido sobre su hombro no era lo peor. ¡Dios, no era lo peor ni de lejos!

13



La mano de Hadley estaba sobre el pecho de Jesse, con los dedos escondidos en la parte desabrochada de su camisa, sintiendo el latir de su corazón. Eso era lo que había hecho que Hadley hubiese dormido tan plácidamente. ¡Durante todo el vuelo!

Se sonrojó.

¡Era imposible no hacerlo!

Hadley apartó la mano como si el pecho de Jesse quemara y susurró una disculpa mientras empezaba a recoger sus cosas, en realidad, una excusa para no tener que mirarlo.

Jesse la observó y sonrió. Pensó en fastidiarla un poco, pero no quiso hacer leña del árbol caído.

Apenas unos minutos después, Hadley se levantó con su bolso y su tablet entre las manos con la intención de ~~escapar~~ marcharse, pero Jesse, acomodado en el asiento, no se movió.

—¿Me dejas pasar, por favor?

—Me siento un poco utilizado —contestó haciendo rodar las palabras por su lengua, torciendo un poco la boca con la última.

Fastidiarla era demasiado divertido como para resistirse.

Hadley apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea. Se estaba muriendo de la vergüenza, pero cualquier cosa antes de dejárselo ver a ese descarado.

—¿Te sientes utilizado? —Él asintió—. ¿Tú?

—Sí, señora.

Aquellas dos palabras fueron las gotas que hicieron colmar el vaso.

—Tú no podrías sentirte utilizado ni aunque te lo propusieras, Jesse James —le dejó claro Hadley.

Él se humedeció el labio inferior conteniendo una sonrisa y se puso de pie despacio. Su uno ochenta y tres hizo que ella tuviera que alzar la cabeza para seguir mirándolo a los ojos.

Cuando lo hizo, algo se estiró deliciosamente en el interior de Hadley, como si solo Jesse tuviese el poder de despertarlo. Los ojos de ella se perdieron en los de él esperando a que dijese lo que fuera que iba a decir, pero Jesse sonrió una vez, se giró y se dirigió a la puerta del avión, disfrutando de dejar a Hadley exactamente así.

Ella tardó un segundo de más en reaccionar, pero, en cuanto lo hizo, cuadró los hombros y echó a andar como si nada hubiera pasado, aunque le temblasen las rodillas. Jesse podía ser todo lo guapo que quisiese, pero ella estaba por encima de las circunstancias... o, al menos, eso esperaba.

Él se detuvo junto a la puerta y apenas alzó la cabeza, lo justo para que sus ojos volviesen a encontrar los de ella mientras se acariciaba con los dedos la zona de la mejilla junto a la boca.

Era una maldita provocación. Todo en él lo era.

Hadley le mantuvo la mirada y caminó hasta él, resuelta a demostrarle que no le afectaba.

—Usted primero, señorita —dijo con esos estúpidos modales que lo hacían parecer terriblemente sexy, no porque los tuviera, sino porque en él eran parte de cómo era, de cómo se comportaba, no una imposición ni algo que hacía para ganar puntos.

—No te lo tengas tan creído —lo desafió Hadley justo antes de salir.

—No me des motivos —respondió él.

Hadley fingió no oírlo. De verdad que era un descarado.

Un imponente SUV los estaba esperando a pie de pista y los condujo inmediatamente al circuito Paul Ricard, a poco más de dos horas en coche. Era impresionante. Había sido construido a finales de los sesenta y, aunque guardaba esa estética, como una joya *vintage*, todo había sido remodelado y equipado con la mejor tecnología e instalaciones.

El coche pasó los controles de seguridad sin ni siquiera detenerse y finalmente lo hizo junto al *paddock*. Hadley observó las vistas con una sonrisa antes de bajarse. Estaba emocionada. Jesse no pudo evitar hacer lo mismo. Ese entusiasmo era casi contagioso, como tratar de no mirar un arco iris o algo parecido.

A unos pasos del box, la veintena de empleados que estaban trabajando en él se detuvieron. Jesse levantó las cejas impresionado. Aquello siempre le había llamado la atención, la devoción que algunas personas podían sentir por otras. Al fin y al cabo, todos eran seres humanos, sin más. Todos habían llegado a este mundo de la misma manera y todos acabarían igual.

—Chicos —los llamó Hadley—, quiero presentaros a alguien. Él es Jesse James y a partir de ahora será nuestro piloto.

La audiencia los observó un poco confusa. Estaban convencidos de que el nuevo conductor saldría de la Fórmula 2, quizá de la 3, pero nadie conocía a Jesse James de ninguna de esas dos categorías; es más, algo en su aspecto, en su actitud, hacía patente que él no pertenecía a ese ambiente.

—Pilota en la NASCAR... —explicó Hadley, pero antes de que pudiera seguir un hombre la interrumpió.

Él y la chica parecían de la misma edad. Tenía el pelo oscuro y ondulado, los ojos claros y la misma aura de tipo rico que Sebastian, pero en él parecía más decadente, como si se hubiese escapado de la película *Saltburn*.

—También lo ha hecho en la Fórmula 1. Hace seis años, ¿verdad?

—Cinco —lo corrigió Jesse.

Lo siguiente que sucedió fue educado, elegante, pero resultó más que obvio que esos dos hombres ya habían decidido que el otro no iba a ser su mejor amigo.

—¿Y tú eres?

Hay quien diría que Jesse lo había preguntado, pero lo que estaba constatando, en realidad, era lo poco que le impresionaba alguien que resultaba evidente que estaba muy impresionado consigo mismo.

—Edward Haistead.

Lo miró esperando a que Jesse lo reconociera. Si eso sucedió, lo disimuló increíblemente bien solo para molestarlo.

—Edward también pilota para Legacy —intervino Hadley.

—¿Cómo que también? —replicó Edward con el inicio de una engreída sonrisa en los labios—. ¿El señor James ya se ha ganado el puesto sin ni siquiera hacer una prueba? No te ofendas —añadió con una falsa amabilidad.

—Tranquilo —contestó Jesse con esa comodidad que lo hacía parecer arrogante—. No me ofendo, Eddie.

Hadley, que había estado a punto de pararle los pies a Edward, solo que Jesse se le había adelantado, mal disfrazó una sonrisa. Edward y ella tenían un tipo de relación muy concreta. Tenían la misma edad y se conocían desde antes de saber andar. Eran como esos hermanos que se comportan como si no se soportaran, pero a

los que les encanta pasar tiempo juntos. Un amor-odio fraternal en toda regla.

Por eso Hadley tenía clarísimo que odiaba como pocas cosas que lo llamaran Eddie.

—Edward —lo corrigió con los dientes apretados.

—Pillado —respondió Jesse, pero toda esa insolencia seguía ahí—, y si lo que queréis es una prueba, me parece justo.

Edward dio un paso atrás alzando suavemente las manos en un gesto que pretendía ser humilde cuando era todo lo contrario. Ya había obtenido lo que quería y, como era una norma no escrita en la alta sociedad, no iba a regodearse aunque estuviese disfrutando muchísimo por dentro.

—Julian es quien decide eso —sentenció.

Por inercia todas las miradas volaron a un hombre negro, de mediana edad, que había observado toda la escena apoyado, casi sentado, en uno de los muebles que bordeaban una de las paredes laterales. Tenía los brazos cruzados e imponía respeto, mandaba solo con su actitud.

—Jesse, te presento a Julian Krauss —intervino Hadley señalándolo—, el director de equipo de Legacy.

Jesse asintió como una forma de reconocimiento. No pensaba hacer más.

—Creo que una prueba a estas alturas es bastante inútil, puesto que ya estás contratado. —Miró a Hadley. Estaba al tanto de lo que los demás le habían dicho sobre Jesse James. No sabía si traerlo había sido un error, pero estaba seguro de que iba a complicar las cosas. Los hombres como él siempre acaban haciéndolo incluso si no era lo que querían—. Pero quizá te gustaría darte una vuelta para familiarizarte con el coche. Ya te habrás dado cuenta de que andamos cortos de tiempo.

«Solo quedan catorce días para la carrera», pensó Hadley, y contuvo el aliento. Era una locura, pero al mismo tiempo estaba convencida de que saldría bien.

—Claro —respondió Jesse.

Uno de los asistentes lo llevó a la «oficina del piloto», así era como llamaban a la habitación personal que estos tenían en el *paddock*. Jesse se cambió. La camiseta blanca ignífuga, el mono del mismo color con rayas negras en los laterales y los brazos, las botas. Cuando Hadley lo vio salir fue... Ni siquiera sabía qué estaba sintiendo, aunque no tenía dudas de que, fuera lo que fuese, se estaba extendiendo rápido entre el resto de las mujeres que estaban en aquel box y también en un par de mecánicos. Ver a Jesse con un mono de carreras era una fantasía. De las que te calientan cuando la cama está fría, para ser precisas.

Escuchó las explicaciones del jefe de mecánicos acerca de las especificaciones del trazado del circuito y el propio monoplaza y simplemente se subió en él, como si lo hubiese hecho un millón de veces antes. Hadley frunció el ceño. Podía entender que le pasara con un coche de la NASCAR, pero llevaba sin conducir un fórmula uno años. Entonces recordó las palabras de Jesse en el avión y lo entendió. Eso no iba de conducir, iba de la velocidad, de no rendirte cuando otros sí lo hacían.

El box se quedó vacío en cuestión de segundos. Nadie quería perdérselo. Hadley cogió unos cascos y se los colocó mientras Julian hacía lo mismo en el muro de boxes, con la vista puesta en las pantallas de datos, flanqueado por el ingeniero principal, el estratega y su analista de datos.

Jesse aceleró.

Hadley sonrió.

La suerte estaba echada.

14



Jesse empezó a correr, pero algo pareció no ir bien prácticamente desde la primera curva.

—¿Todo bien, Jesse? —preguntó Julian girándose para ver el coche con sus propios ojos, no a través de la pantalla.

—Sin problemas, señor.

La prueba avanzó, pero, cada vez que el coche parecía ganar velocidad, se hundía. Era como si Jesse no controlara bien el trazado.

Hadley frunció el ceño, pero su confianza no decayó.

A su lado, Edward sonrió medido. Lo estaba disfrutando.

Pasó el sector uno, el dos, se deslizó por la gravilla. Cada vez parecía tener más problemas.

Y entonces se detuvo en seco justo a punto de estrellarse contra uno de los muros de seguridad.

Todos observaron la escena confusos. ¿Ni siquiera había sido capaz de terminar una vuelta?

—Te dije que no te trajeras a alguien de la NASCAR. Aquí no conducimos tractores —le recordó Edward a Hadley—. Son todos iguales. —Se giró hacia Sebastian—. Esto es culpa tuya —añadió apuntándolo con el índice.

Sebastian lo miró mal, pero no dijo nada.

Hadley ni siquiera se molestó en responderle. Sabía que no estaba equivocada. Sabía lo que había visto en Daytona. Pero es que todo eso daba igual porque... confiaba en Jesse, aunque no entendiese cómo ni por qué.

Julian observó las pantallas, las marcas, las estadísticas ofrecidas casi en tiempo real, y volvió a girarse hacia el asfalto.

Jesse salió del monoplaza, se quitó el casco y, decidido, lo rodeó. Lo observó un puñado de segundos y, sin dudarlo, arrancó una parte de la carrocería bajo el alerón y la lanzó a la zona de césped.

—Pero ¿qué hace? —planteó confuso el jefe de mecánicos.

—Ha perdido un tornillo —comentó burlón Edward a punto de echarse a reír.

Antes de meterse de nuevo en el coche, Jesse lo miró y le dedicó una media sonrisa engreída y desafiante. Algo incómodo se agitó dentro de Edward y tomó forma cuando, un segundo después, Jesse salió disparado en el fórmula uno.

En el muro de boxes se miraron confusos sin ser capaces de entender lo que estaba pasando mientras las estadísticas empezaban a llenar la pantalla. Sector tres: récord de tramo de Edward pulverizado; sector uno: aún más diferencia; sector dos: récord del circuito.

Cuando terminó la segunda vuelta, ya no había ni una sola duda de por qué estaba allí.

Hadley sonreía satisfecha y orgullosa mientras lo veía salir del coche con el pelo húmedo por el esfuerzo y varios de los mecánicos y del equipo técnico se acercaban a felicitarlo.

—Y yo te dije que él era la persona correcta —le replicó Hadley a Edward la crítica de antes, disfrutando de cada palabra justo antes de caminar hacia el circuito.

Mientras se dirigía hacia allí, se cruzó con Jesse, quien, a unos pasos de ella, regresaba al interior del box. No dijeron nada, pero esa inexplicable conexión tiró con fuerza de los dos. Ella había confiado en él. Él le había demostrado que podía hacerlo.

—¿Qué opinas? —le preguntó Hadley a Julian sin poder ocultar que estaba realmente contenta.

Julian se incorporó con el trozo de carrocería que Jesse había roto, después de recogerlo del césped.

—Lo mismo que te dije hace tres días. Los pilotos así nunca son buena idea.

—Los pilotos así ganan —replicó Hadley.

—Los pilotos así son peligrosos.

Ella le mantuvo la mirada sin ceder un solo milímetro. Respetaba muchísimo a Julian, pero eso no implicaba aceptar lo que él pensase sin más.

—Es lo que Legacy necesita —sentenció Hadley.

Julian ladeó la cabeza.

—Espero que sepas lo que haces —respondió antes de alejarse

Jesse comprobó alguna de las cifras con los ingenieros de carrera y regresó al box. La mayoría de los miembros del equipo ya se habían marchado, solo quedaban un par de mecánicos. Sebastian también se había ido. Le había explicado a Hadley que tenía que atender algunos asuntos de la compañía y que se verían para cenar.



—Esto debería ser suficiente —indicó la analista señalando la segunda línea de datos en la tablet.

Hadley observó el gráfico pensativa.

—¿Estás segura? —insistió—. No quiero correr ningún tipo de riesgo, nos jugamos demasiado.

La mujer asintió, se giró hacia uno de los ordenadores y empezó a teclear. La pantalla sobre ellas se llenó de planos del fórmula uno en cuestión de segundos.

En ese mismo instante, Hadley oyó un pequeño ruido, o eso se dijo, si no, no entendía por qué se había girado sabiendo perfectamente que a quien iba a encontrar al otro lado de la habitación sería a Jesse.

Todavía llevaba el mono de competición que le quedaba ridículamente bien, pero se había desabrochado el cuello, dejando ver el inicio de la camiseta blanca y ajustada que llevaba debajo... *blanca* y *ajustada*... de pronto esas dos palabras sonaban increíblemente bien.

—La resistencia al viento siempre será un problema —continuó la analista.

Hadley se obligó a concentrarse. Se llevó una de las manos a la cadera y apoyó la otra en el mueble mientras se fijaba en los planos.

Pero todo dio igual porque oyó sus pisadas, lentas, cadenciosas, y su calidez la bañó entera antes incluso de que él llegase a su destino: exactamente a un paso de ella.

Jesse se inclinó, sin avisar, sin pedir permiso, como lo hacía todo. Su olor, esa mezcla perfecta de menta y jabón para la ropa, la mareó de la mejor de las maneras.

Hadley nunca se había sentido así en sus veintiséis años de vida, como si algo la estuviera arrasando por dentro a una velocidad de vértigo pero a la vez la dejase llena de flores salvajes, de los colores más vivos, de las que no puedes ignorar.

Apoyó la palma de la mano en el mueble blanco, muy cerca de la de Hadley.

—Creo que hay algo que tenemos que hacer —susurró Jesse con la voz ronca, casi tocando el lóbulo de su oreja.

Calor.

Cosquillas.

Más flores.

Hadley giró la cara y de inmediato sus ojos se toparon con los de Jesse, que no se había movido ni un milímetro, en absoluto incómodo. Esa seguridad, esa comodidad, esa naturalidad, eran hipnóticas.

Ella le mantuvo la mirada sin achantarse.

Jesse se movió, extendiendo su mano. Aquel gesto tuvo mucho de invitación, mucho de orden; mucho de peligroso y mucho de deseo del que te acelera la respiración y te deja con ganas de más.

Hadley miró su mano. Sonrió. Confió. No sabía por qué, pero tampoco necesitaba preguntárselo.

Él cerró sus dedos alrededor de los de ella, como si siempre hubiese sido así, y tiró suavemente haciéndola caminar.

—Tienes que sentirlo —dijo Jesse.

Iba adelantado unos pasos, sin soltarla. Hadley se mordió el labio inferior conteniendo una sonrisa. Había algo en aquella postura que le gustaba.

—¿El qué? —preguntó siguiéndole el juego.

Él se giró, sin detenerse, caminando de espaldas para tenerla de frente.

—La velocidad.

En ese segundo alcanzaron la pista. Hadley frunció el ceño sin entender a qué se refería, pero entonces lo vio, un imponente Mustang negro. No tenía ningún sentido que estuviera en una pista de Fórmula 1 y, sin embargo, no había nada en el mundo en aquel

momento que combinara tan bien con ese instante, con Jesse, con el corazón de Hadley latiendo deprisa.

—¿De dónde lo has sacado? —le preguntó ella.

Jesse le guiñó un ojo con una media sonrisa haciéndose el interesante. Ella negó con la cabeza dándolo por imposible, pero, cuando Jesse le abrió la puerta del copiloto, no dudó en montarse.

Jesse ocupó el puesto tras el volante. Se inclinó sobre Hadley y le abrochó el cinturón asegurándose de que estaba lo suficientemente apretado. Ella iba a sonreír, pero la intensidad del momento le ganó la partida y solo pudo suspirar mientras los ojos de él, en ese momento más azules que nunca, la dominaban por completo justo antes de recolocarse frente al volante.

Arrancó.

El Mustang voló.

No hubo un momento para aclimatarse, no hubo un inicio suave. Daba igual, Hadley no lo sabía, pero no lo quería. Quería sentirlo todo.

Jesse tenía una mano en el volante mientras la otra descansaba sobre el cambio de marchas. La vista fija en la carretera, dominando el circuito igual que antes lo había hecho con ella, comiéndoselo, jugando con él.

Las curvas.

La velocidad.

Cada metro avanzado despertaba algo en Hadley. Sus terminaciones nerviosas se hacían hiperconscientes de todo. Su cabeza, su cuerpo, su corazón reconocían el coche, a Jesse, pero también lo que había fuera, lo que pasaba a un millón de revoluciones, y hubo una extraña comunión entre sentir que todo lo que importaba estaba en el interior de aquel Mustang Shelby GT500

y que el mundo fuera se hacía más grande, significaba más cosas. Todo era posible.

Jesse sonrió sin mirarla, como si supiese que ya la había atrapado... y frenó.

—Quítate el cinturón y ven aquí —le ordenó.

Hadley lo miró confusa, pero la emoción, el riesgo, lo que fuese que Jesse quisiera enseñarle, ganó la partida y se quitó el cinturón. Él la agarró de la cintura, tomándola por sorpresa, y la sentó en su regazo. Primero de lado. ¿Importó? Sí. ¿Lo sintieron? Muy adentro. Muy rápido. Pero entonces la movió hasta que quedó frente al volante. Su espalda contra el pecho de él. Sus muslos sosteniendo los suyos. Sus brazos flanqueándola, bañándola de un calor perfecto.

—Pon las manos en el volante —dijo Jesse.

Su cálido aliento impactó en la piel bajo la oreja de Hadley, casi en su cuello.

Ella lo hizo a la vez que dio una bocanada de aire. Sonaba música, pero la radio no estaba puesta.

Jesse controlaba los pedales y las marchas. Aceleró. Hadley conducía. Cada vez más rápido. Cada vez más emocionante. Las rectas se transformaron en curvas.

Cada vez más libres.

Libertad. A eso sabía la velocidad. A la sensación de que controlabas tu destino; de que eras más fuerte que las circunstancias; de que podías con absolutamente todo.

Y era sexy.

Y catártico.

Y sentía a Jesse a su espalda. Sentía su suave aliento. Quería moverse. Quería que se rozaran más, que la estrechara entre sus brazos.

Más revoluciones. Más emoción. Más piel.

Él llevó su mano hasta la cintura de ella. La ancló allí. Apretó con fuerza. Los dos gimieron. Y el Mustang voló por el asfalto.

Jesse frenó hasta parar. La respiración de Hadley era un caos.

—Date la vuelta —volvió a ordenarle.

Ninguno de los dos supo qué había pasado primero, si ella se había movido o si él la había recolocado en su regazo, pero ya estaba a horcajadas sobre él.

Había habido otros chicos, pero ya todos daban igual.

Había habido otras manos, pero ya ningunas parecían importar como esas.

Había habido otros besos... pero ella se moría por ese.

La agarró de las caderas. Apretó con fuerza, deslizándola sobre él hasta que quedaron perfectamente encajados. Ella colocó las manos en sus hombros. La mirada de Jesse se había oscurecido y no era capaz de levantarla de ella, de sus ojos castaños, de su nariz, de sus labios, de ella.

—Jesse... —susurró Hadley antes de que su mente diese luz verde.

—Joder... —gruñó él.

Todas las defensas habían ardido.

Pero un fuerte carraspeo los separó de golpe trayéndolos de vuelta al mundo real. Los dos se giraron hacia la ventanilla y vieron a la misma analista con la que Hadley había estado en el box junto al monoplaza.

Jesse apartó la mirada demostrando lo poco que le importaba cualquier cosa que pasara fuera de ese Mustang.

Hadley la observó esperando a que hablara. La chica, que tenía la vista clavada a un lado visiblemente mortificada por la interrupción, llevó sus ojos de nuevo al interior del Mustang un segundo y otra vez perdió su mirada en cualquier otro lugar.

—Hadley, el señor Carmichael está aquí. Quiere verte.
—¿Mi padre? —preguntó incrédula.

15



Las miradas de Jesse y Hadley volvieron a quedarse enganchadas. Ella seguía teniendo la respiración acelerada, pero en ese momento la cabeza le iba increíblemente rápido y Jesse se dio cuenta.

—Tengo que irme —dijo ella tratando de volver a su asiento, pero todo lo rápido que había sido llegar hasta allí, casi como si flotara, era lo complicado que se había vuelto salir.

Jesse la cogió de la cintura y la dejó de nuevo en el puesto del copiloto.

Volvieron a mirarse. Él fue capaz de ver que estaba nerviosa, acelerada, y supo también que no tenía nada que ver con lo que casi había pasado.

—Gracias —murmuró Hadley. No había pasado un segundo completo cuando carraspeó y volvió a hablar esforzándose en que su voz sonase más fuerte—. Y gracias..., ehh..., por esto.

Jesse le mantuvo la mirada sin decir nada, solo captando todo lo que ella decía sin pronunciar una sola palabra.

Hadley salió alisándose el vestido y siguió a la analista hasta su oficina en la *motorhome*, el cuartel general de cada escudería junto a los boxes.

Theodore Carmichael no era un hombre que pasara desapercibido. Apenas alcanzaba los cincuenta años, pero tenía la actitud de los

que habían llegado todo lo lejos que habían deseado gracias a su propio esfuerzo. Puede que hubiese nacido en una familia poderosa, pero no se había conformado y había luchado ferozmente por su éxito.

Y Theodore Carmichael no había sonreído ni una sola vez desde que había puesto los pies en Montecarlo.

—Hola, papá —lo saludó Hadley entrando en el despacho.

Él la miró y suspiró con fuerza. Una manera bastante evidente de dejar clara su desaprobación.

—¿Cuánto tiempo va a durar esto? —planteó.

—La última carrera es a principios de diciembre...

—Sabes perfectamente que no es a eso a lo que me refiero.

—Claro que lo sé —contestó sin achantarse.

Theodore había perdido a su mujer cuando solo tenía veintisiete años. Se había quedado devastado; más que eso, todavía sentía un vacío que nadie, ni siquiera su nueva pareja, a la que quería y respetaba muchísimo, había conseguido llenar.

Calder y Hadley eran sus hijos, el mayor tesoro que Theodore había tenido jamás, más que su apellido, que la empresa, que el dinero... y ya había perdido a uno. Iba a proteger a Hadley a toda costa, incluso de sí misma.

—Tienes que volver a Nueva York, retomar tus responsabilidades como vicepresidenta...

—Nunca he dejado de lado mis responsabilidades —fue el turno de interrumpir de ella.

—Controlar asuntos en remoto y gestionar reuniones por videoconferencia puede funcionar, y muy bien, en empresas pequeñas o en otros cargos intermedios, pero la vicepresidenta de la compañía más importante del país tiene que estar, tienen que verla. Confunden que no estés con debilidad. Además, todo esto —

continuó mirando a su alrededor, como si pudiera hacerlo a todo lo que implicaba la Fórmula 1— no es el ambiente apropiado para ti. ¿Por qué presionarte con esta historia cuando puedes estar en Nueva York, viviendo una vida sin complicaciones?

«Me hace sentir pequeña —eso es lo primero que Hadley pensó—, me hace sentir como una niña», pero no lo dijo porque entendía que todo venía de las pérdidas que a su padre le había tocado sufrir. Aun así, no podía evitar sentirse infravalorada y al mismo tiempo frustrada e impotente y enfadada.

—Puedo con esto —trató de hacerle entender, pero su voz no salió tan firme como le hubiera gustado—. Era el sueño de Calder. Quiero hacerlo por él.

Theodore negó con la cabeza.

—Voy a protegerte siempre, ¿entiendes eso?

Hadley tragó saliva a la vez que desvió la mirada un segundo.

—Sí. —Pareció una respuesta, pero en realidad estaba aceptando algo que dolía.

No dijo nada más, caminó hasta su padre y lo abrazó con fuerza, y él sonrió por primera vez en todo el día.



—¿Has pensado en lo que hablamos? —preguntó Sebastian sacándola de su ensoñación.

Ella parpadeó confusa en el asiento trasero del imponente Rolls antes de volver a la realidad... pero lo cierto era que no recordaba a qué se refería.

Sebastian sonrió con ternura y una chispa de condescendencia.

—Siempre tienes la cabeza en las nubes —se metió un poco con ella—. El viaje. Irnos todos a Ushuaia, en Tierra del Fuego, a ver auroras australes.

Hadley asintió. Ya lo recordaba. Sebastian había comentado con Presley, Edward y ella que podrían hacer ese viaje, pero la verdad era que no estaba de humor para pensar en eso. La conversación con su padre de la tarde anterior seguía rondándole por la cabeza. Además, la junta la había citado. Los accionistas estaban en Montecarlo para la carrera y habían pensado que sería una buena idea celebrar una reunión.

—Lo siento, estoy un poco distraída por lo de la junta. —Prefirió no mencionar que seguía dándole vueltas a la visita de su padre. No se sentía cómoda hablando de eso con nadie, ni siquiera con Sebastian.

—Ya te he dicho que yo puedo encargarme —le recordó—. Tú solo haces acto de presencia y yo hablo con ellos. Simple.

—Te lo agradezco —respondió—, pero voy a encargarme yo, Seb.

Legacy era su proyecto, su manera de seguir cerca de Calder. Si alguien tenía que defenderlo, debía ser ella.

El coche se detuvo suavemente mientras la verja de seguridad del circuito se abría, reanudando la marcha apenas unos segundos después. No tardó mucho más en detenerse junto al *paddock*.

El conductor abrió la puerta de Hadley y ella salió. No necesitó caminar más que un puñado de metros para saber exactamente dónde mirar y, lo que encontró, llamó poderosamente su atención.

Jesse estaba en el box, pero no como cualquier otro piloto estaría, comprobando datos con el director de equipo y hablando con el jefe de mecánicos, él estaba con los mecánicos, trabajando en el motor del monoplaza... con el mono bajado hasta la cintura, con las

mangas atadas a ella y la camiseta ignífuga blanca remangada. Hablaba con ellos como uno más, completamente integrado.

Hadley lo observaba con el ceño fruncido, casi sin poder creerlo, pero de alguna forma esa imagen era una confirmación a todo lo que ella sabía de él.

Jesse levantó la vista, como si alguien le hubiese dicho que se hiciese el favor de hacerlo, y la vio, con la tablet descansando entre el pecho y el antebrazo y uno de esos vestidos de niña buena que era como una invitación a fantasear con un centenar de malas ideas.

—Buenos días, nena.

16



Jesse disfrutó de pronunciar ese apelativo por muchos motivos. No iba a fingir que no era un tío posesivo, lo era, mucho, y a esas alturas de su vida no iba a disculparse.

Sebastian no le parecía un mal tipo, pero sabía que Aldridge no lo quería cerca de Hadley y él no pensaba marcharse por nada del mundo.

Hadley apretó los labios un segundo ocultando el inicio de una sonrisa, que se coló media y engreída en los de Jesse.

—Buenos días, Jesse —respondió ella echando a andar hacia el interior del box.

Sebastian tardó un segundo más en hacer lo mismo y en esa fracción de tiempo sus ojos se encontraron con los de Jesse, que había seguido a Hadley con la mirada antes de centrarse de nuevo en Sebastian, sin que la sonrisa abandonara sus labios, provocándolo con esa naturalidad convertida en arrogancia devastadora, sabiendo perfectamente que estaría ahí, esperándolo.

Sebastian no dijo nada y comenzó a caminar tras Hadley. Jesse tampoco y volvió al motor.

—Por fin llegáis —se quejó Presley levantándose del sofá del despacho de Hadley.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué haces aquí?

—No aguantaba más en Nueva York sabiendo que todos estabais en Montecarlo sin mí —contestó como si fuera la piedra angular de toda lógica.

—¿Y el trabajo?

—Soy la mejor relaciones públicas de Manhattan y tengo un equipo excelente trabajando conmigo —respondió casi ofendida, echándose el pelo rubio hacia atrás con un golpe de muñeca.

Presley parecía una pija malvada de realeza británica, pero era solo una pose, su manera de enfrentarse al mundo. Era leal y fiera a la hora de defender a las personas que quería. Hadley estaba en los primeros puestos de esa lista junto a su madre Millicent y su hermano pequeño, Lloyd.

—¿Has dicho que estabas enferma? —replicó Hadley conociéndola demasiado bien.

—No, he dicho que tú estabas enferma y, por supuesto, tenía que cuidarte —añadió con un pucherito que se transformó en una sonrisa—. Montecarlo puede ser un sitio terriblemente peligroso con ese mar tan azul y el casino y esa oleada de edificios tan románticos y bonitos.

Hadley asintió reconociéndole el mérito y Sebastian sonrió al tiempo que negaba con la cabeza, dándola por imposible.

—Además está la prensa —les recordó Presley—. En unos días será la carrera. Os vengo mejor que bien. Sé exactamente cómo controlarla.

—Ahí no te equivocas —intervino Sebastian.

Presley frunció el ceño confusa.

—¿Ha pasado algo? —preguntó.

Hadley también miró a Sebastian sin entender a qué se refería exactamente.

—Afortunadamente nada todavía, pero estamos pisando terreno pantanoso. Los pilotos son la imagen directa de la escudería. Tienen que saber comportarse.

Presley agitó la mano, quitándole importancia.

—Ya sabes cómo es Edward —empezó a decir—. Siempre tan excesivo, como si fuera la Anna Wintour de la alta sociedad de Nueva York —enarcó mucho las cejas para hacer más hincapié en su discurso—, pero después siempre se comporta con la prensa. Nunca se arriesgaría a ser protagonista de un escándalo. Sus padres lo matarían.

Los Haistead estaban en la cúspide de la cadena alimentaria de Manhattan. Siempre habían estado allí, con toda probabilidad inventaron la cadena. Si permitían a Edward ser piloto era porque la Fórmula 1 era el deporte más exclusivo que existía.

—No estoy hablando de Edward —aclaró Sebastian.

Hadley arrugó la frente. ¿A qué venía aquello?

—¿Estamos hablando del señor vaquero, entonces? —preguntó Presley divertida.

—No es ningún vaquero —la bajó su amiga de la nube, o lo siguiente que haría sería imaginarse a Kelcey Dutton con un mono de carreras.

—Es exactamente eso —la corrigió Sebastian—. Arrancó una pieza del coche durante la prueba.

—Una pieza que, visto lo visto, no tendría que haber estado allí desde el principio —replicó ella.

—Se burló de Edward.

Hadley soltó una carcajada.

—Edward se metió en ese problema solito.

—No está siendo profesional, Hadley —insistió Sebastian—. No dudo de sus capacidades técnicas, es un piloto extraordinario, pero

la forma en la que viste, cómo te trata... Eres la dueña de la escudería, no puede llamarte «nena» en mitad del box. Las impresiones que causamos son muy importantes.

Abrió la boca dispuesta a contestar, pero Presley se le adelantó. Nadie podría haber sido más rápido que ella en ese momento.

—¿Te llama «nena»?

Hadley se encogió de hombros, mandándole la señal fundamental a su sistema nervioso central de que no podía sonrojarse justo en aquel instante.

—No lo he notado —respondió muy digna.

—¿Ah, no? —contraatacó Presley dando un paso hacia ella con esa sonrisilla de «amiga, amiga»—. ¿No notas cuando se te caen las bragas?

Hadley le mantuvo la mirada esforzándose en no sonreír, le estaba costando muchísimo, y cuando Presley no cedió ni un centímetro, no pudo más y una sonrisita de lo más tonta se coló en sus labios.

—No te juzgo. Te entiendo... —la apoyó Presley en un susurro— y te envidio... —añadió cayendo en la cuenta— un poco, sanamente. Bueno, no, te envidio muchísimo. ¿Qué más ha pasado? ¿Te ha llevado a correr?

La sonrisa de Hadley se hizo enorme.

Sebastian carraspeó con corrección.

—Creo recordar que has dicho que ibas a ocuparte de la situación con la prensa —apuntó él.

Presley solo necesitó una mirada para dejarle claro a Hadley que esa conversación no había acabado. Se inclinó para coger su teléfono, que descansaba sobre el brazo del sillón, y se giró dispuesta a salir.

—No lo dudes —respondió a Sebastian justo antes de echar a andar, ya de frente a él—. Contad con que no va a haber ni un solo

problema.

Hadley activó su tablet antes de que su amiga saliera y reanudó el trabajo. Aquella mañana tenía un millón de cosas que hacer y quería dejar todo lo relativo a la vicepresidencia listo para poder centrarse en Legacy. Faltaban solo unos días para el Gran Premio y no podía quedar un solo cabo suelto.

Sebastian se quedó observándola con la mente funcionándole a mil kilómetros por hora. Era un hombre acostumbrado a tenerlo todo bajo control, a observar y decidir, pero, desde que Jesse llegó, de alguna manera todo parecía estar... precipitándose y odiaba la maldita sensación de que la situación se le estuviese escapando entre los dedos.

—Hadley... —la llamó de pronto dando un paso hacia ella. Su voz sonó de una manera que ella jamás habría relacionado con él.

La chica soltó un «hummm» concentrado sin levantar la vista de la pantalla.

Sebastian abrió la boca dispuesto a hablar, pero el móvil de Hadley se le adelantó. En cuanto ella vio la pantalla, su expresión cambió.

—Es Whitemore —uno de los principales accionistas de la junta—, tengo que cogerlo.

Sebastian asintió. Hadley descolgó mientras salía del despacho.

La llamada fue incómoda, como siempre. Hadley poseía el cuarenta por ciento de las acciones de Legacy One. Era la inversora mayoritaria, pero no la única, así que, le gustase o no, tenía que rendir cuentas ante la junta. Whitemore era especialmente quisquilloso, complicado, y siempre trataba de ponerla contra las cuerdas.

Cuando al fin colgó, tenía demasiada energía, de esa que no es positiva, sino de la que tienes que quemar rápidamente para no acabar con un humor de perros. Fue hacia la zona de ingeniería y

empezó a trabajar en los gráficos. Aquella misma tarde tenía la reunión con los accionistas y quería ir tan preparada que no existiera pregunta técnica para la que no tuviera una respuesta. La meta estaba clara: Legacy no había conseguido que ninguno de sus pilotos acabara entre las diez primeras posiciones en las siete carreras anteriores. Necesitaban hacerlo urgentemente y puntuar. La junta entendía que no fueran a estar al mismo nivel que McLaren o Ferrari el mismo año de su fundación, aunque secretamente era lo que esperaban, pero tampoco estaban dispuestos a aceptar un fracaso absoluto.

—Jesse —lo llamó Hadley cruzando el box con un iPad entre las manos, aunque él se dio cuenta de que esa vez no era el suyo—, he estado comprobando el trazado del circuito con Melinda —una de las estrategas—. Los analistas tienen claro el punto exacto en el que debes acelerar en la segunda curva.

Conforme hablaba, señalaba puntos en la pantalla que había movido para que él también pudiese ver. Hadley llevaba horas entre gráficos y listas de números interminables. Jesse, que estaba limpiando unas piezas pequeñas con un trapo, frunció el ceño suavemente a la vez que casi sonrió cuando vio... ¿una puta ecuación?, ¿en serio?

—Lo importante es que, cuando llegues a esta zona —tocó en un punto y un plano en 3D de las calles de Montecarlo apareció en la pantalla—, seas consciente de la previsión de vientos. Si le aplicamos el rozamiento de base...

Jesse echó a andar hacia el coche concentrado en la pieza mientras Hadley lo seguía.

—Las especificaciones en entorno cero del monoplaza más los resultados en el simulador indican que este tramo podría ser el más complicado. —Él se acuclilló frente al fórmula uno y colocó la pieza

donde debía—. Tomando como base las estadísticas, podrías controlarlo si vas a este baremo de velocidad.

Jesse se irguió y la observó mientras ella seguía hablando y volvía a mostrarle la pantalla.

—En esta parte, en cambio, el simulador es claro en que...

—Hadley —la llamó con esa arrebatadora naturalidad.

—¿Qué?

—Para.

—No, esto es importante —insistió frunciendo el ceño—. Las cifras y las estadísticas y los ensayos en el simulador... Tienes que conocerlos.

—Las cifras nunca van a hacer que ningún piloto gane una carrera.

—Claro que sí. Solo tienes que prestar atención y escuchar. —Reactivó la tablet para mostrársela de nuevo—. En la segunda y en la tercera curva, las probabilidades indican que un tercio de los coches pasarán a una media de doscientos dieciséis kilómetros por hora.

Jesse siguió observándola mientras ella no paraba de parlotear sobre números y tantos por ciento y... simplemente no dudó, se inclinó, la cogió de las caderas y la cargó sobre su hombro.

Hadley soltó un gritito por la sorpresa. Todos los ojos del box se clavaron sobre ellos, pero a Jesse no le importó lo más mínimo y echó a andar.

—¡Jesse! —lo llamó Hadley con una mezcla de esa misma sorpresa y de algo más.

Se sintió como si no pesase nada en el hombro de él mientras atravesaba el lugar a grandes zancadas, tomaba el pasillo e irrumpía en su despacho. La sentó en la silla en un fluido movimiento e inmediatamente colocó las manos en los reposabrazos, inclinándose

sobre ella, acorralándola. Los ojos de Jesse atraparon los de Hadley a esa distancia tan corta, tan peligrosa, tan increíble.

Ella sintió su pulso acelerarse, como si su corazón tuviese su propio ingeniero de carreras. Ese calor que no le daba tregua volvió, cada músculo se estiró.

Él siguió mirándola, torturándola, provocándola. Todo a la vez. Sin descanso, sin medida. Hadley nunca había deseado nada tanto como deseaba que él la besase.

La mirada de él bajó a los labios de ella. La de Hadley se derritió en esos ojos en ese momento infinitamente azules.

Y entonces...

Jesse...

Se incorporó.

La comisura derecha de sus labios se elevó en el inicio de una sonrisa y se marchó bañado en la misma deliciosa y mezquina seguridad con la que había entrado.

Hadley tardó un segundo en reaccionar, pero, cuando lo hizo, miró a su alrededor completamente aturdida hasta que acabó resoplando al mismo tiempo que dejaba caer su cabeza contra el respaldo de la silla.

¿Qué acababa de pasar?

17



—¿Estás nerviosa? —le preguntó Sebastian a Hadley mientras recorrían el inmenso, casi palaciego, pasillo del hotel. Desde luego, en Mónaco sabían hacer las cosas cuando esas cosas tenían que ver con el lujo.

La respuesta obvia era sí.

—No —contestó Hadley. Había crecido viendo que, en el mundo de los negocios, el nerviosismo se interpretaba como debilidad y no estaba dispuesta a dejar que nadie pensara eso de ella—. Lo tengo controlado.

Repasó mentalmente una vez más la ristra de cifras y el discurso que había perfeccionado con ayuda de Presley. La junta no iba a ser un problema.

—Creo que estás siendo testaruda —dijo Sebastian— y que te estás sobreesforzando. Yo puedo encargarme...

Hadley se giró para mirarlo y el resto de la frase murió en los labios de él.

No dijo nada y abrió la puerta para que ella pasara primero.

Por un momento, la situación hizo sentir mal a Hadley y al mismo tiempo la sensación no le gustó por injusta. Le agradecía a Sebastian lo bien que se portaba con ella y que estuviese dispuesto a enfrentar cualquier circunstancia potencialmente complicada por ella, pero

también le habría gustado que en algún momento comenzase a verla como alguien capaz de enfrentar sus propios retos sin necesidad de que nadie cuestionase sus decisiones.

Hadley resopló suavemente para poner cada cosa en su sitio y volvió a centrarse en lo inmediato: la reunión.

Entró en el enorme salón. El director del hotel lo había preparado sin olvidar un solo detalle. La gran mesa de centro de una cuidada madera, las sillas, las pantallas de alta definición, la zona de refrigerios. A simple vista, nadie podría decir que no estaban en cualquier empresa de Manhattan.

Una decena de ejecutivos enchaquetados la esperaban en sus respectivos asientos, pero fue Jesse quien robó su atención. Por un segundo, no más, su mirada buscó la de él y Jesse se descruzó de brazos. Había sido un saludo que solo habían entendido los dos.

Él tenía que estar allí. La junta quería conocer al nuevo piloto.

—Buenas tardes a todos —saludó Hadley ocupando su puesto en la presidencia.

Sebastian se sentó a su derecha, frente a él estaba Jesse.

—Si les parece, comencemos la reunión...

Ese fue el pistoletazo de salida. Hadley tenía las ideas muy claras y lo demostró. Un discurso con fuerza y eficaz, cifras que la respaldaban a ella y al potencial de la escudería... pero esa junta era lo más parecido a una charca llena de tiburones. Ni uno solo de ellos la apoyó. Todo lo que recibió fueron presiones, preguntas maliciosas y amenazas veladas.

Hadley no se rindió en ningún momento, contestó, argumentó, no se dejó pisar, pero cada vez estaba siendo más complicado. Esos accionistas no pensaban darle tregua. Tenían claro lo que querían: o la escudería se convertía en una mina de oro o la venderían.

El peor de todos era Mitch Whitemore.

—Solo hemos corrido siete carreras. Ni siquiera es un trimestre completo. Ninguna empresa se rige por tiempos tan pequeños para saber si es viable o no —les recordó Hadley.

—Las empresas reciben entradas de dinero incluso si no superan las pérdidas —contraatacó uno de los miembros de la junta, un hombre de unos sesenta, que la miraba como si fuera el día de llevar a tu hijo al trabajo y Theodore fuese a aparecer en cualquier momento para hacerse cargo de la reunión—. Actualmente, Legacy One es un pozo sin fondo.

—Tenemos el dinero de los patrocinadores. Ingresamos más de doscientos millones de dólares en publicidad —puso sobre la mesa Hadley.

—Doscientos millones que podrían haber sido más de quinientos si ganáramos —contestó otro de los inversores.

—Ninguna marca quiere estar en un equipo que no gana —comentó una de las ejecutivas—. Los que tenemos se marcharán si los resultados no mejoran.

—Y esos resultados dependen enteramente de su gestión, señorita Carmichael. No está tomando las decisiones adecuadas —intervino Whitemore—. Aún tenemos que ver correr al señor James, pero, si tampoco es el revulsivo que necesitamos, ¿qué pasará entonces? Sin duda alguna habrá consecuencias.

La sala se quedó en un profundo silencio. Las implicaciones de esas consecuencias estaban claras e irían en escalada, desde que Hadley se viera obligada a tomar decisiones que no quería hasta que Legacy One fuese vendida, pasando porque la destituyeran como CEO.

Hadley les mantuvo la mirada, tan valiente como era, pero resultaba obvio que ella era la más consciente de cómo podían terminar las cosas y también a quien más le dolía.

Whitemore asintió y una de las secretarias indicó a los camareros del hotel que ya podían servir el refrigerio.

Hadley aprovechó la pequeña pausa para alejarse de la mesa con la excusa de ir a buscar su café en vez de esperar a que se lo trajeran. Sebastian hizo el ademán de seguirla, pero ella le indicó suavemente con la mano que se quedara sentado.

—Gracias —le dijo al camarero que le entregó un *macchiato* con un poco de canela a una temperatura perfecta.

Se quedó quieta, frente a la ventana, observando el mar y pensando. La cabeza le iba demasiado rápido, era como un maldito hervidero con una mezcla imposible de rabia, esperanzas y esa sensación que le apretaba el corazón de que no podía fallarle a su hermano. Presión. Decisión. Tomar la mejor decisión. Defenderla. Convencerlos. Convencerlos a todos...

—Respira.

La voz de Jesse llegó en un susurro tranquilo que solo ellos dos pudieron oír.

Ella volvió la cabeza hacia él, un segundo, y después la devolvió a la elegante Montecarlo mientras hizo eso, respirar. Parecía sencillo cuando otra persona lo decía, pero Hadley, por un momento, había olvidado cómo hacerlo.

—¿Por qué dejas que te traten así cuando tienes claro lo que quieres? —planteó Jesse en el mismo tono privado.

Hadley volvió a mirarlo.

—No dudes de ti —le recordó—. Eso es lo que ellos quieren.

Jesse le entregó su taza de café solo a otro de los empleados y volvió a la mesa mientras ella pensaba en lo que había dicho. Claro que sabía lo que quería. Claro que estaba convencida de su plan. Y era indudable que iba a funcionar.

—Los patrocinadores no van a marcharse porque nuestro plan para esta escudería será un éxito —dijo Hadley con una claridad absoluta llamando la atención de los accionistas y regresando a la mesa. Todos se sentaron, ella no—. Pero cualquier estrategia exige un tiempo. Las inversiones funcionan así. Ver el desarrollo del potencial de Legacy One les costará un año y no será hasta que acabe que veremos si realmente somos rentables o no.

—Como junta tenemos una responsabilidad y unos derechos adquiridos sobre Legacy One —respondió uno de los ejecutivos.

—Y como accionistas aceptaron un riesgo —le cerró la boca Hadley—. Aunque es cierto que no todas las personas están cómodas en esa posición.

El hombre la fulminó con la mirada, pero a ella no le importó.

—Ningún patrocinador va a retirarse antes de que termine la temporada. Es mi trabajo asegurarme de que sea así. En cuanto a lo demás, lo discutiremos cuando sea el momento, en diciembre. —El Gran Premio de Abu Dabi se celebraba el día 7 de ese mes—. Hasta entonces, no voy a permitir que nadie discuta el futuro de Legacy One. Buenas tardes a todos.

Hadley se marchó sin esperar el permiso de nadie. En cuanto la puerta se cerró a su espalda, le temblaron las rodillas, pero también se sintió poderosa y, sobre todo, en paz con el recuerdo de Calder.



El día aún no había acabado. Es más, la noche prometía ser larga. La FIA había organizado un baile en el icónico Casino de Montecarlo en honor a los pilotos y escuderías que disputarían la carrera. Todo el que era alguien en la industria automovilística estaba allí.

—Da igual las veces que haya estado aquí —comentó Presley con una sonrisa y el brazo entrelazado con el de Hadley mientras entraban en el gran salón—, es como un cuento de hadas.

No le faltaba razón. La gran lámpara de araña, el resto de la decoración, incluso el propio edificio y el hecho de que estuviera a tan solo unos metros del Mediterráneo en plena Costa Azul lo hacían el mejor escenario del mundo para vivir una fantasía.

—¿Qué tal ha ido la junta? —preguntó a continuación.

Hadley sonrió feliz.

—He dicho lo que quería decir —sentenció.

Su amiga le devolvió una sonrisa radiante y orgullosa.

—Tú puedes con todo, Hads, y quien lo dude, aparte de que tendrá que vérselas conmigo, es francamente estúpido.

La sonrisa de Hadley se ensanchó.

—Eres como mi escudera —bromeó.

—Y tu caballero de brillante armadura si lo necesitas —apostilló ella—. No lo dudes.

—Lo mismo digo.

—¿Sigo teniendo trabajo? —preguntó Edward burlón con una copa de *champagne* en la mano cuando las vio acercarse. Sebastian estaba con él.

Presley puso los ojos en blanco melodramática y Hadley fingió mirarlo mal, aunque tuvo que torcer los labios para contener la sonrisa.

—Recuérdame por qué te contraté en primer lugar —le pidió ella.

—Porque soy el mejor —afirmó casi en un suspiro hastiado antes de darle un sorbo a su copa de Dom Pérignon— y porque soy terriblemente guapo.

Hadley sonrió dándolo por imposible.

—Yo creo que lo hizo porque el fórmula uno te hace parecer más alto —intervino Presley.

—Estoy con ella —dijo Sebastian.

—Ja, ja —se rio mordaz Edward—, muy graciosos —se quejó mirándolos alternativamente a los tres.

Hadley alzó las manos con suavidad.

—Yo no he dicho nada —le recordó, pero el retintín en su tono resultó de lo más evidente.

Edward entrecerró los ojos sobre ella.

—Pero lo has pensado.

—Culpable —admitió.

—No puede ser, en serio que no puede ser —pronunció Presley asombrada.

Hadley siguió su mirada hasta la entrada principal del salón y, con total franqueza, pensó lo mismo que ella.

18



Jesse James de esmoquin era algo simplemente imposible de olvidar. Hadley lo supo en el instante en que lo vio. Parecía una estrella de Hollywood, más aún, parecía Hollywood entero. Alto, con el cuerpo delgado pero fibrado que resaltaba casi con malicia enfundado en ese Valentino. Los ojos más increíbles del mundo y el pelo, que siempre llevaba revuelto, peinado de una manera tan deliciosa que ponía muy complicado a cualquier mujer no quedarse mirándolo un segundo de más.

Aquella versión de él no negaba ninguna de las otras. No traicionaba al mecánico, al piloto, al tipo que se manchaba las manos de grasa en el box. Simplemente añadía otra peligrosa capa.

—Por hombres como ese existen las portadas de revistas —comentó Presley.

Y Hadley tuvo ganas de contestar que acababa de fabricarse un *ranking* de los momentos en los que Jesse parecía recién salido de una fantasía. El mono de carreras atado a la cintura, con el pelo húmedo y la cara un poco manchada de grasa, el tercer puesto; en su casa, sentado en el porche, con la camisa de cuadros remangada y los vaqueros gastados, en el segundo; Jesse de esmoquin, irrumpiendo en el primer puesto.

Él también la vio y tuvo que contenerse para no cargarla al hombro otra vez, llevársela al hotel y hacerla reír y gemir hasta que esa locura de vestido estuviera en el suelo de su habitación.

No entendía qué le pasaba con ella. Había estado con las mujeres que había querido. Sabía lo que era desearlas, jugar con ellas, provocarlas, pero con Hadley tenía que luchar por mantener el control porque no solo la deseaba, sentía hambre y era algo salvaje, directo desde detrás de las costillas.

Sus miradas se encontraron a través del lujoso salón de baile. El castaño contra esa combinación de verde, azul y gris.

Jesse dominó su mirada despacio, de una forma casi deliberada, y en ese gesto lento hubo algo íntimo, como un saludo secreto que solo les pertenecía a ellos.

Bañado en esa seguridad que parecía arrogancia y con una sonrisa esbozada con la misma provocadora lentitud, cruzó el salón.

—Buenas noches —saludó Jesse al llegar al grupo—. Eddie —se dirigió directamente a él, aunque no le dedicó más que un par de segundos.

El aludido apretó los labios molesto.

—James.

—Buenas noches —repitió más educado, pero también más distante, mirando a Presley.

Ella le mantuvo la mirada sin dudar.

—¿Así que tú eres Jesse James? —entrecerró los ojos evaluándolo —. Me han hablado mucho de ti —dijo con la misma sinceridad con la que se enfrentaba a todo.

—Lo mismo digo.

—Me ofendería si hubiese sido de otra manera. Ese esmoquin te queda ridículamente bien, ¿lo sabías? —añadió.

Su frase por un momento dejó a Jesse sin palabras, pero se recuperó rápido disimulando una sonrisa.

—Sebastian —lo saludó, pero, como con Edward, su atención voló rápido a otro lugar.

—Jesse.

Giró el cuerpo hacia Hadley y automáticamente el mundo a su alrededor se apagó.

—No esperaba verte aquí —lo picó divertida.

—Pensé que podría hacer una excepción por una vez —replicó contagiado de su humor.

Hadley se acercó un poco más fingiendo que tenía que comentarle algo privado a salvo de oídos indiscretos. Jesse se inclinó para facilitarle la tarea.

—Las excepciones con esmoquin siempre merecen la pena —murmuró en su oído.

Los dos se apartaron lo justo para que sus miradas volvieran a encontrarse. Jesse se humedeció el labio inferior conteniendo una sonrisa y ese gesto viajó por el torrente sanguíneo de ella iluminando cada centímetro de piel.

Jesse volvió a inclinarse. Lo hizo más despacio, más cadencioso.

—Ese vestido —susurró, y sus labios casi tocaron la sensible piel bajo su oreja— sí que merece la pena. Estás preciosa.

Hadley notó el calor subirle por el cuello. Sonrió bajando la cabeza para evitar que él pudiera ver que se estaba sonrojando, pero Jesse lo vio y mantener las manos quietas empezaba a serle tan difícil que dolía.

—No deberías hacer esa clase de cosas —le advirtió Jesse.

Ella levantó la cabeza guiada por la curiosidad, buscando una explicación a esa frase, pero Jesse solo la miró y sonrió otra vez sin prisas.

—¿Por qué? —insistió.

—Bailemos.

Jesse le tendió la mano. Hadley la miró y después a él y después perdió su vista a un lado luchando por no sonreír. Aceptó y él entrelazó sus dedos justo antes de tirar suavemente de ella, la misma secuencia del box cuando se la llevó para que probaran el Mustang en la pista.

Ni Edward ni Presley ni, más que ninguno, Sebastian se perdieron esa interacción y sus miradas los siguieron mientras caminaban hacia la pista de baile.

Sonaba una pieza muy suave, interpretada en directo por un cuarteto de violines. No era música clásica, desde luego, aunque tampoco Taylor Swift. Con toda probabilidad, una canción de Taylor Swift interpretada como una pieza de música clásica por un cuarteto de violín habría sido una definición muy adecuada.

—¿Tú sabes bailar este tipo de música? —planteó socarrona Hadley jugando a eso de fastidiarlo un poco.

—En cuanto empiece a sonar Blake Shelton —un cantante country — estará controlado —bromeó Jesse.

Hadley no se esperaba esa respuesta y, en cuanto la oyó, rompió a reír. A Jesse le encantó el sonido, puede seriamente que lo adorara, y una sonrisa se coló en sus labios.

Él se giró hacia ella. Los dos recolocaron sus manos sin soltarse. La libre de Jesse iba a tocar la cintura de Hadley, la libre de ella iba a tocar el hombro de él...

—¿Y tú eres?

La voz llegó desde atrás. Grave. Segura. Imposible de ignorar.

Hadley se giró; Jesse llevó su mirada hasta Theodore Carmichael, de pie, en mitad de la pista de baile a un par de pasos de ellos.

No sonreía, tampoco parecía enfadado. Estaba alerta, como un halcón protegiendo un polluelo mientras estudiaba y decidía sobre Jesse prácticamente en el mismo segundo.

—Jesse James —contestó.

No sonó intimidado. No lo estaba.

—Jesse, él es Theodore, mi padre —los presentó Hadley tratando de aliviar un poco la tensión—. Papá, él es el nuevo piloto de Legacy One.

—Un largo viaje desde Tennessee, ¿no?

Theodore lo estaba poniendo a prueba, pero Jesse no tenía nada que esconder y se comportaba en consecuencia.

—Lo importante no es la distancia, es que valga la pena.

Los dos hombres se miraron a los ojos. Jesse no cedió terreno, no bajó la cabeza, y Theodore confirmó lo que ya pensaba de él: Jesse significaba problemas porque no era una variable controlable, porque nunca sería dócil.

—El senador De Soleano quiere saludarte —comentó Theodore con los ojos aún clavados en el piloto, aunque resultaba obvio que la frase era para Hadley.

Ella no quería irse y menos en ese momento, pero había compromisos que no podía eludir.

—Será solo un minuto —le dijo a Jesse volviéndose hacia él.

Este movió los ojos, entonces grises, casi salvajes, de padre a hija. La miró sereno, presente, con seguridad.

—Ve —respondió.

No fue una orden. Fue confianza.

Se soltaron despacio de la mano y Hadley echó a andar hacia su padre. Theodore dejó su vista clavada en Jesse hasta que Hadley se alejó unos metros de los dos. Jesse la siguió con la mirada antes de volver a mantenérsela a su padre.

La misma seguridad seguía ahí.

Los hombres no se comportaban así con Theodore, mucho menos los que pretendían formar parte de su familia casándose con su hija; a esos... los odiaba a todos, pero ninguno de ellos le pareció por un solo segundo la mitad de peligroso que Jesse.



Para cuando Hadley terminó de hablar con el senador, Mohammed ben Sulayem, presidente de la FIA, y Stefano Domenicali, CEO de la FOM, la empresa que controlaba el flujo de dinero que daba ese deporte, habían cogido el micrófono y ofrecido un pequeño discurso sobre la importante carrera que se avecinaba, lo agradecidos que le estaban a la casa real del Principado por su apoyo, además de invitar a todos los presentes a pasarlo muy bien.

Hadley estaba impaciente, pero también un poco tensa. Conocía muy bien a su padre. Puede que fuera un empresario de éxito y todo lo que ello conllevaba, pero en su día a día siempre había habido un hueco para Calder y para ella, así que podía distinguir si estaba enfadado solo con mirarlo un segundo y también cuando estaba en modo halcón-padre sobreprotector en alerta. Jesse no le había gustado lo más mínimo. Resultaba obvio. Hadley no era ninguna estúpida y entendía por qué, pero eso no significaba que pensase que su padre tuviera razón.

En cuanto la ola de aplausos a los hombres en el escenario terminó, los invitados por fin empezaron a moverse deslizándose sin prisas a pequeñas reuniones improvisadas entre ellos o camino de la barra.

Hadley regresó a la pista de baile en busca de Jesse, pero él ya no estaba. Miró a su alrededor, pero solo le valió para acabar frunciendo el ceño. ¿Dónde se había metido?

Tardó unos pocos segundos en distinguirlo entre la multitud. Una sonrisa se coló en sus labios cuando lo vio con los antebrazos apoyados en la barra y el cuerpo ligeramente echado hacia delante, con un vaso frente a él con un líquido ambarino sin hielo que sin duda alguna era bourbon, pero que él, como todos los de Tennessee, llamaría whisky.

Dio el primer paso en su dirección, con mariposas revoloteando en su estómago, pero, con el segundo, su expresión cambió por completo. Jesse no estaba solo, una rubia imponente estaba junto a él... y no parecía nada molesto.

19



Hadley frunció el ceño. «¿Quién es?». Trató de hacer memoria, pero no la recordaba de otros eventos de la competición ni de fiestas en Manhattan.

La mujer sonrió a algo que dijo Jesse y levantó levemente el hombro con una mirada cómplice.

«En serio, ¿quién es? —volvió a decirse—. Es guapísima, con unas piernas de infarto y pelo de anuncio de champú. Maquillaje perfecto. Vestido perfecto. Zapatos perfectos».

—Todo perfecto —gruñó bajito haciendo unos ruiditos después.

Jesse volvió a hablar. Ella volvió a sonreír.

«Conozco a Jesse y Jesse no es tan gracioso, así que ¿de qué demonios se está riendo?».

«La risa está sobrevalorada... y los esmóquines también. Además, no es tan guapo».

Justo en ese momento, Jesse giró la cabeza suavemente y su mirada se encontró con la de Hadley. Ella relajó el gesto de inmediato, pero, por muy rápida que fue desfrunciendo el ceño, Jesse lo notó, ató cabos y una media sonrisa se coló en sus labios torcida, engreída e irritante; a Hadley le pareció sobre todo esto último.

«¿Quién se ha creído que es? —masculló en su cabeza—. ¿De verdad cree que me molesta que esté con esa chica?».

Hadley le mantuvo la mirada y solo moviendo los labios, sin llegar a vocalizar, le dijo:

—Diviértete.

Él se mordió el labio inferior apenas medio segundo, pero el gesto fue increíblemente sexy, mientras le mantenía la mirada.

—Gracias —respondió él sin usar la voz, y aun así ella pudo notar su acento sureño.

La rubia dijo algo y Jesse volvió a prestarle atención.

«Tiene que ser una mujer superinteresante», volvió a gruñir obligándose a apartar la mirada.

Un camarero le ofreció una bandeja llena de copas de *champagne* rosado y Hadley estiró la mano para coger una, pero, justo en ese segundo, otra mano entró en su campo de visión.

—Lo siento —dijo Hadley.

—No te disculpes —se apresuró a decir la voz.

Ella llevó la vista hasta su dueño y se topó con un hombre de unos treinta, rematadamente guapo.

—Permíteme —le pidió cogiendo dos copas, agradeciéndoselo al camarero y entregándole una de ellas a Hadley.

—Gracias.

—Es lo mínimo que podía hacer. —Hubo un segundo de silencio que no llegó a ser incómodo—. Soy Mark.

—Hadley.

Él le ofreció la mano. Ella se la estrechó. Y los dos sonrieron.

«Pero ¿quién coño es ese tío?», pensó Jesse demasiado rápido mientras veía cómo Hadley le sonreía a otro hombre exactamente a diez metros de distancia y ese otro hombre se la comía con los ojos.

Antes había sido divertido ponerla celosa. No buscó hacerlo. Esa mujer se le había acercado diciendo que era una de las relaciones públicas de Carolina Herrera y quería saber si estaba interesado en protagonizar su anuncio. Él simplemente fue educado; recordaba lo que había pasado en la junta y sabía que los patrocinadores eran importantes para garantizar que las cosas pudiesen seguir haciéndose en Legacy como Hadley quería.

Pero entonces levantó la mirada y la vio observándolo con el ceño fruncido y ganas de llamarlo idiota y no se pudo resistir. Solo para fastidiarla un poco.

No era ningún estúpido, la mujer era guapísima, pero no podía interesarle menos.

«Sin embargo, a menos que me estén buscando una pareja para el anuncio y ese tío también sea relaciones públicas de Carolina Herrera, esto ha dejado de tener gracia, joder».

La relaciones públicas continuó hablando, pero no le hizo el más mínimo caso.

«El imbécil vuelve a hablar. Hadley vuelve a sonreír. Suficiente».

Echó a andar hacia ellos, la rubia lo llamó y lo siguió.

—Jesse —lo saludó Hadley como si no recordase que estaba allí—, ¿ya estás aquí? Creí que estabas ocupado —añadió con retintín.

«Todavía celosa. Genial», pensó él.

—Lo estoy —contestó Jesse casi regodeándose en cada palabra—. Solo quería que conocieras a —no recordaba el nombre, pero Dios le echó una mano y se lo chivó en el último microsegundo— Sylvana.

—Sylvana, ella es Hadley.

—Encantada —comentó la mujer llevándose la palma de la mano al pecho.

A Hadley le costó todas las tablas adquiridas en fiestas como esa conseguir que las palabras «Lo mismo digo» cruzaran su garganta.

«De cerca es aún más guapa. Genial», pensó.

—¿Y él es? —planteó Jesse.

Hadley sonrió de oreja a oreja, como si estuviera oyendo cantar a todos los animalitos de Montecarlo a su alrededor.

—Mark —respondió por él—. Mark —lo llamó girándose y mirándolo como si fuera el único hombre sobre la faz de la tierra—, él es Jesse James.

—Jesse James, ¿el piloto? —replicó entregado.

Hadley se contuvo para no fruncir el ceño observando cómo había dejado de existir para Mark. «¡Vamos, Mark! —se quejó—. ¡No te pongas de su lado!».

Entonces le tocó a Jesse el turno de sonreír encantado, que nunca había disfrutado tanto de conducir un fórmula uno y que a los pijos de cualquier país les pareciera un deporte interesantísimo.

—¿Jesse ya te lo ha comentado? —le dijo Hadley a la rubia. Ella lo miró con curiosidad, como el aludido, solo que él sumó la cautela—. Lo de los gemelos.

Jesse casi se atraganta con el whisky mientras Sylvana abría la boca sin saber exactamente qué decir. Hadley pilló su pista para continuar.

—Su novia vive en Tennessee, en cualquier momento sale de cuentas.

La mujer, que obviamente no estaba interesada solo en Jesse a nivel colonia, le lanzó una mirada un poco aprensiva. Jesse observó a Hadley y ella se llevó una mano al pecho, imitando a Sylvana, haciéndose la inocente y por eso precisamente no siéndolo en absoluto.

—Ooops, ¿era secreto? —siguió con el teatro.

«Chúpate esa, Jesse James».

—Será mejor que me vaya —comentó la rubia desapareciendo a toda velocidad.

Hadley la observó alejarse y la despidió moviendo los dedos de la mano. «Ya eres libre, sé feliz, Miss Dinamarca».

Hadley se giró hacia los dos hombres. Mark seguía hablando emocionadísimo del Gran Premio que se disputaría en unos días mientras Jesse la observaba a ella por encima del vaso con una mirada divertida y peligrosa al mismo tiempo.

—Jesse, Mark y yo nos estábamos conociendo —dijo endulzando su voz a propósito—, ¿te importaría dejarnos solos?

Mark sonrió devolviéndole su atención. Jesse tuvo que controlarse para no tumbarlo de un puñetazo.

—En realidad, estábamos teniendo una charla muy interesante. Creo firmemente que Mark podría ser un gran piloto.

Al aludido se le iluminó la cara.

—¿En serio?

—Por supuesto.

Hadley fulminó a Jesse con la mirada. Aunque no la miró, una media sonrisa apareció en la boca de Jesse. Intuía que quería asesinarlo.

—Buah, es increíble. Dame un segundo para que se lo cuente a mis amigos y vuelvo para que sigamos hablando. Van a morirse por conocerte.

Mark comenzó a caminar emocionado, Hadley no dudó y lo siguió, pero, cuando solo había dado un paso, notó la mano de Jesse rodear su muñeca y tirar de ella para que se girara. Deslizó sus dedos por su palma hasta entrelazarlos con los suyos, atrapó su mirada con la velocidad de un chasquido mientras la intensidad subía, el calor se comía el aire entre ellos y la suave música de violín llegaba a sus oídos transformada en la banda sonora de *Los Bridgerton*.

20



Salieron a la terraza. Tan pronto como sus pies pisaron el suelo de losa gris, Jesse se giró hacia ella, dejándolos frente a frente y peligrosamente cerca.

—Tengo una regla más —dijo decidido, con esa seguridad que lo hacía imposible de domesticar.

Ella lo miró a los ojos. En ese momento eran azules, pero a ella le encantaban en cualquier versión.

—¿Cuál? —preguntó.

—No vas a sonreírle a otro hombre —sentenció—. No vas a dejar que revoloteen a tu alrededor. No vas a permitir que piensen que tienen una oportunidad.

Ella se derritió con cada palabra, pero se negó a dejárselo ver.

—¿Y qué pasa con las mujeres y contigo?

—Que no me interesan lo más mínimo porque no son tú.

No dudó. No dudó una maldita décima de segundo.

Un paso más. La temperatura hizo lo imposible y subió. Hadley sintió su corazón batir el récord de velocidad del Paul Ricard.

—Eres un poco territorial, ¿no, Jesse James?

—Soy posesivo, mucho —contestó—, y no pienso disculparme por eso.

Ella se mordió el labio inferior con una sonrisa. Él dio el último paso para tenerla exactamente donde quería y, agarrándola de las caderas, la atrajo hacia él besándola con fuerza.

No empezó despacio ni suave ni probando. Cogió lo que quería desde el primer instante, jugando con los labios de ella, controlando el beso, tentándola, provocándola, deslizando la lengua contra la de ella cuando fue imposible para Hadley pensar en otra cosa.

A ella le temblaron las rodillas; qué cliché y qué real. Jesse sintió que el hambre no se apagaba, que solo crecía y crecía como una puta locura que hacía que la deseara más, que lo excitara más. Hadley iba a ser su perdición.

Se separaron con las respiraciones aceleradas.

No había espacio para pensar. Jesse volvió a inclinarse. Hadley terminó de recorrer la distancia hasta él y volvieron a besarse. Fue delirante. Delicioso. Una locura transformada en coreografía perfecta. Se movían como si lo hubiesen ensayado antes mientras su conexión brillaba y brillaba, mientras sentían más y más, mientras querían más y más.

—Jesse —susurró Hadley contra sus labios.

Le costó un mundo separarse esos centímetros, pero necesitaba hacerlo antes de perder el poco sentido común que le quedaba.

Él la miró a los ojos a una distancia que en ese momento sabía a tortura.

—No podemos hacer esto —dijo Hadley.

—¿Qué? ¿Por qué?

Frunció el ceño. No quería nada que le dijera que debía separarse de ella.

—Porque trabajamos juntos. Hay demasiado en juego.

El Gran Premio era en solo unos días. No podían permitirse una distracción así. Todos iban a mirar a Jesse con lupa y, por extensión,

a Hadley. Un solo paso en falso podría acabar con su vuelta a la Fórmula 1 y con Legacy.

Jesse lo odió, pero lo entendió y, más que nada, la entendió a ella.

Asintió. Eso fue lo máximo que su fuerza de voluntad le dejó hacer. En aquel instante su cuerpo estaba sublevado, gritándole que era idiota, que se la llevara allí donde no importase quiénes eran, sino lo jodidamente bien que sabía besarla.

—Vale —pronunció Hadley casi en un jadeo.

Precisamente que estuviese a punto de jadear hizo que Jesse perdiese el poco control que había conseguido almacenar.

Volvió a besarla. Hadley gimió contra su boca disfrutándolo y se lo devolvió. Las manos de ella se deslizaron por sus hombros y se unieron tras su nuca. Las manos de él viajaron hasta el final de su espalda, estrechándola un poco más contra su cuerpo.

No querían parar.

No podían parar.

Pero debían hacerlo.

Esa vez Jesse fue el primero.

Ella se quedó mirándolo, con una mezcla de deseo y ganas, casi suplicante. Él dejó caer su frente sobre la de ella.

—Entra en el salón —le ordenó cerrando los ojos un instante— o voy a volver a besarte, Hadley, y esta vez no voy a poder parar.

Ella tardó un segundo de más en asentir aturdida, en separarse, en darse media vuelta. Se giró para mirarlo antes de reemprender la marcha y finalmente entró. Jesse no levantó sus ojos de ella. Siguió mirando en la dirección por la que se había marchado incluso cuando ya no era posible verla.

—Joder... —pronunció con las manos en las caderas—. Joder —repitió pasándose una palma por la boca al tiempo que se giraba

buscando poner más distancia entre ellos, convenciéndose de no volver a entrar a buscarla.

21



El Gran Premio de Mónaco era distinto a cualquier otro. No se trataba de su historia, era el lugar, lo que se respiraba en él. Las propias calles de Montecarlo servían como pista, pasaban bajo túneles, pilotaban junto al mar. Era como si por un momento fueran conductores de una carrera clandestina a una velocidad demasiado peligrosa.

El protocolo precarrera fue el de cada vez. La apertura del *pit lane*, los invitados vip y los patrocinadores paseándose entre los pilotos, haciéndose fotos; la gente de prensa acreditada haciendo breves entrevistas.

Hadley observaba a Jesse desde el box sin poder quitarse los besos de la cabeza. Ella había sido quien había dicho que aquello no podía ser, y seguía pensándolo, pero su cuerpo no parecía captar el mensaje.

Julian se acercó a Jesse, que estaba apoyado en el fórmula uno número 46.

Su número.

Su coche.

—Sé que puedes no entenderlo o no ir con tu forma de correr, pero hoy no se trata de ganar, se trata de sumar —le explicó Julian mirándolo a los ojos.

Jesse le mantuvo la mirada y dio una bocanada de aire antes de asentir.

Solo faltaban cinco minutos cuando los ingenieros de carrera abandonaron la pista. Jesse, al mando del monoplaza, con el casco puesto, la buscó con la mirada. En cuanto se encontraron, la conexión brilló de una forma brutal. En aquel momento, Hadley estaba confiando ciegamente en Jesse, poniendo en sus manos lo que más le importaba. Jesse estaba jurando proteger esa responsabilidad, aunque nunca hubiese pronunciado esas palabras.

Si lo pensaban con lógica, era ridículo, se conocían hacía menos de dos semanas y, sin embargo, el confiar así no parecía lo incorrecto. Ni Hadley ni Jesse eran capaces de explicarlo, pero ninguno de los dos podía negarlo y, lo que era más peligroso, tampoco querían.

Cada persona en ese circuito urbano ocupó su lugar.

Las cinco luces rojas.

La carrera comenzó.

Desde el primer segundo fue voraz. Ningún piloto quería ceder la posición, todos querían adelantar. Las carreras eran hambre y fuerza y ser más listos que nadie a trescientos kilómetros por hora.

Jesse hizo lo que mejor sabía hacer. Ser más valiente. Más rápido. Acelerar donde otros dudaban. Muy pronto se colocó entre los doce primeros.

Hadley no quiso subir a la zona vip con el resto de la directiva y los patrocinadores. Se quedó en el box, con los cascos puestos, pendiente de las pantallas, del asfalto, sin perderse un solo detalle.

Tanto Jesse como Edward estaban manteniendo posiciones, pero todo empezó a ir en picado demasiado rápido después de la entrada a boxes; perdieron demasiado tiempo, salieron demasiado juntos y

dos vueltas después estaban peleando por la décimo quinta posición.

—¿Quién es el puto primer piloto aquí? —casi gritó Edward por la radio—. Que se aparte.

Julian, en el muro, mantuvo la expresión seria con la mirada en la pantalla mientras la estratega principal y el director deportivo lo observaban esperando a que tomara una decisión.

—Aquí no hay primer piloto, Edward. Al menos, no todavía —respondió Julian.

—No me jodáis.

—Concéntrate en la carrera —le ordenó.

Siguieron midiéndose en cada curva, en cada recta. Edward, tratando de atacar. Jesse, cubriendo los huecos. Hasta que simplemente lo dejó pasar.

—¿A qué ha venido eso? —murmuró Julian con los ojos clavados en la pantalla, incluso se giró rápidamente hacia el circuito para asegurarse de que no había nada raro.

Hadley frunció el ceño.

Edward enseguida se vio bloqueado. Varios coches se movieron demasiado lento y crearon lo más parecido a un atasco de tráfico, lo que no dejaba de tener gracia teniendo en cuenta que estaban en carreteras reales.

—¿Qué está pasando? —preguntó Hadley.

—Es habitual —respondió uno de los analistas—. Es una de las zonas más estrechas del circuito. Si el piloto no es lo bastante rápido o lo bastante listo, tiene que frenar para poder tomar la curva y eso crea el atasco.

El embotellamiento no tardó dos segundos completos en deshacerse, pero fue suficiente para que un piloto que viniese rápido

desde atrás, si los sorteaba y no tenía miedo a acelerar, los adelantase a todos, y ese piloto fue Jesse.

El ingeniero de carreras rompió a reír en el muro de boxes.

—Por eso ha dejado que Edward lo adelantara. Sabía lo que pasaría.

Julian sonrió medido. Jesse sabía leer la carrera, tenía que reconocerle el mérito.

Hadley lo hizo orgullosa.

Pero un par de vueltas después volvieron a la misma situación. Jesse, undécimo. Edward, duodécimo.

—Que me deje pasar, joder —se quejó Edward.

Julian leyó la situación.

—Jesse, cédele tu posición. Tú has entrado antes en boxes, tus neumáticos están más gastados. Necesitas cambio.

Jesse no contestó. No obedeció.

—¿De qué va ese tío? —volvió a protestar Edward.

—¿Me has oído, Jesse? —insistió Julian.

Edward no pensaba esperar, trató de acelerarlo y Jesse le cerró el hueco hasta casi hacerlo chocar contra las protecciones laterales. Lo intentó una vez más, dos, tres. Fracasó cada una de ellas.

—Jesse, cédele tu posición —insistió Julian con voz autoritaria.

Edward lo volvió a intentar y, cuando Jesse volvió a cerrarlo, en vez de retirarse, tocó el monoplaza de Jesse, solo una vez, solo un poco, pero lo suficiente para que los coches perdieran el control y se desplazaran haciendo trompos hasta la zona de seguridad provocando un doble abandono, el mayor bochorno para una escudería.

—¡¿Qué coño ha sido eso?! —irrumpió Edward en el box, lanzando el casco sin importarle dónde o sobre quién acababa.

—Cálmate —le exigió Julian.

—¡No pienso calmarme! ¡Ese tío me ha sacado de la pista!

—Siendo técnicos y justos, tú lo has sacado a él.

En ese momento Jesse entró en el garaje acompañado de dos mecánicos, sin el casco.

—¡¿De qué vas?! —lo encaró Edward alzando la voz—. Yo soy el primer piloto de esta puta escudería. Si quiero pasar, tú me dejas.

Jesse lo miró y una sonrisa mordaz entremezclada con un breve resoplido salió de sus labios sin levantar la vista de su compañero de equipo.

—Ahí fuera tú eres un piloto y yo otro —replicó Jesse. No gritó. No lo necesitaba para demostrar que no estaba nada contento con la situación ni para resultar amenazante—, y yo no le cedo mi puesto a nadie. Si quieres adelantarme, consíguelo.

Edward apretó los dientes completamente al límite.

—No creas ni por un solo segundo que tú y yo somos iguales —le escupió dando un paso hacia él.

—No lo somos —sentenció Jesse mirándolo a los ojos—. Tú te comportas como si fueras un campeón cuando ninguno de los otros dieciocho pilotos que hay en esa pista te respeta.

El aire se tensó aún más haciéndose casi irrespirable. El box enmudeció.

—¿Y crees que a ti te respetan? —trató de burlarse Edward, pero estaba demasiado cabreado y con el ego demasiado tocado para lograr que su tono sonase mordaz.

—No, porque todavía no me lo he ganado —respondió Jesse sin ningún problema con esa respuesta—, pero al menos lo tengo claro.

Edward lo miró con la mandíbula tensa y el odio saliéndole a borbotones. Quiso decir algo, pero lo único en lo que pudo pensar fue en un «No voy a ser yo quien desaparezca» y se negó a verbalizar eso delante de Jesse.

Jesse se dio media vuelta para marcharse, pero una voz lo detuvo.

—Quizá tengas razón en eso —era Julian—, pero, la próxima vez que te dé una orden directa, la cumples.

—Lo siento —contestó con el respeto que el director de equipo merecía—, pero solo lo haré si tiene sentido.

—Las cosas no funcionan así.

—Puede ser —utilizó su misma estrategia—, pero ¿sabe cómo seguro que no lo hacen? Rezando para sumar algún punto sin atreverse a meter la presión necesaria. Si solo corremos para sumar, solo vamos a conseguir perder. Hay que salir a cada pista a ganar, siempre. Otra cosa es aceptar correr y no esforzarme al máximo.

Antes de la carrera, Jesse había aceptado correr así, no sin lucha interna, porque se dijo a sí mismo que toda estrategia necesita un voto de confianza, pero ya estaba claro que, si las cosas seguían esa línea, nunca iban a funcionar y algo le decía que en el fondo Julian también lo sabía.

—Para todo hay un momento y este premio no era el adecuado para comportarse así. Si no lo sabes, deberías hacerlo —cerró la conversación Julian—. Lárgate.

Jesse asintió, de nuevo como signo de respeto, y se dirigió hacia la oficina del piloto. Apenas había recorrido la mitad del pasillo cuando Hadley salió a su encuentro desde el otro extremo. Solo necesitó un segundo para saber que estaba enfadada, aunque, en realidad, lo tenía claro incluso antes de mirarla.

—¿Recuerdas la primera maldita regla? —le preguntó casi gritando, empujándolo en el pecho con determinación con las dos manos. Hadley no tenía ni la mitad de fuerza que Jesse, pero él cedió al movimiento y dio un paso hacia atrás—. Somos un equipo.

Otro empujón. Otro paso hacia atrás, hacia la pared.

—Nos respetamos.

Hadley siguió empujándolo. Jesse, moviéndose sin oponer resistencia. ¡Estaba tan enfadada! Más que eso, estaba decepcionada. Podía entender que Edward se había comportado como un capullo, que las elecciones de Julian podían estar o no equivocadas, pero Jesse se había comprometido con el equipo y el equipo jamás se abandonaba.

—Así no se hacen las cosas.

Con el último empujón, Jesse cogió a Hadley de las muñecas y la obligó a girarse, llevándola contra la pared y colocándose frente a ella. No soltó sus manos. No dejó que el aire que sobraba, que no sabía lo enfadada que estaba ella, lo cabreado que estaba él, se quedara entre los dos.

Jesse lo estaba porque sabía que la había decepcionado. Ella tenía razón. Se había comprometido y le había fallado. Pero de pronto, tan cerca, eso no fue lo único que empezó a importar.

Los besos. El «No puede ser». La carrera. Todo se entremezcló y ya no supo si sus respiraciones estaban aceleradas por la rabia o por el deseo.

Se miraron a los ojos. Se quedaron enganchados.

—No volverá a pasar —dijo al fin Jesse.

Miró a Hadley un segundo más —joder, se la habría comido entera — y se separó un paso, sin dejar de mirarla, sin dejar de provocarla, sin dejar de repetirse que eso no podía ser.

El corazón le golpeaba con furia contra las costillas.

Hadley abrió la boca dispuesta a decir algo, pero volvió a cerrarla.

Jesse se dio cuenta, se alejó un paso más, giró sobre sus talones y se marchó, abriendo la puerta del camerino con brusquedad con la palma de la mano.

22



—Tendrías que haber visto cómo terminó la sala. No me había topado con más espuma en mi vida —comentó Vivian moviendo las manos, incluyendo la que sostenía el tenedor.

Hadley sonrió, casi rio.

La puerta principal sonó cerrándose y a continuación se oyeron una ristra de pasos calmados.

—Eso te pasa por dejar que mi padre tome ese tipo de decisiones —soltó divertida.

—Tomo las mejores del mundo —intervino el aludido entrando en la habitación.

Vivian y Hadley sonrieron desde el sofá donde estaban cenando un bol de ramen mientras veían una serie en Netflix.

Theodore caminó hasta ellas con una sonrisa. Inclinándose desde detrás del tresillo, le dio un beso en la cabeza a Hadley y a su mujer uno en los labios más largo de lo que la única espectadora consideró necesario.

—Iros a un hotel —se quejó Hadley.

Su padre sonrió orgulloso y Vivian le dio un manotazo en el hombro.

—¿Qué están haciendo mis chicas? —preguntó el recién llegado mientras se deshacía de todo lo que sabía a oficina: su maletín, su

chaqueta, su corbata y los primeros botones de su camisa.

—Estamos cenando y viendo una serie.

La mansión Carmichael era espectacular, al norte de Glen Cove, con más terreno lleno de árboles del que alcanzaba la vista, panorámica del Long Island Sound y embarcadero propio.

Su interior era igual de increíble, con salones kilométricos, mármol italiano y obras de reconocidos artistas colgando de las paredes, pero, a pesar de todo ese lujo, los Carmichael siempre habían sido una familia de lo más normal. Por eso les encantaba estar en el salón donde se encontraban en ese momento. No era más grande que el de una casa común y no estaba decorado para resultar elegante o sofisticado, sino para resultar cómodo. Dos sofás que formaban una ele grises y mullidos, un mueble con una televisión, una pequeña mesa de centro y una estantería llena de libros. Había fotos en los muebles, en las paredes; esa era la parte favorita de Hadley.

—Me apunto a las dos cosas —contestó Theodore, sentándose en el sofá.

—Ey —se quejó Vivian cuando la obligó a moverse para hacerle sitio, dejándola sentada en medio.

Él sonrió y la acomodó junto a su costado y Hadley sonrió viéndolos a los dos. Aunque la sonrisa se transformó en risa cuando su padre aprovechó que Viv había bajado la guardia para robarle una *gyoza* y declararse inocente después con la empanadilla aún en la boca.

Vivian era una de las gestoras de crisis más solicitadas del mundo y una de las mujeres más tenaces que había conocido. Sin embargo, ahí estaba, dejando que le robaran comida japonesa y mintieran divertida y descaradamente después, y todo por amor.

La sonrisa en los labios de Hadley volvió a evolucionar en algo más pequeño, pero más intenso, como el mejor secreto de la historia, y automáticamente pensó en Jesse.

Cuando terminó el capítulo que estaban viendo, Hadley se levantó.

—¿Ya te vas a la cama? —preguntó Vivian.

Ella negó con la cabeza.

—Tengo unos archivos que repasar antes. Si no me voy ahora —explicó dirigiéndose ya a la puerta—, voy a terminar de convencerme de que pueden esperar hasta mañana.

—Vale, pero no trabajes demasiado —replicó Viv.

—Lo intentaré. Buenas noches.

—Buenas noches —respondieron su padre y su madrastra al unísono.

Ya en su habitación en la primera planta, Hadley caminó hasta su escritorio, cogió las dos carpetas y resopló. La verdad era que no le apetecía nada tener que lidiar con ellas.

Su móvil pareció oír su petición silenciosa y empezó a sonar, dándole una excusa para dejar los dosieres de lado.

Hadley cogió el teléfono y al mirar la pantalla algo dentro de ella dio un pequeño vuelco y encajó en su lugar al mismo tiempo.

Jesse la estaba llamando.

La última vez que se habían visto o hablado había sido en el *paddock* del Gran Premio de Mónaco. Esa misma noche ella había cogido un avión a Nueva York para resolver algunos temas relacionados con su trabajo como vicepresidenta de Carmichael Multinational.

Le habría gustado decirle que se marchaba, pero los besos lo habían complicado todo y después pasó lo de la carrera. Ella se había enfadado mucho y estaba claro que Jesse tampoco estaba contento... Creyó que lo mejor era poner un poco de distancia, algo

así como volver a puerto seguro. No obstante, nada de eso significaba ni por asomo que Hadley no hubiese pensado en él cada día... y en lo malditamente sexy que le sentaba el mono de carreras.

—Hola —descolgó.

Hubo un segundo de silencio al otro lado y después oyó a Jesse dar una suave bocanada de aire.

La conexión brilló como si acabara de oír su particular «Preparados, listos, ya» y cada músculo del cuerpo de Hadley se despertó glotón.

—¿Te pillo mal?

Ella negó con la cabeza.

—No —contestó cuando se dio cuenta de que no podía verla—. Estaba a punto de ponerme a trabajar un rato.

—¿Qué tal las cosas por la empresa?

—Como imaginé que irían.

Volvió a haber un pequeño silencio.

Jesse la había echado de menos. No como estaba acostumbrado a echar de menos. Eso era diferente, más intenso y más molesto. Había pensado en llamarla muchas veces, pero no lo había hecho. Había aguantado todo lo que había podido.

—He visto lo que pasó en Montreal —comentó ella al fin.

Una media sonrisa se coló en los labios de Jesse, pero estaba vacía. Por supuesto que lo había visto.

—¿De verdad tenías que pelearte con Edward?

Había sido una carrera horrible como las anteriores en Barcelona y Spielberg. No habían puntuado, el coche no había estado al cien por cien y Edward seguía comportándose como un capullo.

—Es un capullo —puso lo que pensaba en voz alta.

—Tú tampoco eres un santo, Jesse.

Sonrió. Por alguna razón que no llegaba a comprender, le parecía sexy que le echara la bronca. Que Dios lo ayudase.

—Nunca he dicho que lo fuese.

—Julian no está contento.

—¿Qué tal con la junta? ¿Te sigue dando problemas?

Hadley suspiró. Jesse supo que la respuesta era sí y también que ella no iba a pronunciarla en voz alta.

—Lo tengo controlado.

—Sé que sí.

Se quedaron callados de nuevo, pero esa vez fue más cómodo, más manejable, más ellos.

—Siempre dices esas cosas y consigues que me las crea —pronunció Hadley con una sonrisa—. Después de hablar contigo podría ganarle un concurso de mates a LeBron James.

No lo entendía, pero Jesse tenía ese efecto en ella. No la salvaba, la cosa no iba por ahí, ni la convencía de que era capaz, simplemente le recordaba que podía.

—Hummm... una metáfora deportiva. Sabe cómo hacer feliz a un hombre, señorita Carmichael —bromeó—. Lo único es que soy de Tennessee, a nosotros nos va el fútbol.

—Imagino que el europeo —lo picó.

—Imaginas mal.

Ella sonrió y sintió su sonrisa al otro lado.

—Jesse —lo llamó Hadley, y él cerró los ojos disfrutando de su voz llamándolo.

—Dilo otra vez —le ordenó.

Hadley se mordió el labio inferior, sintiendo cómo el calor y las mariposas volaban a cada rincón dentro de ella.

—Jesse.

—Joder, nena.

Las palabras bailaron en su lengua y el acento hizo el resto para que Hadley deseara tenerlo justo enfrente, no a más de cinco mil quinientos kilómetros. Londres estaba demasiado lejos.

—¿Me echas de menos? —inquirió Hadley.

—No deberías preguntarme eso. Trabajamos juntos, ¿recuerdas? —contestó con retintín.

—Sí que puedo, ahora mismo ni siquiera compartimos continente ni huso horario. Es una laguna técnica.

—Pues... puede ser que no quiera contestarte.

—Creí que Jesse James siempre iba de frente.

—Jesse James sabe perfectamente lo que haría si pudiese estar en una misma habitación contigo sin compartir continente ni huso horario.

Hadley sintió la necesidad de apretar los muslos.

—Habrá que reinventar las leyes de la física entonces.

—Una tarea complicada.

—Te veo capaz.

Jesse sonrió y sintió la de ella. No la vio, pero la imaginó.

Los dos se quedaron callados, disfrutando de saber que el otro estaba cerca.

—Lo que pasó con Edward no puede volver a pasar —dijo Hadley.

—Y mucho menos en Canadá. Son tan amables que es como pelearse encima del arco iris de los ositos amorosos. Me siento aún peor.

Aún. Esa palabra importó para Hadley.

—¿Qué tal está Cody Lee?

—Adaptándose a Inglaterra. Dice que le gusta que llueva, pero no como llueve aquí.

—Cody Lee es un hombre mucho más complicado de lo que parece —bromeó Hadley.

—Dímelo a mí —respondió Jesse, y lo hizo tan melodramáticamente resignado que ella rompió a reír.

El sonido atravesó la línea e hizo sonreír a Jesse.

«Merece la pena —pensó— si puedo oírla reír».

—Tengo que colgar —se obligó a pronunciar Hadley.

—Lo sé. Tienes que trabajar.

Ella volvió a sonreír. Era tan fácil...

—Nos veremos en dos días —le recordó.

—Nos veremos en dos días —repitió él.

Y en aquel momento, en aquella habitación de la mansión Carmichael que se entremezclaba con la de una *suite* en el Peninsula de Londres, esa frase alcanzó el rango de código legendario entre los dos.

Hadley colgó, sonrió y recogió las carpetas.

Jesse le dio un trago a su cerveza con la mirada perdida en las vistas de la ciudad. Sabía que faltaban menos de cuarenta y ocho horas para verla y aun así no había podido contenerse para no llamarla.

23



Era principios de julio. Debía hacer un calor brutal, pero Londres y su particular versión de lo que significa el verano tenían otros planes.

—Está lloviendo a cántaros —dijo Presley mirando al cielo y realzando lo evidente.

Hadley también llevó su vista en dirección al exterior, pero no hacia arriba, sino a la pista. En poco más de una hora se correría el Gran Premio en Silverstone.

No quería pensar en la última llamada de la junta aquella misma mañana advirtiéndole que Jesse se estaba convirtiendo en un problema.

No quería pensar en los dos patrocinadores que habían amenazado con retirarse si Jesse y Edward volvían a pelearse en público.

Ni cómo la prensa se había frotado las manos con aquello.

Ni en Julian.

Ni en su padre.

Todo el mundo parecía tener una opinión muy concreta sobre lo que estaba pasando, pero ella solo pensaba en la pista, en las curvas, en el trazado, en que seguía confiando en Jesse... en que Calder también lo habría hecho si estuviera allí.

Hadley golpeó con delicadeza la puerta de la oficina de Jesse.

—Adelante —dio paso él.

La voz, daba igual que solo hubiera sido una palabra, despertó algo en ella, como si fuera su propio canto de sirena.

Empujó suavemente la madera y encontró a Jesse sentado en el sofá anudándose las botas.

Jesse levantó la mirada. No se sorprendió al verla. Sabía que estaba allí. No era consciente de cuándo había empezado, puede que desde siempre, pero era capaz de saber si ella estaba cerca, como si fuese un lobo perdido en el bosque y tuviera la habilidad de distinguir su esencia en diez kilómetros a la redonda.

—¿Podemos hablar? —le pidió.

Jesse asintió.

—Claro.

—Es por la carrera —sintió la necesidad de especificar.

Él sonrió. Era un «No vengo aquí por los besos» con otras palabras.

—Te escucho.

—Necesitamos que esta carrera vaya mejor —se sinceró. Era obvio que lo necesitaban, pero estaban llegando a una especie de límite. Hadley ni siquiera estaba segura de poder convencer a la junta de que aguantara hasta el final de la temporada si no tenía algún dato positivo que ofrecer—. Tenemos que conseguir algún resultado.

Jesse la observó, entendió sus palabras y acabó suspirando al tiempo que se dejaba caer contra el tresillo.

—Me estás pidiendo que corra como sé para ganar, pero eso significa que quizá no pueda hacer lo que es mejor para el equipo —le recordó Jesse.

—Necesitamos puntos.

—Necesitas que me la juegue.

Hadley dio una bocanada de aire. No podía dejar de pensar que se estaba traicionando, pero conservar Legacy era demasiado importante.

—Sí —sentenció—, y solo me vales tú.

Jesse soltó algo a medio camino entre una risa sincera y un resoplido.

—Al menos eres honesta.

Se levantó y fue hasta la mesa para coger los auriculares.

—¿Qué quieres que te diga, Jesse? —planteó Hadley casi exasperada, casi enfadada. ¡Todo estaba siendo mucho más difícil de lo que se suponía que debía ser!

Jesse se giró hacia ella.

—Decepcionarte en Mónaco me jodió más de lo que puedas imaginar, Hadley —dijo sin dudar, sin esconderse, dando un paso hacia ella—, así que quiero estar seguro de que quieres esto.

Experimentarlo una vez fue suficiente para el resto de su vida. Tenía que asegurarse de que ella entendía las posibles consecuencias de lo que le estaba pidiendo.

—Sé lo que me estoy jugando.

Jesse la observó estudiándola durante un puñado de segundos.

—A Julian no va a gustarle.

—Yo me ocupo de Julian.

—No me hace falta que me defiendas —replicó Jesse bañado en toda esa seguridad—. Solo quiero que lo sepas.

Lo sabía. Claro que lo sabía. Julian pensaba como ella, se jugaba en equipo, se ganaba en equipo. Ese fue uno de los motivos por los que lo eligió como director deportivo.

—Lo sé.

—Jesse —lo llamó uno de los ingenieros asomándose a la habitación.

Al ver a Hadley, se calló de golpe.

—Siento la interrupción —añadió veloz—, pero faltan diez minutos para la apertura del *pit lane* y tenemos que repasar algunas cosas.

Hadley asintió adelantándose a lo que Jesse pensase responder y salió de la estancia.

La locura empezó a la hora prevista. El desfile de pilotos, las fotos con las celebridades y gente con el suficiente dinero para permitírselo, las pequeñas entrevistas y todos en silencio escuchando el himno.

—«God save the Queen» sonaba mejor —comentó Presley—. A «God save the King» le falta *punch*.

Hadley sonrió a su lado. Presley tenía ese superpoder: hacerla sonreír incluso cuando tenía la cabeza en mil sitios a la vez.

—Tenemos que subir ya al palco —comentó Sebastian.

Presley asintió.

—Yo me quedo —respondió Hadley.

Tenía que estar en el box. Era lo más cerca posible de estar físicamente en el circuito y lo necesitaba para sentir que tenía algo de control, aunque fuese mentira. En ese momento lo necesitaba desesperadamente.

Sebastian la miró, pero durante un instante no respondió y, sin quererlo, sus ojos volaron hacia Jesse. Desde que él apareció sentía que estaba perdiendo en una guerra en la que ni siquiera sabía que luchaba. Lo estaba alejando de Hadley y lo peor era que ni siquiera podía quejarse porque él seguía conservando su sitio, solo que el de Jesse parecía... pesar más. Odiaba aquella maldita situación.

—Llámame si necesitas algo y lo resolveré —le dijo a Hadley.

Ella asintió, aunque la frase no le gustó. Entendía la buena intención, pero ella podía resolver sus propios asuntos. En cualquier otro momento, se lo habría hecho ver a Sebastian, pero en aquel

instante concreto de su vida tenía un frente abierto demasiado importante y tenía que concentrar toda su atención en él.

—Vas a arrasar —vaticinó Presley guiñándole un ojo con una sonrisa mientras seguía a Sebastian hacia la zona más exclusiva.

Hadley le devolvió la sonrisa y, cuando los dos se alejaron, respiró hondo. Miró el reloj. La carrera estaba a punto de empezar. Uno de los asistentes le pasó los cascos.

Hadley se los puso y no tardó en oír los primeros recordatorios técnicos a Edward y a Jesse desde el muro de boxes.

Arrancaron los motores.

Dieron la vuelta de calentamiento.

La primera luz roja se encendió.

El corazón le latía como un loco en el centro del pecho.

La segunda luz.

—Hadley —su nombre llegó claro a través de los auriculares.

Ella tragó saliva, sintiendo otra vez el peso de todo lo que estaba en juego.

Tercera luz.

—¿Estás segura de que es lo que quieres? —preguntó Jesse.

No necesitó decir «¿Estás segura de que quieres que corra así?».

Cuarta luz.

Hadley bajó la cabeza. Sabía lo que estaba pidiendo. Sabía lo que estaba en juego. Volvió a subirla. No dudó. No conseguiría nada haciéndolo. No podía rendirse con Legacy ni dejar que otros decidieran sobre el sueño de Calder.

Quinta luz.

Las tres de la tarde.

—Sí.

Todas se apagaron y Jesse salió disparado.

24



Silverstone no era un circuito más, era *el* circuito. Todos los pilotos lo sabían. La concentración era máxima. Nadie estaba dispuesto a dar un paso en falso, pero Jesse corría por más motivos que todos los demás.

La primera vez que pasó por la curva Copse lo dejó claro.

—Jesse, eso ha estado al límite —le dijeron desde el muro de boxes.

Hadley lo oyó y se mordió el labio inferior tan fuerte que estuvo a punto de hacerse sangre. Estaba nerviosa, inquieta, pero se obligó a calmarse, a mantenerse con la mente fría. Era ella quien le había pedido a Jesse que hiciera exactamente eso, así que le tocaba aguantar la presión con él.

—Sé lo que hago —respondió.

A la segunda vuelta, fue en el juego de curvas al final del sector dos lo que dejó claro que Jesse iba a por todas.

Julian intercambió una mirada con el estratega principal.

—Jesse, escúchame —le habló exudando esa autoridad con la que no necesitas gritar para liderar—. Esa no es la estrategia que hemos marcado para esta carrera. Tenemos que ser más cautos.

—Lo siento, pero esa no es mi estrategia. Voy a ganar y podéis ayudarme o no.

Como si quisiese confirmar sus propias palabras, entró en una de las curvas a más de doscientos noventa kilómetros por hora.

—Es una barbaridad —farfulló la estratega tapándose el micrófono con la mano—. Va a destrozar el coche o va a destrozarse él, pero no lo va a conseguir.

Julian tensó la mandíbula.

Jesse hincó los dientes en el puesto número diez.

—Somos un equipo, Jesse —le recordó Julian, pero a quien verdaderamente le dolió oírlo fue a Hadley.

Jesse lo supo en cuanto lo oyó.

—Es mi decisión —sentenció antes de girar el volante para tomar una nueva curva.

Empezó a llover y, en unos pocos segundos, la carrera alcanzó el rango de locura. La mayoría de los monoplazas entraron en boxes para cambiar a neumáticos intermedios, pero Jesse, desoyendo a Julian, no lo hizo.

El plan estaba sobre la mesa, aprovechar los lisos todo lo que fuese posible porque le hacían ganar velocidad, aunque a costa de su seguridad.

Estaban en el puesto seis y aguantando.

El resto de los pilotos no sabían cómo tratar con él. Arriesgaba todo en cada vuelta, en cada curva. No dudaba. Aceleraba.

El viento, imprevisible en Silverstone, cambió de dirección.

—¿Cómo afectará a la estabilidad el nuevo viento? —preguntó Jesse.

El analista observó las pantallas.

—No demasiado, pero sigues con neumáticos lisos y la lluvia no ha mejorado. Tu agarre es peor que el del resto de corredores. Necesitas entrar en boxes ya.

Edward apareció en el espejo retrovisor.

—Jesse, deja pasar a Edward —le ordenó Julian.

Edward atacó, pero Jesse le cerró el paso.

—Tienes que entrar en boxes. Perderás tres segundos. Déjalo pasar —insistió Julian.

Jesse sabía que Edward no sería capaz de mantener la posición y la perdería frente al Red Bull en menos de dos curvas.

Edward estaba furioso y frustrado. Puede que fingiese que nada le importaba, pero eso, ese coche, sí lo hacía y no iba a permitir que Jesse le quitara su puesto.

Atacó, con la clara intención de tocar a Jesse para desequilibrarlo y sacarlo de la pista. Jesse cubrió bien el hueco y Edward no pudo acercarse.

No se rindió. Se movió más agresivo. Jesse lo vio venir.

—Déjalo pasar —le exigió Julian.

—La lluvia está empeorando —dijo el analista algo preocupado—. La visibilidad es muy complicada.

Tenía que conseguir que esos tres segundos de alguna manera no se perdieran. No necesitó más que uno. Lo vio claro. Sabía que pensaba mejor subido en un coche, tomando decisiones en cuestión de segundos, que con los pies en el suelo teniendo todo el tiempo del mundo.

Edward volvió a acecharlo. Jesse le permitió acercarse, pero, cuando iba a tocarlo para sacarlo, Jesse dio un acelerón. La propia inercia más el suelo mojado hicieron que Edward patinara sin poder controlar el fórmula uno y se fue directo a la gravilla, haciéndola salpicar sobre el trazado y provocando la salida del *virtualsafety car*. Con él, todos los pilotos en pista se veían obligados a disminuir su velocidad en un cuarenta por ciento. El momento ideal para una entrada en boxes.

—Lo siento, chicos. La visibilidad es realmente mala —comentó Jesse por la radio con una media sonrisa que nadie pudo ver.

El analista y el director técnico tuvieron que aguantarse la risa mientras Julian miraba las pantallas con expresión seria. Todos sabían lo que había pasado en realidad.

A falta de dos vueltas, Jesse estaba séptimo. En el box de Legacy nadie quería siquiera respirar. Solo tenía que aguantar un poco más y puntuarían.

En el muro estaban sumidos en una extraña mezcla de euforia y tensión.

La respiración de Hadley era un absoluto caos.

En la vuelta cincuenta y uno adelantó a Checo Pérez. Sexto.

Llegó la curva imposible, la misma donde Jesse había marcado la línea que pensaba seguir esa carrera. Todos aflojaron. El viento. La lluvia. Todos frenaron.

Jesse no.

Adelantó al Ferrari de Piastri. Quinto.

Un juego de curvas a casi trescientos kilómetros por hora.

Una recta donde voló.

Y atravesó la línea de meta.

¡Habían puntuado! ¡Diez puntos! ¡Diez malditos puntos!

El box estalló en aplausos y gritos de alegría, todos salieron despedidos hacia el circuito. Hadley se quitó los cascos y echó a correr.

Jesse se detuvo en mitad del trazado, lanzó la protección y salió del monoplaza. Se quitó el casco, lo dejó en el asiento y empezó a caminar hacia el box. Esa seguridad que parecía arrogancia lo bañaba de pies a cabeza mientras la gente en las gradas aplaudía como loca. Puede que Jesse no hubiese ganado, pero sin duda

alguna les había dado una carrera que tardarían mucho tiempo en olvidar.

Hadley lo vio y corrió aún más. En cuanto entró en su campo de visión, Jesse sonrió. Ella saltó a sus brazos y rodeó su cintura con las piernas. Él la estrechó contra sí y Silverstone, Inglaterra, el maldito mundo, dejaron de existir.

Hadley lo notó todo; el mono de carreras contra su piel, entre sus muslos; la respiración acelerada de Jesse; su cuerpo caliente por el esfuerzo, por la adrenalina que cabalgaba sus venas.

Jesse la notó a ella, perfecta, suya, con sus cuerpos adaptándose, sin necesitar absolutamente nada más.

—Lo has conseguido —pronunció Hadley con una sonrisa radiante. Feliz—. Gracias, gracias —dijo hundiendo la cara en el cuello de él—. Gracias, Jesse.

Él la apretó con más fuerza, aunque lo que quería de verdad era comérsela a besos, encerrarla en su camerino, en el despacho de ella, le daba exactamente igual dónde mientras pudiera tenerla debajo.

Hadley se separó y buscó los ojos de Jesse, que brillaban azules bajo el cielo británico.

—Has confiado en mí —dijo Jesse.

Empezaba a pensar que eso era lo único que importaba.

—Siempre —contestó Hadley, sincera al mil por mil.

Los dos sonrieron y Jesse la hizo girar.

Todos felicitaron a Jesse y la prensa insistió en entrevistar al piloto que había logrado los primeros diez puntos en la historia de Legacy One.

Mientras estaban en el box, rodeados de gente, en la zona de prensa, Hadley y Jesse no paraban de buscarse con la mirada una y otra vez. Las ganas, la excitación, todo se estaba cociendo a fuego

lento, tan despacio que dolía, pero sin dejar de crecer un solo segundo.

Hadley tuvo que recordarse que no podía correr mientras caminaba hacia el interior del box. Por fin el último miembro de la junta se había cansado de hablar, por fin la habían dejado sola.

Levantó los nudillos para llamar a la puerta, pero esta se abrió de golpe. Una mano rodeó su muñeca y tiró de ella hacia el interior.

25



La puerta se cerró a su paso y enseguida algo la aplastó contra la madera.

Jesse estaba frente a ella, aún con ese maldito mono que parecía salido de una fantasía erótica, mirándola, provocándola solo con estar ahí, así, con ese pelo revuelto y un poco húmedo echado hacia atrás con las manos, con esa sensación de haber salido, peleado con todo lo que tenía y ganado, con esos ojos que cambiaban de color, pero que siempre eran demasiado bonitos.

Era jodidamente atractivo.

Jodidamente sexy.

Salvaje.

—Tengo que besarte, Hadley, porque ahora mismo eres todo en lo que puedo pensar.

En la misma décima de microsegundo en la que terminó de asentir, Jesse la besó con fuerza apretándola contra la puerta. Haciéndola sentir. Disfrutar. Volar.

Las manos de él se deslizaron hasta apretar sus caderas, hasta casi llegar a doler. Hadley sonrió encantada cuando el fino hilo de dolor se entremezcló con una oleada de placer, con la idea de que podía dejarle marcas. Jesse sonrió cuando comprendió por qué lo hacía ella.

La cogió en peso al tiempo que se giraba y la tumbaba en el sofá, cayendo a la vez sobre ella. Volvieron a besarse. Jesse no fue cuidadoso, ni tierno. Hadley tampoco lo habría querido así.

Necesitaba que no se contuviera, recordarlo siempre.

—Sé que hay algo así como un millón de razones por las que esto es una idea terrible, pero ahora mismo no puedo recordar ninguna —dijo Hadley con la respiración entrecortada—, ¿y tú?

Jesse sonrió. Esa sonrisa torcida, engreída e irritante que a Hadley justo en aquel momento solo le multiplicó las ganas.

—¿Crees que ahora mismo estoy pensando en otra cosa que no sea follarte?

Esas palabras. Ese acento. «Si voy a enfrentarme a una boca sucia con acento sureño, sé que tengo la guerra perdida, pero voy a ser la enemiga capturada más predispuesta del mundo».

—Creo que estás pensando en cómo será —tiró de esa cuerdecita Hadley con la voz dulce sin pretenderlo.

—Y yo, que tú quieres que te lo cuente.

Jesse movió las caderas y su polla grande y dura chocó contra su sexo a través de su mono de carreras y las bragas blancas de ella.

—¿Lo sientes? —preguntó dominando su mirada desde arriba—. Está así por ti. Lleva así por ti cada jodida noche desde que dormiste en mi cama en Tennessee. Todas las mañanas tengo que follarme mi propia mano mientras me imagino que te tengo debajo de mí.

La respiración de Hadley se aceleró mientras la sangre le martilleaba en los oídos. No había estado nunca tan excitada.

—¿Y por qué no viniste a tu habitación?

—Porque soy un buen chico.

Hadley sonrió a punto de romper a reír. Su reacción hizo que el gesto se imitara en los labios de Jesse.

—Mentiroso.

Movió las manos hasta deslizarlas bajo el vestido de Hadley, sobre su culo. Lo apretó con fuerza mientras se rogó por mantener el control, pero eso, en aquel momento, parecía una puta tortura. Para él, ella era perfecta, cada curva de su cuerpo, cómo reaccionaba a cada caricia, a cada puta palabra. La manera en la que lo miraba.

—Me habría encantado que hubieses entrado en tu habitación, que hubieses hecho conmigo lo que quisieses.

Jesse dejó escapar todo el aire de sus pulmones.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Pues enséñamelo.

Jesse le mantuvo la mirada con la respiración hecha un caos.

La azotó.

Ella gimió. Su cuerpo se movió para él, dándole espacio para que hiciese lo que desease, y Jesse perdió el poco control que le quedaba.

Uno más.

Jesse pensó en su piel enrojeciéndose bajo su palma.

—Jesse —gimió.

Otro más. La polla le latía con fuerza contra el mono. Ella lo estaba volviendo loco con cómo olía, con cómo se dejaba hacer, con su cuerpo. Hadley Carmichael era su puta kryptonita y Jesse James era completamente adicto.

Perdió la mano entre sus muslos. Sus dedos acariciaron un segundo su clítoris antes de deslizarse en su interior. Hadley lo aceptó con un gemido.

—Ya estás mojada para mí. Me gusta, nena.

Añadió un segundo dedo. Hadley escondió la cara en su cuello para poder ahogar un grito mientras Jesse no paraba de entrar y salir, de acariciarle con el pulgar.

Le bajó los tirantes del vestido, del sujetador, dejando sus pechos al descubierto. Se inclinó sobre ella y su boca se unió a la fantasía, chupando su pezón, tirando suavemente de él con los dientes.

—Eres muy estrecha. Me muero por ver cómo me aprietas.

—Pues fóllame, por favor —le suplicó echando la cabeza hacia atrás. La única salida que el placer le daba.

—Antes quiero ver cómo te corres. Quiero saber si el esfuerzo va a merecer la pena —soltó con esa media sonrisa arrogante de vuelta.

—Cabrón —murmuró ella con otra.

—Sí, señora.

Los gemidos de Hadley empezaron a solaparse cada vez más rápido. Sus caderas, a salir al encuentro de las embestidas de Jesse. Estaba muy cerca.

Él la agarró de la barbilla y la obligó a volver a mirarlo.

—Mírame —le ordenó.

Y Hadley obedeció mientras un poderoso orgasmo la recorría de pies a cabeza, llenando cada rincón de su cuerpo, iluminándolo.

—Sabía que sería un puto espectáculo —sentenció Jesse.

Hadley se mordió el labio inferior. Estaba satisfecha como nunca y al mismo tiempo quería más, como si el olor de Jesse tuviera la química perfecta para que el deseo en ella creciera y creciera descontrolado y sin medida.

—Ahora quiero averiguar cómo sabes —dijo Jesse.

Se recolocó en el sofá. Clavó la rodilla en el suelo. Y hundió la cabeza entre sus muslos.

—¡Jesse! —gritó tapándose la boca con las palmas de las manos justo en el último segundo.

Sabía mejor de lo que había imaginado todos esos días. Se la comió con ganas, disfrutándola, haciendo que ella se derritiese, uniendo sus dedos a la fiesta de nuevo.

El antebrazo de Jesse la mantenía sujeta al sofá y era lo único que impedía que saliese volando. Era increíble, fantástico, maravilloso. Faltaban tantos adjetivos y seguirían faltando aunque inventase cien nuevos.

Era... Era... demasiado bueno para poder explicarlo con palabras.

Todo el cuerpo de Jesse se tensó cuando sintió el orgasmo de ella. El monstruo que tenía entre las piernas suplicaba que lo dejasen salir a jugar. Ya no podía aguantar. Tenía que follársela. Lo necesitaba. Tenía que hundirse en ella tan fuerte que no pudiese volver a juntar los muslos sin pensar en él.

Se levantó. Quería verla ahí tumbada. Decidir por dónde empezar.

Pero Hadley lo miró a los ojos, frenando sus movimientos.

—Yo también quiero averiguar cómo sabes.

Y otra vez ahí estaba, la voz más dulce del puto mundo.

—Ahora no —se mantuvo firme.

Verla así de entregada, que le hablara de esa manera, solo había hecho que tuviese más ganas de follársela.

Pero esa vez Hadley no obedeció. Despacio, con movimientos casi torpes, se arrodilló frente a él.

—¿Estás seguro? —preguntó mirándolo desde detrás de las pestañas, con los labios suavemente hinchados por todos los besos que le había dado y las mejillas sonrojadas por las veces que se había corrido.

—¿Crees que soy tan fácil de convencer? —planteó Jesse.

Ella negó con la cabeza dulce, sumisa y desafiante, todo a la vez, como el puto círculo perfecto.

—Solo creo que has pensado en esto tanto como yo.

Jesse sonrió a punto de aullar. No iba a dejarla salir de esa habitación jamás.

—No uses las putas manos y deja que entre muy adentro —le ordenó.

Hadley sonrió antes de inclinarse sobre él. Era grande, más de lo que había imaginado, y estaba tan dura que el primer beso, justo en la punta, los excitó demasiado a los dos.

Jesse relió la mano en el pelo de Hadley marcando el ritmo. No fue suave. Ella había querido arrodillarse; bien, entonces tendría que pagar.

Empezó a mover las caderas, entrando todo lo que ella le permitía, saliendo del todo antes de volver a empezar. Los ruidos de la boca de Hadley al intentar acogerlo casi entero, al dejarlo entrar y salir, lo volvían loco, pero los gemidos eran lo mejor.

—Tienes suerte de que tenga suficiente para llenarte todos los agujeros —gruñó Jesse cuando sintió que, si no paraba, se correría en su boca.

Perdió la vista en la mano de ella entre sus muslos, acariciándose. Sonrió satisfecho y el placer se multiplicó solo por la idea de que ella también quisiera más.

—Hasta el fondo, avariciosa —le ordenó.

Empezó a moverse más rápido, casi violento, tocándole el fondo de la garganta sin parar de mirarla a los ojos, atento a cualquier señal.

El placer se le arremolinó en la columna vertebral. Entró. Salió.

—Quiero que me mires mientras te lo tragas.

Apretó los dientes y sintió cómo su esencia se derramaba en la garganta de ella. Hadley se sintió como una diosa viendo cómo él se deshacía, cómo todo su cuerpo se ponía duro; cómo tensó la mandíbula y abrió la boca cuando el placer pesó más que todo lo demás.

Se lo tragó, por supuesto que sí, y no dejó de mirar esos ojos que en ese momento parecían verdes ni un solo segundo.

—Buena chica —dijo Jesse.

Dos palabras y Hadley volvió a encenderse. La cogió por los hombros y la lanzó de nuevo al sofá.

—Pienso partirte en dos y no voy a acabar hasta que los dos estemos hartos de tocarnos.

La gente de la Fórmula 1 era muy previsora y en el botiquín de primeros auxilios de cada oficina de piloto habían incluido condones.

Jesse cogió uno, rompió el envoltorio con los dedos y se lo colocó con una habilidad pasmosa.

Volvió con ella.

Volvió a besarla.

Le quitó el vestido y el resto de la ropa. La quería desnuda. Y a Hadley le excitó como pocas cosas en la vida que, mientras ella estaba así, él siguiese vestido... con ese estúpido mono.

—¡Jesse! —gritó, y esa vez ni siquiera recordó amortiguar el sonido.

Entró de un solo golpe de caderas. Hasta el fondo.

—Sabía que serías así de estrecha y que estarías así de mojada. Llevas pensando mucho tiempo en esto, ¿verdad, nena?

—Todo el maldito tiempo —confesó.

Jesse sonrió.

—Bienvenida a mi vida. Si hubiese sido por mí, te habría follado en el garaje en Daytona, encima de mi coche de carreras.

—Con el mono puesto, como ahora —gimió—, con la cara manchada de polvo y un poco de grasa.

Se movía cada vez más rápido. Más profundo. Más duro.

—Sí, joder, y tú con ese vestidito. Cada vez que te veo con uno, quiero arrancártelo y follarte exactamente como ahora.

Se bajó el mono hasta las caderas. Hadley le quitó la camiseta.

Siguió moviéndose, embistiéndola mientras el cuerpo de ambos se llenaba de una fina capa de sudor.

No quería correrse, pero la imagen era demasiado buena. No solo se estaba enterrando una y otra vez en el puto mejor lugar del mundo, ella estaba debajo de él, con el pelo esparcido por el sofá, con los labios entreabiertos gimiendo su nombre como si fuera una letanía, con los ojos brillantes de puro placer, mirándolo, deseándolo, excitándolo más y más.

La besó con fuerza, pero el aire entrando a trompicones les hizo separarse. No importó, se quedaron a un centímetro, con sus alientos entremezclándose en ese espacio tan ínfimo. Él empujando una y otra vez. Ella rodeando su cintura con sus piernas y su cuello con sus brazos.

Jesse se corrió, gimiendo, el sonido más sexy que Hadley había oído jamás, contra sus labios.

—No, por favor... No pares ahora —le suplicó.

—No estoy ni cerca de pensar en cansarme de ti —contestó levantándose y tirando de sus brazos para que ella hiciese lo mismo.

Estaban frente a frente.

Jesse sonrió mientras levantaba una mano y acariciaba su cadera.

—Date la puta vuelta —le ordenó.

Hadley lo hizo. Jesse se cambió el condón.

—Las manos a la pared.

Obedeció.

Él deslizó su mano por su cintura hasta llegar a su estómago, bajó y, al mismo tiempo que se inclinaba sobre ella, que sus dedos se perdían sobre su clítoris, la embistió.

—¡Joder! —gritó Hadley cerrando los ojos con ímpetu.

Era demasiado bueno.

Jesse la castigó a un ritmo constante, delicioso. Hadley sentía cómo todos los músculos se le tensaban, cómo el placer alcanzaba rincones de ella que ni siquiera sabía que existían mientras una hoguera en su interior se encendía llena de llamas naranjas y violetas.

—Córrete, nena. Quiero sentir cómo te corres conmigo dentro.

Su cuerpo decidió por ella. El placer se volvió inabarcable, indeleble, inexpugnable y volvió a correrse aún con más fuerza. Voló aún más alto.

La sensación fue tan increíble que Jesse no se pudo controlar y aumentó el ritmo porque su cuerpo, el hambre, el animal que llevaba dentro, se lo pidieron y se corrió de nuevo justo tras ella.

Sin embargo, ni siquiera entonces dejó de estar duro.

—¿Estás cansada? —le preguntó acariciándole la nuca con la nariz, con sus labios.

Una sonrisa satisfecha se coló en los labios de Hadley.

—¿Por qué? Ibas a dejarme escapar si dijera que sí.

Ella ya sabía que la respuesta era no y le encantaba.

—Para nada. No vas a cerrar esas piernas hasta que haya tenido bastante de ti.

Se separó, la cogió de la mano y tirando de ella caminó hacia atrás hasta sentarse en el sofá y sentarla a ella a horcajadas sobre él.

Se la folló mejor que ninguna otra vez. Más fuerte. Entrando hasta que gritara de placer cada vez, saliendo hasta que ella le suplicase que volviese cada vez.

La azotó.

La besó.

Deslizó su lengua por toda su piel.

—Quiero verlo de nuevo —le exigió Jesse.

—No puedo —gimoteó Hadley.

El placer era tan bueno que estaba nublando todas sus capacidades, solo podía sentir. Su cuerpo ya no era suyo, pertenecía al pecado.

—Me importa una mierda, nena. Quiero verlo otra vez.

Se recolocó debajo de ella, la agarró de las caderas manteniéndola en el sitio y empezó a embestirla a un ritmo endiablado, casi violento, haciéndola temblar.

—Jesse —gimió—. ¡Jesse! —gritó—. ¡Dios!

Volvió a correrse y el placer le supo tan bien que imaginó que el paraíso debía ser eso, un sofá y Jesse.

Él siguió entrando y saliendo, haciendo que el orgasmo de ella se alargara. Hadley se dejó caer hasta apoyar las manos en la espalda del tresillo, como si se hubiese transformado en un amasijo de plastilina caliente. El pelo le caía hacia delante, aislándolos a los dos. Sus bocas, tan cerca que no pudo evitar volver a besarlo, y Jesse se perdió dentro de ella.

No dejó de moverse, cada vez más despacio, hasta que los dos regresaron a ese sofá, a aquella habitación.

—Buena chica —susurró con la voz ronca contra sus labios, con sus manos acunando su cara, justo antes de besarla una vez más, lento, disfrutándola.

26



—Después de esto creo que ya no hay marcha atrás —comentó Hadley mientras seguía a horcajadas sobre Jesse, acurrucada sobre su pecho, con su camiseta ignífuga puesta.

—¿Quieres que la haya? —preguntó él sin dejar de acariciarle la espalda rítmicamente.

—No —respondió Hadley sin dudar.

Sin el calor del momento, recordaba todo lo que convertía lo que habían hecho en un error, pero no le importaba. Había sido increíble. En todos los sentidos. No podía ni quería renunciar a Jesse.

—La cosa se va a poner fea —añadió ella—. Todos se van a creer con derecho a opinar.

—Si el equipo va bien, ni la junta ni los patrocinadores tendrán nada que decir.

Jesse sabía perfectamente lo que se jugaba, pero estar con Hadley simplemente merecía la pena. Lo había tenido claro desde hacía mucho, pero después de tocarla era imposible que se olvidara de ella.

—Pero la prensa... Soy la dueña de la escudería y tú, el piloto. Van a destrozarte. —Hadley no pudo evitar sonar preocupada. Tampoco es que pensara esconderse. Con Jesse no lo necesitaba.

—Mientras yo sea su objetivo, podré con ello.

A Jesse no le gustaba la prensa. No era ningún secreto. Tampoco que a ellos les encantaba especular sobre su vida privada, más aún después de lo que ocurrió la última vez que pasó por la Fórmula 1. Pero lo que no iba a consentir de ninguna manera era que Hadley se convirtiese en su carnaza.

Al oírlo, se movió hasta enderezarse en su regazo para poder mirarlo de frente.

—No voy a permitir que pagues tú solo las consecuencias —sentenció, y por segunda vez en esa conversación no vaciló—. Estamos juntos en esto y afrontaremos lo que venga juntos.

Jesse le mantuvo la mirada mientras no podía dejar de pensar que era la persona más valiente que había conocido, que era jodidamente leal y que tenía un corazón enorme.

Antes de que el pensamiento cristalizara en su mente, su sonrisa marca de la casa se estaba extendiendo por sus labios.

—Sí, señora —contestó.

—Más te vale —replicó Hadley apuntándolo con el índice justo antes de acurrucarse otra vez sobre su pecho.

Cada vez que le hablaba así, le entraban ganas de follársela.



Jesse y Hadley salieron de la oficina del piloto cuando no les quedó otra. Aquella misma tarde tenían que coger el *jet* a Lieja para empezar a preparar el Gran Premio de Bélgica.

—Tú —la voz de Edward resultaba inequívoca, lograba ser condescendiente y arrogante incluso en una única palabra. Con ella, estaba claro que estaba llamando a Jesse, pero también que no

estaba enfadado, al menos, no del todo, solo estaba siendo... él—. Tenemos que hablar.

Al oírlo, Jesse y Hadley se pararon en seco y Edward chasqueó la lengua contra el paladar con una sonrisa irónica al darse cuenta de que iban cogidos de la mano.

—Iré a comprobar que todo esté listo para el vuelo —le dijo Hadley a Jesse. Una excusa para darles espacio y que pudieran hablar.

Jesse asintió y, aunque Hadley empezó a andar, él tardó un segundo de más en soltarle la mano, haciéndola sonreír.

—¿En serio? —picó Edward a Hadley.

La relación de amor-odio fraternal haciendo de las suyas.

—No es tu problema —le dejó claro ella.

—Lo que sea —replicó él moviendo la mano con desgana.

Cuando se quedaron solos en el pasillo, Edward permaneció en silencio, mirando a cualquier lado que no fuera Jesse. Resultaba obvio que estaba incómodo.

—Desde luego que tenemos que hablar —comentó Jesse con esa media sonrisa engreída.

Edward por fin llevó su vista hasta él, entrecerrando los ojos.

—¿Podrías no comportarte como un vaquero arrogante todo el maldito tiempo? —le pidió Edward desdeñoso—. Parece que te hayas escapado de *Yellowstone*.

—Los del norte tenéis que aprender un poco de geografía.

—Y los del sur, a no ser tan susceptibles.

Volvió a hacerse el silencio. Puede que Jesse supiese o no leer a las personas, pero conocía muy bien a los pilotos y Edward lo era.

—Mira —le ahorró el trabajo Jesse. Cuanto antes terminara esa conversación, antes podría volver a tocar a Hadley—, no estoy cabreado por lo que ha pasado en la pista.

—Me importa una mierda si lo estás o no —saltó a la defensiva Edward.

Jesse sonrió.

—Eddie —lo fastidió.

—No me llames Eddie. Nadie lo hace.

—Es tu nombre.

—¿Y qué tal si yo te busco un apodo a ti? —lo amenazó.

—Lo que quieras.

—Granjero —soltó demasiado rápido para que pareciera un insulto elegante.

—No lo soy, pero, si te hace ilusión llamarme así —Jesse se encogió de hombros—, no tengo ningún problema.

Edward lo observó y acabó negando con la cabeza a la vez que un resoplido entremezclado con otra de sus sonrisas rápidas y mordaces se escapaba de sus labios.

—Eres exasperante —sentenció.

—Me han llamado cosas peores —replicó Jesse.

Edward le mantuvo la mirada y por un momento, por muy extraño que pareciese, empezó a... relajarse. Jesse lo notó.

—Sé que lo que has hecho en la pista ha sido porque te importa tu sitio aquí y Legacy —dijo Jesse—, pero a mí también. Podemos ayudarnos.

Edward pensó durante un par de segundos.

—Solo hay un primer piloto.

—¿Y a quién coño le importa? Entre tú y yo podemos luchar cada carrera a muerte, pero eso no significa que no podamos aliarnos contra todos los demás.

Lo importante era que su escudería ganara, sumar. No tenían que hacerse favores entre sí, ni cederse la posición, pero podían funcionar juntos para ponérselo complicado al resto.

—Eso tiene más sentido —admitió Edward—, pero sigo sin confiar en ti y sigues sin gustarme.

—Tú tampoco eres mi persona favorita —se burló Jesse—, pero no creo que seas un capullo total. Quiero decir, pareces un capullo y te comportas como uno, pero puede que no lo seas.

Edward lo miró francamente mal.

—¿Y ese punto de clarividencia?

—Hadley —contestó Jesse sin dudar—. Si fueras tan imbécil como parece que eres, no te tendría a su lado. Confío en ella para juzgar a las personas.

Edward no quiso darle la razón, no le apetecía, pero usó la misma lógica para llegar a la conclusión de que si Hadley confiaba en Jesse quizá fuese digno de confianza.

—Está bien —cedió Edward—, pero esto no nos convierte en amigos, solo nos hace tener enemigos comunes. No voy a ayudarte a ganar.

—Me parece justo.

Edward lo observó un momento más y echó a andar.

—Hablando de Hadley —dijo sin girarse ni detenerse—, hazle daño y me aseguraré de que mueras carbonizado en tu estúpido tractor de la NASCAR.

Jesse sonrió. Puede que las amenazas le hicieran más gracia de lo que debía por su propio bien, pero, sobre todo, le gustó que Hadley tuviese amigos así cubriéndole las espaldas.

Se ajustó la bolsa al hombro y continuó caminando. Salió a la zona abierta del box. Ya había anochecido y Silverstone estaba iluminado. Parecía la versión tecnológica de un dragón chino.

Julian seguía sentado frente a uno de los ordenadores, revisando datos de la carrera.

Jesse lo vio. Julian era uno de esos hombres cuya presencia imponía. No entrabas en una sala y podías perderte que estaba allí. Pero no era por eso por lo que Jesse lo respetaba. Julian se había ganado su puesto. Era bueno y, sobre todo, había trabajado muy duro. El merecerte lo que tenías era una de esas cosas que Jesse consideraba que hablaba más de uno mismo que cualquier palabra.

—Buenas noches —se despidió.

El director de equipo lo observó, pero no dijo nada. Jesse sabía que no estaría contento tras haberse saltado sus instrucciones otra vez, pero estaba en paz con eso.

—Es un buen plan —dijo al fin Julian, haciendo que Jesse se detuviese—, pero, para que funcione, tú tendrás que confiar en el equipo.

Así que había oído su conversación con Edward.

—Y tú tendrás que empezar a correr para ganar —replicó Jesse desandando sus pasos para volver a estar frente a Julian.

—Hay que ser inteligentes.

—Hay que ser valientes.

—No todo el mundo funciona como tú, Jesse.

—Pues entonces crea una estrategia que me deje un poco de margen para correr a mi manera.

Jesse no era ningún idiota, entendía cómo iban las cosas, que no todo podía jugarse a una lectura de carrera en el coche, en el mismo momento en el que se estaba corriendo, pero también necesitaba que lo dejasen pilotar como sabía. No pedía más.

Julian echó un vistazo a su alrededor con la mandíbula tensa, valorando pros y contras. Sabía que Jesse tenía razón, pero había demasiadas cosas en juego. Puede que la cautela no fuese una cualidad muy buscada en un box de Fórmula 1, pero la responsabilidad sí y ese era su trabajo.

—Un margen diminuto —concedió.

Jesse sonrió.

—Suficiente —aceptó.



Los tres siguientes grandes premios fueron una auténtica locura. Los dos pilotos de Legacy puntuaron en cada uno de ellos y Jesse incluso hizo podio en Países Bajos.

Hacía poco menos de tres meses que Jesse había entrado por primera vez en el box de esa escudería, pero todo el equipo había ido uniéndose en torno a él. Los mecánicos lo trataban como uno más. Los ingenieros lo adoraban porque no se limitaba a decir «arréglalo», la actitud mayoritaria de un piloto cuando un coche no rendía como se esperaba; él explicaba dónde fallaba, cómo se notaba en la conducción, qué necesitaba, los ayudaba.

Con Hadley todo iba genial. La había tenido debajo de él en cinco ciudades, dos vuelos intercontinentales —bueno, ahí no exactamente debajo, más bien contra el lavabo—, tres continentales y un coche. Se había aprendido su risa de memoria y que cenaba tortitas cuando había tenido un día duro. Habían hablado muchísimo, se habían contado un montón de cosas y todo seguía siendo jodidamente fácil incluso cuando discutían.

La junta, en cambio, tenía su propia visión de los hechos y la prensa seguía empeñada en pintarlo como el «americano salvaje» que no sabía de reglas ni le importaban y que ni siquiera comprendía lo que significa ser piloto de Fórmula 1.

Así llegaron a Milán, a menos de treinta kilómetros del Circuito de Monza, donde se celebraría el Gran Premio de Italia el 7 de

septiembre.

—No tienes que ir —dijo Jesse con la voz ronca, tirando de nuevo de Hadley hacia la cama y abrazándola.

Ella sonrió feliz y se mordió el labio inferior mientras observaba tan de cerca a ese hombre desnudo y guapísimo que le estaba arrugando su vestido, pero a quién le importaban esas cosas cuando la hacía sentir así de bien.

—¿Me estás proponiendo un plan alternativo?

—Sí, uno genial en el que te levanto este vestido alucinante exactamente hasta aquí —le explicó Jesse deslizando su mano hasta su cadera. Los dos tenían la cabeza en la almohada, girados hacia el otro, mirándose—, hago que te corras hasta que te tiemblen las piernas y después cenamos *lasagna* en la cama viendo una de esas películas de Netflix de Navidad que tanto te gustan aunque estemos en septiembre.

Hadley sonrió, era imposible no hacerlo.

—Tú sí que sabes armar un plan, James —dijo justo antes de besarlo.

—¿Significa que te quedas? —planteó Jesse justo antes de darle otro beso, alargándolo provocador hasta hacerla gemir.

Se miraron a los ojos y Hadley hizo un pucherito que se entremezcló rápido con el inicio de otra sonrisa.

—No puedo. La gala la ha organizado nuestro patrocinador más importante. Ha invitado a toda la junta y prácticamente a todo el mundo de la Fórmula 1.

Hadley habría preferido mil veces esa cama, la *lasagna* y la peli de Navidad, pero era imposible.

—Podrías venir tú —le propuso sabiendo de sobra cuál iba a ser la respuesta.

—¿Y robarte parte de la diversión?

—Idiota.

Jesse sonrió por el «cumplido» y Hadley... bueno, porque no había podido dejar de hacerlo en los últimos dos meses.

Volvió a besarlo. Jesse quiso ser un buen chico, pero Hadley olía demasiado bien y volvió a estrecharla contra él.

—Lárgate o te juro por Dios que no voy a dejarte salir de esta cama.

—Tentador —ronroneó ella.

—Hadley —le advirtió él sintiendo cómo la sangre le iba cada vez más rápida y estaba a punto de perder la poca cordura que le quedaba.

—Vale —contestó ella bajando de la cama de la *suite* del Bvlgari Hotel en el centro de Milán.

Sin embargo, no se había alejado más de unos pasos de la cama cuando Jesse se movió rápido como un león e intentó atraparla. Ella soltó un gritito divertido y lo esquivó en el último segundo, rompiendo a reír inmediatamente después.

—¿A qué ha venido eso? —se quejó risueña.

—A que he cambiado de opinión —respondió Jesse sin un solo remordimiento.

Una hora y media después Hadley consiguió salir de la habitación. Al final, Jesse cumplió su palabra y le subió el vestido hasta las caderas. Al terminar, le susurró al oído que la *lasagna* y la peli de Navidad la estarían esperando cuando volviera.



La gala estaba siendo tan aburrida como era de esperar. Por suerte, Presley, Edward y Sebastian también estaban allí.

—Hadley, tienes que saludar a Gomes —le recordó Sebastian—. Está a punto de firmar un contrato con Carmichael Multinational.

Ella frunció el ceño.

—Pensé que estaba en Nueva York encargándose de los últimos flecos del acuerdo.

—Lo ha dejado en manos de Kellen. —El perro de presa con forma de abogado que dirigía su departamento legal.

Hadley asintió. Por dentro resopló. Y se comportó como la profesional que era.

Estaban cruzando la sala repleta de trajes elegantes hacia el lugar donde se encontraba el empresario cuando el móvil de Sebastian empezó a sonar. Miró la pantalla.

—Lo siento, Hadley. Tengo que cogerlo.

Ella asintió quitándole importancia.

—Seb, sálvame en diez minutos. Le encanta hablar de las recreaciones históricas de la Guerra de Secesión —se lamentó.

Sebastian sonrió mientras se alejaba.

—Prometido.

Hadley continuó caminando, pero no vio a Gomes. La fiesta estaba en su máximo apogeo, así que lo más probable era que se hubiese encontrado con otra persona a la que saludar o se hubiera ausentado en busca de una copa.

«Me he librado de la explicación de la batalla de Gettysburg», pensó Hadley.

Pero justo cuando se giró para volver con Presley y Edward, estuvo a punto de chocar con una mujer.

—Perdona —se disculpó Hadley con una sonrisa.

—No te preocupes. No ha sido nada.

Era alta y muy guapa, con el pelo negro y un vestido del mismo color que le caía con muchísima elegancia sobre el cuerpo.

—Eres Hadley, ¿verdad? —añadió, tomándola por sorpresa.

Ella arrugó la frente claramente confusa. Era muy buena para las caras y sabía que no la había visto antes.

—¿Nos conocemos?

La mujer sonrió.

—No en persona, pero tenemos a alguien en común. Mi nombre es Elena Moretti.

27



Hadley seguía sin entenderla.

—Lo siento de veras —se disculpó con una sonrisa—, pero ahora mismo no caigo en quién podemos tener en común. ¿Eres amiga de Presley...?

—Jesse James —la corrigió Elena con la misma sonrisa suave en los labios.

Las piezas encajaron y Hadley odió que lo hicieran tan rápido. Ella debía de ser esa mujer, todo apuntaba en esa dirección: que perteneciese al mundo de la Fórmula 1, que fuese italiana, la manera en la que había pronunciado cada palabra. Si se hubiera tratado de una patrocinadora, una publicista... no podía explicarlo, pero sabía que habría sido diferente.

—¿Qué tal está?

La pregunta le molestó. El hecho de que la hiciera, que se la hiciera a ella. ¿Qué pretendía?

—Si me perdona, debo marcharme. Tengo que saludar a una persona.

Hadley ya ni siquiera recordaba a quién.

Elena la observó y Hadley tuvo la sensación de que sabía exactamente lo que acababa de provocar.

—Por supuesto.

Hadley se alejó tan deprisa como pudo sin una dirección concreta.

«Es guapa —pensó—. Muy guapa y alta y muy italiana».

No quiso, pero su mente se empeñó en tratar de recordar todo lo que le habían contado sobre Jesse cuando la posibilidad de contratarlo se puso sobre la mesa. Había cruzado una línea. Había una mujer involucrada, la esposa del propietario de una escudería. Aquellas noticias que encontró en Internet decían que Jesse lo había perdido todo por su mala cabeza... «¿Por eso o por ella?».

Aguantó en la fiesta lo estrictamente necesario, esquivando las preguntas de Presley y Edward sobre si estaba bien. «Solo estoy un poco cansada», «No he dormido bien», «Me duele la cabeza». Esas mismas excusas le sirvieron para que nadie protestara cuando anunció que regresaba al hotel.

En el camino, en la parte de atrás del Rolls, su mente imaginó uno y mil escenarios, el mismo número absurdo de posibilidades, razones, lo que pasó, lo que no, lo que quizá sí.

Para cuando llegó a la puerta de la *suite*, se había montado la película completa en su cabeza.

Era la habitación de Jesse, pero Hadley utilizó la llave que él le había dado y entró. Todo estaba en silencio salvo por el ruido del agua corriendo en la ducha.

Hadley trató de tranquilizarse; se fijó en los enormes ventanales que ofrecían un precioso puzle de edificios antiguos de piedra caliza y muchas historias que guardar. La noche era oscura, casi sin estrellas, pero la luna brillaba con fuerza.

—Has vuelto pronto —la voz de Jesse la sacó de su ensoñación.

Por inercia, se giró a tiempo de verlo salir del baño con una toalla blanca cayéndole sobre las caderas, dejando ver el músculo que le nacía en ellas y se perdía bajo el mullido algodón.

Con otra también blanca, pero más pequeña, se secaba el pelo, que desperdigaba gotitas cincelando su torso de infarto mientras caminaba hasta la mesa redonda y reactivaba la tablet con las estrategias que le había dado Julian, como si hubiese recordado algo concreto en la ducha y quisiera comprobarlo antes de olvidarlo.

—He conocido a alguien en la fiesta.

Hadley fue directa. ¿Qué sentido tenía alargarlo?

—¿A quién?

Clavó sus ojos en él. Quería percibir cualquier cambio en su expresión.

—Elena Moretti.

Jesse se quedó quieto un segundo, pero enseguida recuperó la normalidad. Levantó la cabeza y buscó la mirada de Hadley al tiempo que bajaba la toalla más pequeña.

—¿Y?

Sin darse cuenta, ella se cruzó de brazos a la defensiva.

—¿Tiene que haber un «y»?

—Es obvio que sí teniendo en cuenta cómo estás —respondió Jesse mientras se giraba y se apoyaba hasta casi sentarse, con sus manos descansando en su regazo.

—¿Y cómo estoy, Jesse? Ilumíname —replicó.

—Enfadada.

El hecho de que él lo dijera provocó que ella estuviera aún más furiosa. ¡Claro que estaba enfadada! ¡¿Cómo no iba a estarlo?!

—Joder, claro que lo estoy. Esa mujer sabía quién era yo, me ha hablado de ti, me ha preguntado cómo estabas. ¿De qué va todo esto?

Hadley empezaba a pensar que ese encuentro ni siquiera había sido casual. Elena no se había sorprendido lo más mínimo al verla.

—No lo sé —contestó con calma, sincero—. Hace más de cinco años que no sé nada de Elena.

—Pues ella te tiene muy presente.

—No lo creo.

—Te pone triste, ¿no? —comentó con ironía.

Jesse le mantuvo la mirada. Sabía que estaba enfadada. Tenía la sensación de que incluso estaba asustada. En parte, tenía derecho. Encontrarse con Elena no debía de haber sido fácil para ella.

—No, simplemente no lo creo —insistió tranquilo.

Hadley guardó silencio un momento. La cabeza le iba muy rápido. Todas las posibilidades que había analizado de camino allí se paseaban por su mente una y otra vez, cada una de ellas dejando un poso, hasta que llegó a una conclusión que vio increíblemente lógica.

—Intentaste que no fuera a la fiesta para que no la encontrara, ¿verdad?

—No —pronunció como si lo que acabase de oír fuese la mayor tontería del mundo—. Intenté que no fueras porque quería follarte toda la noche.

No estaba al tanto de que Elena iría a la fiesta. Por el amor de Dios, ni siquiera sabía en qué continente estaba. Elena no significaba nada para él. Pertenecía a su pasado.

—No me distraigas —se quejó Hadley.

Recordarle lo bien que se les daba estar juntos en mitad de una discusión era un golpe bajo.

—Y tú no veas donde no hay —replicó Jesse.

Hadley esbozó una sonrisa vacía, insolente. ¿Cómo podía decir algo así? Estaban hablando de esa mujer.

—Es por ella por quien te echaron cuando competías en Fórmula 1 —afirmó Hadley.

—No exactamente.

Ella resopló.

—No me vengas con tecnicismos —protestó.

—Hadley, esa historia está acabada.

Jesse no dudaba. No quería que ella lo hiciera tampoco. Quería que viera que estaba siendo sincero. Poder calmarla.

—Entonces, cuéntamela —exigió.

Ella ya se había montado su propia película, era consciente de ello, así que, llegados a ese punto, la única manera de tranquilizarse realmente era saber lo que había pasado y oírlo por boca de él. Dijera lo que dijese, lo creería.

Jesse siguió mirándola a los ojos, evaluando la situación, opciones.

—No —contestó al fin cruzándose de brazos. A Hadley no se le escapó el gesto.

—¿Por qué no?

—Porque no es mi historia para contarla.

Elena no le importaba, pero lo que pasó fue un puto desastre, un caos de muchas maneras diferentes, y no podía traicionarla poniendo sus problemas encima de la mesa como si no valiesen nada. No se trataba de que fuera Elena. No lo habría hecho con nadie.

Pero Hadley, que siempre había admirado los valores de Jesse, esa vez no pudo sentirse orgullosa de él.

—¿La estás protegiendo?, ¿de mí?

—No, Hadley. No la estoy protegiendo y mucho menos de ti —Jesse necesitaba que eso quedase claro. Elena no era más importante para él que Hadley. Nadie lo era—, pero lo que pasó no fueron mis circunstancias ni mi historia. No es justo que sea yo quien lo cuente.

—Pero yo necesito saberlo —contraatacó casi desesperada, casi interrumpiéndolo—. Os liasteis, es más que obvio. ¿Qué pasó después? ¿Os enamorasteis?

—No.

—¿Su marido os descubrió? —A veces tu cabeza, tu imaginación, es tu peor enemiga—. ¿Ibais a fugaros? ¿En plan Romeo y Julieta pero mejor preparados?

—No.

—Entonces, ¿qué pasó?

Los ojos de Hadley se pusieron brillantes por las lágrimas. Jesse aguantó el tirón. Quería levantarse, abrazarla, demostrarle a besos en esa cama que estaba equivocada, pero sabía que no era lo que ella necesitaba. Su cuerpo inconscientemente cambió la postura y sus manos agarraron el borde de la mesa a ambos lados de sus caderas. Tenía que agarrarse a algo para contenerse.

—Nos acostamos. Tuvimos una aventura, Hadley. Nada más.

—¿Y por qué la prensa te culpó solo a ti? ¿Por qué dejaste que te echaran? Más que eso —añadió veloz. Era incapaz de entenderlo—, te estigmatizaron. Han pasado cinco años y, cuando me interesé en contratarte, esa historia te persiguió. —Señaló hacia la puerta, como si todos los comentarios de advertencia, los artículos, las miradas, pudiesen materializarse y aparecer—. No me digas que solo os acostasteis y no pasó nada más.

Las primeras lágrimas estuvieron a punto de caer, pero Hadley las controló con un suspiro. Sabía que era injusto pretender que Jesse no tuviese un pasado, lo que le daba un miedo terrible era que una historia así no se hubiese quedado allí, que aún la quisiese, que no hubiesen podido olvidarse y ella misma fuese la pieza que sobraba.

Jesse tensó la mandíbula. Odiaba verla así, pero tenía que confiar en él, como cuando se trataba de Legacy One, como cada vez que la

había tenido debajo de él... como él confiaba en ella.

—Hadley... —trató de calmarla.

—¿Qué pasó?

Jesse negó con la cabeza sin levantar sus ojos de los de ella.

—No es mi historia.

—¡Pero te afectó a ti y ahora me está afectando a mí!

—Porque estás dejando que lo haga —saltó Jesse casi gritando, separándose de la mesa y dando un paso hacia Hadley, utilizando todo su autocontrol para que no se convirtiera en el camino para llegar hasta ella—. No estaba enamorado de Elena.

—Pero te sacrificaste por ella.

Las palabras cayeron como una losa entre los dos porque eran verdad y el silencio que las siguió fue todavía peor. Jesse no tenía cómo rebatir aquella frase. Se había sacrificado por ella. Lo volvería a hacer si se repitiese la situación.

Hadley le dio todo el tiempo del mundo para responder, pero, cuando entendió que no iba a hacerlo, otra sonrisa vacía y enfadada, y en ese instante también triste, se coló en sus labios.

—Dios —se desahogó—, pretendes que crea que renunciaste a la Fórmula 1 por una mujer a la que no querías, pero que se acuerda de ti después de cinco años y que, por cierto, es guapísima y altísima y se parece a Claudia Cardinale de joven. ¿Tan idiota crees que soy?

—Nunca he creído que fueses idiota.

—Cuéntamelo.

Jesse dejó escapar todo el aire de sus pulmones.

—No puedo, Hadley.

—Cuéntamelo, por favor, Jesse.

Era una puta súplica. Jesse odió ese momento. Odió las decisiones que había tomado cinco años atrás y eso no le había pasado jamás,

ni siquiera cuando tuvo que hacer las maletas y regresar a Tennessee.

Se humedeció el labio inferior a la vez que perdía la mirada a la espalda de Hadley.

—No —respondió mirándola de nuevo.

Hadley no dijo nada más. Solo asintió, giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta, lanzando la llave de la *suite* sobre el mueble pegado a la pared. Ya no la necesitaba.

28



Hadley entró en su habitación con el corazón latiéndole a toda velocidad y la respiración hecha un caos, obligándose a no llorar porque ¡maldita sea, no iba a llorar!

Se cambió de ropa peleándose con cada prenda y se metió en la cama tratando de lidiar con toda esa rabia, acurrucándose sobre el colchón.

No era ninguna idiota ni tampoco intransigente. Entendía que Jesse había vivido, de verdad que lo hacía. Además, con esa cara y ese cuerpo y la manera en la que... bueno, que estaba claro que era imposible que se hubiese mantenido virgen hasta que la conoció.

Pero es que el tema era otro. Jesse se había sacrificado por Elena. Las posibilidades de acabar siendo piloto de Fórmula 1 son ínfimas. Se considera más complicado que llegar a ser astronauta porque solo hay veinte pilotos compitiendo en todo el planeta... bueno, veintidós a partir del año que viene. Él consiguió estar allí, era bueno, y renunció a todo eso por ella. No haces eso si no tienes un buen motivo... y eso era lo que hacía que Hadley estuviera realmente asustada.



A la mañana siguiente almorzó temprano y se preparó para salir. A las cuatro se corría la clasificatoria de Monza, las tres carreras rápidas, las QS, a través de las que quedaban fijados los puestos en la parrilla de salida para el Gran Premio.

Normalmente se habría ido con Jesse y se habrían pasado todo el trayecto hablando, riéndose y besándose, pero en aquel momento esa posibilidad estaba fuera de servicio, lo que hacía que Hadley manejara una extraña mezcla de enfado, mal humor y tristeza.

—Buenos días —saludó a los empleados cuando cruzó la recepción camino de la salida principal.

—Señorita Carmichael —corrió tras ella uno de ellos.

Hadley se detuvo y se giró para esperarlo.

—Han dejado esto para usted.

Le tendió un sobre blanco. Dentro había una nota escrita a mano:

Me gustaría que tomáramos un spritz juntas. Creo que es necesario.

E. M.

«E. M.». Obviamente era una invitación de Elena Moretti.

—La espera en la terraza de nuestro bar —completó la información el recepcionista.

Hadley asintió con la mirada fija en la nota. Lo fácil sería irse al circuito con la excusa de estar allí para la *pole*, enterrar todo eso, seguir enfadada, pero Hadley quería la verdad. Necesitaba respuestas.

Con las piernas temblándole un poco pero la resolución intacta, giró sobre sus sandalias de tacón y se dirigió al lugar indicado.

Jesse salió hacia Monza pasadas las doce. Lo habría hecho antes pero estaba... esperando. Se había contenido toda la noche para no ir a buscar a Hadley. Entendía que necesitaba tiempo para procesarlo todo, para calmarse. Él estaba dispuesto a dárselo, pero habría sido genial que ella hubiese decidido poner su relación en *impasse* donde al menos pudiese verla. Hadley tampoco había dado señales de vida por la mañana.

—Tienes que dejar que se le pase —dijo Cody Lee sentado con Jesse en la parte trasera del Rolls.

Estaba incomodísimo. La primera vez que uno de los coches de Legacy lo recogió, le pareció divertido, como si estuviese jugando una partida de Monopoly con piezas a escala real, pero ya empezaba a sentirse violento. Le abrían la puerta, se la cerraban y se la volvían a abrir. No conducía ni estaba en el asiento del copiloto toqueteando la radio. En ese hotel todos lo miraron raro cuando entró con su gorra de camionero y después un tío que no conocía de nada intentó comprársela por cien pavos porque dijo que era «muy auténtica». Le había costado diez en el Walmart de Chattanooga.

—No me gusta que estemos así —confesó Jesse con la mirada perdida en la ventanilla—. Lo odio —añadió sincero mientras torcía los labios y sus ojos, entonces grises, cambiaban las vistas de Milán por las de la espalda del asiento del conductor.

—Lo sé, pero ponte en su lugar. Imagínate que de pronto aparece un ex guapísimo, por el que ella hizo algo enorme, épico, y, cuando tú preguntas, más que nada para saber si eres el tercero en discordia...

—Ella no es la tercera en discordia —lo cortó Jesse molesto.

—Es una metáfora. Si no me dejas terminarla, pierde efecto.

Jesse volvió a apretar la mandíbula, aguantando el tirón. Echaba de menos a Hadley, lo que era ridículo porque no llevaban ni un día

sin verse, pero a quién coño le importaba. Era la verdad.

—Lo que decía —continuó Cody Lee—: ponte en la situación de que le pides explicaciones y ella no te las da. ¿Cómo te sentirías?

—Yo ya tengo que lidiar con un ex enamorado de ella.

Cody Lee negó con la cabeza.

—Míster traje y corbata —replicó refiriéndose a Sebastian— no es su ex.

—Pero la persigue todo el maldito tiempo.

—Y ella te ha elegido a ti cada vez. Te ha dado seguridad. Tú ayer intentaste darle eso a Hadley, pero no pudiste ofrecerle todas las piezas que necesitabas para conseguirlo, y entiendo tus motivos, en serio, y ella también lo hará, pero tuvo que joderle muchísimo y ahora necesita tiempo.

Jesse repasó la conversación de la noche anterior por enésima vez. Le habría encantado explicarle todo lo que pasó cinco años atrás, pero aquella no era su historia para contarla, y no podía no respetar eso. Solo esperaba que ella supiese verlo y, sobre todo, que no dudase de que ocupaba el puto primer puesto en su lista de prioridades.

—Tiempo, ¿eh? —repitió con desgana observando cómo sus dedos jugueteaban unos con otros.

—Eso es —sentenció su amigo—. Tiempo para dejar de odiarte. Tiempo para que vuelvas a caerle bien. Tiempo para entender que eres un idiota, pero uno con buen corazón. Son varias cosas.

Aunque era lo último que quería, Jesse sonrió justo antes de volver a interesarse en el paisaje fuera del coche y Cody Lee lo miró sintiéndose un poco mejor por ese pequeño gesto.

—Seguramente ya esté en el *paddock* —comentó Cody Lee mientras caminaban en dirección al box.

Jesse aceleró el paso casi de manera inconsciente. Cuando llegó al garaje y oyó los primeros saludos, barrió la estancia. No había rastro de ella.

—¿Hadley ha llegado ya? —preguntó a una de las ingenieras.

Ella hizo memoria unos segundos y acabó negando con la cabeza.

—No, debe de estar al caer.

Pero no era cierto. Jesse repasó la estrategia con Julian, Edward y los demás pendiente de la puerta por si la veía llegar, pero eso tampoco pasó.

—Vendrá. Estoy seguro —lo animó Cody Lee—. Se habrá entretenido con algo.

Jesse se humedeció el labio inferior pensativo y se puso el casco antes de meterse en el fórmula uno. La Q1, la primera ronda clasificatoria, estaba a punto de empezar y Hadley no estaba allí.

«Joder», eso es lo único que pudo pensar, como si esa sola palabra pudiera englobar el huracán que lo estaba arrasando todo por dentro. Siempre había conseguido mantener lo que sentía bajo control al tomar una decisión, afrontando lo que fuese necesario y dejándola en el pasado tan pronto como ocurriera. Siempre había podido hacerlo... menos en aquel momento.

Menos con Hadley.

Cabeceó suavemente al tiempo que le ponían las protecciones y se obligó a concentrarse en la carrera de dieciocho minutos que tenía por delante.

Las luces rojas se encendieron una a una. Se apagaron. Jesse salió disparado. Al principio todo fue bien. Pero, por primera vez en toda su vida, la velocidad no lo calmaba, no le hacía pensar mejor, más claro, más rápido. Solo lo enfadaba más y no pisaba el acelerador por la carrera, lo pisaba por rabia, porque que lo que

sucedió cinco años atrás hubiera vuelto para joderle la vida lo cabreaba demasiado.

Porque Elena formaba parte de su pasado, ni siquiera era su pasado, y no entendía por qué coño tenía que regresar para complicar su historia con Hadley.

Porque Hadley no estaba.

¡No estaba, maldita sea!

Midió mal una curva y, al frenar a destiempo, perdió casi cinco décimas.

—¿Qué ha sido eso, Jesse? —preguntó uno de los ingenieros.

—Nada —respondió más seco de lo normal.

Jesse no lograba colocar la cabeza donde debía y siguieron pequeños fallos: se pasó un poco de frenada, una corrección al volante que jamás había tenido que hacer antes, otra décima perdida.

Se clasificó para la Q2. Nadie salvo Cody Lee supo qué le pasaba en realidad y todos dieron por hecho que simplemente estaba un poco irritado.

Mientras los mecánicos se acercaban a cambiar las ruedas y el analista repasaba algunos detalles con él, Jesse no podía dejar de preguntarse «¿Qué estoy haciendo?», y no se trataba de la carrera, estaba hablando de Hadley. La conocía. Le daban igual esas putas normas que decían que no se podía llegar a conocer a una persona realmente en poco más de tres meses. Al infierno con quienes no habían tenido algo así. Él lo tenía. Él y Hadley tenían ese algo, importante, bueno, ¿por qué joderlo por no confiar? Se había dicho a sí mismo que Hadley necesitaba tiempo. «Pues créetelo, idiota», se riñó. Confiaba en ella, en el vínculo, en la relación que tenían.

—Pues confía —murmuró para sí.

«Pero hazlo de verdad. No como un crío asustado».

Cuando las luces rojas volvieron a apagarse y Jesse aceleró, esa vez no hubo errores. Estaba centrado. El huracán enfocado a donde debía, a la carrera, a tener la cabeza fría.

Jesse eligió confiar.

Eligió correr para atravesar primero la meta, no para cobrarse sus propios problemas.

Y funcionó porque ganó la maldita Q2.



El Bvlgari Hotel estaba ubicado en el centro histórico de Milán y poseía un jardín con más de cuatro mil metros cuadrados que se había convertido en una de las principales atracciones del establecimiento. La terraza del bar estaba pensada para que los clientes pudieran disfrutar de ese espacio con una impresionante tarima de madera natural y pequeños juegos de sofás y sillas de diseño que proporcionaban cierta sensación de intimidad.

Elena estaba en uno de esos sofás, vestida de nuevo con una elegancia exquisita, el pelo recogido en un moño italiano y unas preciosas gafas de sol.

—Siéntate, por favor —le pidió a Hadley en cuanto llegó hasta la mesa.

Dudó por última vez sobre si aceptar o no, pero lo de querer respuestas seguía en pie.

—Gracias —respondió acomodándose frente a Elena.

Un camarero se acercó eficiente.

—Dos Aperol Spritz —pidió Elena en italiano.

Hadley la observó un instante. Estuvo a punto de dejar que sus inseguridades ganasen y compararse con ella, pero optó por ponerse

la vida un poco más fácil.

—Me gustaría que fuéramos directas al grano —dijo acelerando la conversación.

No eran amigas. No iban a serlo. Alargar este encuentro no tenía ningún sentido.

Elena sonrió con suavidad.

—No tengo ningún inconveniente en que las cosas sean así. —Perdió un segundo la vista en los jardines, pero, cuando volvió a hablar, se aseguró de estar mirando a Hadley directamente a los ojos—. ¿Ya te ha hablado de mí?

La pregunta fue como un cuchillo directo al corazón.

—Sí —respondió obligando a esa única palabra a atravesar el nudo de su garganta—. Me dijo que tuvisteis una aventura, pero que no significó nada para ninguno de los dos.

—¿Y tú lo crees?

—¿No debería?

—Sé lo que haría yo si estuviese en tu lugar.

Hadley la miró esperando a que continuara.

—Que, por otra parte, es lo que estoy segura de que tú ya has hecho.

—¿Y es?

—No creerlo.

29



Las dos palabras atravesaron el sofisticado aire milanés y golpearon a Hadley con la misma crudeza de un puñetazo en el estómago.

El camarero apareció con los cócteles y lo sintió como la campana de un ring de boxeo.

Es decir, era verdad. Tenía razón. No fue un simple *affaire*. Fue más, mucho más. Se sacrificó por ella. La quería... Dios, la quería. El estómago se le cerró de golpe y la presión en el centro de su pecho se volvió casi insoportable.

Elena le dio un sorbo a su spritz, pero Hadley estaba paralizada.

«Sal de aquí —se dijo—. Has tenido suficiente».

—Te agradezco la invitación —murmuró aturdida, levantándose—, pero debo irme...

—Y me habría equivocado —pronunció Elena siguiendo la frase que había empezado hacía menos de un minuto—. Igual que tú —añadió con esa suave y enigmática sonrisa—. Jesse te ha dicho la verdad.

Hadley volvió a quedarse congelada. Esa vez junto a la mesa. La miró y algo en sus ojos castaños debió de sonar a súplica sin palabras sin darse cuenta, Elena era una experta en ese terreno en contra de su voluntad.

—Siéntate —le pidió amable.

Hadley tragó saliva tratando de terminar de formarse una opinión sobre Elena, sobre esa situación, y finalmente volvió al sofá.

—¿Cómo sé que Jesse no te ha pedido que me digas eso? —planteó Hadley.

La sonrisa de Elena se hizo más grande.

—Eres una chica lista y ahora estás pensando como una mujer de negocios.

A Hadley no le gustó esa frase, pero decidió obviarla.

—No me has contestado —le recordó.

—Jesse y yo hace más de cinco años que no hablamos, de ninguna manera. Cero emails, mensajes, nada.

Hadley la observó y empezó a negar con la cabeza antes siquiera de comprender lo que estaba haciendo. Aquello no tenía el más mínimo sentido.

—¿Me estás diciendo que lo sacrificó todo por ti y ni siquiera habíais vuelto a hablar una sola vez?

—Las cosas no pasaron exactamente así o, al menos, no como tú crees.

—Jesse y tú tuvisteis una aventura, os pillaron y él cargó con la culpa de una manera descomunal. Tanto que acabaron echándolo y esa historia lo ha perseguido durante años. *Todavía lo hace* —añadió haciendo hincapié en esas tres palabras—. Si no lo hizo por amor, entonces ¿por qué?

La pregunta, o puede que solo fuese la palabra *amor*, se quedó flotando en el aire entre las dos. Elena acarició su posavasos con la punta de los dedos. Necesitaba un momento.

—Yo no elegí a mi marido —fue lo primero que dijo—. Cuando tenía veintiún años, mi padre organizó mi matrimonio con otro empresario. Era veinticuatro años mayor que yo. Apenas lo conocía,

no me gustaba y desde luego no estaba enamorada de él. Intenté negarme, claro, incluso traté de fugarme. No valió de nada.

Hadley la miró sintiendo cómo la empatía se hacía un hueco en la complicada red de sentimientos que Elena despertaba en ella.

Los matrimonios concertados eran más habituales en la alta sociedad de lo que pudiese pensarse, daba igual Manhattan o Milán. Ella misma había conocido muchos, pero nunca había oído a nadie hablar de una manera tan cruda sobre ellos. Parecía que el padre de Elena la había vendido, probablemente por dinero o por poder, o por más poder y más dinero.

—Desde el primer instante mi marido me trató como una posesión más, un accesorio. No tenía derecho a decidir sobre qué hacer con mi futuro, trabajar o no, tener niños o no. A veces incluso elegía qué ropa debía ponerme y poco a poco me fui diluyendo. Él me trataba como un objeto y yo, despacio pero inexorablemente, me convertí en uno. Y cuando ni siquiera era capaz de reconocerme, apareció Jesse.

Hadley apartó la vista un segundo, incómoda, mientras sentía cómo la mano que le estrechaba el estómago apretaba con fuerza.

—No fue romántico ni especial, simplemente me vio, a mí, a la mujer que ni siquiera se veía a sí misma. Para él fue impulso, actuar según lo que sentía sin medir consecuencias. Las dos sabemos cómo es Jesse. —Sonrió y, aunque no quiso, Hadley lo hizo con ella—. Para mí fue intenso, sentí que recuperaba partes de mí que pensé que se habían ido para siempre... Mi marido no tardó en descubrirnos.

La frase se quedó en el aire y Hadley vislumbró esa parte de la historia.

—¿Es un hombre poderoso?

—No te haces una idea —respondió Elena—. Tiene conexiones políticas, aristocráticas, y a nivel empresarial es prácticamente intocable. Su escudería es solo un juguete más. Fue él quien presionó donde debía para que la prensa contara la versión que contó, cómo cargaron contra Jesse, el tildarlo de problemático, de americano salvaje... También fue quien obligó al equipo de Jesse a que lo despidieran y dejó claro a todos que la narrativa era esa: no solo lo habían echado, lo habían desterrado porque no merecía poner un pie en la Fórmula 1.

—¿Y por qué lo aceptó?

—Porque pensó que yo ya tenía suficiente. No podía escapar del monstruo con el que estaba casada. Mi vida será la que es hasta que me muera —sentenció con una mezcla de resignación y una llama todavía luchando por resistir cuando todo lo que sientes es frío y agua helada—. Y porque Jesse es así. Jamás dejaría que nadie sufriera si él pudiese evitarlo. No es un héroe, no nos confundamos. Sabía dónde se metía, fue él quien se acercó, quien lo inició, pero, cuando se convirtió en un problema, asumió la responsabilidad.

Hadley repasó la discusión con Jesse de la noche anterior. Él le había dicho que no podía explicarle por qué aceptó llevarse la culpa porque no era su historia para contarla. En aquel momento lo entendió. Hacerlo habría significado exponer algo realmente doloroso para otra persona. Hadley tampoco traicionaría así a nadie.

—Gracias por contármelo —se sinceró al cabo de unos segundos.

—Es lo justo. Se lo debía a Jesse.

Hadley asintió.

—Y también porque quiero advertirte. El encuentro en la fiesta no fue casual, pero no fue cosa mía. Yo ni siquiera sabía quién eras hasta ayer por la mañana. Alguien con mucho poder se puso en contacto con mi marido y le pidió que me hiciera ir a esa fiesta y que

provocara un encuentro contigo. Yo debía confirmarte todo lo que te habían dicho y habías leído en la prensa sobre Jesse.

El corazón empezó a latirle demasiado rápido a Hadley porque solo había una persona que encajara con ese poder, en esa llamada: su padre.

—¿Quién fue? —trató de confirmarlo.

Elena negó con la cabeza.

—No lo sé. Mi marido no me lo dijo.

Hadley miró el reloj y se puso en pie.

—Debo irme. Hay algo que tengo que hacer.

—Pásalo muy bien en Monza —leyó sus intenciones.

Hadley sonrió.

—Muchas gracias por haber sido sincera conmigo.

—Como he dicho antes, es lo justo.

Hadley se despidió y cruzó rápido la terraza de vuelta al interior del hotel. La cabeza le iba aún más rápido que antes, pero todas las ideas estaban claras.

30



Jesse detuvo el coche en el *pit lane*. Los mecánicos se acercaron a toda velocidad, cambios de ruedas, revisión del monoplaza, ingenieros, estrategias... pero entonces la vio, a Hadley, en el box, mirándolo, esperándolo.

No lo dudó. Se quitó la protección y empezó a salir del fórmula uno.

—Jesse, el descanso solo dura siete minutos —le recordó uno de los ingenieros.

Pero le dio exactamente igual. Ella estaba allí.

—Volveré a tiempo —dio como toda explicación ya fuera del coche.

—No puedes marcharte ahora. —La voz de Sebastian llegó a la vez que se detenía frente a Jesse, a unos pasos, cortándole el paso e impidiéndole ver a Hadley.

Jesse otra vez no vaciló. Dio un paso hacia él. Mirándolo a los ojos. Lo suficientemente cerca para que el mensaje quedara grabado a fuego.

—No te pongas entre ella y yo —le advirtió a Sebastian con la voz dura, salvaje, más intimidante que un grito a pleno pulmón—. Nunca.

Sebastian le mantuvo la mirada un segundo, pero acabó apartándola y, otro segundo después, echándose a un lado.

Quería quedarse. Quería plantarle cara. Pero ese no era su terreno ni su manera de hacer las cosas. Estaban literalmente delante de miles de personas. ¿Qué se suponía que iba a hacer?

Jesse avanzó hasta Hadley con esa seguridad naciéndole desde debajo de las costillas y bañándole el cuerpo entero; sobre todo, la forma en la que caminaba.

Hadley lo observó llegar hasta ella con el corazón latiéndole con fuerza.

En cuanto estuvo lo suficientemente cerca, una de sus manos se perdió en la cadera de ella y la estrechó contra él. Dejó caer su frente en la de Hadley, con sus labios casi tocándose, con las respiraciones hechas un caos.

Ella levantó las manos y las colocó sobre el pecho de él, sintiendo la tela del mono de carreras caliente bajo sus palmas.

—Estás aquí —dijo Jesse.

—Estoy aquí —respondió Hadley.

No fue una declaración de miles de líneas, pero tuvo el mismo valor porque se estaban diciendo que se elegían, que confiaban, que el pasado se quedaba atrás.

Jesse tragó saliva. Solo podía pensar en besarla, en demostrarle lo cerca que la necesitaba. Hadley se sentía exactamente igual.

—¡Jesse! —lo llamó Cody Lee—. Estamos en el último minuto.

Tenía que volver al coche.

Jesse se alejó un paso. La miró. Joder, la dibujó entera. Caminó un par más hacia atrás y se dio definitivamente la vuelta. En el momento en el que llevó su vista al frente volvió a concentrarse en Monza, en la Q3, en ganar. A paso rápido llegó hasta el monoplaza ajustándose los guantes y entró en él.

Doce minutos después, Jesse quedó segundo. Ese sería su puesto en la parrilla de salida para el Gran Premio.



—Me pidió vernos en la terraza del bar del hotel —dijo Hadley.

Estaban apoyados, casi sentados, sobre el monoplaza. La clasificatoria había acabado y la mayoría del equipo ya se había marchado, pero el asfalto seguía caliente, aún olía a gasolina y podía sentirse la adrenalina en el aire.

Él asintió.

—Me lo contó todo.

Al oírlo, Jesse se tensó, solo un segundo, y después se obligó a relajarse.

—Ahora sé por qué no podías contarme por qué habías cargado con toda la culpa —Hadley calló un segundo recordando todo lo que había descubierto—, yo habría hecho lo mismo.

Esas palabras hicieron que Jesse llevara inmediatamente su mirada hasta ella, atrapando sus ojos castaños.

—Tenías razón —sentenció Hadley—. No era tu historia para contarla.

Jesse dejó escapar todo el aire de sus pulmones. No podía dejar de repetirse la jodida suerte que había tenido porque Hadley se fijara en él. No solo era inteligente, divertida y lo volvía loco, además era leal. La cualidad más importante para Jesse.

—La Q1 no salió todo lo bien que pudo haber salido —empezó diciendo él.

—Eso he oído. Dicen que estabas un poco malhumorado —añadió Hadley con el inicio de una sonrisita en los labios.

—Estaba la hostia de asustado —confesó a punto de echarse a reír con la mirada al frente.

Hadley se contagió inmediatamente de su gesto.

—Pero decidí confiar —dijo llevando de nuevo su atención hasta ella, siendo sincero hasta el final—, en ti, en que lo entenderías, en nosotros, en lo que tenemos, y funcionó —sentenció con una sonrisa llena de honestidad, de esa misma confianza, de todo lo que Hadley le hacía sentir.

Ella entendió al instante que esa sonrisa era nueva y un poco suya y la hoguera que Jesse siempre conseguía encender en su interior brilló un poco más fuerte.

—Y ganaste la Q2 —pronunció Hadley orgullosa.

—Joder, sí —continuó arrugando la nariz en un gesto muy sexy—. Arrasé.

Ella rompió a reír de nuevo y Jesse sonrió encantado de haberlo provocado.

—Lo que quiero decir es que no importa lo que pase, somos nosotros y lo demás da absolutamente igual.

La sonrisa de Hadley se transformó en una más pequeña, pero más bonita, llena de luz.

—Me apunto a eso.

Jesse le devolvió el gesto y despacio, casi torturándola, se inclinó al tiempo que deslizó su mano por su mejilla y la besó.

El atardecer tiñó el cielo de un juego imposible de naranjas, violetas y rosas. El asfalto seguía caliente, Monza cada vez más silencioso, y ellos cada vez más cerca.

—Hay algo más que quiero contarte —le explicó Hadley cuando se separaron.

—¿El qué?

—Elena me ha dicho que lo de la fiesta no fue casualidad, que un hombre con mucho poder contactó con su marido para que ella me confirmara todas las cosas horribles que hace cinco años se dijeron sobre ti.

Jesse apretó los dientes tratando de controlar la rabia que lo arrasó de pies a cabeza. Él había aceptado lo que pasó. Lo había dejado en su puto pasado. No era justo que alguien intentase usarlo en su contra.

—Solo hay una persona en mi vida con ese poder y que quiera alejarme de ti...

Hadley no necesitó terminar la frase para que Jesse supiese que se refería a Theodore y, siguiendo la línea de pensamientos que marcaba su enfado sin domesticar, su primer impulso fue plantarse en Nueva York, o donde fuera que estuviese, y partirse la cara con él, pero entonces también notó cómo la voz de Hadley sonó distinta porque, además de estar furiosa, también estaba triste, decepcionada, y se obligó a mantener la cabeza fría.

—No sabes si ha sido él.

—¿Y quién si no?

A Jesse no le quedó otra que guardar silencio. Sabía quién era el marido de Elena, los círculos en los que se movía; solo un hombre igual de poderoso podría acceder a él de esa manera y Theodore Carmichael no solo tenía el mismo poder que esa escoria, lo superaba.

—Voy a ir a verlo —decidió Hadley de pronto, separándose del monoplaza.

Theodore estaba en Milán por negocios... lo que, después de lo ocurrido, parecía mucho más que una simple coincidencia.

Jesse negó con la cabeza.

—Tal vez sería buena idea que te calmaras y no actuaras en caliente. Sigue siendo tu padre.

—Precisamente por eso —contestó Hadley aún más vehemente—. Tiene que aprender que no puede decidir qué me conviene o no y actuar en consecuencia. No soy una niña.

Jesse le mantuvo la mirada.

—Tienes razón —le aseguró sin dudar. Quería acompañarla, pero tenía la reunión de equipo para discutir la estrategia de la carrera. Hadley también lo sabía—. Tú solo prométeme que no dejarás que lo enfadada que estás *ahora mismo* —hizo hincapié en esas dos palabras— sea lo único que hable por ti cuando estés con él.

Hadley lo observó. Estaba tan molesta que, con franqueza, quería montar una escena alucinante delante de su padre, y cuantas más personas la vieran, mejor, pero también sabía que esa no era la manera porque, al final, de alguna forma, sería como darle la razón a cada vez que la había tratado como una niña. Tenía que dejarle claro que no iba a permitir que algo así volviese a repetirse. Poner límites. Y eso solo funcionaría desde la calma.

—Lo prometo —contestó al fin.

Jesse sonrió.

—Voy a saltarme la reunión —decidió—. Hablaré con Julian y...

—No —lo cortó Hadley, y su voz sonó dulce por lo que estaba dispuesto a dejar de lado—. No puedes hacerlo. Y yo puedo con esto sola.

Jesse la miró y, sin dudarlo, la agarró de la mano. Tiró de ella hasta que estuvo entre sus piernas y la besó con fuerza.

—¿Es un beso de buena suerte? —bromeó Hadley, aunque la voz jadeante la traicionó un poco.

—Es un beso de «Estoy muy orgulloso de ti» —replicó Jesse, dejando que su mano viajara de nuevo hasta su cadera y apretara

posesivo esa parte de su cuerpo, derritiéndola despacio.

—Te llamaré cuando regrese —pronunció Hadley con su mirada bailando entre sus ojos, en ese momento verdes, y sus labios.

—Más te vale —respondió con una media sonrisa.

Y Jesse volvió a besarla.



Theodore visitaba Italia regularmente por negocios y, cuando se trataba de Milán, nunca se quedaba en un hotel. Tenía una villa en el lago de Como.

Hadley lo sabía. Esa casa fue una de las primeras propiedades que compró su padre. Habían pasado infinidad de veranos allí, muchos de ellos de pequeña, cuando Calder y su madre aún estaban.

—*Signorina* Hadley —la saludó con una sonrisa sincera la señora Russo, el ama de llaves—, qué alegría verla —añadió con un marcado acento italiano.

Hadley le devolvió el gesto cuando la mujer le cogió las dos manos.

—Yo también me alegro mucho de verla.

—Está muy delgada —la riñó, aunque Hadley sabía que no era verdad. Le gustaban demasiado los helados Ben & Jerry's como para que esa afirmación tuviera fundamento—. Le voy a preparar un *bello piatto di pasta alla norma*. —Un plato típico de Sicilia, de donde ella era originaria.

—Me encantaría, señora Russo, pero no puedo quedarme a cenar. —Se ganó una mirada de reprimenda que la hizo sonreír—. He venido a hablar con mi padre. ¿Dónde está?

Pensar por qué había ido hasta allí hizo que la rabia le pinchara el estómago.

—En su despacho.

La casa era grande, pero Hadley la conocía como la palma de la mano, así que no tardó más que unos minutos en llegar.

Delante de la puerta recordó lo que le había prometido a Jesse y contó hasta diez antes de entrar. Desgraciadamente, al contrario de lo esperado, solo sirvió para enfadarla todavía más.

—¿Podemos hablar? —preguntó tras llamar suavemente y abrir sin que le dieran paso.

—¿Hadley? —la saludó confuso su padre junto a la ventana, repasando unos informes en su tablet—. ¿Qué haces aquí?

—Tenemos que hablar —reformuló su frase.

—Claro —respondió Theodore con calma, caminando hasta el escritorio, dejando el iPad allí e indicándole a su hija que lo acompañara al sofá.

Sin embargo, ella negó con la cabeza. Esa fue la primera pista que tuvo su padre para saber que algo iba mal.

—¿Qué pasa, Hadley? —inquirió acomodándose en el tresillo.

—Pasa que lo sé todo, papá.

—¿Puedes concretar?

—No te hagas el tonto —contestó Hadley.

Casi gritó.

«Uno, dos, tres...», empezó a contar mentalmente.

—No sé a qué te refieres.

Parecía sincero y estaba tranquilo, y eso fue como echarle gasolina al incendio. Porque se estaba comportando como un hombre de negocios con una estrategia en lugar de como un padre hablando con su hija.

—Sé que mandaste a Elena Moretti a hablar conmigo para ponerme en contra de Jesse, y déjame decirte que me parece rastrero y cruel. En primer lugar, por involucrarla a ella; en segundo, por usar algo en contra de Jesse que pertenece a su pasado, y en tercero, por intentar controlarme a mí. ¡Soy tu hija!

—Hadley —dijo recolocándose, estirando con suavidad el brazo hacia delante—, no sé de qué me estás hablando. No he mandado a nadie a hablar contigo.

—Pero ¿sabes quién es Elena Moretti?

Theodore le mantuvo la mirada a su hija.

—Sí, lo sé —contestó finalmente—, pero eso no significa que fuese yo quien planease un encuentro entre las dos.

—No, claro que no. Tú hablaste con el monstruo de su marido para que te hiciera el trabajo sucio.

—Hadley —la reprendió su padre, advirtiéndola con la mirada.

«Uno, dos, tres...».

—No es justo —le recordó obligándose a sonar más calmada.

—Te estás equivocando.

—¡Deja de tratarme como a una niña! —estalló. Los números se habían acabado—. Puedo tomar mis propias decisiones y elijo a Jesse. Además, ni siquiera sabes hasta qué punto estás confundido con lo que pasó con Elena. Te has dedicado a intentar manipularme sin preocuparte de si esos rumores eran ciertos o no.

—¿De verdad crees que te manipularía así?

—¡Es lo que has hecho!

Theodore se puso en pie y dio un paso hacia ella. Su cuerpo estaba tenso, pero no por la rabia. Era algo mucho más profundo.

—Yo jamás sería capaz de hacerte algo así, Hadley —contestó sereno, pero era más que obvio que estaba dolido y muy decepcionado—. Jesse James no me gusta. No es ningún secreto.

Nunca he dicho lo contrario. Pero nunca jugaría contigo de esa manera.

De pronto lo que Hadley creía tener muy claro empezó a desmoronarse. Sí, su padre la sobreprotegía, intentaba guiarla cuestionando sus decisiones y, sí, otra vez, en muchas ocasiones la trataba como si todavía fuese su pequeña princesita, pero eso era otra cosa. Su padre no era un despiadado empresario, no era egoísta y, sobre todo, no era un mal hombre.

—Pero, si no lo hiciste tú, entonces, ¿quién? —puso en voz alta la segunda parte de su razonamiento—. Elena dijo que era una persona con poder. Tiene que ser alguien con las conexiones suficientes como para acceder al círculo de su marido y ese alguien, obviamente, está interesado en separarme de Jesse...

Las últimas palabras se deslizaron de los labios de Hadley mientras su cerebro le mostraba una posibilidad que se negaba a aceptar.

—Yo no soy el único que está en Milán por negocios —le recordó su padre.

Pero hay veces que, justo las posibilidades que más duelen, se convierten en verdad.

—Sebastian.

31



La conversación con su padre no había terminado, pero Hadley necesitaba hacer algo antes. Salió del despacho y se acercó a uno de los amplios ventanales de forja y cristales artesanales que ofrecían unas privilegiadas vistas del lago. Sacó el móvil y marcó un número de teléfono que se sabía de memoria. Por eso dolió más.

—Hadley —respondió Sebastian al segundo tono.

—Lo sé todo. Fuiste tú —soltó ella sin rodeos.

Le había afectado demasiado, más incluso que cuando pensó que había sido su padre, porque esa manera de sobreprotegerla pasando por encima de lo que ella quería encajaba con cómo Theodore la veía, como su niña pequeña, pero no era lo que Hadley esperaba ser para Sebastian. Él siempre la había apoyado, había estado a su lado, ¿por qué había tenido que traicionarla así?

El hecho de que Sebastian no preguntara a qué se refería fue el mayor «sí» de todos.

—Lo hice por tu bien, Hadley. Jesse no te conviene.

Oír eso solo la enfadó más.

—En primer lugar, eso no es cierto y, en segundo, ¿quién eres tú para decidirlo?

—Soy... —Sebastian dudó, controlándose en el último segundo, y tragó saliva antes de continuar por fin— tu amigo y era amigo de

Calder. Solo estoy cuidando de ti.

—No metas a Calder en esto —le advirtió Hadley.

Su voz sonó fría, casi peligrosa.

—Está bien. Lo siento —rectificó Sebastian comprendiendo que había cruzado una línea—. Mira —recondujo la conversación—, yo solo quiero lo mejor para ti y Jesse no lo es.

—Tú no lo sabes.

—Sí lo sé, Hadley —afirmó con demasiado ímpetu—. Jesse es problemático; solo piensa en sí mismo y lo que le conviene.

—¡No es verdad! Si fuera así, tu plan ni siquiera habría tenido sentido porque jamás habría aceptado llevarse la culpa de todo lo que pasó con Elena.

—Hadley...

—No. Además, deja a Jesse fuera. Esto es entre tú y yo. Me has tratado como si no tuviera derecho a decidir sobre mi propia vida.

—No es eso —trató de explicarse Sebastian.

—Claro que sí y nunca me habría esperado esto de ti. Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza que hubieses sido tú cuando he descubierto que había alguien detrás.

—Hadley... —la llamó, pero no supo cómo seguir.

Sebastian no quería comportarse como el villano de la historia, pero no soportaba perder a Hadley, no soportaba perderla por alguien como Jesse, de quien pensaba que ni siquiera se la merecía. No era cuestión de dinero... o quizá sí. Sebastian pensaba que nadie conocía a Hadley mejor que él, que estaban en el mismo lado del tablero mientras que Jesse era el «americano salvaje» que solo podía ofrecerle Tennessee.

—Será mejor que no nos veamos en un tiempo —dijo Hadley.

Le dolió. Sebastian era su amigo, lo quería muchísimo, lo apreciaba, pero había cosas que no podía tolerar.

—No —respondió rápido con un deje de pánico en la voz.

—Te agradecería que no vinieras al resto de carreras del campeonato.

—Espera, hablémoslo.

—¿Qué más quieres hablar? —contraatacó Hadley veloz.

—Yo...

—Los amigos no se comportan así, Sebastian —sentenció ella cuando él guardó silencio—. Incluso si no están de acuerdo con una decisión del otro, no manipulan la situación a sus espaldas hasta que se salen con la suya.

—Eso no era lo que yo quería.

—Pues ha dolido igual.

—Hadley...

—Ya hablamos, ¿vale? —cerró la conversación a la vez que una lágrima le cayó por la mejilla—. Cuídate —añadió mientras se la secaba con la yema de los dedos.

Hadley colgó y respiró hondo. Había hecho lo que debía, pero eso no significaba que... Por Dios, habría confiado en Sebastian, sin dudar, siempre... Jamás habría imaginado algo así.

—Lo siento —fue lo primero que dijo Hadley cuando regresó al despacho de su padre.

Él la miró con una mezcla de enfado, empatía y amor absoluto que solo un padre es capaz de conseguir.

—Y yo siento que hayas tenido esa conversación con Sebastian —contestó él—. Sé lo importante que es para ti.

Hadley asintió mordiéndose el labio inferior, conteniéndose para no llorar. Perdió su mirada alrededor al tiempo que suspiraba, sobrepasada, sí, pero con las ideas igual de claras que hacía cinco minutos.

—Soy una mujer adulta —afirmó. Ya no estaba enfadada con Theodore, pero seguía estando esa seguridad.

—Lo sé.

—No, no lo digas tan rápido —lo frenó Hadley—, porque puede que lo sepas como hecho, pero no lo crees. Me sigues viendo como a tu niña pequeña.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Que no lo soy —trató de hacerle entender exasperada dando un paso hacia él—. Puedo tomar mis propias decisiones, enfrentarme a las consecuencias sola, y tú tienes que dejar de protegerme todo el tiempo.

—Protegerte no es algo que esté abierto a discusión. Siempre voy a estar ahí para ti.

—Hay una diferencia entre estar ahí para mí y decidir por mí como si no tuviera ni voz ni voto.

—¡No puedo perderte a ti también! —estalló Theodore.

Las seis palabras se quedaron flotando en la habitación entre muebles de nogal italiano y techos altos.

Su padre tragó saliva y perdió su vista a un lado para recomponerse.

—Un día —pronunció más calmado—, de la noche a la mañana, perdí a tu madre. —Los ojos de Theodore se llenaron de lágrimas y una escapó—. Y, después, la misma pesadilla volvió a repetirse y perdí a Calder. Tú eres lo único que me queda y pienso luchar por ti con uñas y dientes.

Los ojos castaños de Hadley estaban vidriosos, el corazón le latía rápido, triste, intentando escapar. Echaba de menos a su madre, echaba de menos a Calder todos los días.

—Yo también los echo de menos —dijo con la voz casi rota—, pero no puedo vivir en una jaula. Tienes que dejarme elegir, papá, y si

sale bien, quiero que estés a mi lado para que lo celebremos, y si sale mal, que me des un abrazo. Eso es lo que necesito, por favor.

Theodore apretó los labios, más lágrimas cayeron y se giró mientras negaba con la cabeza. Era un hombre acostumbrado a controlarlo todo. No tenía los veinticinco años cuando se puso al frente de la compañía familiar y la llevó a lo más alto. Laia, la madre de Calder y Hadley, era exactamente como ella y él aprendió a soltar y la perdió y perdió a Calder y... en ese momento... todo seguía doliendo.

—Eso es exactamente lo que me habría dicho tu madre que quería que hiciera para ti —dijo Theodore aún sin girarse.

—Y Calder —le recordó Hadley con una sonrisa, que, a pesar de las lágrimas, brillaba porque el recuerdo de su hermano tenía ese poder.

—Y Calder. —Theodore también sonrió, pero entonces cayó en la cuenta de algo—. Calder me habría estado dando la murga hasta que hubiera cedido... Dios, Hadley, es tan difícil —admitió al fin.

Su hija no lo dudó y corrió hacia él, rodeando su cintura con los brazos y fundiendo la mejilla con su espalda.

—No va a pasarme nada. Te lo prometo.

Theodore colocó las manos sobre las de su hija.

—No sé qué haría si...

—No va a pasarme nada.

Theodore resopló. Hadley sintió cómo hacía el esfuerzo más grande del mundo.

—Pues entonces hagámoslo como tu madre y Calder habrían querido.

Hadley sonrió. Eso era lo único que deseaba.



Un par de horas después estaba de regreso en el hotel. No había avanzado más de un par de pasos en el vestíbulo cuando sonrió. Jesse la estaba esperando en uno de los sofás y, por primera vez desde que había salido de Monza, sus hombros se aflojaron.

32



Jesse no dudó. Se levantó sin desunir sus miradas. Caminó hasta Hadley y, agarrándola suavemente por el cuello, la besó con fuerza. Sin pronunciar palabra. Sin pedir permiso. Pero conteniéndose. Lo había hecho porque después de todo lo que había pasado no podía no hacerlo.

Para ella fue una oleada de alivio. Llegar donde quería estar, Jesse.

—¿Estás bien? —le preguntó casi contra sus labios, con las respiraciones aceleradas de los dos entremezcladas en el ínfimo espacio entre sus labios.

—Ahora, sí —respondió ella con una sonrisa pequeña pero increíblemente auténtica.

Subieron a la *suite* de Jesse caminando muy cerca, pero sin llegar a tocarse, como si cada paso fuese una especie de recordatorio de que el otro estaba ahí, a unos pocos centímetros entrometidos.

Solo fueron unos minutos, pero los suficientes para que Hadley lo pusiese al día de lo que había pasado en el lago de Como con su padre y con Sebastian.

Lo que ninguno de los dos esperaba era que, al girar y tomar el pasillo, encontrarían precisamente a Sebastian de pie junto a la puerta de la habitación de Jesse. Estaba nervioso. Era más que

obvio por cómo chocaba el puño levemente contra la palma de su otra mano una y otra vez.

No dejaba de ser irónico que precisamente él la esperara a ella junto a la puerta de Jesse, igual que el contraste entre ellos no podía ser más real. Sebastian, con su traje a medida y su corbata de diseñador, perfectamente peinado. Jesse, con las botas y los tejanos gastados, la camisa vaquera por fuera, remangada, con los primeros botones desabrochados y el pelo revuelto. Los dos estaban preparados para todo de maneras muy diferentes. Y en medio estaba Hadley, como un puente entre civilizaciones, con un vestido carísimo, pero sin importarle, subida a unos tacones de infarto que podrían transformarse en unas Converse y solo la harían sonreír.

Ella se detuvo a unos pasos manteniéndole la mirada, Jesse lo hizo uno detrás, dejándole espacio para que gestionara aquel asunto como mejor considerara, pero lo suficientemente cerca para recordarle, a él y a ella, que le cubría las espaldas, siempre.

—¿Qué quieres? —preguntó, y obligó a su voz a salir fría.

—Solo quiero que hablemos.

Sonó casi desesperado.

—Ya hemos hablado todo lo que teníamos que hablar por teléfono y te he dejado muy claro lo que quería.

—Hadley, yo, lo siento, ¿vale? No tendría que haber hecho algo así.

—No, no tendrías —contestó ella—, pero que lo sientas ahora y así no cambia nada.

—Dime qué tengo que hacer y lo haré.

Hadley negó con la cabeza.

—No funciona así, Sebastian. Márchate.

Ella echó a andar hacia la puerta, solo la separaban un puñado de metros. Sebastian clavó sus ojos en los de Jesse en un intento

desesperado de provocarlo para convertir aquella situación en un asunto entre ellos y ganar puntos con Hadley de alguna manera, pero Jesse no picó.

Llevó su mirada hasta ella, caminó hasta la puerta sacándose la tarjeta del bolsillo trasero de sus vaqueros y la pasó por la pequeña consola bajo el pomo. En cuanto se iluminó con un haz verde, Jesse abrió la puerta y la empujó para que Hadley pasara primero, cerrando tras ellos y dejando a Sebastian fuera en todos los sentidos.

Jesse se giró hacia Hadley. La vio caminando, cruzando las puertas acristaladas y saliendo a la terraza, con la mirada fija en la panorámica de Milán iluminada. Se había dado cuenta de que, cada vez que estaba enfadada, hacía eso, buscaba una ventana, un balcón, algo que pudiera ofrecerle la imagen de una ciudad, como si el movimiento de personas anónimas le devolviese un poco de calma.

Jesse la siguió sin prisa, dándole su tiempo para respirar.

Cuando llegó a su lado, se dejó caer de espaldas contra la enorme baranda de piedra que circundaba la terraza, de espaldas a Italia, de cara a ella.

Tampoco habló enseguida. Sabía que Hadley estaba procesando lo que había pasado en el pasillo. Podía tomarse todo el tiempo del mundo, él seguiría allí, esperándola.

—No puedo creer que se haya presentado aquí —dijo al fin bajito, enfadada todavía y también decepcionada.

—Estaba quemando el último cartucho.

—Pues debería haber sabido que no iba a valerle de nada.

Jesse se tomó un momento para observarla, estudiándola, mientras ella continuaba con la mirada fija al frente.

—¿Estás segura de que quieres acabar las cosas así con él? —planteó Jesse.

—¿Ahora te preocupa Sebastian? —replicó Hadley rápida, con un punto de ironía.

—Para nada —contestó sin dudar, negando también con la cabeza con total naturalidad—, pero tú sí. Y ese idiota es importante para ti. No quiero que mañana, o pasado, o dentro de un mes, te arrepientas y te sientas mal.

Hadley se volvió por fin hacia él y se permitió perderse en esos ojos, que en aquella terraza, con aquella luz, parecían completamente grises. Se obligó a dejar el enfado a un lado, aunque no quería, y a pensar con objetividad, imaginando qué diría si alguien le pidiera consejo sobre qué hacer con una historia como la suya. Eso también fue complicado; finalmente dio una bocanada de aire.

—Sebastian es muy importante para mí, pero lo que ha hecho... —Negó triste con la cabeza—. No se trata de que muchas veces, al intentar protegerme, me haya hecho sentir pequeña. Eso no es justo, pero podría perdonárselo. Se trata de que ha sobrepasado un límite y no quiero tener cerca a gente que se cree con ese tipo de derecho sobre mí.

Jesse asintió. Para él el tema acababa de quedar zanjado.

—Bien —sentenció con una media sonrisa que a Hadley le supo a alivio y a poder volver a estar en ese espacio seguro en el que puedes bajar la guardia—, y después de este día tan *interesante* —pronunció deliberadamente esa palabra para hacerla sonreír. Cuando ella casi rio, él sonrió orgulloso. Misión cumplida—, ¿qué te apetece hacer?

Hadley le mantuvo la mirada y sonrió de nuevo a la vez que, despacio, caminó hasta colocarse frente a él.

«Una sonrisa jodidamente dulce y jodidamente sexy —pensó Jesse—. Estoy condenado».

—Quiero ponerme tu camisa —pronunció con voz casi trémula.

Jesse cazó al vuelo lo que esa frase significaba.

—Mi camisa —repitió cogiendo un pellizco de la tela entre el pulgar, el índice y el corazón, dando un provocador paso hacia Hadley. Ella asintió mientras notaba su respiración acelerándose—. Pues vas a tener que ganártela, nena.

33



Jesse sonrió, esa sonrisa que seguía siendo torcida, engreída, irritante, pero que, en aquel instante para Hadley, fue excitación y deseo y calor, mucho calor. Y la besó, como si quisiera alargar el momento un segundo más, rendirla por completo, hacer que sus defensas cayeran una a una como fichas de dominó.

—Me apuesto lo que quieras a que ya estás mojada para mí.

Hadley soltó un gemido sin poder controlarlo. Era ese acento, lo cerca que estaba, la forma en la que la miraba, como si ella fuera la presa, como si fuera suya y, a la vez, como si fuera lo único que existiera en el puto mundo para él.

—Ganarías —respondió Hadley.

Pero los dedos de Jesse habían sido más rápidos, colándose bajo el vestido y acariciándola por encima de las bragas. Ella solo pudo gemir y echar la cabeza hacia atrás mientras cerraba los ojos.

—Buena chica —pronunció con la voz ronca.

No le dio tregua. No es que ella la quisiese. Movió la mano hasta deslizarse bajo la tela y dos dedos se perdieron en el interior de Hadley mientras le acariciaba el clítoris con el pulgar.

—¡Dios! —gritó.

El placer llegó a una velocidad de vértigo, como si fuera la manera que tenían su cuerpo, su cabeza y su corazón de sacudirse todo lo

que había pasado.

Jesse relió la mano que tenía libre en el pelo de Hadley y la obligó a levantar la cabeza hasta que sus bocas se quedaron muy cerca, demasiado para que no besarse no supiese a castigo.

—Mírame —le ordenó contra sus labios.

Ella obedeció y el placer se multiplicó por diez, por cien, por mil. Jesse era tan guapo que dolía y mirándola así, haciendo que se derritiera despacio, era casi una injusticia divina.

Sus dedos seguían moviéndose. Hadley seguía moviéndose. Mientras él los mantenía así de cerca, memorizando cada expresión de ella, disfrutando de cada gemido.

—Voy a tumbarte en esa cama y pienso hacerte de todo. Joder, no voy a dejar de follarte hasta que esté satisfecho.

Hadley encendía algo animal en Jesse. Había tenido sexo con muchas mujeres, había tenido la suerte de que le dejaran hacer todo lo que había querido y, sin embargo, con ella era como si todo lo salvaje, lo instintivo que llevaba dentro, tomara forma y la desease hasta no poder pensar en nada más.

Una sonrisa extasiada, jadeante y expectante se escapó de los labios de Hadley.

—Eso ya lo has hecho —le recordó—. Muchas veces desde que nos acostamos por primera vez.

Jesse hizo un círculo perfecto justo donde todo le importaba a Hadley.

Gimió, largo.

Sonrió, satisfecho.

—Y tú siempre has quedado encantada —sentenció.

—Te lo tienes muy creído.

El placer se hizo demasiado grande, demasiado intenso. Los dedos de Jesse eran demasiado buenos.

—¡Joder! —gritó Hadley contradiciéndose a sí misma.

Volvió a cerrar los ojos por inercia, tratando de controlar el terremoto de electricidad, placer y calor que amenazaba con arrasarlo todo a su paso, pero Jesse la cogió de la barbilla.

—No —le ordenó—. Ábrelos. Quiero ver cómo mi preciosa chica se corre.

Por Dios, esa boca sucia era lo mejor de todo. Un orgasmo espectacular atravesó su cuerpo desde la cabeza hasta cada dedo de sus pies mientras luchaba por mantenerse en pie, mientras los movimientos de Jesse lo alargaban, haciendo que el placer no bajara, solo se transformara una y otra vez. Era una forma de energía más que movía el universo, indestructible.

Cuando por fin se apiadó de ella, la besó con fuerza y Hadley sintió que era lo más parecido a darle de beber a una mujer que acaba de cruzar un desierto.

—Cada vez que te corres me la pones más dura —dijo Jesse, levantándola a pulso con un solo brazo. Hadley rodeó inmediatamente sus caderas con sus piernas. Él volvió a besarla—. No vas a volver a salir de esa cama.

Jesse la dejó caer sobre el colchón sin soltarla, los dos enredados, besándose. Las manos de él la acariciaron entera, sin olvidarse de un solo rincón, deteniéndose en los que había aprendido que la hacían gemir.

La primera embestida llegó por encima de la ropa haciéndolos jadear a los dos.

—Joder —gruñó Jesse—. Esto es por tu maldita culpa. Eres preciosa y sexy y todo en lo que puedo pensar es en follarte duro mientras te agarro por las caderas hasta que mis dedos se queden marcados en tu piel.

—Hazlo —le suplicó ella—, por favor.

—Tus deseos son órdenes, amor.

Jesse la desnudó, se desnudó sin dejar de besarla, creando un camino de besos que conectaba cada parte que importaba de su cuerpo mientras Hadley perdía las manos en su pelo, gemía su nombre una y otra vez, totalmente perdida en un placer casi infinito, delicioso, completamente adictivo, lo apretaba contra ella.

Rompió el envoltorio de un condón con los dientes, se lo puso en cuestión de segundos. Llevó su erección grande y dura hasta la entrada de ella y de una sola embestida llegó hasta el fondo.

—¡Jesse! —gritó, y el placer se convirtió en llamas violetas, naranjas, doradas.

—Te he echado de menos —dijo él sin dejar de entrar, de salir, con ímpetu, rápido, casi salvaje, sexy, demasiado sexy—. A ti. Esto. He echado de menos hundirme dentro de ti.

Ella sonrió encantada entre gemidos.

—Solo hemos estado una noche separados.

—Me importa una mierda —contestó sin dudar—. ¿Qué crees que habría hecho contigo si te hubiera tenido en mi cama?

Hadley lo sabía, pero quería oírselo decir porque eso era lo mejor de todo.

—Dímelo —le pidió.

Una sonrisa se coló en su boca sin poder dejar de mirarla con los labios entreabiertos, la piel encendida.

—Eres tan insaciable como yo —respondió—. No sabes cómo me pone eso.

Aumentó el ritmo. Lo elevó al rango de locura. Hadley abrazó su cintura con ambas piernas. La postura hizo magia y Jesse llegó aún más adentro.

Gimieron los dos.

—Te habría abierto de piernas todo lo que pudieras —pronunció Jesse contra su boca, las respiraciones hechas un caos— y te habría follado hasta que te hubieses corrido conmigo dentro.

—Como ahora —gimoteó Hadley sintiendo cómo el placer volvía a hacerse ingobernable.

Jesse volvió a sonreír.

—Sí, joder, como ahora.

Una embestida más y ella alcanzó el segundo orgasmo sin poder dejar de gemir, de gritar, sintiendo cómo los músculos de su vientre se estiraban tan deliciosamente que dolía.

—¿Has tenido suficiente de mí? —bromeó Hadley cuando volvió del paraíso.

—Yo nunca tendré suficiente de ti —sentenció Jesse girándolos para que ella quedara encima, a horcajadas sobre él—. Muévete, nena. Quiero ver cómo mi polla se pierde en el puto mejor lugar del mundo.

Hadley era un amasijo de placer y sangre caliente, pero esas palabras lo reavivaron todo dentro de ella. Con el primer movimiento, los dos gimieron. Jesse estaba muy duro, era muy grande y, en aquella postura, Hadley sentía que la llenaba entera, como si hubiesen inventado esa palabra justo para ese momento.

Él la agarró de las caderas marcando el ritmo. Ella apoyó las palmas en el pecho de él. Se sincronizaron y cada empuje sabía a todo lo bueno, a excitación cruda, real, eléctrica.

—Podría estar follándote toda la puta vida —dijo Jesse mientras se incorporaba hasta quedar sentado en la cama sin salir de ella, con Hadley a horcajadas sobre él—. Así de loco me vuelves.

—¿Es una promesa? —ronroneó Hadley con voz jadeante, con la piel perlada de sudor.

—Una amenaza.

—¿Y voy a tener que portarme mal para que la cumplas?

—Joder, nena —rugió antes de besarla con fuerza.

Tomó el control. Hizo suyo el ritmo. Su boca se perdió en uno de sus pechos y a la vez que su boca chupaba, mordía, tiraba de uno de sus pezones, su mano se encargaba del otro, endureciéndolo, haciendo que más placer se sumara, se multiplicara en el cuerpo de Hadley.

—Jesse —gimió ella.

—Dilo otra vez —le ordenó con la voz ronca y dura, torturador y provocador.

—Jesse.

—Otra vez.

Su cuerpo empezó a temblar suavemente.

—¡Jesse!

Se liberó otra vez porque el placer ya no le cabía y un orgasmo sirvió de catarsis para una vida entera. Hadley pertenecía a esa cama.

—De rodillas —le ordenó Jesse a la vez que se levantaba y se arrancaba el condón.

Hadley lo hizo y sonrió desafiante antes de abrir la boca, sin usar las manos, como sabía que a él le gustaba.

Jesse guio su erección con la mano y la hizo entrar entera, acorralándola contra el lateral de la cama. Cada sonido de Hadley mientras intentaba acogerlo por completo, cada gemido, cómo respiraba acelerada cuando salía, lo estaban empujando más y más rápido.

Bajó la mirada. Los dedos de ella estaban perdidos en su sexo, acariciándose, y esa imagen perfecta fue lo único que necesitó para correrse en su boca.

Hadley no apartó la mirada de él mientras se lo tragó y Jesse se maravilló de que siguiera pareciendo dulce incluso entonces, de que tuviese las mejillas sonrojadas por lo que acababa de hacer y una sonrisa en los labios por cuánto lo había disfrutado.

Con la respiración jadeante, vio cómo ella seguía moviendo sus dedos, la mirada suplicante en sus ojos, y su cuerpo decidió antes que su cabeza.

La cogió de los hombros, le dio la vuelta y arrodillándose tras ella, la embistió perdiendo solo el tiempo necesario para ponerse un condón.

—¡Dios, sí! —gritó Hadley.

Fue muy rápido, desmedido, loco, increíble, y cuando Hadley se corrió por cuarta vez, solo pudo pensar una cosa: «Dios bendiga Tennessee».



—Después de Monza tendremos dos semanas libres hasta el próximo Gran Premio —dijo Jesse mientras acariciaba rítmicamente el hombro de Hadley.

Estaban en la cama. Ella, con los ojos cerrados, tan profundamente relajada que se parecía mucho a estar dormida, con la cabeza apoyada en el pecho de él.

—Hummm... —fue todo lo que pudo decir en señal de afirmación.

—Había pensado en volver a casa. Supongo que tú harás lo mismo y regresarás a Nueva York —esas dos frases hicieron que Hadley abriera los ojos, aunque no se movió—, pero, si en algún momento el trabajo te da tregua y quieres, podrías...

Ella sonrió.

—Me encantaría ir contigo a Memphis —respondió Hadley levantando la cabeza para mirarlo— y no en algún momento. Quiero pasar todos los días hasta el próximo Gran Premio contigo.

Jesse sintió cómo un motor se encendía en el centro de su pecho y rugía.

No se contuvo y la besó porque la otra opción, no hacerlo, ni siquiera era una posibilidad.

Hadley rompió a reír feliz cuando Jesse los movió hasta que volvió a quedar debajo de él.

—Lo vamos a pasar demasiado bien —le aseguró Jesse refiriéndose a todos los días que tenían por delante.

La mejor promesa del mundo.

34



Y Jesse...

Ganó...

Monza.

Fue la primera vez que Legacy conseguía una victoria y, después de dos días celebrándolo en Milán, Jesse, Hadley y Cody Lee volaron a Tennessee.

—Tengo unos asuntos que resolver en la ciudad —explicó Cody Lee críptico cuando se dirigían al aparcamiento del Aeropuerto Internacional de Memphis.

—¿Y cómo se llaman esos asuntos? —preguntó Jesse perspicaz, haciendo que Hadley sonriera.

A Cody Lee se le escapó una sonrisita.

—No es tu problema —respondió desviándose a la izquierda.

—Apuesto a que es pelirroja.

El gesto del aludido se hizo aún más grande, pero no se detuvo.

—Lo imaginaba —pronunció.

—¿Nuestro amigo tiene un fetiche? —preguntó Hadley divertida.

—Nuestro amigo tiene un problema —contestó contagiado de su humor—: pelirrojas con gafas y novios enormes.

Hadley rompió a reír mientras Jesse dejaba su bolsa y la maleta de Hadley en la parte de atrás de la camioneta.

—Suena arriesgado —comentó trepando hasta el asiento delantero de la vieja Chevrolet.

Él la miró y sonrió. No por lo que había dicho, sino por la naturalidad con la que había hecho lo que había hecho.

—Ni que lo digas —sentenció.

El camino fue el mismo que otras miles de veces para él, Hadley lo sintió así incluso si era la primera vez que lo hacía. Con «You're Still the One», de Shania Twain, sonando bajito en la radio, primero llegó la ciudad —llena de vida, de rascacielos compitiendo con edificios bajos de ladrillo rojo, con la calle Beale sonando a música y a cervezas chocando desde allí—, después el campo —hectáreas verdes, doradas, naranjas, con el sol de la tarde reflejándose en las hojas de los árboles, en cada brizna de hierba—. Y entonces apareció, al final del camino, la casa de Jesse, como una promesa perfecta. Nada de carreras, de ingenieros, de prensa. Solo ellos y aquel lugar.

Jesse recogió el equipaje mientras Hadley giraba sobre sí misma con la mirada en todas partes.

—Este sitio es increíble —murmuró encantada.

No lo hizo para que Jesse la oyese, pero él la oyó igual y por eso cada palabra tuvo aún más valor.

Él empujó la puerta para que ella pasara primero. Hadley se lo agradeció con una sonrisa y entró. La casa la recibió exactamente igual que la última vez, con esa mezcla de naturalidad y confort y cosas antiguas que seguían sabiendo a magia.

—Te das cuenta de que la última vez que estuve aquí —apuntó Hadley paseándose hasta el centro del salón, deteniéndose y girándose hacia Jesse— no estábamos juntos, así que tuve que comportarme y no cotillear demasiado.

—Cotilleaste todo lo que te dio la gana —la corrigió Jesse yendo a la nevera.

La abrió y, apoyando el antebrazo en el canto superior de la puerta, se inclinó para echar un vistazo a lo que había dentro.

—Reitero lo de «demasiado» —siguió ella como si Jesse no hubiese captado el detalle técnico—. Ahora nada ni nadie podrá pararme.

—¿Y mi derecho a la privacidad?

Hadley abrió la boca y lo miró fingiéndose sorprendidísima.

—Estás hablando como un neoyorkino —lo pinchó señalándolo.

Jesse torció los labios, perdiendo la mirada hacia otro lado, conteniendo estoicamente una sonrisa.

—A Edward le va a encantar —sentenció Hadley.

Jesse ya no pudo contenerse más. Tamborileó con los dedos sobre la mesa redonda de la cocina una vez, caminó hasta Hadley y, sin mediar palabra, tomándola por sorpresa, la cargó sobre su hombro. Ella estalló en risas y Jesse se dirigió al dormitorio.

—Retíralo —le ordenó.

—No —respondió ella sin dejar de reír.

Y Jesse la tumbó en la cama e inmediatamente lo hizo sobre ella.

Y Hadley se mordió el labio inferior sin dejar de sonreír, sin dejar de mirarlo.

Y todas las cosas que parecen demasiado sencillas para ser importantes, en aquella cama, se convirtieron en todopoderosas.

Cuando Jesse le dio tregua a Hadley, habían pasado horas. La dejó durmiendo y fue hasta la cocina. No había mucho, claramente tendrían que hacer la compra a la mañana siguiente, pero se las ingenió para preparar algo decente.

La comida estaba en el horno. Jesse, sentado en el suelo del porche, junto a los escalones, con la espalda apoyada en la

barandilla de madera blanca. Estaba contemplando el atardecer lleno de naranjas y dorados, los grillos empezaban a cantar. Aquel momento le supo a paz, pero a una diferente de la que había experimentado antes de ese momento, aunque no supo por qué.

De pronto, desde el interior de la casa, un locutor de radio empezó a hablar bajito, anunciando grandes clásicos de la música country. La puerta se abrió un segundo después y Hadley apareció vestida con su camiseta, que le llegaba hasta la mitad del muslo, descalza, con el pelo recogido en un moño sin esfuerzo en lo alto de la cabeza, con dos cervezas frías. El corazón empezó a latirle como un loco en el pecho. No fue porque la visión fuese perfecta para él, que claramente lo era, ni porque las ganas de tocarla no se calmaban, solo crecían y crecían, sino porque supo que la paz que le daba esa casa en ese momento sabía mejor porque ella estaba allí.

Los pies desnudos de Hadley hacían crujir el porche mientras caminaba hacia él. Se sentía cómoda, segura, libre. Era ella, la mejor versión, porque con Jesse no tenía que esconder nada y se gustaba, qué difícil era aquello, pero en ese momento lo conseguía y se sentía valiente y sabía al mismo tiempo que no tenía por qué serlo y se quería, como nunca antes se había querido.

«You’re Still the One» empezó a sonar desde el interior de la casa.

Sin decir nada, Hadley se colocó a horcajadas sobre Jesse, él la recibió poniéndole las manos en las caderas. Ella le pasó uno de los botellines y los dos dieron un trago. Se miraron a los ojos, se acercaron un poco más en todos los sentidos en los que merecía la pena acercarse.

—Es la misma canción que sonaba en la radio de la camioneta cuando veníamos hacia aquí —dijo Hadley.

—Un clásico —respondió Jesse con una sonrisa perezosa en los labios.

—Me gusta.

—A mí también.

Ninguno de los dos dijo nada más. Hadley se recolocó hasta sentarse entre sus piernas con la espalda apoyada en su pecho, mirando el atardecer.

Jesse lo entendió. Había dejado de ser un refugio para ser un hogar.

35



Al día siguiente fueron a la compra. Se rieron por un montón de tonterías y discutieron en mitad del pasillo número tres por cuál era la mejor marca de zumo de naranja.

Quedaron con los amigos de Jesse en un bar y Hadley se armó con un montón de anécdotas bochornosas de la adolescencia de él.

Bailaron, aquella noche en aquel bar; muchas más en el porche.

Y se tocaron en todas partes por todas partes sin hacerse promesas porque no las necesitaban, estaban escritas en la manera en que las manos de Jesse se perdían en el cuerpo de Hadley, en la manera en la que Hadley sonreía sentada en la encimera de la cocina, en el silencio de cómo se miraban.

Pero el calendario los devolvió a la realidad y dos semanas después tuvieron que regresar al aeropuerto y poner rumbo a Bakú, donde ese fin de semana se celebraría el Gran Premio de Azerbaiyán.

Después fue Singapur. Jesse hizo dos carreras alucinantes, y a mediados de octubre volaron hasta Austin para correr el Gran Premio de Estados Unidos.

Los entrenamientos fueron bien hasta que llegó la segunda práctica libre del viernes antes de la carrera. Hadley estaba en el box, observando los números que Jesse y Edward iban marcando en

cada curva del Circuito de las Américas. Estaba segura de que podían ganar.

Pero todo se enmarañó en el momento en el que Hadley y Jesse salieron al *paddock* una hora y media después. Una nube de periodistas los rodeó en cuestión de segundos. Los flashes se multiplicaban. Todos hablaban a la vez tan rápido, tan alto, que era imposible entenderlos, solo palabras sueltas: «Elena Moretti», «Legacy One», «Americano salvaje».

Entonces una pregunta consiguió abrirse paso entre las demás.

—Hadley, Jesse ya sacrificó su carrera una vez por una mujer. ¿No te preocupa que vuelva a hacerlo y que Legacy One, la escudería que rinde honor a tu hermano, y vuestra relación paguen el precio?

Ella se quedó en *shock*. Había estado delante de la prensa miles de veces, pero no de esa manera, como si fueran una jauría de hienas, y mucho menos con algo tan personal, su relación, Calder... No entendía a qué venía nada de eso.

Jesse acarició el reverso de la mano que Hadley tenía entrelazada con la suya con el pulgar.

La observó y dio el paso adelante que supo que ella necesitaba.

—Esa pregunta no tiene ningún sentido —contestó Jesse sin titubear, pero sin montar una escena, justo lo que ellos buscaban. Hablaba desde la seguridad—. Yo no hice nada de lo que dais y disteis por hecho en el pasado. Igual que no voy a hacerlo ahora. Una sola persona no puede destruir una escudería. La Fórmula 1 es un deporte de equipo, os vendría bien recordarlo. Y en cuanto a nuestra relación, no tenéis ningún derecho a hablar de ella y mucho menos a utilizarla como arma. No va a pasar.

Los periodistas volvieron a enloquecer. Más fotos. Más preguntas. Pero prácticamente en ese mismo instante varios hombres de

seguridad del circuito se desplegaron apartando a la prensa y sacándola del *paddock*. Presley apareció inmediatamente tras ellos.

—He venido en cuanto me he enterado —les explicó—. He hecho que me acompañaran porque he imaginado que pasaría algo así. Son como buitres cuando huelen carroña —sentenció refiriéndose a la prensa sensacionalista, que en el mundo del deporte parecía ser peor que en cualquier otro ámbito.

—¿Qué está pasando? —preguntó Hadley confusa, con un poderoso enfado arremolinándose dentro de ella. Esa pregunta había sido asquerosa—. ¿A qué viene todo esto?

—Aquí no —advirtió Presley.

Fueron hasta el interior del edificio vip. Allí podrían hablar tranquilos y tenía salida directa. No tendrían que volver a toparse con la prensa, que seguía al acecho.

—Está en todas partes —dijo Presley pasándole su móvil a Hadley con una ventana abierta muy concreta, el perfil del periodista, si podía llamarse así, más seguido por rumores y cotilleos sobre famosos.

Hadley pulsó el *play* de uno de los post y saltó un estúpido vídeo donde el tipo hablaba de que Hadley y Jesse tenían una relación, lo que le parecía «gratamente satisfactorio» teniendo en cuenta que ella era la dueña de la escudería y él, el piloto aparecido en mitad de la temporada. Recordaba lo que había pasado con Elena Moretti, que ella había estado en Monza, que se había visto con Hadley para «marcar territorio». Incluso hacía mención de la pelea que Jesse y Edward habían tenido en Montreal, explicando que no había sido por ningún motivo deportivo, sino porque el círculo íntimo de Hadley «no quería cerca al americano salvaje, ya que claramente él había decidido hincarle el diente al dinero de los Carmichael. Y ella, la pobre tontita enamorada, no lo había visto venir. Ya sabemos que

Jesse James está como un tren, pero hay que protegerse, hermana».

—Todo es mentira —gruñó Hadley devolviéndole el teléfono.

Le habría encantado lanzarlo contra una pared.

—Lo sé —afirmó Presley—, pero podría ser cierto. No te ofendas —dijo mirando a Jesse—, pero tu pasado da juego a eso y todo lo que ha ocurrido, la pelea con Edward, que te vieras con Elena... es fácilmente tergiversable. Lo siento —añadió sincera.

Hadley resopló.

—Dios, esto es un asco —protestó en un murmullo llevándose las manos a la cabeza. Sin embargo, sabía que esa actitud no iba a ayudarla. Necesitaba soluciones—. ¿Qué podemos hacer para combatirlo?

Presley era la mejor relaciones públicas de Nueva York. Era la persona indicada a la que preguntar.

—Cambiar la narrativa —sentenció—. Dar una entrevista, ser adorables, convencerlos de que están viendo donde no hay.

Hadley negó con la cabeza.

—No. Nuestra relación es nuestra. No quiero darles ese poder.

No dudó, caminó hasta Jesse y dejó caer la frente sobre su hombro. Él colocó la palma de su mano en su nuca, reconfortándola.

No fue debilidad. Fue apoyo.

—Ya has oído —intervino Jesse—. La entrevista no es una opción, ¿con qué más contamos?

—En circunstancias normales os diría que, al final, es una cuestión de tiempo —respondió Presley—, que siempre aparece una historia nueva o más jugosa o más grande y se olvidarán de vosotros, pero eso no es garantía de nada.

Jesse le dio un beso en el pelo a Hadley y ella se incorporó.

—¿Estarías cómoda con eso? —le preguntó.

Hadley lo pensó y finalmente asintió.

—Todo lo que dicen es basura. No voy a creerlos —respondió—. ¿Y tú? Van a volver a demonizarte...

—Me da igual. Tú y yo estamos juntos, Legacy gana y ellos que se jodan —concluyó con esa media sonrisa sureña irresistible.

—Amén a eso —aceptó Hadley.

—Pues observo que ya hay una estrategia definida —resumió Presley.

Sin embargo, el momento de paz duró poco. El móvil de Hadley comenzó a sonar. Era la secretaria de Mitch Whitemore, uno de los miembros de la junta.

36



—Llamaba para informarla de que ha sido convocada una reunión de la junta de manera urgente para mañana por la mañana.

Hadley sabía lo que significaba eso. En el mundo de los negocios cada pequeño detalle contaba. El hecho de que le hubiese llamado su secretaria y no él directamente, que no se le hubiese consultado hora o lugar, el uso de la palabra *urgente*, todo apuntaba en la misma dirección.

Cuando colgó, ya sabía que la reunión del día siguiente iba a ser dura. Cuando se lo dijo a Jesse y a Presley, lo entendieron también.

De pronto la habitación se cargó con un silencio imponente. Las cosas acababan de complicarse aún más para Hadley.

El resto del día fueron llamadas, videoconferencias y más llamadas. Hadley quería dejar atados a los patrocinadores, revisar las cuentas, los estatutos de Legacy, cada contrato. Necesitaba ir preparada a esa junta.

Jesse no tuvo más remedio que irse a las prácticas libres del viernes por la tarde y, de ahí, a la reunión de equipo para discutir las estrategias para la carrera. Al regresar, casi cuatro horas después, Hadley seguía igual de enterrada entre papeles y presión.

—Vamos —dijo Jesse, deteniéndose junto a ella y ofreciéndole la mano.

No dio más explicaciones. Solo la palma de su mano y esos ojos azules y verdes y grises atrapando los suyos castaños. Como aquel día en el box. Hadley dudó, pero acabó aceptando.

—¿A dónde vamos? —preguntó mientras Jesse le abría la puerta de la camioneta.

Cody Lee se había quedado los dos últimos grandes premios en Memphis solucionando algunos asuntos y, como odiaba volar, había conducido hasta Austin.

—No pienso contestar —pronunció con total naturalidad... aunque estaba claro que también estaba jugando un poco a hacerse el interesante.

Jesse condujo como si supiera cada calle, cada giro. Hadley se percató de que con él al volante siempre era así. Convertía un coche en un lugar seguro. No tardaron más de veinte minutos en llegar, el tiempo de escuchar un poco de música y muchos anuncios en la radio.

—¿Qué es esto? —indagó Hadley mitad divertida, mitad confusa mientras se bajaba de la Chevrolet.

—El rodeo de la feria del condado de Caldwell —respondió Jesse sosteniéndole la puerta.

A Hadley se le escapó una sonrisa por la sorpresa.

—Nunca he estado en uno —confesó.

—Lo imaginaba —replicó Jesse con esa sonrisa tan suya— y supe que teníamos que remediarlo.

La cogió de la mano y tiró de ella suavemente para que empezaran a caminar.

Las gradas eran de metal. No había palco vip ni nada que se le pareciera remotamente. Tampoco había miles de personas, solo un centenar, con suerte. La mayoría de ellas eran familias con niños que corrían por las gradas y sobre el albero que rodeaba el pequeño

recinto, preguntándoles a los vaqueros si podían acariciar los caballos.

Era ruidoso, pero en el buen sentido. Con música country sonando por unos altavoces demasiado viejos y un *speaker* demasiado cansado que a menudo confundía los nombres de los jinetes.

—Dicen que ese toro —explicó Jesse señalando el animal que estaba metido en el cajón— es una leyenda. Ningún jinete aguanta más de tres segundos.

Hadley sonrió. Estaban sentados en mitad de todo y al mismo tiempo se sentía cómodamente invisible. Nadie la reconoció, tampoco a él y, justo aquella noche, eso sentaba increíblemente bien.

—Yo creo que es porque ningún vaquero se ha molestado en intentar conocerlo mejor —continuó Jesse. Hadley se giró hacia él y lo miró con el inicio de una sonrisa, temiéndose lo peor—. Ninguno se ha preocupado por saber sus intereses, qué le gusta hacer en su tiempo libre, su signo del zodiaco.

—¿Estás insinuando que el vaquero debería tener una primera cita con el toro antes de montarlo? —planteó Hadley entrecerrando los ojos.

—Exactamente. El toro se siente solo e incomprendido...

—¿Cuántas veces te ha pasado? —preguntó Hadley interrumpiéndolo, pillándolo por sorpresa.

—Muchas —respondió Jesse fingiendo absoluta sinceridad.

Y puede que fuera el tono o la respuesta o que simplemente empezaba a relajarse, pero rompió a reír, de verdad. Al oírla, Jesse lo hizo con ella.

Vieron el rodeo, aplaudieron, lanzaron un silbido cuando la ocasión lo merecía y apretaron los dientes también. Estaban completamente integrados.

Jesse le pasó a Hadley el algodón de azúcar y a ella se le iluminó la mirada.

—Hacía años que no comía uno de estos —dijo cogiéndolo.

Él volvió a acomodarse en la grada. Estaban en el descanso y se había acercado a uno de los puestos a comprar provisiones. Le dio un sorbo a su limonada. Al verlo, a Hadley se le antojó muchísimo. El vaso estaba lleno de gotitas de condensación, lo que indicaba que estaba helada, y el tono de amarillo era ideal, ni extrañamente intenso ni sin fuerza. Era la limonada perfecta.

Jesse movió la mirada al sentirse observado y, cuando comprendió lo que pasaba, le pasó el vaso a Hadley, que le dio un trago feliz justo antes de seguir con su algodón.

—¿Qué crees que están haciendo? —preguntó Jesse señalando a un grupo de chavales junto a la parte baja de las gradas. Debían de tener unos dieciséis. Eran tres chicos y dos chicas.

Hadley torció los labios meditando la respuesta.

—¿Qué es lo que suelen hacer los chicos de por aquí? —devolvió la pelota al tejado de Jesse.

Él se encogió de hombros.

—Yo a esa edad acababa de comprarme mi primer coche, a medias con Cody Lee —aclaró con una sonrisa que enseguida se contagió a los labios de Hadley—. Era una auténtica chatarra, pero era nuestra. Fuimos hasta un pueblo pequeño, a comprar unas cuantas piezas. Nos atendieron bien, pero, cuando regresamos a casa, nos dimos cuenta de que nos habían engañado.

Hadley frunció el ceño, metida en la historia.

—Así que decidimos ir a ajustar cuentas —prosiguió Jesse con una media sonrisa—, pero el dueño prácticamente se rio de nosotros y ahí llegó la mala decisión: tomarnos la justicia por nuestra mano.

Esperamos a que se hiciera de noche, nos colamos en la tienda y cogimos las auténticas piezas por las que habíamos pagado.

—Justicia poética —intervino Hadley.

Jesse se irguió y estiró suavemente las manos en un claro «Exactamente eso».

—Cody Lee decidió que, en pleno acto delictivo, era el mejor momento para convertir la parte de atrás de un contenedor en un baño público. ¿Y sabes a quién pertenecía ese contenedor?

Hadley negó divertida con la cabeza y la boca llena de algodón de azúcar.

—Al dueño de la tienda, que vivía justo arriba y que tenía una escopeta enorme. —Ella abrió la boca sin esperarse el giro—. Así que ahí me tienes, cargando un conector en la parte de atrás de la camioneta, cuando de repente aparece Cody Lee corriendo, abrochándose los pantalones y gritando que nos iban a matar mientras sonaba un disparo de fondo. Arranqué, Cody Lee saltó a la parte trasera y salí disparado con el susto en el cuerpo. ¿Lo mejor? Nos equivocamos cogiendo las piezas.

Hadley rompió a reír.

—Qué desastre.

—Descomunal —admitió Jesse con una sonrisa—. ¿Y tú? —añadió tras darle un sorbo a su limonada y pasársela a Hadley para que hiciera lo mismo.

—¿Quieres saber qué hacía con dieciséis años en Nueva York?

—Eso es.

Hizo memoria.

—Que quede claro que todo fue culpa de Presley —empezó la historia.

Jesse asintió con la cabeza, pero...

—No te creo para nada —soltó.

Lo dijo tan convencido que Hadley volvió a romper a reír.

—Oye —se defendió.

—Seguro que fue idea tuya —insistió Jesse.

Hadley le mantuvo la mirada, pero al final la presión le pudo y acabó riendo y admitiendo que, efectivamente, ella fue la ideóloga del plan.

Le explicó la anécdota y siguieron hablando de tonterías, disfrutando del rodeo, riendo o simplemente estando en silencio, porque eran de esos silencios en los que ninguno esperaba nada del otro, solo había comodidad.

Hadley dio una bocanada de aire y la soltó despacio mirando a su alrededor, a ningún sitio en realidad.

Jesse la observó de reojo, sin robarle espacio ni ese momento, pero internamente supo que el ir hasta allí había cumplido su misión.

Pasaron un par de horas más y el *speaker* anunció un nuevo descanso.

—¿Quieres ver el siguiente rodeo o nos vamos? —le preguntó Jesse a Hadley.

Ella lo pensó un segundo.

—Nos vamos.

Se levantaron, bajaron de las gradas y caminaron hacia la camioneta. Jesse le pasó el brazo por el hombro y ella se agarró a su cintura. Sin hablar. Sin mirar atrás.

Sin embargo, a la mañana siguiente el estrés y la tensión se pegaron a Hadley desde que abrió los ojos. Sabía lo que significaba esa junta.

—Buenos días —saludó a todos los miembros al entrar.

Whitemore y otros dos estaban hablando en un pequeño corrillo. No dejaron de hacerlo inmediatamente al aparecer ella, como habría

sido lo habitual en cualquier reunión cuando el CEO hace acto de presencia, y Hadley supo que ese gesto también significaba mucho.

—No hay nada de lo que preocuparse —empezó diciendo Hadley —. Los patrocinadores siguen a nuestro lado y los números deportivos de Legacy One son inmejorables.

Uno de los inversores soltó una risa baja.

—¿Inmejorables? —replicó—. ¿De verdad cree que esa es la palabra adecuada aquí?

—Ganamos en Monza y puntuamos en los dos últimos grandes premios —le recordó Hadley—. No sé qué puede haber mejor.

—Que la reputación de la escudería no esté siendo arrastrada por el lodo por culpa de Jesse James.

Hadley le mantuvo la mirada. No vaciló. Él quería que ella perdiera el control, pero no iba a darle el gusto.

—Nuestros pilotos no tienen la culpa del comportamiento de ese tipo de prensa.

—Ese piloto, sí —la rebatió firme.

—El tema es sencillo, señorita Carmichael —intervino uno de los hombres que estaba hablando con Mitch Whitemore—. Uno de los motivos por los que elegimos la Fórmula 1 como inversión y no cualquier otro deporte es que se le presupone cierto caché. La reputación de Legacy One es importante y es su responsabilidad protegerla.

—En eso estamos de acuerdo —replicó Hadley tomando por sorpresa a toda la sala—. Busquemos a los culpables de lanzar esa sarta de mentiras y manipular las cosas que han ocurrido. Hagámosles enfrentar la ley.

—¿De verdad pretende denunciar a esos periodistas, señorita Carmichael?

—No entraba en mis planes —admitió sincera—, pero, dada la importancia que la junta le da a este tema, es el paso lógico.

—El paso lógico es prescindir de Jesse James —habló por fin Whitemore.

37



A Hadley, el corazón le latía cada vez más rápido, más nervioso, pero no dejó que nadie en esa mesa lo notara.

—Siento que no lo veamos de la misma manera —contestó.

—Quizá porque usted lo está percibiendo desde una óptica personal —apuntó Whitemore con malicia.

Hadley sonrió medida, profesional, impecable. Esa sonrisa la había aprendido de su padre. Nada inquieta más a un rival que que le dejes claro que sabes el terreno que pisas.

—Cada vez que cruzo la puerta de una junta, entro aquí como CEO, tomo las decisiones necesarias de acuerdo a ese cargo y las afronto de la misma manera. No es personal. Al contrario de lo que hacen ustedes, pues parecen haberlo olvidado haciendo referencia a mi vida privada como modo de presión para que tome las decisiones que quieren.

Whitemore abrió la boca dispuesto a contestar, pero Hadley fue más rápida.

—Jesse James se queda porque los resultados hablan a su favor. Desde que ha llegado, Legacy One ha sumado puntos, por primera vez, ha alcanzado podio, por primera vez, y ha ganado un Gran Premio, por primera vez. Eso es algo que, en su primer año como

escudería, no han conseguido Red Bull, McLaren, Aston Martin, ni siquiera Ferrari.

Todos guardaron silencio. Ese detalle era incontestable.

—Hay más cosas además de ganar, señorita Carmichael —apuntó a la defensiva otro de los ejecutivos.

—Dedicándonos al mundo del deporte, no lo creo —contestó con total seguridad—. Si no tienen ningún otro tema que discutir...

Hadley les dio unos segundos para responder. Cuando ninguno de ellos lo hizo, se dirigió a la puerta con paso seguro.

—Un placer verlos —se despidió, y, mientras lo hacía, miró directamente a Whitemore.

Hadley no se derrumbó al salir. No sabía si ellos lo harían detrás. Ni tampoco en el pasillo. Mismo motivo. Pero cuando las puertas del ascensor se cerraron, se dejó caer hasta apoyar la espalda en la pared del cubículo y se forzó a respirar hondo, una, dos, tres veces, mientras cerraba los ojos.

Tenía claro que aquello no sería una junta normal, pero tampoco se esperaba una emboscada tan directa. Las cosas habían escalado a un punto demasiado peligroso. Ya no se trataba de ganar por Legacy, por orgullo o por el simple hecho de hacerlo. En aquel momento, más que nunca, se trataba de supervivencia en el sentido más literal de la palabra.

Hadley no se esperaba que Jesse estuviera allí y, cuando puso los pies fuera del imponente edificio de oficinas, sus Louboutin se quedaron clavados en el suelo al verlo, de pie, apoyado en su camioneta, con los brazos cruzados sobre la sudadera de cremallera negra y con capucha que llevaba sobre la camiseta ignífuga blanca, con el mono blanco atado a la cintura. Estaba claro que acababa de tener la práctica libre y no había dudado en ir a buscarla.

Con él, Hadley sintió que pudo volver a respirar.

Algo le dijo a Jesse que levantara la cabeza y, cuando lo hizo, vio a Hadley. El alivio fue inmediato. Una parte de él, posesiva e irracional, no había parado de gritarle que había dejado ir a la persona que más le importaba a una cueva llena de lobos. Le había costado un puto mundo acallar el impulso de presentarse allí, de entrar en esa junta con ella. Si no lo hizo fue porque sabía que esa era la manera de ponerla en una posición todavía más delicada y, por encima de lo que él necesitara, estaba lo que necesitaba ella.

Pero el alivio duró poco. Le bastó un segundo para darse cuenta de que Hadley estaba nerviosa, inquieta, incluso un poco asustada. Sabía que había defendido Legacy con uñas y dientes, pero también que había sido duro.

Se separó de la Chevrolet, abrió la puerta para ella y la miró. Hadley no dudó y empezó a caminar como si esa camioneta pudiera llevarla mucho más lejos de lo que significaba comerse kilómetros.

Jesse se quedó sujetando la puerta y, justo cuando ella pasó a su lado, se inclinó hundiendo la nariz en su pelo a la vez que la palma de su mano, grande y fuerte, se abría sobre el vientre de ella, manteniéndola en el sitio.

Hadley notó el contacto, en los dos sitios, y cerró los ojos dejándose llevar, sintiendo todo eso para no sentir nada más.

—Joder, estoy tan orgulloso de ti —susurró con la voz ronca.

Esas seis palabras llenaron a Hadley de una calidez que no había experimentado jamás.

Jesse conseguía eso, calmarla, y al mismo tiempo darle fuerzas, como si lograse recargarla.

Cuando él separó despacio la mano, ella inclinó la cabeza con suavidad prolongando un poco más el contacto antes de que se separaran definitivamente y subiese a la camioneta.

Jesse se incorporó al tráfico y Austin empezó a desfilar por la ventanilla.

—¿Cómo estás? —preguntó.

Ella perdió la mirada en las vistas antes de contestar, solo un momento, pero Jesse notó esa pequeña pausa.

—Bien. Cansada.

—¿Ha sido complicado?

—Lo que pensé que sería.

No quería ocultarle lo que estaba pasando, pero sí restarle importancia. Ni siquiera sabía por qué lo estaba haciendo, pero en aquel momento fue el camino que sintió que debía tomar. Jesse tenía que correr. La junta era su responsabilidad.

Sin embargo, por mucho que no pronunciara las palabras justas, resultaba obvio lo que estaba ocurriendo. La prensa estaba poniendo a Jesse en el centro de todo. La junta seguiría la misma estúpida estrategia para controlar a Hadley.

—No tienen ningún derecho a presionarte así —protestó Jesse. Apretaba el volante con tanta fuerza que los nudillos se le emblanquecieron.

—Desgraciadamente, las cosas no son tan sencillas —respondió Hadley.

—No vamos a rendirnos sin pelear. Legacy One es tuya y de Calder. No vas a perderla.

—Lo sé.

No había dudas. Iban a luchar. No había ninguna posibilidad de que Hadley renunciase a Jesse y él no iba a permitir que perdiera el sueño de su hermano.



El Gran Premio de Estados Unidos llegó al día siguiente. El Circuito de las Américas estaba hasta la bandera, con el ambiente de las grandes ocasiones y la emoción pura, sin edulcorar.

Jesse hizo una carrera inteligente, impecable, siguiendo la estrategia pero moviéndose en el margen que Julian creaba para él. En esa carrera, Legacy One cerró filas en torno a Jesse. Julian, Edward, los ingenieros, los analistas, hasta el último mecánico lo apoyó.

Nada de eso pasó desapercibido para él.

Hizo podio con un merecido tercer puesto, demostrando que no era ningún riesgo para la escudería incluso cuando la presión de la prensa era prácticamente insoportable.

En cambio, fuera de la pista, las cosas no fueron nada impecables. Hadley no dejó de recibir llamadas, presiones. Los accionistas estaban moviendo ficha tratando de poner a los mayores patrocinadores en su contra.

Ella aguantó cada envite, con más fuerza cuando Jesse se subió a ese podio, pero todos sabían que los problemas con la junta estaban lejos de acabar.

38



Una semana después llegó el turno de Ciudad de México y su Autódromo. La prensa, cansada de que Jesse y Hadley no les dieran carnaza, empezaron a inventar la suya propia: supuestas infidelidades de Jesse con empleadas de hotel, con admiradoras, incluso con la novia de Max Verstappen; peleas en *suites* con Hadley llamando a seguridad... Nada era cierto, pero los periodistas sensacionalistas lo utilizaban como si lo fuera y, poco a poco, los patrocinadores comenzaron a ponerse en contra de Jesse.

Y la junta lo usó en contra de Hadley. Llamadas cada vez más tensas, dos reuniones en las que ni siquiera se contó con ella, inversores que ya no disimulaban.

Ni siquiera importó que Jesse quedara cuarto en el Gran Premio de México. Sutilmente, el «Puede quedarse mientras gane» se transformó en «Aunque gane, no lo queremos aquí» y Hadley y Legacy estaban en el centro de todo.

Para colmo de males, la FIA, la Federación Internacional del Automóvil, el organismo regulador de la Fórmula 1, decidió investigar una maniobra de Jesse durante la carrera, algo menor y con una sospecha claramente infundada, pero los medios de comunicación se frotaron las manos con ello, y Mitch Whitemore también.

—Ey, hola, nena. —La voz de Jesse cruzó la pantalla del ordenador, recorrió siete mil seiscientos sesenta kilómetros y llegó hasta Hadley.

Él estaba en São Paulo, donde en unos días correría en el Circuito de Interlagos. Ella, en Nueva York, tratando de apagar fuegos.

—Siento haber llegado tarde —contestó Hadley.

Se movía por su habitación mientras abandonaba el bolso sobre una silla, se quitaba los zapatos y se dejaba caer hasta sentarse en la cama.

Sonaba agotada, como cada día últimamente. Jesse miró el reloj. En São Paulo eran dos horas menos respecto a Nueva York, pero daba igual, ya era muy tarde en los dos sitios.

—¿Acabas de volver de la reunión?

Ella asintió mientras bostezaba.

—Se ha alargado más de lo que esperaba, pero he logrado que los dos patrocinadores se queden.

—Sabía que lo conseguirías —la animó Jesse.

Se esforzó en sonar reconfortante, calmado, pero no lo estaba en absoluto. Hadley se estaba matando en jornadas interminables, en reuniones cada vez más hostiles para proteger Legacy cuando, en realidad, era obvio cuál era la manera de que los problemas se acabaran.

Jesse lo tenía jodidamente claro, pero eso no significaba que no doliese ni un poco menos.

Hadley se quedó callada, pero el silencio rápidamente se transformó en un suspiro.

—Si no me cambio ahora, volveré a dormirme vestida —explicó, aunque no estaba claro quién era el destinatario de esa información, si Jesse o ella misma.

Se llevó el móvil al vestidor y empezó a quitarse la ropa para ponerse el pijama.

—¿Estás intentando seducirme? —bromeó Jesse solo para hacerla sonreír.

Aunque, si la respuesta fuese sí, lo había conseguido. Llevaba casi dos semanas sin tenerla cerca y la echaba de menos como no había echado nada de menos en toda su vida.

—Por supuesto —contestó Hadley, pero en mitad de la broma el vestido se le quedó atascado mientras trataba de quitárselo por la cabeza y todo adquirió un tono extrañamente tragicómico—. *Ta-chán* —dijo estirando los brazos cuando por fin logró liberarse.

—La mejor estríper de la historia —sentenció Jesse con una sonrisa.

—Por tu bien espero que no hayas visto muchas —le advirtió Hadley poniéndose una camiseta y recogiéndose el pelo en un moño sin mucha necesidad de serlo en lo alto de la cabeza.

—Sí, señora —contestó con ese suave acento sureño.

Y como cada vez, a Hadley le temblaron un poco las rodillas.

Ella lo reprendió con la mirada por descarado y él sonrió encantado.

—Llevas mi camiseta —comentó observándola mientras ella caminaba de vuelta a la cama.

—Te la robé en México antes de irme. Huele a ti —respondió metiéndose bajo la sábana y la suave colcha.

Lo explicó con tanta naturalidad, como si así fuera exactamente como tenía que ser, que el corazón de Jesse comenzó a latir más deprisa.

—Así es como si estuviera allí contigo —dijo, y, sin quererlo, su voz sonó más ronca—. Yo también voy a tener que robarte una prenda que huela a ti para sentirte más cerca.

—¿Una camiseta? —planteó ella con los ojos casi cerrados por el sueño y el cansancio acumulado.

—No, unas...

—¡No lo digas! —lo cortó abriendo los ojos de golpe y sonrojándose, lo que hizo que Jesse rompiera a reír—. Eres un descarado —protestó volviendo a acurrucarse y cerrando de nuevo los ojos.

Las carcajadas de él se transformaron en una sonrisa. No podía levantar la mirada de Hadley. No podía dejar de desear estirar la mano y poder alcanzarla, como la trampa de las pantallas le hacía creer.

—No te vayas hasta que me duerma, por favor —le pidió ella en un murmullo.

—No me voy a ir a ninguna parte —respondió él.

Algo en su pecho se apretó, pero Jesse se negó a escucharlo. No en ese momento.

—Duerme tranquila.

Porque en ese momento solo importaba estar allí para ella.



Dos días después llegó Interlagos.

Y el caos fue brutal.

No llevaban veinte vueltas cuando comenzó a llover con una intensidad casi desbordante. Hubo varios *safety cars* y el icónico y desafiante circuito pronto demostró por qué cumplía exactamente con esos adjetivos.

Aston Martin perdió a su primer piloto antes de la mitad de la carrera y el segundo de Mercedes tuvo que retirarse también.

Jesse lo dio todo. No se rindió, peleó cada curva, cada entrada, cada salida. Solo tenía una idea en la cabeza: «Si Hadley lucha en los despachos por mí, yo lucho aquí por ella». No le importó que, por la altitud, el agarre en las curvas fuera menor, ni que, al ser una de las pistas más estrechas, los adelantamientos se disputasen centímetro a centímetro, ni la exigencia física de un circuito que se corría en sentido antihorario.

Corrió.

Peleó.

Y quedó segundo.

Lando Norris ganó por dos décimas.

Hadley corrió hacia Jesse, él hacia ella y se abrazaron en la entrada del box. Ni siquiera habían podido verse antes de la carrera. Ella había tenido que retrasar su vuelo por una reunión de última hora.

—Has hecho una carrera increíble —dijo orgullosa, con la cara escondida en su cuello. Necesitaba sentirlo cerca, real—. Eres el mejor.

Jesse la estrechó con fuerza, con los brazos rodeando su cintura mientras los de ella rodeaban su cuello.

—Haría cualquier cosa por ti —contestó él, y era tan de verdad que asustaba.

—Jesse.

La voz de Julian rompió el momento, pero no fue lo que dijo, sino cómo lo dijo. Se separaron y el piloto fue el primero en ver a los dos inspectores de la FIA junto a su director de equipo.

—Quieren investigar tu adelantamiento a Russell en la curva S —explicó Julian con voz grave.

Sabía que era una injusticia.

—¿Qué? —Edward fue el primero en reaccionar—. Ese adelantamiento ha sido completamente legal —sentenció dando un paso hacia los inspectores.

—Eso es lo que pretendemos averiguar —contestó uno de los hombres.

—¡Y una mierda! —saltó Edward encarándolos. Jesse y Cody Lee se acercaron a él para frenarlo si decidía enfrentarlos de otra manera.

—Edward —lo llamó al orden Julian, aunque pensaba exactamente lo mismo que él.

—¡Solo queréis joder a Jesse! —insistió Edward—. Espero que Whitemore os pague bien —añadió con desprecio.

—¡Edward! —lo advirtió Julian.

Jesse se colocó delante de su compañero asegurándose de hacer contacto visual y lo empujó suavemente hacia atrás.

—No te preocupes —le pidió—. Los dos sabemos que no he hecho nada. No van a poder demostrarlo.

Edward estaba demasiado cabreado como para verlo así, pero acabó asintiendo a regañadientes mientras su mirada volvía a clavarse en la gente de la FIA.

Jesse miró a Cody Lee, que captó el mensaje enseguida.

—Vámonos, tío —llamó a Edward echándole un brazo por los hombros y tirando de él—. Esos cabrones no merecen ni que te dignes dirigirles la palabra.

Jesse se aseguró de que Cody Lee y Edward se marchaban y se giró hacia los técnicos.

—¿Qué necesitan saber? —preguntó con calma, pero dejándoles claro ya por el tono de voz que no iban a intimidarlo.

La entrevista fue tensa, llena de preguntas trampa, pero ni Jesse ni Julian ni el ingeniero de carreras cayeron en ninguna. Cada vez

resultaba más evidente que Edward tenía razón y Whitemore estaba detrás de aquello.

Al final, no tuvieron más remedio que admitir que la maniobra de Jesse, aunque al límite, había sido legal. Pero el hecho de que hubiera habido una investigación ya quedaba registrado y eso jugaba claramente en su contra.

Hadley los estaba observando junto al resto del equipo desde fuera del box. No podían estar presentes.

Estaba nerviosa. Todavía no se había recuperado de la adrenalina de la carrera, de ver a Jesse ponerse en peligro de esa manera por Legacy, cuando había pasado eso.

Su teléfono comenzó a sonar. Su primera intención fue no responder, pero entonces vio el nombre en la pantalla. El patrocinador más importante del equipo. No podía no cogerlo.

—Carl, ¿en qué puedo...?

Ni siquiera la dejó terminar la frase.

—Hadley, estamos fuera.

—¿Qué?

—La FIA está investigando a tu piloto. Está en todas partes.

Hadley apretó los dientes, controlándose por seguir sonando profesional y no gritarle a la cara, como estaba deseando hacer, que se estaba agarrando a una estupidez solo para poder comportarse como un cobarde con la conciencia tranquila.

—La FIA no va a sancionarnos porque no hemos hecho nada.

—Pero hay una investigación abierta, ¿verdad? —replicó—. ¿Qué pasa si la próxima vez sí incumple las normas, o si saca de la pista a otro piloto y acaba mal? Jesse James es imprevisible —sentenció.

—Es ridículo. Jesse James jamás le haría daño a otro piloto a propósito.

¡Lo era! Tenía muchos más principios y era mucho más leal que la mayoría de los que se ponían un mono de carreras.

—Lo siento, pero la decisión está tomada, con efecto inmediato. Se acabó, Hadley.

La línea se cortó.

Hadley sintió su respiración entremezclarse con las pisadas sobre el suelo húmedo a su alrededor. No podía ser verdad. Las cosas no podían descarrilar así.

«No pueden», se dijo, y salió de su ensoñación.

Giró el teléfono en su mano dispuesta a volver a llamar a Carl y recuperarlo como patrocinador, pero una llamada entrante se le adelantó.

El estómago se le encogió de golpe, como si su cuerpo hubiese adivinado lo que estaba a punto de pasar.

—Gracias por su colaboración, señor James —se despidió el comisario de la FIA.

Jesse dio una bocanada de aire con las manos en las caderas, observando cómo se marchaban. Mientras bajaba la cabeza, una sonrisa mordaz se entremezcló con un resoplido breve y lleno de rabia.

—Ha sido injusto e innecesario —señaló el ingeniero.

—Ha sido una emboscada —lo corrigió Julian.

—Ha sido un puto ajuste de cuentas —hizo lo mismo Jesse con los dos.

Hadley había mantenido los patrocinadores, Legacy One había seguido ganando, lo que impedía a la junta doblegarla, así que tenían que conseguir que la sangre llegara al río de otra manera.

Jesse llevó su vista hacia el exterior por inercia y también porque algo le dijo que lo hiciera. Inmediatamente distinguió a Hadley. Tenía

el teléfono en la mano, pero la mirada... joder, la tenía vidriosa, perdida.

Corrió hacia ella.

—Ey, nena —la llamó cuando aún estaba a unos pasos—, ¿qué pasa?

En cuanto estuvo lo suficientemente cerca, la cogió de la cintura.

—Whitemore acaba de llamarme —explicó con la voz a punto de rompérsele—. La junta ha decidido apartarme temporalmente de la dirección de Legacy.

39



«O él o tú», ese había sido el ultimátum de Whitemore justo antes de colgar. Si Hadley se deshacía de Jesse, podría mantener el cargo de CEO. Sin embargo, por mucho que Legacy le importara, esa frase murió en el momento en que ese déspota la pronunció. No iba a renunciar a Jesse, pero, por encima de eso, nadie iba a obligarla a hacer algo que iba en contra de todo en lo que creía.

Encontraría la manera de recuperar su puesto.

Jesse subió al podio, pero, después de lo ocurrido, nadie tenía ánimo de celebrarlo.

—¿Quieres que vayamos a dar una vuelta? —le propuso Jesse a Hadley mientras la observaba recoger algunas cosas del despacho—. Para despejarte un poco.

Ella negó con la cabeza metiendo un par de carpetas en una mochila.

—Prefiero irme al hotel y descansar.

Jesse asintió. Paciente, esperó a que terminase de coger lo que necesitaba y, con un par de pasos, llegó hasta ella, le quitó la mochila de las manos y se la llevó al hombro. Hadley sonrió por el bonito gesto, pero estaba agotada, en todos los sentidos posibles, y aquella sonrisa era prueba de ello.

Al salir a la zona principal del box, Edward, Presley y Cody Lee los estaban esperando. En cuanto los vieron, Presley se incorporó veloz, fue hasta Hadley y le dio un auténtico abrazo de oso.

—Que se vayan al infierno —sentenció sin dudar—. Vales más que todos ellos juntos y, en cuanto nos rearmemos, vamos a acabar con ellos.

Aunque era lo último que le apetecía, Hadley sonrió. Era el efecto Presley.

—Sí —le aseguró Edward con los brazos cruzados sobre el pecho, casi sentado en una de las consolas principales—. Tú estás al mando y nada ni nadie va a poder arrebatarte eso. Whitemore es un gilipollas.

Mitch Whitemore quería el poder. Ser CEO. La presión hacia Hadley, primero con los malos resultados y más tarde, cuando todo iba bien deportivamente, con Jesse, era su manera de conseguirlo.

—¿Por qué no nos vamos a tomar algo? —propuso Cody Lee—. Un bar pequeño, con música mala y cerveza fría. Aquí tiene que haber de eso.

—Sí —respondió Edward—. No van a estar todos en Tennessee.

—Eddie... —lo reprendió Cody Lee.

—Eddie. —A Presley se le iluminó la mirada—. Me encanta.

El aludido torció los labios melodramático. Presley era su peor pesadilla.

—Os lo agradezco, chicos —respondió Hadley—, pero estoy muy cansada y mañana tenemos que coger el avión... —ella, en teoría, debía regresar a Nueva York para seguir trabajando, pero ya no tenía por qué— a Las Vegas.

En dos semanas era el Gran Premio en su circuito callejero.

Jesse entendió lo que estaba pasándole por la cabeza y apretó sus dedos entrelazados tratando de reconfortarla.

Se despidieron de los chicos y Jesse la llevó hasta el coche, caminando un paso por delante y tirando de ella suavemente, como si la estuviese protegiendo del mundo. Sabía que Hadley no lo necesitaba, pero también que justo ese día le hacía falta que la mimaran.

En el trayecto del circuito al hotel Rosewood, en Bela Vista, el móvil de Hadley no dejó de sonar. Primero fue Theodore. No dudó. Le puso en bandeja aplastar a Mitch Whitemore con una llamada telefónica y expulsar uno a uno a todos los miembros de la junta. Hadley tampoco dudó. Le agradeció la oferta, hasta a Jesse le pareció tentadora, pero la rechazó. Iba a arreglar eso por sus propios medios.

Después llamó Vivian. Estaba en Londres por negocios, pero le aseguró que podía llegar a Brasil antes de que amaneciese y gestionar todo este asunto hasta darle la vuelta y hacer pagar a Whitemore. Otra oferta que resultó muy apetecible, pero Hadley volvió a agradecer el apoyo y a negarse. Era su problema, la consecuencia de su decisión y algo de lo que ella debía ocuparse.

Sebastian también llamó, pero Hadley no respondió.

En el hotel, Jesse llevó a Hadley directamente a su *suite*, ni siquiera se molestaron en pedir una para ella. Y desde que entraron, Hadley estuvo en movimiento. Abrió su maleta, sacó su neceser, se duchó, fue al vestidor. Jesse se quedó cerca, observándola, dejándole claro que no estaba sola pero sin presionarla para que hablara. Sabía que esa era la manera de Hadley de ir soltando poco a poco.

Pero ella se quedó de pie junto a una de las estanterías, con una camiseta de Jesse que le llegaba hasta la mitad del muslo y el pelo recogido de cualquier manera. Sin moverse, con la mirada perdida. De repente, una lágrima cayó por su mejilla.

Jesse no dudó, se comió la distancia que los separaba, deslizó un brazo por su espalda, otro tras sus rodillas y la levantó en brazos. Podía esperar, pero no la iba a dejar romperse sola. Hadley quiso protestar, pero sus defensas ni siquiera fueron capaces de formular una frase completa y se dejó caer en lo que necesitaba, aunque no fuese lo que debía permitirse necesitar, porque con Jesse podía hacerlo.

Se acurrucó en sus brazos y hundió la cara en su cuello mientras él la estrechaba con fuerza.

—Vamos a encontrar la manera —dijo Jesse con la seguridad con la que se montaba en un monoplaza.

—¿Y si no? —replicó Hadley.

Él se quedó callado un momento, pero su corazón y su cabeza sabían la respuesta a esa pregunta.

—Siempre hay una manera.

Las palabras le supieron a ceniza, pero no se arrepentía de haberlas pronunciado.

Una pequeña sonrisa se coló en los labios de ella.

—¿Sabes que eso sería algo que habría dicho Calder?

El mismo gesto se iluminó en ese instante en los de él.

—Debía ser un tipo muy listo.

Hadley se recolocó hasta quedar a horcajadas sobre Jesse. Ese gesto para ellos era hogar.

—A veces pienso que me estoy equivocando y debería dejar que me ayudasen —confesó—, que mi padre acabase con Whitemore, que viniese Viv. Tal vez estoy siendo demasiado testaruda.

Aquellas frases, aquella idea, le daban un miedo terrible porque ¿qué pasaría si al final acababa fallando?

—¿Por qué testaruda y no tenaz? —planteó Jesse tomándola por sorpresa, mirándola a los ojos a aquella distancia tan pequeña,

territorio seguro y peligroso a la vez, de la manera más bonita del mundo.

Hadley parpadeó aturdida.

—Hay un montón de historias de empresarios por ahí, Steve Jobs, por ejemplo —continuó su teoría Jesse—, que se empeñaron en una idea que a todos les pareció una locura, pero nadie los llama testarudos, los llaman tenaces. ¿Por qué tú tienes que ser diferente? No estás rechazando la ayuda por capricho, lo estás haciendo para seguir siendo tú, para hacer las cosas como tú crees que deben hacerse. A eso, en mi pueblo, se le llama tener principios.

Hadley volvió a sonreír sin poder evitarlo. Una sonrisa diminuta, casi invisible, pero que prendió una mecha que llenó de calidez todo su cuerpo.

—La gente de Tennessee también debéis ser tipos muy listos.

—Nah, no te creas. En la media.

Jesse también sonrió, la sonrisa de Hadley se hizo más grande y por un instante todo lo que pesaba empezó a hacerlo un poco menos.

—Si pierdo Legacy... —empezó a decir Hadley.

—No vas a perder Legacy.

—¿Qué pasaría con nosotros? —preguntó ella.

—Lo que nosotros queramos —contestó encogiéndose de hombros.

Otra vez esa incontestable seguridad.

—Legacy es tuya, es tu trabajo, parte de ti, pero no te define —sentenció Jesse—. Igual que ser piloto no me define a mí...

Ahí estaba, esa poderosa verdad. Ellos se habían elegido por lo que eran, no por lo que habían decidido ser. Se trataba de Jesse y de Hadley, no del piloto y la CEO.

—Y siempre puedo quedarme con un mono de carreras, por lo de tus fantasías recurrentes.

—Eres idiota —se quejó Hadley dándole un manotazo en el hombro, pero la sonrisa había vuelto y no consiguió disimularla.

A Jesse le encantó su reacción y por un puñado de segundos se quedaron en silencio, simplemente así.

—Hadley, no voy a dejar de sentir lo que siento por ti.

El corazón de ella empezó a latirle muy rápido. Entrecerró los ojos divertida.

—Y lo que sientes por mí es... —dejó en el aire aprovechando el momento.

Jesse le mantuvo la mirada y asintió un par de veces.

—Buen intento —dijo mordaz.

Ella se encogió de hombros en absoluto arrepentida.

—Yo también tengo claro lo que siento por ti y eso no cambiará nunca —dijo Hadley.

—Sienta genial oírlo.

El aire comenzó a cambiar despacio, las chispas encendiéndose cada vez que la piel de uno reconocía la del otro.

—Nunca me había alegrado tanto de ir a una carrera de la NASCAR —murmuró Hadley con voz trémula, recordando dónde se conocieron.

Sus manos se apretaron sobre los hombros de él.

Jesse dejó escapar todo el aire de sus pulmones mientras su cuerpo despertaba, mientras no podía levantar sus ojos de los de ella.

—Daytona es mi ciudad favorita —sentenció con la voz ronca.

Hadley se acercó un poco más. La mirada de él cayó a sus labios. Sus manos apretaron posesivas sus caderas antes de que viajaran por su cintura hasta cerrarse en un abrazo y estrecharla contra él.

Estrelló sus labios contra los de Jesse. Él solo tardó un beso en tomar el control.

Solo ellos importaban.

El mundo se quedaba fuera de esa habitación.

Esa noche el sexo fue diferente, la intensidad subió un escalón, aunque el ritmo fuese más lento. Se tocaron más, aunque acariciaran menos piel. Llegaron más lejos, aunque hubiese menos palabras. Porque esa noche, en esa cama, Jesse y Hadley hicieron el amor.



El tiempo en Las Vegas pasó demasiado rápido y, antes de que pudieran darse cuenta, llegó el Gran Premio.

La ronda clasificatoria fue realmente bien y Jesse y Edward quedaron en P3 y P4 respectivamente, unos puestos increíbles en la parrilla.

Al día siguiente, ya era de noche y cada edificio emblemático brillaba en el Strip cuando comenzó la vuelta de instalación para dejar los coches en posición.

Todo iba como esperaban que fuera.

Sin embargo...

Hadley los sintió incluso antes de verlos, vestidos con pantalones azul marino, camisas blancas y chaquetas deportivas a juego. Sus credenciales colgando de la cinta naranja al cuello.

—Necesitamos hablar con Julian Krauss —avisó uno de ellos.

—¿Qué pasa? —contestó el director deportivo caminando desde el muro de boxes. Como Hadley, él también los había visto llegar.

—Estamos aquí para comunicarles una decisión inmediata e inapelable: Jesse James está suspendido. No podrá correr este premio.

40



Por un momento, el sonido alrededor de Hadley se desvaneció y solo oyó un incómodo pitido, constante, cruel, desesperanzador. ¿Por qué todo se estaba desmoronando? No era justo. No era justo.

«No es justo».

Respiró hondo. Se obligó a salir de ese espacio sin nada. Se centró.

—¿Se puede saber en base a qué? —planteó Hadley.

—Señorita Carmichael, usted ya no está al frente de esta escudería. No le debemos ninguna explicación.

Eso apestó a Mitch Whitemore por todas partes.

—Es mi ayudante —replicó Julian enseguida—. Tiene la potestad de hablar por mí en cualquier circunstancia.

Al comisario de la FIA no le quedó otra que ceder.

—Después de la investigación en Interlagos y otros incidentes menores repetitivos, consideramos que su conducta antideportiva es reincidente.

—¿Y lo han considerado ahora? —contraatacó Hadley—. Cuando está corriéndose la vuelta de instalación.

—Cuando hemos terminado de estudiarlo con detenimiento —replicó otro de los hombres.

Una risa vacía, mordaz y llena de rabia se escapó de los labios de Hadley al tiempo que cabeceaba. Eso eran solo patrañas. Todos lo sabían.

Jesse y Edward ya estaban preparados para correr, saldrían tercero y cuarto, unos puestos excelentes. Aquello, de esa forma, no era una decisión, era una auténtica cabronada.

—Me encanta este circuito —entró Edward en el box emocionado —. Es la hostia. Me va lo callejero —añadió en referencia a que, mientras el Circuito de Mónaco era urbano, el de Las Vegas, aunque cumpliera las mismas características en cuanto a ser una pista que usaba calles reales como trazado, era callejero.

Jesse, tras él, sonrió porque se hiciera el interesante justo con esa palabra. Pero, entonces, vio a Julian y, sobre todo, vio a Hadley y su expresión cambió.

No necesitó preguntar qué había pasado. Julian habló primero.

—Estos hombres son inspectores de la FIA. —Su voz sonó cargada de demasiadas cosas y por un segundo los dos pilotos desviaron su mirada hacia ellos. Los odiaron. Fue algo instintivo. A los tres—. Te han suspendido, Jesse. No puedes correr.

—¿Qué? Pero ¿de qué coño van?

Ese no fue Jesse. Fue Edward. Él se quedó callado, pero estaba en guardia. La mandíbula tensa, los hombros guiando al cuerpo para empezar una pelea, los puños cerrados con demasiada rabia.

Se estaba conteniendo porque no hacerlo, salir ahí fuera, montar un espectáculo, dar rienda suelta a su enfado como deseaba, como necesitaba, habría sido dar la razón a la prensa, a la FIA, a Whitemore, y esa no era una opción ni por Legacy ni por Hadley.

Llevó su vista hacia ella. Estaba nerviosa, estaba enfadada como él, odiaba esa situación como él. Jesse esperó a que levantara la

cabeza y atrapó sus ojos castaños. Tenía claro que, aunque parecía que habían ido contra él, en realidad estaban yendo contra ella.

Y Jesse supo que tenía que dar el paso que esos desgraciados no se esperaban.

—Entendido —contestó obligando a esa única palabra a pasar por la bola de rabia de su garganta.

Aceptarlo era la única respuesta que les quitaba el poder. Whitemore lo había hecho para hacerlo saltar y tener la excusa perfecta para cargar contra Hadley, o para que él se quejara y ella intercediera por él. La lectura habría sido «A Hadley le importa más un piloto que la escudería. No es la CEO que necesitamos» y nuevamente habría sido Whitemore quien saliera beneficiado.

En cambio, si Jesse lo asumía, nadie hacía nada y se concentraban en correr, los malos no lograban su objetivo.

El box se sumió en un silencio aún más denso. Hadley frunció el ceño confusa. Los comisarios se miraron entre sí y finalmente asintieron y se marcharon.

Jesse caminó hasta Hadley. No la tocó, se quedó frente a ella, inclinando la cabeza para poder mirarla a los ojos.

—Sé lo que estoy haciendo.

Ella apretó los labios en una fina línea, pero acabó respondiendo:

—Vale.

Confiaba en él.

—Jesse, tío —protestó Edward.

Jesse se giró hacia él y le colocó una mano en el hombro.

—Lo importante ahora es ganar —le dijo— y da igual si lo hacemos tú o yo porque el equipo siempre lo hace.

Edward tardó un momento en tragarse la rabia, pero acabó asintiendo. Le hizo un gesto a su estratega de carrera y caminaron hacia el monoplaza.

Julian miró entonces a Jesse y lo hizo orgulloso. Hacía mucho tiempo que había entendido que se había confundido al creer que sería problemático. Puede que no fuera como los demás pilotos, pero eso era algo que jugaba a su favor.

—Si no hay problema con eso, estaré en la radio —informó Jesse —, ayudando a Edward.

—No hay problema —contestó Julian caminando de vuelta al muro de boxes— y, si tienen alguno, pueden venir y besarme el culo.

Jesse sonrió, pero por motivos obvios no le llegó a los ojos.

—No quieres que Whitemore gane, ¿verdad? —pronunció Hadley acercándose a él cuando se quedaron solos—. Por eso no has protestado la decisión.

—Lo importante es el equipo.

La misma sonrisa se coló en sus labios. Para Jesse era demasiado duro. Hadley lo sabía. Lo estaban golpeando de nuevo en el mismo sitio, las mismas personas, el mismo puto sistema. Jesse lo había hecho todo bien esa vez y, sin embargo, habían ido a por él igualmente.

—No es justo —replicó Hadley con mucha rabia y los ojos llenos de lágrimas.

—Tienes razón. —No había otra respuesta posible—. Pero no pienso permitir que lleguen a ti a través de mí. Si no puedo montarme en ese coche, no lo haré. Es así de simple.

Hadley negó con la cabeza con las manos en las caderas. Las primeras lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas y clavó la vista en sus propios pies. Llevaba semanas soportando una presión casi inhumana, trabajando hasta la extenuación, y a ese cóctel detestable se sumaba aquello.

Jesse dio un paso hacia ella, colocando su mano en la nuca de Hadley, sosteniéndola y construyéndole una burbuja donde pudiera

romperse en paz.

Hadley estaba sintiendo muchas cosas a la vez. Jesse era más honesto que la mayoría de los hombres que había conocido en su vida y, desde luego, era el más leal, y seguía siendo las dos cosas incluso cuando las circunstancias se volvían complicadas, que es cuando cuenta de verdad.

No podía quererlo más por ello. Estaba enamorada de él. No sabía si era el momento perfecto para tener este tipo de iluminación, pero allí estaba, brillando como un cartel de neón.

Jesse le dio todo el tiempo que ella necesitó y, cuando levantó la cabeza secándose las lágrimas con las palmas de las manos, le sonrió, esa sonrisa tierna, cálida, la que guardaba solo para ella.

Hadley dio una bocanada de aire.

—Tenemos una carrera que ganar —dijo rearmándose sobre sí misma.

Jesse asintió.

—Sí, señora.

Los dos cogieron los cascos y cada uno se dirigió a su puesto en el box. Jesse fue a hablar con Edward, que ya estaba sentado en el monoplaza. Repasó los últimos detalles con él y se echó a un lado.

Legacy hizo una buena carrera. Fue complicado, sin compañero, sin coche en el que apoyarse en las estrategias, pero, por la radio, todos hicieron piña con Edward y consiguió un merecidísimo sexto puesto.

—Parece que estás empezando a aprender a correr —bromeó Jesse cuando vio a Edward entrar en el box—. Te voy a invitar a una cerveza para celebrarlo.

No estaba bien, pero no iba a permitir que también le quitaran la sensación de pertenecer a algo.

—Ah, los del sur siempre tan sensibles —contraatacó Edward divertido.

—Y hemos decidido sentar a su majestad a la mesa —contribuyó al chiste Cody Lee haciendo una reverencia.

Edward se estiró como un pavo real, aunque fuera de broma; era su elemento.

—¿Cómo era eso? —fingió no recordar dirigiéndose a su oficina—. Un bar pequeño, música mala, cerveza fría.

Cody Lee lo señaló como gesto afirmativo.

—Aquí conozco un par —sentenció Edward sin detenerse.

—Y yo otro. La noche está asegurada.

Jesse sonrió oyéndolos, aunque el maldito runrún no se iba. Todo estaba todavía demasiado caliente.

—¿Quién es ese tío? —preguntó Cody Lee.

Jesse levantó la cabeza y su autocontrol tuvo que revolucionar motores para seguir conteniéndose.

41



—Es Mitchel Whitemore —gruñó Jesse sin levantar los ojos de él.

Lo reconoció de la junta a la que acudió.

El hombre llegó con una sonrisa satisfecha que activó el radar de peligro del piloto. Se detuvo frente a Hadley. Con el ruido del equipo trabajando y el rumor continuo que todavía llegaba desde la pista no podía escuchar lo que decían, pero no le quitó los ojos de encima, preparado para intervenir en cualquier momento.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Hadley sin molestarse en sonar amable. Ese malnacido no se lo merecía.

—He venido a informarte de que has sido destituida formalmente como CEO de Legacy One.

Su mundo se tumbó. Todo pareció rodar. No supo cómo se mantuvo en pie.

—No has estado a la altura y no has sabido proteger esta empresa —sentenció cruel, entregándole un sobre con una copia del acta oficial que la destituía.

—Escudería —siseó Hadley con los dientes apretados, agarrando el papel. Por dentro temblaba de furia y tristeza.

Él sonrió con suficiencia, condescendiente, y se marchó.

Lo primero en lo que pensó Hadley fue en Calder. El sueño de su hermano iba a quedar en manos de una escoria que ni siquiera

entendía que, antes que nada y por encima de ninguna otra cosa, Legacy era un equipo.

Cuando se giró, la primera mirada con la que se encontró fue la de Jesse. Él no necesitó preguntar.

—Ya no soy la CEO de Legacy One, *oficialmente*.

Porque esa maldita palabra lo cambiaba todo.

Una lágrima resbaló por su mejilla y para Jesse ese gesto también lo cambió todo. Miró a Cody Lee, su amigo desde que los dos podían recordar, y lo entendió, como se entendían siempre, y negó suavemente con la cabeza, rogándole que lo pensara con calma, pero Jesse no podía permitirse eso. La decisión estaba tomada.

Dejó escapar todo el aire de sus pulmones y caminó la distancia que lo separaba de ella.

Jesse podía cargar con ser el objetivo, con no poder correr, pero no podía quedarse sabiendo que las consecuencias directas de esa decisión las pagaría Hadley.

—Nena —la llamó sintiendo esa palabra sobre la lengua una última vez.

—Jesse —lo llamó con el corazón hecho trizas.

—Hay una manera de que conserves Legacy por ti misma y es muy sencilla —le dijo.

A ella se le iluminó la mirada, ni siquiera pensó en fruncir el ceño confusa.

—¿Cuál? —preguntó expectante.

—Yo —contestó en un golpe de voz. La luz de la mirada de Hadley se apagó sin entenderlo del todo—. Yo me largo.

La reacción de ella fue automática, instintiva.

—No —replicó sin dudar, negando también con la cabeza.

El corazón de Jesse perdió un latido, los demás se volvieron violentos, odiando lo que estaba a punto de pasar, lo que ya estaba

pasando.

Jesse aguantó el tirón y cogió la cara de Hadley entre sus manos.

—Es la única solución —explicó con claridad—. Porque para ellos el problema soy yo, da igual que no sea verdad —añadió con rabia —, y van a usarme contra ti. Dirán que me proteges, que me antepones a la escudería.

Whitemore quería poder y no iba a parar hasta conseguirlo. Su objetivo era Hadley y, desgraciadamente, su arma, Jesse.

Aquella lógica no tenía ni un solo cabo suelto al que agarrarse porque era la pura verdad. El sistema cargando contra la persona. No había más.

—Me da igual —contestó Hadley con seguridad, moviendo la cabeza para que Jesse apartara las manos.

—Pero a mí no —replicó—. No vas a perder Legacy por mi culpa.

—No la pierdo por tu culpa, la pierdo por ellos —contestó a punto de gritar.

Jesse se humedeció el labio inferior sin levantar la mirada de ella. Los ojos de Hadley se volvieron más y más vidriosos.

—No quiero que te sacrifiques por mí —pronunció ella con la voz rota, pero con la fuerza de seguir luchando por él manteniéndola firme.

—Si me quedo, tu vida y tus sueños se complican solo porque yo estoy en ellos.

—No es cierto.

—Negarlo no va a cambiar la realidad.

La voz de Jesse también empezó a fallar y supo que tenía que marcharse ya.

Se obligó a ser práctico. Echó la vista hacia atrás, en busca de Cody Lee. Su amigo asintió con expresión seria, ya con dos bolsas al

hombro, y salió del box. Lo estaba viendo sacrificarse otra vez y estaba siendo cien millones de veces peor que la primera.

Jesse miró a su alrededor. Todo le dolía. Nunca se había sentido parte de un equipo, parte de nada en realidad, hasta que las cosas en Legacy encajaron. Pero nada era equiparable con tener que despedirse de Hadley. Por eso lo estaba retrasando, aunque fuesen décimas de segundo... Bueno, era piloto, él mejor que nadie sabía que las décimas podían ser cruciales.

La miró. Lo sintió. Odió que el sistema siempre jugara en contra de los mismos un poco más. Y se inclinó sobre ella.

Perdió sus manos en su pelo, le hizo levantar la cabeza y le dio un último beso. Hadley se quedó quieta. No quería responder. Responder era aceptar y ella no aceptaba eso.

—Vas a llevar esta escudería muy lejos —dijo contra sus labios—. Calder estaría muy orgulloso de ti.

—Jesse, por favor... —murmuró hecha pedazos.

Él se incorporó.

Se contuvo. A él, a su corazón, al motor, a todo lo que llevaba dentro.

Y echó a andar.

Caminó obligándose a hacerlo. Parecía seguro, pero era una puta mentira. Se pasó las dos manos por el pelo y también se forzó a no pararse, a no girarse.

Cody Lee le ofreció las llaves de la camioneta cuando lo alcanzó en el aparcamiento.

Jesse negó por primera vez en toda su vida.

—Llévala tú —contestó—. No me apetece conducir.

Esas dos frases fueron el baremo suficiente para que Cody Lee entendiese que su amigo se estaba rompiendo por dentro.

Lanzaron las bolsas en la parte de atrás de la Chevrolet. Fueron hasta la cabina.

—¡Jesse!

Su nombre llegó a la vez que unos pasos acelerados se detenían a unos pocos metros.

Jesse cerró los ojos antes de girarse, rezando porque sus fuerzas aguantaran un poco más. Sabía que estaba haciendo lo correcto, tenía que asumir la responsabilidad por ella, es lo que se hace por la gente que te importa... por la gente a la que quieres. Respiró hondo, con ganas de echarse a reír. En el fondo lo supo mucho tiempo atrás, solo que no se lo había preguntado.

—Hadley...

—No —lo interrumpió ella con las mejillas mojadas—. No quiero que te vayas. Podemos encontrar otra solución, la que sea. Legacy no me importa más que tú —añadió demasiado nerviosa—. Por favor, no decidas por mí. Tú, no.

—No estoy decidiendo por ti —respondió rápido Jesse, desesperado—. Estoy asumiendo mi responsabilidad. Estoy cuidando de ti.

—¡Pues yo no quiero que cuides de mí así! ¡Yo quiero que te quedes!

Jesse tragó saliva. Quería correr hasta ella. Quería comérsela a besos. Pero eso ya no podía ser.

«Estás haciendo lo correcto —se repitió—. Aunque duela». Y, maldita sea, cómo dolía.

Abrió su puerta. Cody Lee ya estaba tras el volante.

—Si te vas, no vuelvas, Jesse —pronunció Hadley sintiendo cómo su corazón roto se hacía pedazos todavía más pequeños.

Jesse la miró. El mundo pareció contener la respiración.

—Te quiero, Hadley.

Era la primera vez que decía esas palabras.

La primera vez que ella lo escuchaba.

Apartó la mirada. Se montó en la camioneta.

—Tío, ¿estás seguro...? —gastó su último cartucho Cody Lee.

—Arranca —pronunció Jesse apretando los dientes, luchando para mantenerse entero.

Ninguno de los dos dijo nada más y condujeron hasta Tennessee.

42



Hadley estaba destrozada. Le habría encantado que fuera solo una metáfora, pero no, era literal. Como explicaban en demasiadas canciones, no tenía ganas de comer, le costaba dormir y lo único que hacía era quedarse las horas con la mirada perdida pensando en Jesse.

Jesse.

¿Por qué había tenido que marcharse? Habrían encontrado una solución... Habrían conseguido que las cosas, de alguna manera, funcionasen con Legacy... ¿Por qué no le había dado la oportunidad de irse con él?

Se habría ido con él, a Tennessee, a esa casa de tejado marrón claro y paredes blancas y crema, a ese porche... Hadley se habría quedado el resto de su vida en ese porche viendo atardecer, con el ruido de los grillos y el olor a lluvia y tierra mojada, con una cerveza fría y con él... y habría sido feliz.

Y era cierto que todavía podía hacerlo. Montarse en un avión, presentarse allí, decirle que ella también lo quería... Pero es que Jesse había elegido por ella, como su padre, como Sebastian, y, por mucho que doliese, que lo hacía más que respirar, no podía estar con alguien que pensase que proteger significaba decidir por los dos.

Llamaron suavemente a la puerta.

Hadley se limpió las lágrimas que sin darse cuenta le habían caído por las mejillas y se incorporó hasta sentarse en la cama.

—Adelante —dio paso.

Vivian asomó la cabeza antes de entrar del todo con una suave sonrisa y cerrar a su paso.

—Te he traído provisiones de las buenas —anunció moviendo una bolsa de papel marrón que le pasó—. Nada de esas pijadas de *macarons*. Estas cosas se superan con chocolate.

Hadley abrió la bolsa y no pudo evitar sonreír, una sonrisa pequeña y sin luz, cuando vio un montón de chocolatinas, sobre todo, 3 Musketeers.

—Las mejores —sentenció su madrastra guiñándole un ojo—. ¿Puedo? —planteó señalando la cama.

Hadley asintió al tiempo que cogía una chocolatina; le pasó la bolsa a Vivian. No le apetecía comer, pero el chocolate le pareció una buena terapia.

—¿Has hablado con él?

Él. Jesse se había apropiado incluso de ese pronombre personal. No había otro «él» posible. Hadley empezaba a odiarlo un poco.

Negó con la cabeza.

—Los tíos como Jesse son así —dijo Vivian encogiéndose de hombros—. Si piensan que están haciendo lo correcto, no dan marcha atrás, por mucho que les duela.

Ella no venía de Tennessee, ni siquiera del sur. Pero el medio oeste se le parecía en muchos aspectos y, cuando te crías en un parque de caravanas a las afueras de Omaha, en Nebraska, aprendes un par de cosas.

—No quiero hablar de él.

«Él» era más fácil que «Jesse».

Estaba cansada de que ocupara su cabeza el noventa y cinco por ciento del tiempo, incluso cuando dormía. Empezaba a ser más patético que triste.

Vivian se tomó un momento para observarla, estudiándola.

—Pues hablemos de ti —dijo enderezándose y sacudiéndose las manos.

Hadley frunció el ceño confusa.

—¿Este va a ser tu plan de vida a partir de ahora? ¿Quedarte en esta cama para siempre? Porque la Hadley alucinante que yo conozco te ha dejado temporalmente a los mandos de esta nave, no la decepciones.

Hadley la miró esperando una especie de epifanía, como en las películas, cuando un personaje se presenta delante de otro, le dice «Ey, despierta» y el otro mágicamente recupera las ganas de enfrentarse a todo, pero no llegó.

—No sé qué pretendes que haga —contestó, y su voz sonó con ese extraño cansancio que no viene del agotamiento, sino de la tristeza.

—Lo que haga falta.

—¿Para qué?

—Para recuperar Legacy.

Legacy. Otro punto de inflexión. Lo que lo había empezado todo y lo que lo había acabado y, aun así, seguía queriéndola porque no hacerlo era como dejar de querer un poco a Calder.

—No sé si puedo —se sinceró Hadley.

Vivian sonrió como si viese algo que ella no era capaz de ver.

—La Hadley alucinante podría.

Y no fue como en las películas, pero fue una chispa.

Una chispa pequeñita que Hadley al principio ni siquiera notó, pero que siguió viva cuando se pasó dos días con un maratón de

Anatomía de Grey y las dos horas que se llevó con los auriculares, escuchando canciones tristes y volviéndolas a escuchar cuando no habían dolido lo suficiente. Así cinco días enteros, hasta que simplemente pasó.

Estaba delante del espejo, desenredándose el pelo tras la ducha después de tres días sin quitarse el pijama, y se vio, y no se reconoció, y no le gustó.

Y supo que era el momento de hacer algo para cambiarlo.

43



Hadley montó su cuartel general en su apartamento de Manhattan, el mismo donde había ideado su plan para Legacy meses atrás.

Rediseñó estrategias. Hizo una lista de nuevos patrocinadores. No los obvios de un equipo de Fórmula 1. Fue más lista. Miró más allá. Gente más valiente, más innovadora, más capaz de ver por encima del supuesto riesgo. Se centró en cada miembro de la junta. Los dividió entre los que la apoyaban, el núcleo duro de Whitemore y los indecisos, los primeros a por los que ir. Así, cuando Whitemore descubriera que pretendía volver e intentara hablar con ellos, ya estarían del lado de Hadley.

No fue fácil. Trabajó más que nunca. Arriesgó muchísimo. Pero consiguió arrinconar a Whitemore, cuyo plan a corto plazo era vender la escudería para ganar más dinero, y sacarlo junto a los suyos de la junta. Se encargó de que sus acciones las comprara gente que realmente creía en el proyecto.

Y Hadley recuperó Legacy.

—Sabía que podrías —dejó claro Presley al otro lado de la línea sin dudar—. Mi chica es grande, muy grande. Nunca lo he dudado.

Hadley sonrió.

—¿Estarás en Abu Dabi?

Era el último Gran Premio de la temporada.

—Por supuesto.

Presley había cuidado del frente por Hadley y, con su empresa de relaciones públicas, había conseguido cambiar la narrativa a favor de Legacy y, más que nada, que el foco estuviera en lo deportivo, como el podio, P3, que Edward había conseguido en el Circuito de Losail.

—Nos vemos en tres días.

—Nos vemos en tres días.

Hadley colgó justo antes de que las puertas del ascensor se cerraran y, cuando lo hicieron, tuvo que respirar hondo, con fuerza. No le pasaba siempre, pero en muchas ocasiones, cada vez que se quedaba sola y no había nadie ante el que ser profesional o una sonrisa que devolver, la tristeza la golpeaba con una precisión casi quirúrgica. Porque todo lo que Hadley quería era poder compartir todo eso con Jesse, contarle que lo había logrado, que él los tumbara en la cama y le dijese que estaba orgulloso de ella antes de besarla y tocarla hasta que ninguno de los dos pudiera más.

Pero ya no tenía nada de eso.

Un estridente pitido sonó indicando que las puertas iban a abrirse. Hadley se obligó a recomponerse y, para cuando puso un pie en la planta de vicepresidencia de Carmichael Multinational, nadie podría haber dicho que había estado a punto de derrumbarse en el cubículo hiperiluminado.

Se había convertido en una especie de ninja. Fuerte y resolutiva por fuera, un corazón hecho trizas por dentro.

—La están esperando en su despacho —le informó su secretaria.

Hadley la miró esperando a que le dijera quién.

—El señor Aldridge.

Sebastian.

Hadley frunció el ceño. ¿Qué hacía allí? Las preguntas no la llevaban a ninguna parte y decidió obtener respuestas.

Cuando entró en su oficina, por un momento, tuvo la sensación de que el tiempo no había pasado. Sebastian estaba arrebatador, como siempre; el traje de chaqueta perfecto, la camisa perfecta, la corbata perfecta... Él, perfecto. Y le sonó a seguridad, a lo fácil que las cosas parecían antes.

—¿Qué quieres? —le preguntó. No sonó hostil. Tampoco amable.

—Edward me ha contado lo de Jesse. Quería saber si estabas bien.

Hadley lo estudió con la mirada.

—Lo estoy.

—No es cierto.

—Y sigue sin ser asunto tuyo.

—Hadley, por favor —frenó la conversación dando un paso hacia ella—. Te prometo que solo quiero saber si estás bien.

Ella respiró nerviosa al tiempo que perdía su mirada en el suelo.

—No lo estoy —confesó al fin.

Porque Sebastian parecía lo seguro, lo fácil. Lo que siempre había funcionado.

Él dejó escapar todo el aire de sus pulmones sin mirarla.

—Vámonos a comer algo. A La Masa, como siempre. —Ese «como siempre» se infiltró entre las defensas de Hadley—. Hablaremos y te sentirás mejor.

Estuvo a punto de aceptar, pero en la décima de segundo en la que el sí iba a llegar, lo hizo el ruido de un rodeo de una pequeña feria, el sabor del algodón de azúcar, las risas de verdad, auténticas.

No porque fueran lo seguro.

Ni lo fácil.

Ni siquiera «como siempre».

—Será mejor que te marches, Sebastian —dijo Hadley.

—¿Qué?

—Las cosas no han cambiado.

—¿Cómo que no? —replicó molesto—. Jesse se ha largado. Tú y yo... Maldita sea, Hadley, yo te quiero.

Pero el problema con los «te quiero» es que, cuando oyes el que hace que tu corazón lata más rápido, todos los demás dejan de tener valor.

Hadley dio una bocanada de aire sin levantar los ojos de él.

—Lo siento —realmente lo hacía. A fin de cuentas, no creía que Sebastian fuera un mal tipo y estaba segura de que haría a alguna chica rematadamente feliz—, pero yo no siento lo mismo por ti.

—No lo has intentado.

—No hay que hacerlo, Sebastian. Y, en el fondo, tú tampoco quieres estar con una persona que se queda a tu lado como parte de un experimento.

Él dejó escapar una risa sin humor y negó con la cabeza.

—Sabía que no teníamos que haber ido a esa estúpida carrera en Daytona —protestó con amargura y rabia, pasando por su lado y caminando hacia la puerta.

—Esa carrera es lo mejor que me ha pasado en la vida —susurró ella para sí.

Para bien o para mal, seguía siéndolo.



Dos días después, Hadley voló a Emiratos Árabes Unidos. Era principios de diciembre y fue cuando menos curioso ver prácticamente las estaciones pasar desde la nieve en Nueva York hasta los veinticinco grados y un sol de justicia en Abu Dabi.

—¡Mirad a quién tenemos aquí! —gritó divertido Edward en mitad del box cuando vio entrar a Hadley—. A nuestra única, increíble y alucinante jefa. —Con la última palabra sonrió orgulloso y feliz porque quería a Hadley como a una hermana.

Ella le devolvió la sonrisa, que se transformó en una risa un poco tímida cuando el resto del equipo empezó a aplaudir.

—Parad ya —se quejó Hadley sin poder dejar de sonreír.

—Bienvenida de vuelta —la recibió Julian.

—Muchas gracias.

Muy pronto esa extraña sensación de rutina mezclada con una expectación desbordante se hizo con el espacio. Era lo mismo de cada carrera, pero emocionante cada vez.

Hadley fue a su despacho para comprobar algunos números y estar al tanto de los movimientos de la FIA. Los comisarios que había comprado Whitemore habían sido despedidos, pero Hadley prefería tenerlo todo controlado para que nadie pudiese pillarla por sorpresa.

Estaba sentada delante del ordenador cuando le pareció sentirlo, a Jesse. La sensación duró un momento y se evaporó. Le pasaba mucho. Cuando algo le parecía divertido, se giraba para contárselo. Cuando se despertaba en mitad de la noche, adormilada, lo buscaba.

—Cuando quieras puedes empezar a comportarte como una persona normal... —murmuró para sí.

—Hadley.

La voz le resultó familiar, más que eso. Era la voz. Hadley levantó la cabeza e inmediatamente sonrió.

—Por fin estás aquí.

—Siento el retraso.

—No pasa nada. Estás perdonada —contestó Hadley con grandilocuencia, como si se hubieran trasladado a la época de Regencia y ella fuese la reina de Inglaterra.

Presley sonrió.

—Tenemos que hablar.

44



DOS DÍAS ANTES

Jesse estaba sentado en el porche de su casa. Tenía una cerveza helada en la mano, su marca; el atardecer era especialmente bonito, naranjas que iban escalando tonos rojizos hasta casi alcanzar ese color; el campo, poco a poco, iba cayendo en esa extraña serenidad mientras las hojas de los árboles se agitaban.

Todo estaba en paz.

Y, sin embargo, todo estaba vacío.

Cuando Jesse y Hadley habían estado allí después de Monza, él comprendió, como se comprenden las cosas importantes, sin intentarlo, que su casa ya no era un refugio, era un hogar. Jesse volvió de Las Vegas pretendiendo usarlo como la primera opción y se dio cuenta de que ya no servía porque no había marcha atrás.

Esas cuatro paredes ya eran un hogar y eso, sin la persona que había hecho que fuese posible, se quedaba vacío.

Cody Lee salió de la casa y se dejó caer en el otro extremo de las escaleras. Se levantó un poco la gorra y le dio un trago a su cerveza.

Últimamente los días habían entrado en esa especie de *impasse* con forma de rutina. Se levantaban, arreglaban coches en el taller,

no hablaban de nada que fuese mínimamente importante y después se sentaban allí.

Cody Lee sabía por qué Jesse necesitaba justo aquel pedacito de la casa.

Jesse prefería fingir que todo estaba bien. No estaba orgulloso, pero desde que volvió de Las Vegas se había forzado una y otra vez a entender las cosas, a pasar página. Pasó lo que pasó. Hizo lo correcto. Se acabó... Pero con ella eso parecía más complicado que ganar Indianápolis.

Llevaba semanas así y no tenía pinta de mejorar. Tampoco era que se estuviese esforzando demasiado.

El ruido de un coche ralentizando la marcha hizo que ambos levantaran la cabeza para descubrir un SUV dirigiéndose hacia la casa.

Los dos se pusieron en pie. El todoterreno se detuvo. Y Julian se bajó de él.

Jesse se humedeció el labio inferior sin estar seguro de cómo sentirse. Su padre se largó cuando era un crío. Nadie jamás había ocupado ese hueco. Nada de padrastros, un entrenador, el jefe del primer taller donde aprendió a trabajar. Y era raro, pero que el hueco no se hubiese llenado no significó que desapareciese, y la primera persona que encajó en él fue Julian.

No fue una cuestión de palmaditas en la espalda ni que hubiese creído en él desde el principio. Es más, no lo hizo, pero le dio una oportunidad incluso cuando no confiaba en él, lo que tenía más valor; le dio margen para ser como era y lo cuidó.

Pero Jesse ya no era una pieza de ese equipo. Otra cosa que le dolía hasta cortar el aliento.

—Así que aquí es donde vives —comentó Julian observando la casa, los árboles—. Me gusta.

Jesse asintió.

—¿Puedo preguntar qué haces aquí?

No quería ser maleducado ni sonar como un desagradecido, pero en aquel momento estaba tratando de que todo se quedara en el maldito pasado y visitas como esa no ayudaban.

—¿Una cerveza? —preguntó Cody Lee.

—¿Tienes sin alcohol?

—Se ha equivocado de estado.

Julian sonrió con suavidad. Esa sonrisa tan de padre.

—Agua, entonces.

Cody Lee asintió y regresó al interior de la casa.

Cuando se quedaron solos, el silencio del ambiente, que allí nunca estaba realmente callado del todo, empezó a sonar: los árboles, los grillos...

—¿A qué has venido? —se parafraseó Jesse.

—Te lo debía —contestó Julian sincero.

Jesse le mantuvo la mirada, pero no habló.

—Después de todo lo que ha pasado, creo que es importante que sepas que nada de lo que ocurrió fue culpa tuya. Tú lo hiciste bien. Ellos te la jugaron.

—Gracias por decirlo.

—Las cosas a veces son así de injustas. No debería de servir como respuesta, pero es la verdad. Tú hiciste de Legacy un equipo y quiero que sepas que estoy orgulloso de ti.

Jesse bajó la mirada, concentrándola en cómo la punta de una de sus botas jugueteaba con la tierra.

Ni su padre. Ni un padrastro. Ni un entrenador. Ni un jefe. Nunca le habían dicho eso.

Julian dio un paso hacia él.

—No te estoy diciendo que vuelvas, Jesse, pero no quiero que sientas que tuviste que irte con la cabeza baja por las fichas que otros movieron en tu contra.

—Si hubiera sido solo en mi contra, me habría quedado —sentenció Jesse, hablando por fin.

Julian lo entendió perfectamente sin necesidad de que ninguno de los dos mencionara a Hadley.

—Whitemore ha mordido el polvo. Hadley vuelve a ser la CEO de Legacy.

Al oírlo, Jesse sonrió de verdad por primera vez desde que había vuelto a poner los pies en Tennessee. Estaba jodidamente orgulloso de ella.

—Me he asegurado de que la FIA limpie tu nombre —añadió.

—Gracias.

Julian miró a su alrededor. Aquel lugar realmente tenía algo.

—Tengo que irme. Esta noche vuelo a Abu Dabi desde Memphis.

—La última carrera —pronunció Jesse. Necesitaba hacerlo, aunque no entendiese por qué.

Julian asintió.

—Cuídate, Jesse.

—Lo mismo digo.

Caminó hasta el todoterreno y abrió la puerta, pero, cuando estaba a punto de montarse, se giró de nuevo hacia el porche.

—Hemos inscrito tu número en Abu Dabi —le contó—. Solo quería que lo supieras.

Jesse no contestó. ¿Qué demonios iba a decir? ¿Gracias? A duras penas se estaba conteniendo para no montarse en ese coche, para no irse hasta los Emiratos Árabes Unidos conduciendo si hacía falta. Pero nada de eso era buena idea. No se fue por no poder pilotar. Se fue por Hadley y tenía que ser consecuente con ello.

Julian tampoco añadió nada más, se subió al SUV y se marchó.

El viento volvió a soplar, más fuerte, como si Tennessee también tuviese algo que decir. El corazón le latía a Jesse con una fuerza casi violenta en el centro del pecho.

Sabía lo que quería.

Sabía lo que no podía tener.

Lo odiaba.

Y el centro de todo: Hadley. La manera en la que sonreía; cómo lo miraba cuando entraba en una habitación; la visión perfecta de tenerla debajo de él. En ese puto momento nada más importaba y ya no se trataba solo de eso. Hadley era algodones de azúcar y rodeos y llevar su camiseta y sus piernas balanceándose mientras estaba sentada en la encimera de la cocina en su casa, que ya era de los dos, en ese porche, que ya era más de ella que de él.

—Es culpa de mi hermano Kurt.

La voz de Cody Lee llegó desde la puerta de casa.

—Eres la persona que más tarda del mundo en coger un vaso de agua.

Fue el desesperado intento de Jesse de cambiar de tema. Cody Lee no picó.

—No de él literalmente, aunque también —concretó caminando hasta quedarse a un paso de las escaleras—. Es de la infancia que tuvimos. Tu padre, va el desgraciado y se larga, y tu madre se queda enganchada a él, esperándolo, aunque sabe que no va a volver, descuidándote porque está demasiado triste, porque toma demasiadas pastillas para dormir. En el colegio saben cómo lo pasamos y les damos lástima, pero no nos ayudan porque la vida es así. Y mi hermano es un cabrón que me parte la cara todos los días por deporte y tú me defiendes. Tú asumes la responsabilidad —hizo hincapié Cody Lee mirándolo a los ojos—, igual que haces con tu

madre, y aprendes ese puto patrón de mierda: que que alguien te importe es asumir la responsabilidad, decidir, sacrificarse.

—Cody Lee —trató de frenarlo, y la voz le salió ronca, casi rota.

—No —respondió su amigo sin piedad porque lo quería demasiado para verle equivocarse por culpa de errores que cometieron otros cuando ellos solo eran unos críos—, porque lo repetiste con Elena. Y sé que ella tenía una vida complicada, que su posición era un asco, pero nunca debió permitirte cargar con todo.

—Hice lo correcto.

—No. —Esa vez casi gritó—. Hiciste lo que aprendiste a hacer. Lo que llevas toda tu vida haciendo. Tenías siete años y te responsabilizaste de mí. Te quiero como a un hermano, eres mi hermano, pero ¿en serio crees que fue sano para ti que cargaras con eso?

—¿Y qué se supone que tendría que haber hecho? —estalló Jesse —. ¿Quedarme mientras Hadley lo perdía todo porque yo estaba allí?

—Tendrías que haberla dejado elegir. Lo único que te pidió.

Él negó con la cabeza, apretando los dientes, tratando de contenerse.

—Me habría elegido a mí.

—¿Y?

—¡Que no habría sido justo, joder! Legacy es su sueño, el de su hermano. Más que eso. Ella tiene una buena vida, en Nueva York, con su trabajo, sus amigos, ¿por qué demonios iba a querer esto? — Movió las manos señalando vagamente a su alrededor.

—¡Porque estás tú! ¡Porque a lo mejor es lo que quiere! Da igual el motivo. Lo importante aquí es que era su elección y tú se la quitaste. Puede que los motivos te honren, pero, lo que hiciste, no.

Una de las cosas que más torturaban a Jesse era recordar las palabras de Hadley. «Por favor, no decidas por mí. Tú, no».

Theodore, Sebastian, lo habían hecho y él sabía cómo se había sentido ella. Odiaba, como no había odiado nada en su vida, haberla hecho sentir así.

—Esta casa —dijo mirándola, con la respiración suavemente entrecortada y las manos en las caderas—. Ni siquiera soporto estar aquí sin ella.

Una leve sonrisa se coló en los labios de Cody Lee.

—Lo sé.

—Y esa maldita canción... —añadió rápido.

«You're Still the One». La que escuchó con Hadley mientras iban hacia allí en la camioneta, la que luego sonó en el porche. Lo perseguía por todas partes.

—No te creas que no te vi pegarle una patada a la radio.

—¡Y ni siquiera era la canción en cuestión! —replicó desesperado Jesse.

—Pero se le parecía —entendió el problema Cody Lee.

Jesse dejó escapar un resoplido cansado, breve y mordaz.

—Todas las putas canciones se le parecen desde que volví de Las Vegas.

Los dos se quedaron en silencio. Jesse no había podido dejar de pensar en Hadley un solo segundo. Esa era la verdad.

—La quiero —sentenció en voz alta.

La sonrisa de Cody Lee se hizo un poco más grande.

—Eso también lo sé. —Lo conocía demasiado bien y estaba demasiado claro que Hadley se le había metido bajo la piel—. ¿Y qué vas a hacer?

Jesse se quedó en silencio, hay quien habría dicho que pensativo, pero solo estaba dejando encajar cada cosa en su lugar hasta que esa sonrisa torcida, engreída e irritante, la sonrisa que esbozaba para fastidiar, un poco, a Hadley, se dibujó en sus labios.

—Lo que mejor se nos da —contestó Jesse—, recuperar a la chica.
Cody Lee asintió orgulloso.
—Es la primera vez, pero confío en nuestro éxito.

45



DE VUELTA EN EL GRAN PREMIO DE ABU DABI

Hadley revisó todos los datos con Presley y volvió al box. Estaba comprobando las marcas de Edward en la última práctica libre cuando lo vio, en la pantalla, el número 46.

El número de Jesse.

Antes de darse permiso, volvió a sentirlo... el levantar la mirada hacia el trazado y verlo montado en el monoplaza, con el casco puesto, a punto de salir disparado, cómo él la miraba a ella.

—Hadley.

Su cuerpo se paralizó. Ningún recuerdo podía ser tan real. Se giró y allí estaba, con sus vaqueros gastados, con su camisa de cuadros, con la bolsa colgada al hombro, el pelo revuelto y esos ojos de tantos colores a la vez poniéndoselo complicado.

Quiso pronunciar su nombre. Quiso preguntarle muchas cosas, pero guardó silencio. Porque otro recuerdo se materializó entre ellos, ella pidiéndole que no se fuera y él marchándose igual.

—Si has venido para correr ahora que la FIA ha limpiado tu nombre —dijo rápido antes de arrepentirse—, Legacy te lo agradece. Tu número está inscrito y tu coche, listo. Prepárate.

Jesse le mantuvo la mirada mientras todos en el box contenían la respiración.

—No he venido solo a correr. Pero tú decides.

No era cómo Jesse pretendía enfocar las cosas, pero eso no iba de lo que él necesitaba o de cómo pensaba que podía arreglarlo. Le había hecho daño, la había jodido y tocaba dejar que ella marcara el ritmo. El que necesitase. Cuando lo necesitase. Él no iba a cansarse de esperar.

Hadley no respondió, solo giró sobre sus talones y se alejó. Se obligó a no caminar rápido, a no flaquear, y cuando la puerta del despacho se cerró a su espalda, se desparramó. «Está aquí». Se sentó. Apoyó los codos en la mesa y las mejillas en las palmas para un segundo después pasárselas por la cara. «Está aquí». Cerró los ojos mientras sentía el corazón latiéndole como un loco, uno de sus tacones golpeteando nervioso contra el suelo.

—Está aquí —susurró.

Respiró hondo, o al menos lo intentó, sin saber qué paso dar a continuación. Habría elegido quedarse encerrada en su despacho hasta que todos estuviesen de vuelta en el hotel, pero, uno, era una adulta, no había hecho nada malo y no iba a esconderse, y dos, Edward habría estado riéndose de ella durante meses.

El plan estaba claro: salir, ignorarlo, seguir adelante con su vida. Pero el universo decidió ponérselo complicado y, al abandonar su despacho, prácticamente se chocó con Jesse, que venía de cambiarse, con el mono de carreras abrochado solo hasta el esternón.

¿Por qué tenía que ser tan estúpidamente guapo? Le parecía una broma cruel del destino.

—Hadley —la saludó con el *south drawl* modulando su nombre de la manera más cálida y sexy del mundo.

Ella aguantó el tirón. No contestó. Pero entonces lo vio caminar como si nada de vuelta al box y la sangre le hirvió.

—¿De verdad vas a comportarte así? —estalló antes de poder controlarse.

Jesse se giró despacio y la miró a los ojos sin dudar, lleno de esa aplastante naturalidad.

—Te estoy dando tiempo y espacio. Todo el que necesites. Todo el que quieras hasta que decidas que podemos hablar.

Se lo estaba poniendo tan fácil, estaba siendo tan comprensivo, que eso le molestó aún más porque ella no se sentía para nada así.

—¡Yo no quiero hablar contigo! —siseó dando un paso hacia él clavándole el índice en el mono—. ¡Ni ahora ni nunca!

¡Estaba tan cabreada! Como si toda la rabia, la tristeza, la desesperación que había sentido las semanas pasadas hubiesen explotado justo en ese momento.

—¡¿Te haces una idea de cómo han sido estas semanas?!

Jesse odiaba verla así, pero no tenía a nadie a quien culpar más que a sí mismo. Se equivocó y le hizo daño y lo odiaba.

—Sí, Hadley, me la hago porque para mí también han sido un infierno.

—La diferencia es que tú elegiste meternos en él —escupió Hadley furiosa y más triste que nunca.

—Hice lo que creí que era correcto. —Jesse necesitaba desesperadamente que lo creyera. Sabía que se había equivocado, pero no fue porque no le importara ni porque por un solo segundo hubiese dejado de pensar en ella—. Ahora sé que la jodí eligiendo por ti, pero necesito que sepas que pensé que estaba haciendo lo mejor, no para Legacy, para ti. Podía aguantar el recibir los golpes, pero no podía soportar que fueras tú quien los recibiera.

Los ojos de Hadley se llenaron de lágrimas. Entendía que no había sido egoísta ni impulsivo, que se había sacrificado por ella, pero, al final, fuera por el motivo que fuese, el resultado era el mismo.

—Me correspondía a mí decidirlo.

—Lo sé.

—Y me correspondía a mí elegir si Legacy valía más para mí que tú.

Jesse tragó saliva.

—Lo sé.

Hadley no pudo luchar más y las primeras lágrimas empezaron a caer.

—Me habría ido a Tennessee contigo, maldito idiota.

Jesse le mantuvo la mirada, la suya también se volvió vidriosa. Dicen que el último golpe siempre es el peor y aquel le había dado de lleno.

—Lo sé —contestó con la voz ronca.

Hadley lo miró. Lo quería. Al final, esa idea era la que siempre sobrevivía.

«¿Por qué tuvo que acabar todo así?», era lo único que conseguía pensar.

—Pues espero que sepas también que lo estropeaste todo, Jesse.

No dijo nada más, no le dejó decirlo a él y regresó a la zona central del box. Jesse apareció unos segundos después. Quería seguir hablando, tratar de convencerla de que volviera a confiar en él, pero sabía que le debía el parar y esperar, por mucho que doliera no poder correr a abrazarla.

—¿Ahora compartes tu tiempo con los mecánicos? —comentó Jesse sorprendido al salir al asfalto y ver a Edward, al mismísimo Edward Haistead, agachado junto a su fórmula uno, trabajando en el motor como uno más.

—Bueno, alguien debía hacer tu trabajo —bromeó concentrado todavía en lo que tenía entre manos—. Ya sabes, para mantener alta la moral del equipo.

Jesse asintió. Quería seguir bromeando, pero resultaba complicado. Cada vez que se quedaba callado, veía la cara de Hadley llena de lágrimas.

Los preparativos de la carrera siguieron su curso, pero el aire entonces era diferente. Sabía mejor porque el equipo volvía a estar unido.

Después del *pit lane*, los invitados vip y el himno, por fin dieron la señal de arrancar motores.

En su monoplaza, Jesse giró la cabeza hacia el box y vio cómo Hadley se colocaba los cascos. El director de equipo estaba recordando los puntos principales de la estrategia de la carrera.

Las cinco luces.

Los pilotos salieron disparados.

Todos menos uno.

Jesse.

Julian y los demás en el muro de boxes se giraron hacia él. Hadley frunció el ceño y dio un paso al frente. El fórmula uno seguía quieto.

—Jesse, ¿todo bien? —preguntó Julian.

No contestó.

Un segundo más de silencio.

—Hadley —su nombre sonó claro en mitad del ruido constante de la carrera, aunque lo único que ella era capaz de oír era el sonido de su corazón.

No respondió, pero Jesse sabía que lo estaba oyendo.

—Dime que me quieres. —Jesse tragó saliva—. Me equivoqué. La jodí donde otras personas que te importaban la habían jodido antes que yo, y dan igual las excusas, da igual si me perdonas algún día,

lo siento y no espero nada a cambio por decirlo. Solo quiero que lo sepas.

Hadley bajó la cabeza sintiendo lo que esas palabras significaban. No le estaba pidiendo perdón para conseguir algo, lo estaba haciendo porque ella merecía oír esa disculpa.

—También quiero que sepas que no voy a irme a ninguna parte. No me importa lo feo que se ponga todo, que crea que es lo mejor. Me has enseñado que querer no es decidir por otro, es quedarse y decidir entre los dos cómo afrontar todo lo demás. Juntos. Así que la única manera en la que me alejaré de ti será que tú me lo pidas. Por eso necesito que me digas que me quieres. Si todavía lo haces. Porque necesito saber por quién voy a ganar esta carrera, si por ti o por nosotros.

Jesse respiró hondo. Sintió la adrenalina de la carrera, de ese momento concreto de su vida entremezclarse con el alivio de saber que estaba poniéndolo todo en el sitio correcto. Estaba en paz.

—Yo te quiero, nena. Pase lo que pase, te voy a querer toda la vida.

El silencio se comió la radio. Nadie se atrevió a hablar. La respiración de Hadley se aceleró. Saltar o no saltar, no había más.

—Te quiero, Jesse. Gana por nosotros.

En cuanto oyó esa frase, sonrió y aceleró. En cuanto ella la pronunció, una risa nerviosa, liberadora, feliz, se escapó de sus labios.

Había saltado, sí. Pero estaba segura de que había merecido la pena.

La carrera fue una locura. Pero también emocionante. Preciosa. Inesperada... Y Jesse ganó porque voló.

En cuanto el coche se detuvo a unos metros de la meta, lanzó las protecciones, se bajó, se deshizo del casco y corrió hacia la zona de

boxes. Hadley se quitó los cascos e hizo lo mismo.

Se encontraron, ella saltó a sus brazos, él la sostuvo con fuerza. La conexión, el circuito, Abu Dabi, brillaron.

Hadley hundió la cara en el cuello de Jesse, con sus brazos rodeándolo, con sus piernas haciendo lo mismo con su cintura mientras él la estrechaba más y más.

—Te quiero.

Él volvió a sonreír al oírselo decir y sintió que el puto vacío por fin se llenaba, que había llegado a su hogar. Porque su hogar era ella.

—Te quiero.

Ella respiró por primera vez en semanas y no dolió. Ese segundo que le recordaba que se rompería después se apagó. Estaba entera. Seguiría estándolo.

Los dos habían aprendido.

Los dos habían crecido.

Y los dos habían entendido que lo que pasó en aquella carrera de la NASCAR no fue casualidad. Se eligieron desde que se vieron por primera vez en Daytona.

Epílogo(s)



Hadley

TENNESSEE

—Los veo —dije echando dos fichas de póquer gastadas al centro de la mesa de jardín, que también había visto tiempos mejores, con mis cartas abiertas en abanico casi a la altura de mis ojos.

El sol apretaba. En Tennessee siempre lo hacía en esa época del año, pero la brisa que llegaba moviendo las hojas de los árboles y el olor a hierba lo hacían terriblemente soportable.

—¿Qué tienes? —preguntó Cody Lee sentado enfrente.

Yo entrecerré los ojos.

—Tú primero.

—No, tú.

—No, tú.

Los dos nos quedamos callados, observándonos, un duelo de miradas.

—¿Tú tienes algo? Porque yo no tengo nada —planteé honesta, cambiando el tono de voz.

Cody Lee aguantó un segundo haciéndose el interesante.

—Yo tampoco —confesó al fin.

Volvimos a mirarnos y nos echamos a reír.

La puerta sonó en ese momento seguida del suave golpe de la de malla metálica. Después, unos pasos haciendo crujir el porche.

—¿Quién gana? —preguntó Jesse dejándose caer hasta sentarse en el primer escalón.

—Empate —respondí con seguridad.

Él sonrió. Mi sonrisa favorita, incluso cuando me ponía de los nervios.

No dijo nada más. Solo se echó hacia atrás hasta apoyar la cabeza en la madera y le dio un trago a su cerveza sin levantar los ojos de mí, pero mi cuerpo lo interpretó a la perfección. La manera en la que estaba sentado, cómo tenía la muñeca descansando desinteresadamente sobre la rodilla. La forma en la que me miraba. Nada era inocente. Con Jesse, nunca lo era. Era una provocación.

Podría haber aprendido de Cody Lee y hacerme la interesante, pero ¿quién quería perder un segundo cuando podía estar en el mejor lugar del mundo?

Me levanté y caminé hasta él con una sonrisa indisimulable en los labios. Mientras, esa perezosa, un poco engreída y absolutamente increíble seguía en los suyos. Hay quien podría pensar «Ya la tiene donde quiere», pero estaría equivocado porque yo estaba yendo exactamente al único sitio a donde quería ir.

Sin embargo, estaba a un mísero paso cuando un claxon nos sobresaltó a los tres.

Llevamos nuestra vista a la entrada a tiempo de ver un precioso Range Rover recorrer el camino de tierra.

Yo sonreí encantada. Tenía claro quiénes eran. Jesse fingió poner los ojos en blanco, pero sabía que estaba contento como yo y de reojo creí ver a Cody Lee alisarse la camiseta.

Me hice una nota mental: indagar en eso después.

—Sí, señor, me encanta este sitio —fue lo primero que dijo Presley al bajarse del asiento del copiloto, levantando su vista hasta las copas de los árboles y mirando a su alrededor.

Mientras iba hasta ella y le daba un abrazo, la otra puerta se abrió y directamente sonó una protesta.

—El asfalto se inventó para algo —se quejó Edward.

—Eddie, no seas gruñón —lo riñó Presley.

Y automáticamente todos menos él sonreímos.

—El diminutivo ha calado, ¿eh? —lo pinchó Jesse.

—Y la culpa es toda tuya.



Después de una visita guiada por la casa y el garaje, me cambié de ropa y fuimos hasta el Memphis International Raceway, el circuito de la ciudad. Aquella noche había carrera, pero nosotros solo seríamos espectadores.

Nos lo pasamos genial, sentados entre la gente que no tenía ni idea de quiénes éramos, comiendo nachos y bebiendo limonada helada, riéndonos fuerte y queriéndonos más. Era el efecto Tennessee.

Acabamos en un bar de la calle Beale hasta la bandera, con un par de mesas de billar al fondo, mesas de madera rebarnizadas con asientos corredizos de cuero y una canción de Blake Shelton sonando desde una gramola.

—¿Me estás diciendo que al final robasteis las piezas equivocadas? —planteó Edward tratando de asegurarse de que no había oído mal mientras Presley se moría de risa y Cody Lee asentía resignado con los ojos cerrados.

—Casi me matan con los pantalones bajados para nada —se lamentó.

Jesse sonrió.

—Tendríamos que haberlo planeado mejor —convino.

—O haberos dado cuenta de que era una mala idea —aporté yo.

Jesse negó con la cabeza.

—Las malas ideas son lo nuestro.

—Somos famosos en Tennessee por eso —apuntó Cody Lee.

—No solo aquí —les recordó Presley.

—*Signorina, per favore* —recitamos a coro Edward, mi amiga y yo, recordando la mejor anécdota de Monza—, *mi amico* necesita ayuda.

Tan pronto como pronunciamos la última palabra, todos rompimos a reír, incluido Jesse desde detrás de su botellín de cerveza mientras Cody Lee aguantaba el chaparrón.

—Era una pelirroja muy guapa —se defendió.

—¿Qué pasa, vaquero? —replicó Presley—. ¿Solo te van las pelirrojas?

Cody Lee la miró y negó con la cabeza.

—Para nada.

—¿Quién me presta veinticinco centavos? —pedí moviendo la mano con la palma abierta.

Jesse fue el más rápido. Estiró ese cuerpo diseñado para el placer y el pecado levantando solo el culo del asiento y se sacó una moneda del bolsillo de los vaqueros.

—Eso ha sido muy sexy —dije justo antes de darle un beso rápido.

Él no dijo nada, pero no levantó la mirada de mí y, en cuanto osé alejarme, me agarró de la muñeca y tiró hasta que nuestras bocas se chocaron para besarme. De. Verdad.

En la rockola busqué entre las canciones con el pie siguiendo el ritmo de la que ya sonaba y sonreí al encontrarla. Eché la moneda,

pulsé los botones y regresé a la mesa.

Más chistes malos. Más anécdotas de unos, de otros, de todos. Más cerveza y mi canción empezó a sonar.

No dudé, me levanté y empecé a bailar junto a la mesa. Daba igual, solo era una chica riéndose y pasándoselo bien en un bar. Jesse se levantó, me agarró de la mano y me hizo girar haciendo que el bajo de mi vestido se moviera también al ritmo de la música.

—Esas botas de vaquera sí que son jodidamente sexis —susurró en mi oído sin que dejáramos de bailar, encendiendo cada centímetro de mi cuerpo, haciendo que las ganas se multiplicaran por mil.

Me mordí el labio inferior, busqué su mirada y la encontré. Sabía que siempre la encontraría, que siempre sentiría su mano sosteniéndome si la necesitaba, que nuestra cama, fuera donde fuera, estuviéramos donde estuviéramos, no volvería a ser solo mi cama.

Presley rompió a reír escandalosa, Edward y Cody Lee lo hicieron un segundo después contagiados, como Jesse y como yo.

Era la mejor sensación del mundo. Estar todos juntos. Disfrutar. Y saber que, al cabo de unas horas, cuando quisiéramos, habría un porche desde el que observar el atardecer.

Jesse

NUEVA YORK

«La casa es enorme», eso es lo primero que pensé. No como un rollo vital, sino más bien como «¿Cuánto tiempo tardas en llegar a la cocina para pillar un vaso de agua?».

—Mi padre está deseando conocerte —dijo Hadley a la vez que detuve la camioneta en el patio delantero.

No llevaba las botas de vaquera, una lástima, pero con ese vestido también se me estaban ocurriendo unas cuantas cosas que...

—Jesse —me llamó al orden divertida, sabiendo exactamente qué estaba pensando.

Yo me incliné hacia ella. Su olor mezclado con el de flores de su champú hizo que mi autocontrol tuviera que trabajar mucho y muy duro para dejar las manos quietas.

—En cuanto volvamos al apartamento —le advertí quedándome muy cerca de sus labios—, pienso follarte en el suelo de cada habitación.

Su respiración se aceleró y algo dentro de mí se volvió invencible. Provocarla, jugar con ella, tocarla, todo era una puta delicia, pero sentir cómo se derretía despacio entre mis brazos porque deseaba lo que hacíamos tanto como yo era otro puto nivel.

—¿Es una amenaza? —preguntó con voz trémula, mirándome con esos ojos castaños despiertos, dulces y llenos de curiosidad.

Sonreí. Solo para ponérselo un poco más difícil y, de paso, dejarle claro que sí, cuando estuviéramos solos, no pensaba dejar de hacer que se corriera hasta que estuviese satisfecho.

—Sí, es una amenaza —concluyó por sí misma.

Casi en el mismo segundo, se le escapó una sonrisita tonta, absolutamente encantada, y no me quedó otra que volver a sonreír.

—No hagas eso —me riñó, pero no dejaba de sonreír, así que no obtuvo el efecto deseado—. Mi padre nos está esperando. No puedo entrar ahí pensando en todas las cosas que estoy deseando que tú vuelvas a...

La media sonrisa se colgó de mis labios incapaz de irse mientras no podía levantar los ojos de ella. Era preciosa y un millón de cosas

más, empezando por mucho más inteligente que yo, y todas me volvían completamente loco.

—Si te sonrojas ahora, juro que doy media vuelta a la camioneta y bato el récord de velocidad hasta el barrio de Chelsea.

Hadley rompió a reír otra vez por esa mezcla de excitación y diversión y yo solo pude morderme el labio inferior sin dejar de observarla. La quería. Y la necesitaba cerca. Siempre.

Una empleada de la casa nos recibió. Debía de tener unos cincuenta años y, al ver a Hadley, le dio un abrazo. Yo sonreí y asentí con un «Encantado» cuando nos presentó.

Como vaticiné, la casa era enorme; podía tener cualquier cosa, incluido su propio código postal, y, sin embargo, no me esperaba para nada lo que me encontré.

El señor Carmichael y Viv no nos esperaban en un salón gigantesco con suelo de mármol y alguna estatua para decorar, estaban en un salón... normal. Tamaño normal, muebles normales. Todo... normal.

—¿A que no te lo imaginabas así? —preguntó Hadley en un susurro de listilla mientras su padre y su madrastra se acercaban.

—Para nada —contesté sincero.

El señor Carmichael y yo nos saludamos —nos conocimos, más o menos, en Montecarlo— y Hadley me presentó a Viv.

No iba a negar que al principio de la comida hubo un poco de tensión, pero lo cierto es que enseguida se diluyó. En realidad, era fácil de entender. El señor Carmichael era el padre de Hadley, era lógico que, después de lo que había oído sobre mí, le pareciese peligroso. Por eso lo importante no era lo que hubiese pasado en Montecarlo, sino lo que estaba pasando en aquella cena. Él se estaba esforzando en conocerme y yo, en dar una buena impresión.

No debería ser difícil si obviaba todas las anécdotas que comenzaban con un «Estaba con Cody Lee en un bar...».

A la hora del postre, el señor Carmichael se levantó para ir a buscarlo a la cocina y Hadley se ofreció a ayudarlo.

La seguí con la mirada y sonreí como un idiota. Cuando devolví la vista a la mesa, me di cuenta de que Viv tenía sus ojos clavados en mí.

—Así que tú eres Jesse James —constató el hecho con una voz peligrosamente calmada.

—Eso dicen —respondí.

—Theodore me habló de ti cuando os conocisteis en Montecarlo y la verdad es que no le caíste muy bien.

—Puedo imaginarlo.

—Está claro que en esta cena te lo has ganado.

Sentí el alivio recorrer mi cuerpo. Su padre era muy importante para Hadley, quería hacerlo bien por ella.

—Pero no debería preocuparte él, debería preocuparte yo —sentenció Viv usando un tono aún más siniestro.

Estuve a punto de fruncir el ceño, pero me contuve a tiempo.

—Si le haces daño a mi pequeña —me amenazó en toda la extensión de la palabra—, acabaré contigo. Me he criado en un parking de caravanas de Omaha, no me da miedo ensuciarme las manos.

Yo le mantuve la mirada. Por un lado, estaba contento de que hubiese personas como ella guardándole las espaldas a Hadley, pero, por otro, era el momento de dejar claro que el primero que iba a protegerla, pasara lo que pasase, era yo.

—No tienes nada de qué preocuparte. Hadley es mi prioridad. Aprendí la lección cuando casi la pierdo, así que, créeme, no pienso volver a joderlo jamás.

Ella entrecerró los ojos, observándome, y finalmente asintió satisfecha.

—Ya podéis pasar —casi gritó tomándome por sorpresa.

Un segundo después el señor Carmichael y Hadley entraron con una tarta de chocolate, platos y cubiertos. Nunca había estado tan perdido en mi vida.

—¿Qué tal? ¿Cómo ha ido? —preguntó Theodore sentándose.

—Genial —contestó Viv sin dudar—. Prueba superada.

—¿Le has soltado lo del parking de caravanas? —inquirió Hadley repartiendo los platos.

—Toda la frase y ni se ha inmutado.

Hadley asintió y una sonrisita empezó a trepar por sus labios mientras yo no dejaba de mirarla.

—Pero ¿qué demonios...? —solté al fin.

Ella no pudo más y rompió a reír. Justo después lo hicieron su padre y Viv. ¡Me habían tendido una trampa!

—Es una novatada —me explicó mi chica chupando la cuchara con la que acababa de llevarse a la boca un trozo de tarta—, porque ya eres uno de los nuestros.

Theodore sonrió.

—Le has aguantado la charla mirándola a los ojos. Con Viv eso tiene mérito.

Asentí sonriendo también. Estaba claro que se sentía muy orgulloso de su mujer y de esta bromita en la que yo había caído hasta el final.

Sin embargo, cuando mi mirada se cruzó con la de Viv, pude verlo claramente. Cada palabra que había dicho sobre acabar conmigo si le hacía daño a su pequeña iba completamente en serio. Esa mujer defendería con uñas y dientes a Hadley.

Genial. Porque ella vio en los míos que seríamos dos en esa tarea, daban igual las circunstancias.

Después del postre, hablé un rato con Theodore a solas y, más o menos una hora después, regresamos a Manhattan.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó Hadley cuando aparqué frente a su edificio.

Yo asentí.

—Me ha sorprendido —contesté sincero—. No pensé que sería tan fácil.

Hadley me miró confusa.

—¿El qué?

—Encajar.

Relajé los hombros y no fue un gesto literal, fue una metáfora de toda mi vida. Desde que podía recordar, nunca había sentido que perteneciera a algo. Primero fuimos mi madre y yo, después Cody Lee y yo, pero entonces este torbellino de pelo castaño se coló en mi garaje de la NASCAR y me dio la oportunidad de formar parte de Legacy, de esa extraña pandilla que hemos aprendido a ser Presley, Eddie, Cody Lee, ella y yo.

Y ahora su familia.

—El mérito es solo tuyo. Es muy fácil quererte, ¿sabes?

Sonreí.

—Lo mismo digo.

Hadley me devolvió el gesto y la maldita camioneta, toda la calle, se iluminaron.

—¿Subimos? —planteó.

Yo perdí la vista en el volante.

—Espera un segundo.

El corazón empezó a latirme con fuerza en el pecho.

—Antes he hablado con tu padre, a solas.

—Sí —respondió despacio sin entender a dónde quería llegar.

—Necesitaba su permiso para algo.

Ella me miró. Su cuerpo lo entendió antes que su cabeza y una suave sonrisa se coló en sus labios.

—Hadley —comencé a decir, y mi voz sonó torpe pero no me importó. Me estaba dejando llevar porque sabía exactamente dónde quería llegar—, ha sido una locura, pero ha sido la mejor locura del mundo. ¿Me harías el honor de casarte conmigo?

Me metí la mano en el bolsillo de los pantalones y saqué el anillo.

No había cajita, se habría dado cuenta de que la llevaba y me habría arruinado la sorpresa.

Ella abrió la boca, pero, antes de que pudiera contestar, rompió a reír y, sin entender por qué, pero sabiendo que quería hacerlo, rompí a reír con ella. Y de pronto allí estábamos, riéndonos, felices, en la Chevrolet, en una calle cualquiera de Nueva York... y, joder, qué bien sentaba.

—Sí —dijo cuando nuestras carcajadas se transformaron en sonrisas.

La miré con la felicidad adelantando posiciones dentro de mí.

—Dilo otra vez —le pedí.

—Sí.

—Otra vez.

—Sí.

Y la besé, sin dudar, sin querer ninguna otra cosa en el mundo, sin que dejásemos de sonreír.

—Vamos a casarnos —dijo cuando por fin nos separamos.

No tenía ni idea del tiempo que había pasado besándola.

—Voy a hacerte feliz —afirmé—. Cada día, nena.

Ella torció los labios divertida y adorable.

—Es una promesa muy grande, James.

—O una amenaza, ¿quién sabe?
Hadley volvió a reír. Por Dios, ¿podía haber un sonido mejor?
Me incliné sobre ella. Volví a dejarnos muy cerca.
—Eres idiota.
—Sí, señora —sentencié contra sus labios.

Banda sonora



«Backup Plan», ℗ 2025 Atlantic Recording Corporation, interpretada por Bailey Zimmerman con Luke Combs.

«Headstone», ℗ Wiggy Thump Records, interpretada por Whiskey Myers.

«Don’t Water Down My Whiskey», esta compilación ℗ 2018 UMG Recordings Inc., interpretada por Alex Roe.

«Strangers», ℗ 2025 Ten Points Productions, Inc., bajo licencia exclusiva de This Is Hit, Inc., d/b/a Wheelhouse Records, interpretada por Blake Shelton.

«Out of Oklahoma», ℗ 2024 Atlantic Recording Corporation, Universal Studios y Warner Bros. Entertainment, Inc., interpretada por Lainey Wilson.

«Ain’t No Love in Oklahoma», ℗ 2024 Seven Ridges Records, LLC (bajo licencia exclusiva de Sony Music Entertainment), bajo licencia exclusiva de Atlantic Recording Corporation y Universal Studios, interpretada por Luke Combs.

«Better Me for You (Brown Eyes)», ℗ 2024 Fugitive Recordings, interpretada por Max McNown.

«Stay Country or Die Tryin’», ℗ 2025 Ten Points Productions, Inc., bajo licencia exclusiva de This Is Hit, Inc., d/b/a Wheelhouse Records, interpretada por Blake Shelton.

«You’re Still the One», ℗ 1997 Mercury Records, una división de UMG Recordings Inc., interpretada por Shania Twain.

«God Gave Me You», esta compilación ℗ 2013 Warner Records Inc./Ten Points Productions, Inc., interpretada por Blake Shelton.

«I Remember Everything», ℗ 2024 Belting Bronco Records, bajo licencia exclusiva de Warner Records, Inc., Zach Bryan con Kacey Musgraves.

«Chevys and Fords», ℗ 2019 This Is Hit, Inc., d/b/a Stoney Creek Records, interpretada por Billy Ray Cyrus y Johnny McGuire.

«All of My Love», ℗ 2019 Ten Points Productions, Inc., bajo licencia exclusiva de Warner Records, Inc., interpretada por Blake Shelton con Gwen Stefani.

«Pour Me a Drink», ℗ 2024 Mercury Records/Republic Records, una división de UMG Recordings, Inc., Post Malone con Blake Shelton.

«Nobody but You», ℗ 2019 Ten Point Productions, Inc. under exclusive license to Warner Records Inc., interpretada por Blake Shelton y Gwen Stefani.

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Daytona
Cristina Prada

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Jesús Aguado
© Ilustración del interior: ridhobadal / Shutterstock

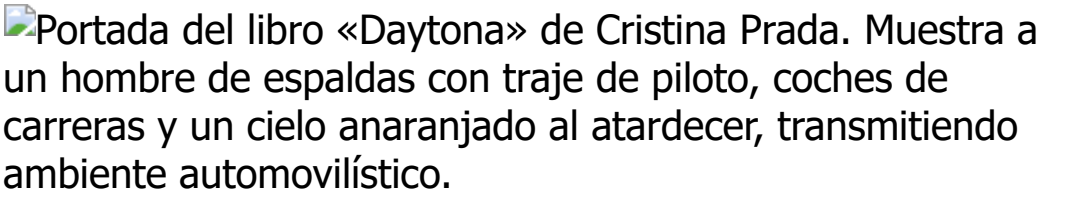
© Cristina Prada, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-08-32039-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Portada del libro «Daytona» de Cristina Prada. Muestra a un hombre de espaldas con traje de piloto, coches de carreras y un cielo anaranjado al atardecer, transmitiendo ambiente automovilístico.